

la excusa ecologista una verdad conveniente

Es cada vez más audible el eco procedente de científicos y expertos, que comienzan a denunciar la perversión de las buenas intenciones, por la cual la manipulación y la ligereza política se dirige en sensibilizar una sociedad que se identifica por su comportamiento exhibicionista. Las predicciones apocalípticas hacen negocio del medio ambiente. Se mezclan y se confunden ideologías, nuevas ideas, estadísticas e hipótesis científicas, en grado variable de certeza, que sirven de coartada para ocultar una realidad demográfica insostenible e ineficiente en el uso de los limitados recursos naturales.

No hallará el lector en estas páginas biolirica conservacionista, ni alarmismo climático. Tampoco un reclamo al autocontrol, a la sensibilización, a la antiglobalización, a las energías renovables, a la biodiversidad, o al voluntarismo. Cuestionándolos con sensatez, el autor hace un repaso escéptico a los argumentos de la Mitología Ambiental Contemporánea. Concluye con un diagnóstico económico y político sobre un sistema basado en defender el modelo consumista, donde conviene cambiar lo mínimo para que todo siga igual.

Bartolomé Pons Rullán

LA EXCUSA
ecologista

una verdad **conveniente**



COLECCIÓN **RADICAL**

Pi2 | EDICIONS

DESCARGA GRATIS
la versión e-book en la
Biblioteca Libre Pi2



Bartolomé **Pons Rullán**

Ingeniero Forestal, Doctor en Hidrología por la Universidad Politécnica de Madrid, desarrolló su profesión como consultor en Ordenación Territorial y Prevención de Desastres Naturales. Derivó hacia la informática empresarial, y en paralelo profundizó en sus conocimientos sobre ecología aplicada, participando en proyectos, publicando modelos climáticos, en iniciativas civiles, en asociaciones ambientales, dando clases en la Universidad, y colaborando como divulgador científico en prensa y televisión. Actualmente desarrolla su actividad profesional como ejecutivo en una compañía multinacional lo que le permite expresar su opinión con total autonomía.

Contactar y saber más

www.editarpidos.com

info@editarpidos.com



Bartolomé Pons Rullán

Pi2|EDICIONS

COLECCIÓN RADICAL

Pi2 EDICIONS

Una colección
que provoca
de todo,
excepto la
indiferencia.

Para todos
aquellos que en la
rebeldía,
la contradicción,
en el conocimiento,
y el debate,
buscan
LIBREPENSAR.

Bartolomé Pons Rullán

LA EXCUSA
ecologista
una verdad
conveniente

© 2009, Bartolomé Pons Rullán

Título original: La Excusa Ecologista, Una Verdad Conveniente

Primera edición: Enero de 2010

ISBN: 978-84-937529-0-3

Depósito Legal: PM. 2213-2009

© Derechos comerciales exclusivos de Pi2 Edicions

Plaza Navegación, 14 - 1ª planta 3 - 07013 Illes Balears

www.editarpidos.com

Diseño e ilustración de la portada: Texto&Trazo Comunicación

Impresión: Grupo Conver Producción Gráfica

Gamonal, 5 - planta 4, Nave 26 - 28031 Vallecas - Madrid

www.convergrafico.es

Impreso en España - Printed in Spain

Quedan expresamente PERMITIDOS, SIN AUTORIZACIÓN PREVIA del autor ni de la editorial, el préstamo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento legal, incluso su tratamiento informático, siempre y cuando no se use con fines comerciales, se haga referencia como copia autorizada, se indiquen las modificaciones, y la autoría de las mismas.



Para saber más, siguenos en www.editarpidos.com
y participa activamente del **foro ateneo digital Pi2**

15 PRÓLOGO
 Ecologismo como tribu urbana, como fenómeno social de intereses utilizando argumentación paracientífica para justificar sus obsesiones. Se consideran antisistema, y han resultado, con el nacionalismo, ser los mejores aliados del Gatopardo. Para compensar intentaré ser tendencioso, políticamente incorrecto, y lo más difícil: explicar conceptos diáfanos, sin brumas de datos, ni fórmulas, ni tablas, ni ordenadores, ni gráficos, ni fotos.

27 CIENCIA Y CREENCIA
 Al comer el fruto del Árbol del Conocimiento, aprendimos a categorizar entre buena y mala la diversidad, pusimos la causa sobre el hombre, y fueron las culturas –interpretaciones de la realidad– las que tomaron el relevo de la Selección Natural. Nuestro cerebro evolucionó para creérselas, hasta que también sirvió para cuestionarlas, con una nueva interpretación en la que no hay verdades absolutas: ciencia y democracia. Rigor, modestia, duda, experimentación, contingencia, interinidad, dinamismo, matices, desacuerdo, demostración,... preguntas; frente a verdad, convicción, soberbia, ortodoxia, prepotencia, intransigencia, interés, autojustificación, enroque,... respuestas; transformación de conjeturas en certezas debiendo demostrar otros su falsedad. Paraciencias. Perversión del método científico por la ideología, por la política, por la identidad, por el interés, por la necesidad, por el miedo, por el orgullo. Manipulación y sensibilización.

47 EL TERCER GRADO DE MENTIRA
 La verdad oportuna, la verdad conveniente... la verdad a medias. Una mentira es mejor si está construida con verdades, más si nos justifica. Al tolerar a las ciencias ambientales su ideologización, a cambio de popularizarlas, se introducen sesgos involuntarios mediáticos, explícitos interesados, y hasta científicos, que convierten hipótesis enunciadas como modelos de simulación, en apocalípticas amenazas. No es conspiración, sino más bien confluencia de oportunismos. A todos nos conviene. Se está invirtiendo mucho dinero en mantener una discriminación positiva hacia posturas ecologistas sin fundamento suficiente, al tiempo que se postulan oscuras conspiraciones de multinacionales, para hacer lo que el Sistema hace hoy con el ecologismo: manipular. Los que reconocen estar subvencionados, acusan a los que se atreven a discutirlos de estarlo.

79 CALENTOLOGÍA

La calentología como paraciencia. Para que pensáramos que no hay Calentamiento Global, debería haber un Cambio Climático. Tal es la perversión del método, tal es la manipulación política y de los medios, que de haberlo habría que buscarlo tras capas de pintura que lo ocultan. En Pompeya tuvieron a los dioses como culpables de haber construido una ciudad a los pies del Vesubio, y nosotros tenemos al Clima para desviar la atención de la explosión demográfica, de la obsesión sexual religiosa, de la distribución injusta de los recursos y residuos, de la voluntad de desplazar costes ocultos a quien no pueda devolvérselos, de la muy insuficiente asignación de presupuestos, legislación y voluntades, a controlar y organizar las consecuencias de nuestro comportamiento como plaga. De mirar al Cielo, dejamos el suelo, que es donde en directamente actuamos y dejamos de actuar. El Calentamiento Global es una sólida hipótesis de débiles derivadas, un riesgo inasumible, puede ser incluso peor de lo que pensamos, o no, ... no estamos seguros de nada, excepto de que hay interés en que nos lo creamos.

105 ENERGÍAS RENOVABLES Y SUCIAS

Las energías que sostienen nuestra civilización están sujetas a su capacidad de ser almacenadas: la pila de carbono –gas, petróleo, leña, carbón, biodiesel, etanol, ...–, la pila de hidrógeno, el uranio, el agua embalsada, ... La energía que se genera y no se usa, se tira. La energía que se atrapa, o se usa según pasa, o se tira. Las mal llamadas energías renovables son intermitentes, y hoy por hoy, salvo en casos puntuales como la hidroeléctrica e hidroeólica, sin pila de hidrógeno ni gestión de su planificación, inútiles... un timo que pagamos entre todos como penitencia a nuestra culpa derrochadora. A la fusión le quedan décadas y no sabemos si será rentable, y a la fisión también le falta una nueva generación que reduzca las escorias radioactivas a entornos gestionables, y es cara, pero sin embargo se les está dificultando ese paso, desviando recursos y voluntades a estúpidas energías fotovoltaicas y eólicas, que utilizan ineficientes, caras y muy sucias baterías de electrolitos para su ineludible almacenamiento.

129 ENERGÍAS LIMPIAS Y NO RENOVABLES

La energía solar se ha ido almacenando en el subsuelo del planeta, sucio es nuestro comportamiento de abuso, y no el propio combustible. Cada sociedad se ha estructurado según su comodidad en el uso de almacenes energéticos. Hasta la Revolución Industrial dependíamos de la

materia orgánica muerta, y con la utilización de materia orgánica fósil, hemos podido generalizar el transporte y comercio global, la intercomunicación de las culturas distantes, y liberar del suelo las necesidades de una población que así ha podido multiplicarse hasta tasas desconocidas. Carbón, petróleo, gas, y uranio, son recursos finitos que sostienen una estructura centralizada y nacional, que ha generado sociedades basadas en las castas (la clase media es en términos globales clase alta ante las clases bajas de los países subdesarrollados), y el vasallaje (el poder obtiene con la autoridad que se le delega, la responsabilidad que los siervos no desean). La energía nuclear resulta un mal menor para evolucionar sin cambio de modelo, al haber llegado ya tarde a la sustitución del modelo por la cogeneración generalizada, y los postulados ecologistas solo consiguen demorar más la necesaria evolución, mientras seguimos creciendo demográficamente hasta el absurdo. La esperanza en una revolución democrática pasa por afrontar con sensatez la situación y por la distribución del almacenamiento de la energía, por tanto en la disipación del poder, y se llama Pila de Hidrógeno.

145 ¿CONSERVACIONISMO O CONSERVADURISMO?
De cómo el poder descafeína el ecologismo para mantenerse en el poder. Conservacionismo es conservadurismo bienintencionado, hipócrita, injusto, insolidario, inmoral y egoísta. A partir de mí, ninguno más. El voluntarismo coartada ética, cortina de humo utilizada políticamente para mantener la conciencia tranquila frente a la expoliación de los ricos sobre los pobres, por el mecanismo de imponer el precio que se está dispuesto a pagar, y el precio al que cobrar nuestra ventaja. Los usos tradicionales pueden o no ser sostenibles, si no lo fueron nos han legado degradación y fragilidad, y nos escondemos del gasto que nos han repercutido, prefiriendo suponer que la naturaleza se recupera sola, y así no pagar el coste de restitución. Lo tradicional no es lo natural. La Ley de Mercado sólo es leal en igualdad de derechos, y conservar las fronteras permite utilizar distintos entornos nacionales de derechos de los ciudadanos, que ocultan y desplazan los costes en función de su impotencia en repercutirlos. La globalización es hoy el aprovechamiento legal de un sistema de externalización de costes según convenga, en un mercado en el que lo que ofrece cada gobierno no es productividad sino bula, apoyados en el derecho de la libertad de los pueblos a ser manipulados y oprimidos, y en el conservacionismo del status quo de los organismos y empresas internacionales. Globalización: sí, pero otra, la de los derechos; la de hoy es conservadurista y voluntarista... reaccionaria, consiguiendo así esconder costes repercutiéndolos a los pobres y a otras generaciones que nos precedieron o que vendrán.

169 ¿ES SOSTENIBLE EL DESARROLLO SOSTENIBLE?

Sostenible es quien puede permitirse el lujo de vivir de rentas. Los ricos podemos del capital de nuestros herederos, pero nuestros ancestros ya gastaron buena parte del nuestro, y los pobres se están fundiendo el de sus descendientes. ¿Debemos destinar parte de la renta a recuperar capitales históricamente malgastados? Sin rentabilidad en la producción no hay inversión, y vivir implica un coste. La acción egoísta más eficiente es no pagar un coste, no aceptar la herencia, y pueblos, gobiernos, empresas y ciudadanos, sabiéndolo sin querer saberlo, sólo pretendemos eso al tiempo que nos autojustificamos tras retorcidas razones y estéticas voluntades. Si actuamos agresivamente sobre el medio, agresivamente deberemos restituirlo. La sostenibilidad implica negociar su definición, pues la renta de un capital depende del riesgo que subjetivamente se desea asumir, y el lujo de los ricos –sostenibilidad máxima, de la biodiversidad– es distinta a la necesidad de responsabilidad de los pobres –sostenibilidad mínima, de la productividad–. El conservacionismo es imponer un argumento reaccionario en una negociación.

195 MÁS CUENTAS Y MENOS CUENTOS

Toda energía, toda comida, toda ocupación de espacio, todo transporte, todo invento, descubrimiento, todo avance, toda comodidad, tiene un coste... un esfuerzo, un sacrificio. Las leyes de la evolución obligan a todos los niveles: inversión, coste y rentabilidad. En todo cambio hay ventajas e inconvenientes a gestionar y consensuar, adjetivarlos en buenos y malos es simplificar la incapacidad de control, por voluntad o por ignorancia. Existimos, entonces metabolizamos, crecemos y nos reproducimos. Pretender lo que no funciona en ninguna otra ciencia, –autocontrol, reducir, decrecer–, resulta temerario. La biología es la ciencia básica en la que se sustenta la medicina, y si queremos que el hombre negocie con el entorno para optimizar nuestra relación, la ecología debe independizarse para ejecutarse de su ciencia originaria para compartir un lenguaje común con la economía. Con la excusa de no querer compartir retórica y contabilidad, se establecen líneas rojas de negociación que la transforman en diálogo de besugos intransigentes, lo que permite al Sistema Consumista seguir en su locura.

233 LO QUE LA VERDAD ESCONDE

Los desastres naturales son desastres humanos, sobre todo hidrológicos, consecuencia de la ineficaz gestión del suelo, más que del cielo. Sequías, inundaciones, desertización, incendios, corrimientos, contaminación, son procesos mucho mejor conocidos y gestionables en el suelo

que los climáticos, con consecuencias de órdenes de magnitud muy superiores. El ofrecer en bandeja a nuestros gobernantes la credibilidad sobre sus argumentaciones de culpables en el Cielo, les justifica no actuar en el Suelo. El vendérselo a nosotros mismos nos convence de reducir nuestra penitencia a un rosario de símbolos cobardes, que son acciones de eficiencia: reciclar, reutilizar y reducir, los Mandamientos de la nueva religión. Gestión, ordenación, organización, utilización racional de los recursos. Pretendemos no pagar los costes, no devolver la hipoteca de la casa que nos legaron, y obtener todas las ventajas de la comodidad –domesticación del entorno–, es decir, maximizar la rentabilidad, y no lo hacemos optimizando los costes y los consumos, sino escondiendo unos, desplazando y derrochando otros tras múltiples cortinas de autocomplacencia a la incompetencia y solidaridad con nuestros esclavos.

265 HAY COSAS QUE NO TIENEN PRECIO... PERO SON CARÍSIMAS

Nos escondemos tras la coartada ideológica: el ecologismo, el nacionalismo, la solidaridad, pues en realidad queremos seguir robando a los pobres para repartir entre los ricos. Nuestra economía contabiliza solamente los costes internalizados, obviando las repercusiones de cualquier actividad sobre lo público: si se contamina gratis el coste es cero, si se explota a los trabajadores de otro país sin consecuencias el coste es cero. La competencia ha especializado a los gestores en desplazar costes, en externalizar como estrategia más barata que optimizar, innovar, trabajar, usar la inteligencia y la imaginación. Sobre una contabilidad así falseada, el valor añadido, el salario, y hasta el beneficio, son considerados hipócritas y fiscalmente como punibles. La alternativa al capitalismo tramposo es un liberalismo sostenible y globalizado, que internalice los costes a través de los impuestos al consumo y las plusvalías patrimoniales, los distribuya según lo que se soporte de ellos, y gradúe en función del impacto que tenga cada actividad económica sobre la limitación de recursos, contaminación, residuos, emisiones, salubridad, bienestar, dejando operar a los mercados en un entorno de juego limpio, sin que fronteras o contabilidades puedan desvirtuarlo. De medir contablemente las externalidades estaríamos en términos globales decreciendo.

Justificamos en lejanos cielos y temibles futuros nuestra enfermedad del presente: la incompetencia en gestionar la relación entre nosotros... y con el suelo... ¡Hipócritas!

PRÓLOGO

El Profeta Elías fue llamado por el Señor, y el viento quebró su cueva, pero ahí no encontró a Dios, como tampoco en el tumulto de arena, el ímpetu de las aguas, ni en el fragor del fuego. La realidad no frecuenta el escándalo, la tragedia, el barullo, sino anda escondida en la diversidad, la indeterminación, la interinidad, el dinamismo, y la continuidad. Si alguien grita vehemente entre brumas de humo sucio haberla encontrado, tiene el crédito de quien desea creerle por convenir creerle. Oró en el monte Horeb, y fue contestado en la suave brisa. El ecologismo es demasiado fundamental para dejarlo en manos de descafeinados políticos y furibundos fundamentalistas.

Al menos en una ocasión Margalef comenzó su primera clase del curso diciendo: “Buenos días, esto serán clases de ecología, no de ecologismo”. No dudo que de entrada cualquier bienintencionado ideólogo de la ecología, que no ecólogo, para empezar, con sólo el título o el índice, me colgará un san benito que le cuadre a sus ideas. Bobo, –que es como llaman los franceses a los burgueses con estética progres–, considerará con orgullo –y error– que él o ella es progresista antisistema, y que cualquier planteamiento que ponga en duda sus convicciones es anti-antisistema, dándole la vuelta al círculo hasta reaccionario, y que

procede de alguna extraña conspiración desde los poderes fácticos, las multinacionales, o lo que le rote. Es la habitual cancioncilla autoritarista: conmigo o contra mi, en la aplicación de la oscura visión que tenía Carl Schmitt del ser humano, la necesidad del antagonista para autoafirmarse, la futbolización también del nacional-ecologismo.

¡Me encanta! ¿Convicciones? Para unos la fe es cosa de beatas o ignorantes, y para otros la duda es de inmaduros y poco serios. Quien no se arrodilla frente a mi ídolo es hereje, traidor y merece la tortura por ser un agente del fetiche enemigo, sin comprender en su limitada costumbre de utilizar las neuronas para algo más que copiar cultura: prejuicios, que quien se niega a adorar una ideología, puede que tampoco adore la contraria, que le sirve de apoyo para identificarse con un grupo afín. Quien se opone a las tesis ecologistas ñoñas, no es quizás un antiecológico comprado por las multinacionales conspiradoras del capitalismo globalizador y explotador,... igual es sólo un crítico a una ideología que ha pervertido a las ideas que la originaron, que como toda ortodoxia se vuelve con rabia hacia quien la critica.

Hay doctores poco doctos, un ecologista no es un ecólogo, ni un economista es un ecónomo (contable), como un pintor no es artista, un artista no es intelectual, un caballista no es caballero, como un viajante no es viajero, un puritano no es purista, o futbolero no es futbolista,... aunque se pueden ser ambas cosas, no son automáticamente intercambiables, ni equivalentes.

No es la intención de éste libro argumentar contra las hipótesis o argumentos de la ecología, contra la defensa del medio ambiente, contra los peligros que nos acechan en nuestro comportamiento colectivo como plaga –o grano–, contra las amenazas sobre nuestra propia salud, sobre nuestro futuro, sino establecer un hito de reflexión sensata frente a las convicciones científicas, frente a los excesos de ortodoxia, frente al volumen de los alaridos de ignorantes, frente al imaginario popular, frente a la tendencia a linkar las consignas a snopes.com, frente al ecologismo dogmático entendido como compendio de leyendas urbanas, frente a los confortables necesitados de causas por las que vivir, e incluso a veces, morir –que todo se andará... pero sobretodo frente a la perversión que está introduciendo la política en los argumentos científicos, transformando ecología en ecologismo, climatología en climatologismo.

Los políticos e ideólogos ecologistas están preocupados por la preocupación que generan, y postulándose como protectores y salvadores,

intentan venderse como tranquilizadores a sus amenazas, a la vez que amenazadores de nuestra tranquilidad. A pesar de los argumentos, cada uno cree lo que quiere creer, pero fe utilizando la ciencia como coartada es hacer trampa, pues niega la base de esta: la duda. No miente quien habla en contra de lo que conoce, sino quien lo hace en contra de lo que no conoce. El nacional-ecologismo y la biolítica romántica son hoy ideologías básicas para el Sistema: cambiar para que todo siga igual.

Podría enfocar los temas que seguirán desde un punto de vista ponderado, incluyendo tanto los argumentos a favor como en contra de cada postura frente a cada asunto, pero no me apetece. No, porque en el subconsciente social –Zeigeist–, los planteamientos e hipótesis referentes a la ecología no están equilibrados, sino manipulados por intereses ideológicos e identitarios, pervertidos por lo políticamente correcto, por lo que desde certezas científicas se han transformado en creencias. A la teocracia balonpédica le contiene otro equipo que juega el mismo juego, con las mismas reglas. Pretendo hacer discriminación positiva de los argumentos que hoy se manejan, para compensar con el escepticismo el exceso de candidez, conservadurismo, el apologismo de los apocalípticos, y del vacuo simplismo que campa por los medios y las conversaciones. Scully es el contrapunto racional y necesario, para dar sensatez a la conspiranóia del brillante Mulder.

El ecologismo mesiánico, tomado por placebo en política, atascándose se ha convertido en un factor de degradación medioambiental –nocebo–. Obtener la supervivencia económica por la coartada al buenismo, justifica que no tengamos claridad en el coste, valor y precio de las cosas; y así ayudar involuntariamente a sostener una sociedad consumista, subvencionada, discriminadora, derrochadora,... en la que por no tener una política energética plausible cada día quemamos más combustibles fósiles, por no tener una contabilidad de ciclo completo cada día generamos más residuos, por no tener un mercado de la madera cada día hay menos bosques, por no cobrar el agua o los recursos por su valor, cada día se concentran más en las despensas de los ricos; por tener culpables en el cielo, nos desresponsabilizamos del suelo, y de nuestra codicia.

Vivimos en una sociedad fascinada como la gallina frente a una raya... una cultura urbanita en la que el agua se explica por la existencia de grifos, como la verdad por lo que dicen los científicos... y no: ni el más arrogante llega a tales galones. ¿Quién representa a la Comunidad Científica? No votan, se baten en duelo singular o abierta batalla.

La ciencia se discute por medio escrito, y si bien inherentemente un artículo condiciona la cointerpretación del mensaje, se promueve un diálogo “contestable” entre quien escribe y quien lee, pues ambos están en niveles de conocimiento próximos. Así debiera ser, aunque bien es cierto que el academicismo, tiende a utilizar una edición científica cada vez más monolítica y asimétrica. Los medios audiovisuales por el contrario son declaradamente no-interactivos,... y en la radio alguien afirma con absoluta impunidad que los científicos dicen que inundaciones y sequías catastróficas son pruebas del Cambio Climático, sin más referencias que su “palabra de trona”, o buscando alguna seleccionada ad oc. Buscando lo suficiente siempre habrá un científico que afirme lo que se desee. A los que viven de publicar y criticar les molesta que les contradigan, pues discuten su sueldo.

Samael se rebeló contra Dios al otorgarle al hombre el don de nombrar a las cosas. Quien define las palabras tiene el mayor poder sobre las cosas, sobre ejércitos y sobre alcornias. Los sacerdotes interpretan el contenido de los fetiches, de los ídolos, de los pueblos, de los logotipos, de las marcas, y traducen convenientemente la causalidad. La interpretación de las conclusiones científicas interinas, la realizan chamanes que más que divulgar, seleccionan. La interpretación de la curia ecologista de las investigaciones científicas, otorga el poder de la retórica, que establece la moral, y así el bien y el mal.

Que los noticiarios tengan más audiencia por seleccionar las noticias climáticas según su dramatismo y espectacularidad, le resulta al párroco del púlpito climatologista consecuencia, y no causa. Cointerpretar y ponderar la literatura científica es agotador, precisa de conocimientos y tiempo, pero absorber un documental con colores e imágenes llamativas, resulta para nuestro cerebro confortable y minimiza el esfuerzo intelectual de análisis, pues se sirve ya triturado. La competencia por las audiencias está sustituyendo información por mensajes reiterativo-obsesivo-compulsivos: se rebañan durante semanas en ciertos temas concretos, que absorben la capacidad de crítica de un público cada vez con más información, y al mismo tiempo desinformado.

Habermas lo llama Refeudalización: ocultar la información a las masas con espectáculo, para que el poder del conocimiento quede bajo el control de la nueva nobleza (desde los egipcios todos lo hacen: el Foro acabó en el Circo). De ser más listos, los totalitarismos envidiarían en vez de temer su eficacia. En su unidireccionalidad el medio audiovisual

reprograma mentes perezosas, y les da santos a los que rezar milagros. Ha sido efectivo, y es de agradecer, atraer al público a la ecología por la audiencia que dan modelos retorcidos de la realidad como son la televisión, los libros, ... con reclamos estéticos, a todo color, con amenazas de épicas aventuras y destinos.

Miramos la naturaleza por la mirilla que llamamos medios, manteniendo la puerta cerrada para que no entre corriente, ni polvo. Voces en off que comentan la carrera del león para comerse a un búfalo de semanas, o que sugieren emociones humanas en los animales, en los cachorros que miran con ojitos tiernos a la cámara. Bambi es ya un meme, un símbolo que transmite un concepto, transformado para ser estabilizado en prejuicio. Ha surgido efecto y hoy la ecología forma parte de las preocupaciones sociales, pero ¿el medio justifica el fin? Conviene de tanto en tanto cuestionárselo, y al menos no olvidar lo que es cada cosa, evitar lo que tantas veces se nos repite en la historia humana: los argumentos se transforman en obsesiones que, al inmovilizarse en patrones y pautas, revientan las razones.

En ocasiones el hurón que caza un conejo se lo lleva a la madriguera, y si no pasa por la entrada atasca su salida, no se lo puede comer ni puede salir a cazar, pero sigue tirando de él, ofuscado en su obsesión. No hay medicamento inocuo, y su especificidad no consigue anular los efectos genéricos secundarios, como no hay relación sexual segura, o paseo en el que no te pueda partir un rayo, ... pero no por así clamado por curanderos alternativos, que pretenden aportemos a sus arcas la voluntad, dejamos de tomar medicinas, ni por el riesgo de infección intrahospitalario hacemos una moratoria en la construcción de hospitales, proponemos para la mejor sanidad pública la reducción de las consultas, ni por mucho que lo diga el Papa, nos comportamos célibes o fieles. Coger el coche puede acabar mal, y la precaución o el respeto a las normas, reduce pero no elimina el riesgo a no volver a casa. Cuanto peor es el pronóstico, más dispuestos estamos a los efectos colaterales, excepto para los más radicales, según los que comer es oxidarse un poco cada día.

Queda muy bien que hay que proteger el bosque, y muy mal que hay que cortar la madera, y lo que sabemos es que según las circunstancias la opinión puede ser buena, mala o mediopensionista, en cualquiera de las dos opciones. Sin embargo un científico que defienda alguna teoría respecto a lo primero tendrá mejor reconocimiento, financiación, acceso, publicidad, ... que quien defienda alguna hipótesis relacionada con

desarrollar mercados de madera. Ambos conocerán la posición del otro y la criticarán, la matizarán, la discutirán, y propondrán experimentos y mediciones para buscar una nueva hipótesis que mejore a ambas, pues los científicos no están nunca completamente de acuerdo en nada, pero al trascender conclusiones a la sociedad no será lo mismo una postura que otra. Al extrañar los planteamientos de la ciencia fuera de su contexto, se introduce un sesgo por interés de audiencia... por oportunidad. Una buena mentira es más creíble que una verdad inconveniente.

Hoy hay interés por aplaudir al ecologismo voluntarista, e incluso confundirlo con la ecología, pese a lo pesados que resultan, y en el fondo, tal vez en analogía a la simpatía con el débil de nuestro mito de David y Goliath, “caen bien”, pero sobre todo son útiles para el Sistema, una penitencia suave que nos justifica para seguir pecando. Muy útiles: la excusa perfecta para no actuar y no pagar, para no sentirnos responsables a cambio de declararnos preocupados, mentalizados, sensibilizados,... y responsables.

Lo dicho, podría plantear distintos aspectos de la problemática ambiental de modo neutro, incluso podría escribir un libro políticamente correcto sobre los riesgos de nuestro comportamiento insostenible apabullando a datos al personal, en cuyo caso sería más fácil encontrar multinacionales que financiaran su publicación. Pero me encanta ser transgresor, que ofendidos me pongan etiquetas que sólo se comprenden en referencia a quien las pega –les define–, y voy a serlo contando la parte de la problemática medioambiental que, conociéndose en ámbitos más especializados y sesudos, no son mediáticamente tan interesantes, no tienen el mismo eco social.

Cada vez más a menudo, al documentar una noticia ambiental en el Nodo, digo, Telediario, ¿en que estaría pensando?, se sustituye al especialista académico o profesional por un “experto” de alguna organización ecologista, con carrera o no, y si sí, no se sabe cual, ni más peso de argumento que hablar como delegado de gente con convicciones, sin dudas, designado por sus opiniones y no por sus méritos, a que argumente científicamente las hipótesis causa-efecto que llevan a la situación noticiosa, a ser posible dramática.

En los 50, la publicidad del tabaco incluía estudios científicos que demostraban su bondad, e incluso había médicos que recomendaban ciertas marcas, los mentolados, o los light. Es como si para comentar una nueva ley de reproducción asistida, se considerara como experto a

un sacerdote, que será todo lo culto o no que se quiera, incluso un verdadero especialista en la materia, pero que introduce una visión sesgada de la teoría sobre la prospectiva de la situación. Los griegos diferenciaban entre opinión y conocimiento, de lo que por lo visto hoy ya no importa: para ser experto basta con haberse empollado bien las consignas, y eso es ser especialista en ideología y no en idea.

Observando cualquier documental o documento sensibilizador, podremos hallar entrevistas, declaraciones, de gente que hace referencia a informes, análisis e investigaciones científicas, que se autoasigna la representatividad y vocalía del estamento científico, aunque con escasa frecuencia preguntan a los que están redactando dichos modelos y conclusiones: no les gusta lo que dicen, ni como lo dicen. No son contundentes. Hoy un debate en Occidente sobre ecología se parece bastante a uno sobre política en la televisión cubana.

El ecologismo fundamentalista antitecnológico defiende sus obsesiones sobre el medio ambiente, en ocasiones y grados a costa de este, enrocados, perjudicando sin saberlo su coartada. Tener eslóganes, pautas, ideas claras, símbolos, ritos, ideologías,... da la fuerza de la pasión, pero como efecto secundario de tal enjuague se produce paranoia esquizofrénica en el grupo redentor, o sea megalomanía, autoreferencialidad, disociación, maniqueísmo, alucinaciones, irracionalidad,... todo lo bienintencionado que se quiera, pero ¿nos compensa?, ¿le compensa a la naturaleza? Como sucedió en iglesias y utopías varias, a partir de una idea a menudo hermosa, su empecinamiento en defender la propia ortodoxia, la unión, históricamente lleva a la locura colectiva, incluso a la violencia.

El proceso es siempre el mismo: se utiliza la razón para argumentar una hipótesis causa-efecto de algo que no sabemos si es casual, cuando ello justifica lo que se desea oír, ofrece buena excusa o encuentra culpables, se acepta como conveniente pauta cierta, con la carga de prueba para quien duda de ella, y aún así, incluso con juez de parte de la acusación; el argumento se convierte en convicción, esta en creencia, y nos olvidamos del razonamiento que lo generó.

Crear es un patrón para evitar un imposible por agotador tener que razonarlo todo. No nos solemos interesar por el origen de las creencias, y si lo hacemos es para reargumentarlas. De la crítica a la herejía sólo está la fuerza del chamán. La ecología necesita un ecologismo en positivo, ponderado, escéptico, contextualizador, relativista, que defienda al

medio ambiente por encima de a sí mismo. Un ecologismo triunfador, sensato, y globalizador: que vea el bosque con perspectiva mejor que los árboles; que sea parte de la solución y no del problema; que aprenda más de lo que enseñe; que pregunte más de lo que responda; que prometa y cumpla en vez de comprometer y justificar después los motivos de haber fallado; pendiente del cambio, de mejorar, más que de tener la razón, la verdad, de conservar o mantener; que se enfrente y no rodee por sistema a los desafíos; que escuche más de lo que habla; que utilice el error para aprender, y no para responsabilizar, acusar, denostar, culpabilizar,... victimizarse; solidario por encima de patrias, lenguas, etnias, y naciones. Un ecologismo dinámico, práctico, incómodo por desobediente e inseguro, radicalmente opuesto al político-mediático-subsuccionado-bobalicón actual.

Deseo con esto dar un toque de atención de un ex-ecologista, que por las obsesiones de otros que han secuestrado el nombre, ya no puede llamarse así. La directa y fácil es para toda ideología, entender que quien contraria las hipótesis en las que se basa, se categoriza bajo los nombres y calificativos que en su referencia consideran ideología contraria: explotador, insolidario, capitalista,... sin poder comprender que hay vida fuera de sus categorías, y que quien se muestra escéptico puede ser simplemente eso: escéptico.

La autoafirmación propia precisa de un antagonista, y si no lo hallan, son capaces incluso de cambiar su argumentación para encontrar contra quien identificarse. No merecería tantas palabras el manoseado ambientalismo si no fuera porqué, convenientemente utilizados como excusa para no pagar, para robar a los pobres para repartir entre los ricos, en el ecologismo se han infiltrado los sujetadores de pancartas, los aulladores de consignas, politiquillos ecojetas, nostálgicos pesimistas, a menudo ignorantes, teletubbies ñoños que se llaman a sí mismos ecologistas, piltrafillas sin estudios, incorporándose al problema.

Si lo son ellos no puedo serlo yo, aunque me duela, y de la frustración de llamar despectivamente a los que les ponen peros científicos, escépticos –que es como llamar a las monjas, religiosas–, o negacionistas, surge este intento de libro. Si admiten la fuerza bruta de los convencidos, con la sociopatía identitaria que acarrearán, ahuyentan la flexibilidad de los entendidos, y se seleccionan aportaciones según conveniencia. Se elevan a sí mismos a portadores de la Verdad Absoluta desde la Verdad Interina, pero la fortaleza –o vehemencia– de una convicción –o

hipótesis—, no es garantía —es debilidad— de razón. ¿Por qué damos más crédito a quien más grita, a quien más convencido está de lo que dice, a quien más satisfecho está de su elocuencia? No lo hacemos siempre, sino cuando nos conviene.

El alborero Gore, quien según propia acusación, cuando tuvo el poder, pudo zafarse del imperativo moral de realizar grandes cambios por sus convicciones (sic), no lo pudo decir mejor: “Lo que nos crea problemas no es lo que no sabemos, es lo que sabemos con certeza, pero no es así”; sólo que se refería a la deriva continental, y no supo señalarse a sí mismo. Agorero e hipócrita, al tiempo que inteligente y buen comunicador, confunde epílogo con pronóstico. Buen representante de todos nosotros: asustadizos, interesados, y tremendamente falsos... representados por políticos que acusan a los demás de nuestros vicios. Sabemos cosas, sí, pero la certeza científica no está sujeta a la criba de quien quiere oír la conclusión, con un objetivo que en ese momento se propone.

En ciencia a veces se encuentra lo que no se busca. Por suerte como el método científico nos protege de los científicos que degeneran en creyentes, la democracia nos protege contra los políticos que se tornan demagogos. El ecologista estándar es hoy más un miembro de tribu urbana —urbanita—, con causa noble, vale, pero motivación identitaria, que un científico, y por tanto sujeto a manipular —sensibilizar—, y ser manipulado. Desearía un ecologismo ponderado, dinámico, diverso, científico en el sentido de aceptar que nada es verdad ni mentira absolutos, y menos en sistemas no lineales de la complejidad del clima, los bosques, el mar, la energía, los recursos, los residuos,... (tampoco es que haya que exigir concurso-oposición para serlo, pero sí sensatez, y cierto escepticismo).

Lo siento por los beatos, pero la ciencia es así, hoy se demuestra algo que mañana tal vez se modelice de otro modo, y una es o no una mejora de la otra, incluyendo quizás la demostración del error en el que vivía la primera.

Así pues contaré el lado crítico a las consignas cacareadas hoy en nuestro entorno, defendiéndolas para incorporar otro punto de vista, y lo admito, no contaré el mío, que en general es más equilibrado que el que aquí expondré, sino el que compensándolo con el que se grita en el medio social, resulta más próximo a situaciones interinamente más reales, menos crispantes.

El esfuerzo de exponer una postura en discriminación negativa, intentaré doblarlo evitando fórmulas, datos, estadísticas,... lo que requiere

mayor elaboración, y les aseguro que tengo largas estanterías y carpetas de muchos megas. Bradbury en Fahrenheit 451 sentenciaba en boca del cínico jefe de bomberos, cuyo trabajo era quemar libros: “Dale a la gente concursos, atibórralos de datos, abrumales de información fidedigna, siempre al día del conocimiento. Entonces sentirán que piensan, que se mueven sin moverse; pero sin melancolía y sin filosofía para atar cabos... no serán sabios”.

No será fácil, y lo que sigue sonará reiterativo, pero por mucho que me repita nunca conseguiré repetir tantas veces las medias verdades con las que a diario nos machacan. Del ecologismo memo, en discurso estilo Miss Universo cuando con una lágrima dedica su corona a la paz y la naturaleza, los gobiernos obtienen culpables sin defensa y subrogación de responsabilidad, los proveedores inmovilismo en la oferta (cambiar lo mínimo para mantener la estabilidad de su mercado), los consumidores subvención a sus deseos, los investigadores becas, y los ecologistas presupuestos al salario de sus empleados. Es una aportación más a la demora de una necesaria crisis de los recursos que hunda el sistema insostenible, ineficiente, e insolidario. ¡Gran negocio, pues todos ganan, pero unos ríen más que otros!

Proteger un bosque de la tala de árboles en aras a una mejora marginal de la biodiversidad, al tiempo que se sostiene la demanda de materiales de construcción, equivale económicamente a subvencionar con costes internalizados de la madera, las externalizaciones de los materiales insostenibles que con ella compiten. La madera certificada u ordenada, es el material y combustible que más aproxima su coste contable al real. Promocionar energías ineficientes e imponer moratorias nucleares, es excusa para sostener un precio intervenido de la energía fósil, con la tranquilidad de promesa redentora, en permanente retraso que subvencione con buenas intenciones el transporte, con ello la globalización de las mercancías, y el déficit democrático internacional: abandono de la quimioterapia por las supuestas propiedades curativas del espárrago, o de la danza de un curandero.

Deseamos traducir desarrollo sostenible, por consumo subvencionado con ineficiencia estabilizada, confundiendo sostenibilidad con conservacionismo, y este con mantener las cosas como están, postergando sine qua non la imprescindible crisis, o sea: cambio.

Si a alguien ofendo, no lo siento, pues sólo puede sentirse así quien ha asumido como credo una idea transformándola en ideología, y eso,

incluso si lo hace un científico, no es ciencia. (Un energúmeno puede tener un comportamiento ecologista fundamentalista con cierta justificación, pero un científico no tiene excusa, pues para ello precisa renunciar selectivamente a parte de su experiencia y conocimiento, necesita negarse a si mismo).

A mi me ofende la ignorancia y no por ello se avergüenza quien me argumenta floridas y cansinas ñoñeces. Previo a otras consideraciones, más nos vale que entendamos que, como la medicina no es rama de la biología para poder aplicarse, la ecología es disciplina económica para ser ejercida, una vez que los biólogos la han conseguido, después de enunciar, estupidizar. Cuando el conocimiento cambia las ideas, es filosofía. Cuando Dios cambia las ideas es fe. Cuando los hechos cambian las ideas, es ciencia

¿Qué sucede cuando el dato cambia? Los hechos que cambian los prejuicios son tomados con alegría por la ciencia, y frustración por las ideologías. ¿Qué es negacionismo?

CAPÍTULO 1

CIENCIA Y CREENCIA

El avaro y mentiroso Rey Sísifo, hijo de Eolo y promotor del comercio, castigado por engañar a Hades, subía una y otra vez una piedra redonda a la cima de una colina, y al llegar arriba se le caía de nuevo. En las laderas los santos instalan ayudas e impedimentos según les convenga. Así de desesperante es la ciencia, o más, pues arriba, tras el esfuerzo esperan los demás científicos, dispuestos a empujar lo que tanto cuesta subir. Ser escépticos e irritantes es su trabajo, y no hay Verdad que allá arriba se mantenga para siempre, sólo la fe pretende sujetar con palos lo que tarde o temprano bajará por su peso, y si no por gravedad.

Hemos triunfado como especie, somos capaces de acaparar y distribuir recursos con un éxito provisionalmente escandaloso, –según se mire, con soberbia como plaga, o con humildad como salpullido de la biosfera–, y no sólo metabolizamos y engordamos, cagamos residuos, basura y contaminación, sino que además con los excedentes estamos en disposición de reproducirnos en combinaciones elegidas... ¿serán nuestros hijos una especie nueva de hombres genéticamente mejorados?, ¿crearemos quimeras humanas –transgenia–?, ¿incorporaremos nanotecnología a nuestro sistema inmunológico?, ¿nos añadirán en la oreja según nazcamos microchips de comunicación, y accesos a bases

de datos?, ¿software de conocimiento y memoria automatizados?, ¿podremos vivir y aprender, o nos descargaremos, en virtual?, ¿seremos capaces de replicar nuestra configuración neuronal sobre soporte silíceo?, ¿tomará consciencia de si misma la red?, ¿crearemos sociedades catalogables como seres vivos?... Transhumanismo lo llaman, ni bueno ni malo, sólo inevitable por vivir en una realidad dinámica, y Pascal ya decía que somos a la vez gloria y desperdicio del Universo.

Tenemos desproporcionadamente un gran y caro cerebro, y como todo en la evolución es así por habernos resultado una inversión productiva, pero eso fue una explicación plausible durante decenas de miles de años previos a la civilización sedentaria y agrícola, a partir de ahí, sin más ni mejores cualidades genéticas, hemos dado un increíble salto: ¿por qué somos o seremos 6.666.666.666 de personas?, ¿por qué estamos o estaremos en disposición de trascendernos como especie de modo más o menos planificado?, ¿por qué creemos que podemos hallar en la realidad una Verdad?, ¿cómo hemos llegado a poder chapurrear el lenguaje divino de la matemática?, ¿consciencia?, ¿libertad?, ¿cuál ha sido la clave de nuestro éxito? Serendipity es un término anglosajón que se refiere a características que estaban pero no eran importantes, no buscadas, útiles para otra cosa, hasta que en determinadas circunstancias pasan a ser críticas. Una posible respuesta tal vez sea la misma que la de nuestro fracaso: la fuerza de la capacidad de comportarnos como un único ente por una causa, una verdad absoluta, para discriminar los derechos sobre otros clanes.

No sabemos si nuestro cerebro sapiens es mejor que el de nuestros hermanos neandertales, y sin embargo parece que nos comimos lo que se comían. El derroche y la ostentación —flaunt— son sexys para las hembras de los simios sociales, y los sapiens tal vez eran considerados por aquellos como gamberros, capaces de despeñar un rebaño para comerse un jamón. Dicen algunos antropólogos que mientras que unos se agrupaban por motivo familiar, y ello limitaba el tamaño de la tribu, y por tanto del territorio proveedor de recursos —lebensbraum— nuestros ancestros eran capaces de sobrepasar esos vínculos por una idea, por un concepto, por un símbolo. Potente motivo para aliarse en un grupo mayor que podía patrullar por territorios más grandes, donde ocasionalmente había más opciones, diversidad y especialización, (las herramientas de los primeros estaban hechas de materiales cercanos, los de los nuestros de piedras mejores para tallar aunque hubiera que ir más lejos a buscarlas).

Tribus de ideas, totémicos, de clanes familiares, intercambio, complejidad en las relaciones capaces de evaluar constructualmente la ventaja de la violencia (robar y asesinar en el nombre del tótem, si hay garantías de un mejor rendimiento que negociando y compartiendo).

Los nuestros fueron, son, y serán capaces de enfrentarse a su hermano por su dios, su nación, su panda,... su teoría. Elucubración por encima de sangre, interés sobre equilibrio. Quizás tenga que ver con la cantidad de capas de neuronas del neocórtex, o con su estratificación e interconexión (cuanto más exteriores, más distantes de la realidad y más cercana al concepto, a la idea,... a la hipótesis). Quizás nos agrupamos alrededor del dios de la tribu, por poder alejarnos mejor de la cruda y cruel realidad; como nos refugiamos en una cabaña con fuego para aislarnos del viento, la lluvia, el frío, las fieras, y los bichos. Como la primera bacteria que se negó a negociar sus genes inventando el egoísmo de una membrana, y aprendió así a robárselo a otras comiéndoselas, quizás Caín mató a Abel por el materialismo de un plato de lentejas, y Adán a su hermano neandertal por reconocimiento, en nombre del derecho divino del Paraíso. Poner por encima de la persona a una causa, –pueblo sobre ciudadano– juzgar el bien y el mal por la diferencia respecto a lo que es normal para los que pertenecen a la tribu, es en esencia el Pecado Original.

El caso es que, como muchos, somos un animal territorial. Lo que nos une y separa es tener una causa, una idea, una teoría de causa-efecto compartida, por encima de lo que sea, independientemente de que sea verdad, y eso nos hace humanos ¿y personas? Somos sapiens porque necesitamos un plan, hallar orden en el caos, tranquilidad en las verdades asumidas por el colectivo. Disposición al sacrificio por un dios, una ideología, una nación,... y para la efectividad de una relación social más adaptable al entorno que las de las bandadas de sardinas, siempre negociada, con los mecanismos de manipulación como el lenguaje –no sólo de la palabra, también de los gestos, de la empatía, de las consignas–, es decir, del miedo, del orgullo, de la moral y del amor. Somos un animal político, pues nos relacionamos políticamente: negociamos.

Invertimos una cuarta parte de nuestros recursos en alimentar un caro cerebro como órgano territorial que, sorprendentemente, incluso así nos sale rentable. Pensamos porque hablamos y hablamos porque pensamos, pero la explicación de porqué hablamos y pensamos más de lo necesario para ligarse a la más recia en cortejos más creativos –otros

animales lo hacen—; más de lo necesario para definir, identificar y patrullar territorios; más de lo necesario para coordinar una tribu compleja —otros mamíferos lo hacen—; más de lo necesario para manipular y no ser manipulados, para negociar —otros simios “políticos” lo hacen—; para fabricar y manejar herramientas; para desarrollar estrategias de grupo; para establecer alianzas y lealtades; más de lo necesario para planificar recursos a largo plazo; para tener empatía; para compensar con aprendizaje la neotenia; más de lo necesario para definir ideas abstractas y transformar ideas en ideologías, en dioses, en causas —que no tendrían necesidad de ser tan barrocas— para evolucionar credos en morales; pero sobre todo justo lo necesario como para que la diferenciación memética tome el relevo de la selección genética al ritmo optimizado respecto al consumo energético de un órgano que, al principio, sólo era un subsistema del aparato motor para saber hacia donde nadar un bicho antediluviano, que perdió por pereza el recuerdo genético de quimio o fotosintetizar. Nuestro cerebro ha evolucionado mucho más que otros cerebros por competir entre nosotros, pues de ser la inteligencia una ventaja en sí, habría especies con similares capacidades cognitivas, que hubieran participado de la escalada evolutiva.

Las culturas y no los hombres compitieron, y para ello, cual pájaro que necesita más músculos para volar más alto en su huída, necesitaron de sus soportes mayores y mejores cerebros. Clanes que cooptieron con otros clanes en base a creencias —músicas y danzas—, dialectos, modas —abalorios, pieles, pinturas—, de estéticas y valores parecidos pero distintos, y que sólo un cerebro cada vez mayor era capaz de distinguir, provocar y reivindicar entre sutilezas de mayor o menor importancia según la necesidad de prescindir o adoptar más soporte para cada modelo cultural.

En sutilezas los iguales se vieron distintos, y de ello sacaron provecho los que sintiéndose diferentes, subrogaron derechos y deberes con argumento de sus mitos, ritos, jergas, tradiciones, historias, danzas, músicas, modas, collares,... ante otros congéneres que tenían otro acento, y cantaban, y se pintaban de otro modo. Ser de un grupo que se cohesionaba por homologar creencias que simbolizaban en un tótem, y publicaban a otros clanes con lenguaje sutilmente distinto pero normalizado en el grupo, daba derechos sobre los recursos territoriales de la cultura que ahí viviera. Derecho por amor: mío por amor; amo-deseo-quiero-mío, como perro que mea en las esquinas, cuervo que grazna, u oso que se rasca en

los troncos. El Principio de la Unaminidad, utilizado en comunicación de masas, consiste en convencer a cada uno de que piensa como todo el mundo, aunque todos piensen distinto. Las culturas reinventaron la genética sustituyendo la bioquímica con soporte de patrones neuronales: la memética; pero también reinventaron la membrana y su permeabilidad, adaptándose el tamaño del grupo a los recursos disponibles: segregando y agregando individuos. La definición de las características del fetiche –graduación de la diversidad entre el bien y el mal–, permitió jugando con tolerancia y respeto asimétrico, un sistema dinámico de pertenencia y ostracismo. Normalizar y despreciar es según interesa a los que interesadamente interpretan los valores y normas, siempre salvadores, protectores, conservadores, traductores de las voluntades divinas y de los pueblos, de la moral y la justicia; guardianes de las alianzas, y jueces de términos y condiciones del contrato de vasallaje.

Nacer en un grupo con mejor territorio, agua, organización, herramientas, guaridas, o lo que fueran entonces ventajas, ofrecía opciones de selección sexual y supervivencia diferenciales respecto a nacer en otro grupo de otro dialecto y moda. Fue más importante para la selección natural la calidad memética que la genética, y la competencia por la reproducción y supervivencia se centró en la carrera evolutiva entre culturas, entre modos de interpretar la realidad, entre maneras de gestionarla, y la estirpe que tenía una red de cerebros más capaz de alejarse de la realidad de los sentidos... más demente, resultaba ser capaz de reivindicar en su locura mejor territorio para su tótem, o marca. Así el habla, la música, la moral, y la moda desarrollaron el coco, y el coco el habla, la música, la moral, y la moda. Hablamos distintos para reivindicarnos distintos, vestimos, cantamos, y gesticulamos distintos para definirnos dentro y fuera del grupo,... y nos normalizamos para hacer piña con nuestros iguales, reímos y lloramos en grupo, en similar evolución de las revueltas de nuestro cerebro a la musculatura de las patas de antílopes y guepardos. Aquí estamos por ser pecadores, por juzgar el bien y el mal, y somos pecadores como somos discriminadores, en insolidaria coopectencia por privilegios,... política-correctamente llamados: derechos.

Como todas las características que han sido útiles en la Evolución, lo que sirvió para algo o lo inútil, al cambiar las circunstancias encontró nuevas aplicaciones, y en nuestro caso sucedió cuando la agricultura nos sedentarizó. Los grupos podían ser mayores aún: no había que moverse una vez se esquilaban los recursos de un territorio, pues año a año la

producción debía mantenerse de modo más o menos coherente con su capacidad de carga... necesidades; y estábamos casualmente preparados para ese cambio, pues para adaptarse las culturas nuestro cerebro fue suficiente. Podíamos formar entidades aún más grandes con sólo adaptarnos a medida los dioses –organizando complicados panteones–, las ideas –complicadas ideologías–, los símbolos –complicadas estéticas–,... la organización política, las categorías, los moldes, las jerarquías, las clases. No hicieron falta cambios genéticos, sino meméticos. En procesos de absorción, compra, OPA, joint-venture, las alianzas se hicieron enormes monoteísmos y naciones.

Hace miles de millones de años las bacterias aprendieron a hacer trampas en las alianzas y comenzaron a comerse unas a otras, hace millones que los animales se comen unos a otros y a las plantas, pero sólo hace miles de años que los dioses organizan a otros dioses, las ideologías a las ideas, los pueblos a las personas, y los argumentos a la razón. Han sobrevivido las ideologías, los dioses, los pueblos, los modelos sociales, que han sido capaces de adaptarse a las necesidades de su soporte existencial: sus creyentes. Son las culturas representadas por sus credos, las que están en la carrera evolutiva, y entre si se devoran, algunos perecen (Thor), otros se digieren (Santos), y alguno se caga (Baal). Tuvimos que modificar ligeramente características de las que ya disponíamos: la empatía en manipulación, el idioma en literatura, las alianzas en música, el miedo a lo que no tiene pauta en odio, y lo hicimos sin cambios biológicos, solamente culturales. No somos entes inteligentes evolucionando, sino parte de entes tontos compitiendo y colaborando entre si ¡Eso es lo que nos distingue de otros bichos! Tal vez excepto de las hormigas, que se atascaron evolutivamente al precisar de cambios genéticos para los cambios estructurales.

En esa vorágine que comenzó entonces, se han ido sucediendo teorías causa-efecto, que llamamos creencias, que han competido, se han comido, han negociado, combinado, perecido, reproducido, evolucionado hasta que de nuevo, casualmente, sin querer ni pretenderlo, tras las ideologías identitarias monolíticas, surgieron modos organizativos que incluían en su definición la duda sobre la Verdad: la ciencia y la democracia. Penitencia al Pecado Original de categorizar la diversidad entre buena y mala, entre propia y extraña, entre normalizado y hereje. ¿Acaso ello implica que estamos diferenciándonos de los Sapiens? Los sistemas políticos basados en la unidad frente al distinto –al de otro

credo—, y los sistemas ideológicos de definición de pautas en el caos, tan necesarios para aplacar nuestro temor, han hallado sus cooetidores en sistemas que incorporan en su esencia el no estar absolutamente convencidos de la hipótesis que les une. Prescinden del fetiche y de los valores absolutos que representa, siempre identitarios. Admitir que hay verdades y matices, que la normalización es para una cultura enrocarse y adoptar estrategias defensivas. Tolerar al disidente. Antes que Epi y Blas, la primera protocélula aprendió la diferencia entre dentro y fuera, e inventó la membrana insolidaria. Yahvé prescindió del fetichismo para mantener su autoridad, y la ciencia prescinde de Él.

La democracia entendida no como un sistema formal de votos y derechos, sino más como un sistema de negociación entre alianzas, en la asunción de que no todos los partícipes de una sociedad interpretan la realidad del mismo modo, y si bien cada uno puede creer tener razón, el grupo asume que nadie la tiene del todo, pues hay un sistema legal por encima de todos. La ciencia entendida no como un sistema de análisis de la realidad, sino como un método que obliga a sus partícipes a aceptar las certezas de modo provisional, que promueve que las relaciones causa-efecto son propuestas a demostrar por quien las enuncia, siendo la responsabilidad del resto intentar, de modo experimental y medible, argumentar que están equivocadas. Estructuras metodológicas por encima de las verdades, de las interpretaciones de la diversidad. En Ciencia la excepción invalida la regla.

La Ciencia es Magia con filtro de rigor, como la Democracia es Dictadura del Proletariado o del Pueblo con el filtro del Estado de Derecho, o liberalismo es regulación de la Libertad de Mercado. Sin esos cedazos, las elucubraciones o hipótesis de causa-efecto se convierten en Verdades por el mero hecho de conveniencia en enunciarlas. El quiromante roba su poder de la ignorancia, y si la situación nos aturulla preferimos la ambigüedad y el lenguaje críptico a lo Nostradamus. Lluève porqué la sacerdotisa ha invocado en pleno colocón de hongos alucinógenos a la Diosa Luna, y quien diga lo contrario es hereje, y tal vez acabe en la hoguera. Transformando la casualidad en casualidad, adornándolo de ritos e historias, el quiromante consigue convencer de que la cura es por su acción, y el fracaso por la culpa del pecado del que sufre.

La libertad de una clase o pueblo da derecho a la parte de la ciudadanía que dice amar a la causa o a la patria, a redimir de su error al resto... y quien diga lo contrario que se vaya, y si no se va, corre el riesgo de que

algún justiciero le castigue. Especulamos en la relación causa-efecto entre nuestro abuso sobre el medio y los desastres naturales, y el grado de prueba suficiente, empieza por magia (sin ninguna), pasa por paraciencia (con síntomas, hipótesis a demostrar como falsas), y con dificultad, tiempo y paciencia, a veces acaba en ciencia (teorías a demostrar ciertas). Sagan frente a esa deriva advertía que más que un conjunto de conocimientos, la ciencia es una manera de pensar.

Pero sucede que en ese nuevo salto evolutivo, esa lucha evolutiva que en los últimos siglos se ha establecido entre sistemas culturales, entre la democracia y la autocracia, entre la ciencia y la creencia, abundan los demócratas que por poder del que puede, desde todas las buenas intenciones que se quieran, se pasan a las organizaciones de uniformización de la mayoría; como abundan los científicos cientifistas que, como no, desde sus voluntarismos, se pasan de las certezas a las creencias; y abundan los liberales que regulan por el nacionalismo el liberalismo. Son dialécticas osmóticas. Olvidan que la esencia de lo que son es la incómoda indeterminación, y se dejan llevar por la confortabilidad de adaptar la realidad a los patrones definidos como certezas interinas, tornándolas verdades absolutas, representadas por un logotipo, una marca, una historia de un pueblo: un tótem.

Autoritarismo y creencias: sí, autodefinidos demócratas que se comportan con el rodillo de la mayoría como autócratas, autodefinidos científicos –¿Cienciólogos?– que hacen de sus verdades convicciones, y autodefinidos liberales que legislan protegiendo, o aprovechando estar a un lado u otro de una raya en el suelo; olvidando que la historia de la ciencia y la propia civilización es la de evidenciar sus fracasos, evolucionar, adaptarse o ser ninguneada, y reconstruir sobre ellos.

Es agotador vivir en una realidad caótica, sin sentido, sin objetivo, sin mayorías, sin verdades absolutas, sin pautas ni patrones, y más aún explicitando la duda, asumiendo la ignorancia, y la cesión que implica cualquier negociación; y sin embargo es cómodo dejarse llevar, ser parte de algo, anularse como individuo, limitar la libertad individual a la elección entre opciones secundarias. A pesar de que nos gusta la tesis lamarkiana del Best Seller *El Secreto*, no por mucho desearlo el Universo conspira a favor de nuestro dinamismo... ¿afectan nuestros actos a su movimiento? Consume menos energía vital, y se puede ser más feliz, estando seguro de lo que el grupo considera esencial que debe ser verdad para pertenecer al grupo. La comodidad del determinismo, de las cate-

gorías, de los moldes, y de la Escala de Valor. Ser humano es difícil pues nacemos con un pecado original de confundir diversidad con conocer el bien y el mal, de tener una causa que define los valores, por ser humanos. Tuvimos éxito por poner las causas por encima de los individuos, pero moralmente nos sentimos culpables por ello.

Pretendemos el determinismo, tenerlo todo claro, vivir entre patrones, entre Verdades, entre paredes, y la realidad no deja de recordarnos que nada es estable y que todo cambia. Habitamos en la culpa por tener más dinero que otros, por mejor posición social, por contaminar y consumir más, por ser capaces de guerras y asesinatos, —contra lo que masoquistamente nos gusta creer, Edward Wilson, el más conocido experto mundial en hormigas, afirma que el genocidio no es exclusivo de los humanos: “Es una suerte que la tecnología sea humana, que si tuvieran la bomba atómica las hormigas, el mundo se acababa en una semana”—. Residimos en permanente penitencia, sin querer cambiar de residencia. Es una situación extraña, pues estamos viviendo un nuevo éxito evolutivo —no sabemos si se nos tornará en contra-, a costa de renegar de lo que nos hizo triunfadores como sapiens: de las causas absolutas por encima de los individuos, el hormiguero como ser a trascender, incluso por el sacrificio de la hormiga.

La distancia entre el creyente y el escéptico diferencia una especie nueva. El científico tiene la obligación de proponer y de dudar, de criticar hasta a sus propias teorías, de intentar demostrar no sólo que son ciertas, sino incluso intentar probar que no lo son, para conseguir por eliminación llegar a mejores conclusiones interinas. El científico que defiende una hipótesis porque se la cree, se torna paracientífico, —científista—, y es común, muy común, pues a cambio obtiene felicidad a escaso coste, que creer es atajo barato a la cara demostración. El psicólogo Gary Marcus lo llama sesgo de confirmación, que vendría a describir el diferente peso de atender al razonamiento favorable frente al desfavorable, en argumento que transforma especulación en convicción. Conveniencia. Peyorativamente, especular es enriquecerse a costa de las desgracias de los demás, de sus miedos, de sus debilidades, de disponer de peor información que el que especula... y especular sin pruebas es delito en medicina, pecado en economía, pero no en ecología, o en climatología porque en realidad ahí perdonamos los errores que no toleramos en los primeros: nos conviene. Pintadas en la calle, artículos en los periódicos, propuestas electorales, tertulias en la radio, conversaciones alrededor de

una mesa, todos contra la especulación... de la vivienda, pero todos nos hipotecamos como modo de inversión a futuro, que aplicados a nosotros mismos no llamamos especular.

Al especular se apuesta –se arriesga– por una teoría, y cada uno de nosotros paga lo que cuesta el riesgo que asume otro sólo si nos conviene. En paraciencia medioambiental, tolerando el rigor científico y elevando a verdad incuestionable la especulación, demostramos que nos compensa comprar la excusa que nos venden. La especulación con tendencia de escaso riesgo y gran ganancia nos resulta ofensiva... en el suelo, pero no en el cielo. Nos revienta la especulación de las cosas, sin embargo somos admiradores de los especuladores en las ideas, y como decía Gracián: “La admiración es hija de la ignorancia y madre del gusto”.

Apostamos por alguna hipótesis conveniente por ser la especulación más barata que la erudición, y arriesgamos de modo más rentable que demostramos científicamente una afirmación que nos conviene. ¿Qué especulador es más nocivo para el medio ambiente: el que manipula el diagnóstico de un grave problema que a todos afecta, inventando medias verdades atendiendo a tendencias, obligando a errar en las soluciones, para justificar a los que la tesis perdona, o el que condiciona su precio aprovechándose de lo que se conoce?

Cuando una certeza científica consigue impregnar a la sociedad, ésta, más predispuesta a la cómoda creencia –patrón aceptado por conveniencia– que a la agotadora duda, a la cómoda mayoría que a la incordiante renegociación de alianzas entre grupos, tiende de modo natural a entenderla con el tiempo como verdad. Sobre todo si la tribu se siente amenazada. Un científico que investigue asumiendo esa Verdad que tanto le ha costado demostrar, pasará a ser un científico serio, publicará lo que quiera, conseguirá más fácilmente becas, reconocimientos, invitaciones a conferencias y congresos,... lo que está muy bien, siempre y cuando no se deje abducir por la necesidad social del orden, de la claridad, de la contundencia, del control,... siempre y cuando no olvide que su esencia está en dudar. Juego cansado ese, y para el que probablemente no estemos neurológicamente bien adaptados.

Las religiones, las ideologías, los nacionalismos, han sido eficientes causas agregadoras de entidades sociales que han llegado a definir a la democracia y a la ciencia, en realidad sus más molestas competidoras en la selección natural; y hoy aparecen nuevos fenómenos que dan diversidad a la ya diversa mitología que nos empapa en todos y cada uno de

los valores de nuestra vida política, en el sentido de renegociación social permanente. Hoy hay paraciencias y parademocracias –secuestradoras partidocracias–, que desde el éxito de sus originadores, se han transformado en credos de por sí. Para ser admitido en el colectivo de los alternativos debes creer en la naturopatía, en la comida vegetariana, en la no-violencia, en los derechos de los okupas, en la antiglobalización, y debes odiar a la derecha, al capitalismo, a la policía, a la energía nuclear,... No es que esté bien o mal la comida vegetariana, es que ni es parte, ni una Verdad. San Ambrosio: “Los preceptos de la medicina son contrarios a la ciencia celestial y al poder de la plegaria”... ¿antiguo?, pues Benedicto XVI en Ratisbona decía de la Evolución que no era razonable. Así llegamos donde con tanta letra pretendía: a la conversión de argumentos y criterios científicos, a la transformación de certezas provisionales de la ecología, en verdades absolutas, anulando la duda implícita en los planteamientos propuestos y convertidos en consignas y pancartas, que masas de bienintencionados y a menudo ignorantes, corean con rabia, metiendo en cajones con pegatinas de títulos que odian y nada tienen que ver, a los disconformes que se niegan a ser normalizados.

La paraciencia confunde la repetición de una hipótesis y el tumulto con su demostración, como si cuanto más se insistiera en una teoría más se comprobara; confunde el enunciado de cualquier explicación con su validez, cuando la grandeza de la ciencia es asumir el vértigo de descubrir los errores, sin obligar al planteamiento de exponer una alternativa mejor. Ya, el ser humano no está cómodo ahí, pero ello no justifica que el método sea el que es, y no el que nos gustaría que fuera. La ciencia es humilde, aunque los científicos no lo sean. Si se pone en duda la necesidad de protección de una zona natural automáticamente eres fascista –¿Qué tendrá que ver?–, o especulador, o de derechas, o insolidario, o misógino, o negacionista del Holocausto, incluso feo.

Pues bien, llámenme como les de la gana, que en sus cajones yo no pinto nada, y de lo único que estoy seguro es de que me equivoco, pero llevo ya un empacho de creyentes de la ecología que se han transformado por los procedimientos normales bien conocidos de categorización, normalización, mitología, simbología y rituales, de miedos, odios y amores, en ecologistas. Si estuviera de moda ser antisistema oponiéndose a Darwin, con estética rebelde y progre, gritarían a favor del Diseño Inteligente. Algo tendrá tal vez que ver, o al menos coincide en el tiempo, la llegada masiva de militantes antisistema al ecologismo

con el Muro de Berlín: algunos políticos se quedaron sin potencia en la causa que utilizaban para vivir a costa de los demás, o para tener un credo por el que vivir. Arribistas necesitados de un credo, y toda creencia precisa de quien se ofrezca como soporte para permanecer con mínimo esfuerzo. No se me ocurre un ismo que no haya degenerado e incluso pocos que, en un momento u otro, no hayan llegado a la sangre, siempre abanderando justicia, fe, igualdad, derecho,...

No se trata de enfrentar a unas creencias ecologistas, ¡sí, eso son lo que son!, a creencias antiecologistas, sino de enfrentar certezas provisionales a las dudas, los peros, los matices, las incertidumbres, y la rigurosidad; a la verdad del ecologismo maniqueo de pancarta que tanto prestigio social está adquiriendo. Consignas, pautas, patrones, eslóganes, categorías,... abducidos del entorno científico de la hipótesis, prueba, experimentación, rigor, repetición, replanteamiento,... en permanente evolución y dinamismo, para anclar a la sociedad en la ñoñería, la culpa, y el miedo. Collage de medias verdades, que configuran una estafa que nos interesa creer. Los ganadores ven en los errores oportunidades, los perdedores buscan culpables. ¿Para qué?, pues aunque no lo parezca, por interés y por reconocimiento. Como siempre. Como todo. Manipulación.

Quien se postula como víctima argumenta excusas y culpas, y busca a quien le arroje confirmándole lo que desea oír, implícitamente homenaje a cambio de vasallaje. La delegación de la responsabilidad es a cambio de que la justificación de que le digan que entre todos somos responsables, y sí, pero la cosa va más allá de lo que cada uno puede hacer por el medio ambiente, de consumir menos, de respetar: la cosa está en votar a quien proponga pagar y organizar, en vez de a quien ofrezca excusas y culpables para no hacerlo.

El ecologismo urbanita está resultando ser una ideología utilísima para la actividad más importante de la política: tener un culpable para evitar ser responsable de una solución, para mantener un status quo. ¿Qué mejor culpable que aquel que no puede defenderse, que los poderosos, que los distintos, que los lejanos? Mejor compramos que la culpa de que el suelo esté seco, y lo necesitamos por haber sembrado, es de la sequía, que no admitir que lo hemos regado y fertilizado demasiado. Mejor compramos que la culpa es de que llueva poco, que no admitir que no captamos el agua eficientemente y la consumimos sin consideración, por subsidiar sus costes ocultos y desplazarlos a otros. Mejor compramos

que la culpa de que el desierto avance en países pobres es de la emisión de contaminantes de los ricos, que no admitir que para no morir de hambre, no siendo de los nuestros, sus cabras están esquilmando ecosistemas frágiles. Mejor compramos la absurda idea de que es necesario parar de crecer cuando ya somos ricos, y culpar a los países en vías de desarrollo del Lejano Oriente, de querer tener un coche por familia.

El ecologismo ortodoxo busca culpables políticamente correctos y las personas, las sociedades, los gobiernos, manipulan esas consignas para hacer lo que con menor coste, mejor rendimiento da: echar balones fuera y seguir extorsionando a otros colectivos. No sólo eso, sino que además, o tal vez en agradecimiento y como pago por tal servicio, cualquier amenaza que se propone desde las pancartas supuestamente científicas del ecologismo nostálgico, es seguido de una hucha, una cuenta corriente, un impuesto en forma de moratoria o precio intervenido, una cuota de socio, una subvención. Indeterminado plural: otros.

Han arrancado los árboles, han acabado con la pesca, han contaminado el aire,... las multinacionales, las dictaduras, los imperialistas, los capitalistas,... siempre otros... y si alguien pesca es porqué comemos pescado, y en el mercado miramos el precio del kilo. Si alguien se carga un bosque es porqué la madera no certificada tiene valor en el mercado al ser consumida por alguien. Ese alguien que come carne, bebe vino, se cobija, viste, ilumina, divierte, viaja, duerme, ama, aplaude, es cada uno de nosotros. El que lo hagamos tan concienciados, que con gestos de reducir nos creamos con el derecho de acusar, es hipocresía ecologista, útil a nosotros no al medio ambiente.

El poder tiene un cuadro de mandos sencillo, con pocos botones: apuntarse los éxitos independientemente de que sean por causa propia (el faraón hacía calcular a sus chamanes cuando vendría la estación de las lluvias, y con toda la pompa, como hijo de dios, elegía el momento en el que ordenaba al Nilo que trajera agua); vender que hay patrones, categorías, moldes, pautas, ideologías, que ordenan la incertidumbre (la comodidad de ser parte de un algo, la tranquilidad de una idea); dosificar las amenazas, los problemas ficticios o al menos exagerados (mantener la cohesión frente a los odiados grupos distintos); normalizar, tolerar, respetar, definir, sensibilizar, (señores de la retórica); tener siempre un culpable para cualquier eventualidad (ya sea uno que no pueda defenderse, ya sea uno que no sea escuchado por odiado); salvar, proteger, promover, prometer; y disponer de la fuerza necesaria y predisposición a

usarla para vender su mitología, simbología y rituales, incluso a los que a pesar de lo anterior, no desean comprar. Groucho Marx lo definió mejor que cualquier sesudo analista social: “La política es el arte de buscar problemas, encontrarlos, hacer un diagnóstico falso, y aplicar después los remedios equivocados”. El buen gobierno no busca la Verdad, sólo permanecer y trascender así su escala de valor, y en los últimos años ha encontrado en el ecologismo subvencionado una herramienta barata para ello: metadona para el Pueblo.

No, no y no. Los científicos debaten ideas –certezas interinas–, los políticos ideologías –verdades absolutas–. Una teoría científica no es una Verdad, ni el criterio de un científico es Ciencia. A 40 Km/hora la respiración de un pasajero en carruaje no se corta, como afirmaban los antitrenes del siglo XIX ¡Lo que le costó a la Humanidad vencer el peso del prestigio de Aristóteles, defendiendo la obviedad de que el Sol gira alrededor de La Tierra! Una hipótesis avalada por el prestigio científico puede ser mejor que el criterio de un iluminado, pero jamás es absoluto. Se trata de criticar por criticar, criterios contra criterios, pautas contra pautas, y el científico que se ofenda por ello, que admita al menos que ha dejado de serlo. La ciencia se alegra de la duda, y la ideología de la certeza. Los científicos están siempre discutiendo sobre las diferencias en sus ideas, más que consolidando sus acuerdos, y sin embargo los ideólogos les sacan el mínimo común denominador que mejor les cuadra. Todos buscamos las similitudes en los demás y las diferencias respecto a los propios. La ecología pretende ser científica, y el ecologismo no es su hija, ni su amiga, ni su aliada, es su más repugnante enemigo. Ciencia frente a creencia.

Mucho más tarde que Nietzsche, para quien la tierra tiene piel y sufre enfermedades como el hombre, Lovelock en los años 70 propuso la hipótesis de Gaia, de La Tierra como un ente viviente donde todo está relacionado, y casi inmediatamente su teoría fue abrazada e incorporada al movimiento ecologista. Las ideologías seleccionan las ideas que convienen. Les cuadraba como en ese momento les cuadraba que se acercaba una quinta glaciación,... y gritaban amenazando con una nueva Edad del Hielo. Es una bella propuesta que, con sus matices puede ser discutida, incluso aceptada, pero desde el momento en que se encumbra en Verdad no criticable, deja de pertenecer a la Ciencia y pasa a la Creencia. La hipótesis conveniente se lleva de maravilla con la autarquía, cuando ésta la adopta bajo su protección (cuando no, exigen tolerancia

y respeto). ¿Puede considerarse vivo un modelo de organización que no se relaciona con otros seres vivos? Ni siquiera nos ponemos de acuerdo en la definición de vida. El caso es que lo admirable de éste venerable señor, es que manteniendo su esencia científica no ha caído en la comodidad de su propio credo, y ha sido capaz de enfrentarse a sus creyentes defendiendo la energía nuclear como alternativa al oxígeno negro... y también es propuesta que puede ser discutida, incluso aceptada.

Y alguien dirá ¿qué daño hacen las buenas intenciones? total, aunque sólo sea para mantener en la sociedad esa mentalización de que nos podemos enfrentar a grandes peligros si no nos autocontrolamos, ya se justifican las incongruencias del fundamentalismo ecologista. Pues no, el camino del Infierno está lleno de buenas intenciones. Si encallan los planteamientos pseudocientíficos y adquieren selectivamente, según les cuadre a sus obsesiones, los nuevos avances, se reducen las opciones y nuevas propuestas que tal vez, sin tan buenas intenciones, puedan resultar más efectivas.

El Cristianismo partía del amor como base de todo, y sus ideólogos han montado las masacres y genocidios que han montado. Las buenas intenciones no tienen demasiado que ver con los buenos resultados, y durante lo que llevamos del primer decenio del siglo XXI, declarado, firmado y cacareado Decenio contra la Pobreza, hemos conseguido no sólo aumentarla entre los países, sino también entre las clases sociales de cada país. Antes de acabar el plazo de la Crisis Alimentaria, la FAO no ha logrado poner recursos sobre la mesa, para no estar peor que antes de tan pomposa declaración. Hoy consumimos más petróleo, emitimos más contaminantes y residuos, repoblamos menos superficie boscosa, construimos menos embalses,... e incluso proporcionalmente el porcentaje sobre el total generado de energía renovable es menor que hace 30 años. Agoreros voluntaristas. El Efecto Pigmalion, o de la profecía autocumplida, modernizado por Robert K. Merton, y avalado por curiosos experimentos de Rosenthal y otros, –incluso utilizado para explicar hasta alguna quiebra bancaria–, supone que “Una profecía se cumple a sí misma porque la gente percibe como auténtico un peligro falso, y actúa como si fuera real”.

La twilight zone entre ciencia y pseudociencia, superstición, y magia, se mueve, es difusa, y conviene estar atentos para no perderse en su penumbra milagrera y conspiranóica. Molière por boca de Orgón: “Puedo disparar en vos, señora, esos temores ridículos, pues conozco el arte

de eliminar escrúpulos. Verdad es que el Cielo prohíbe ciertos deleites, pero siempre pueden hacerse con él ciertos apaños”. Según necesidades diversas, hay una ciencia para relajar las ataduras de nuestra conciencia, y rectificar la maldad de los hechos con la pureza de nuestras intenciones.

El ecologismo arrogante precisa, aunque le duela, de un profundo replanteamiento interno, necesita abrir la mente a alternativas, hacerse positivo, obtener del cambio oportunidades y no miedos, salir de su paranoia obsesiva y apocalíptica, escribir y reescribir cada día nuevas pancartas, aunque contradigan otras anteriores. El ecologismo sectarista debe superar su sometimiento biológico, y ecuánimemente situarse a medio camino entre la biología y la economía. Así es la ciencia, una carrera de fondo, y apuntándose a la actitud del pelotazo científico, del atajo entre hipótesis y conclusión que se tolera en medio ambiente, enrocándose, se están convirtiendo en una nueva amenaza para la Naturaleza. La ortodoxia suele acabar mal, y la soberbia, como decía San Agustín, no es gordura sino hinchazón.

Eco fue ninfa rechazada por Narciso. A pesar de su prefijo eco, –casa–, el ecologismo paracientífico –etimológicamente, configuración de ideas ecológicas, que es de conocimiento del hogar–, no desea entenderse con la economía –etimológicamente, administración del hogar–, y prefiere refugiarse en la biología y la ideología, antes que en contabilidades y métricas. Conocer y administrar. Al no hablar un lenguaje común con las necesidades materiales y la gestión de recursos escasos, establece líneas rojas en la negociación donde cree y no donde sabe, puede, o debe.

El ser humano existe formando parte de culturas tecnológicas que le protegen del entorno, consume, y procrea, y si bien todos estamos de acuerdo en que hay que negociar con el entorno, los criterios mal definidos y medidos, llevan a soluciones ineficientes. Cuando no deseamos negociar con los recursos próximos, o con lo que nosotros no necesitamos, o con lo que tememos, le asignamos un valor infinito por amor a la tierra. Así el ecologismo ingenuo negocia ingenuamente con las necesidades económicas por no querer entenderse hablando un lenguaje común. Nos tapamos los ojos pero abrimos lo dedos, y no deseamos contar calorías para comer lo que nos gusta y a gusto. Si no contabilizamos nosotros, o lo hacemos intentando construir una realidad conveniente, la Naturaleza continuamente hace sus números, y de no equilibrar la dieta, engordamos y empeoramos la salud y agilidad. La realidad es testaruda

y desesperantemente desobediente a nuestras teorías, a la selección de aquellas verdades que mejor nos convienen.

A todos los ismos, –ideologías en las que quien tiene que demostrar la falsedad de su hipótesis, son los abyectos enemigos de su verdad–, les incordia el indeterminismo, el aceptar que la realidad no se sujeta a sus patrones, y la teoría de la conspiración surge siempre en sus retorcidos argumentos, sean viles o ñoños, para dar sentido a sus conjeturas, cuando su Verdad colisiona con la realidad. La conspiranóia es el temor a convivir con la ausencia de una respuesta, que aunque no exista, o aunque sea consecuencia de una pregunta mal formulada, la necesitamos no sé muy bien para qué. La mitología de contubernios internacionales tiene el mismo origen psicológico que las de los dioses vengativos, o los santos diluviadores. Con mucho más estilo y desarrollo, Popper, a quien deberían leer los pseudocientíficos antes de llamar escépticos y negacionistas a quien les critica, ponía a los teóricos de la conspiración a caldo. Teocracia, autocracia,... conspiranocracia.

Cualquiera que conozca a las empresas grandes por dentro sabe que sus directivos las gestionan no ya al corto plazo, sino a los cierres trimestrales y anuales, según cotizaciones diarias en la bolsa, en función de los plazos de sus stock options. No tienen estrategias más allá del dinero, ni voluntades, ni intenciones redentoras, sólo objetivos de rentabilidad. Contra lo que plantea la conspiranóia habitual, si alguien tiene una patente que le permita comerle terreno a su competidor, lo hará, si contamina lo hará, si no también, si eso hunde el mercado del petróleo a largo plazo lo hará, pues esos gestores ya estarán en sus casas del Mediterráneo, del Caribe o de las Bahamas para entonces. El alto ejecutivo de hoy, como Esaú, prefiere el plato de lentejas de Jacob al derecho de primogenitura.

Las multinacionales funcionan justo como Sung Tzú decía que hacían los malos generales: exigiendo a sus coroneles que cumplan objetivos en vez de tomar ventaja de su posición estratégica. Cada directivo tiene su “cuadro de mandos”, y por mantener los ratios se le mantiene en su puesto, y paga. El Cuadro de Mandos por el que les pagamos tiene relojes, luces e indicadores, que de nada sirven para la optimización de recursos escasos, pues nada indican de la actividad económica, que al final en vez de ser al revés, a ellos se debe. En un entorno así no es razonable suponer que están de acuerdo todos en estrategias a largo, pero quien plantea las teorías conspirativas, de secretos, de inventos del ejér-

cito americano que dosifican, de tecnología extraterrestre en el Área 51, de almacenes como al que llevan el Arca de la Alianza en Indiana Jones, incluso quien usa la climatología para transformarla en climatologismo, pueden saltarse el requisito de la prueba.

La biolirica es ilusa por interés y vaguería. ¿Para qué sujetarse al método científico pudiéndoselo saltar con supuestos secretos conspiranólicos? Inventores de estruendos nuevos o susurradas sospechas, al tiempo que en aparatosos ritos y declaraciones tiran sal al mar. Humberto Eco hablaba de la sabiduría secreta, que tiene la bula de ser profunda por ser secreta, y escapa de cualquier verificación de si es o no plausible, o como los misterios de las Vestales, u otros templos antiguos, simple colocón de psicotrópicos. No sé si hay lobbies conspiradores, no sé si Spectra sigue operativa,... no creo.

Lo que sí sé, es que las Verdades Convenientes, las Investigaciones Oportunas, son subvencionadas con mi dinero, y guardan en cajones tecnologías nucleares mejores que las actuales (las misteriosas y milagrosas tecnologías renovables que consiguen obviar la intermitencia, que se suponen ocultas por las multinacionales en silos secretos, de existir están muy bien escondidas).

Lo que sí sé, es que la investigación en hidrógeno está a menor nivel presupuestario que los viajes a Marte. Lo que sí sé, porqué así lo dicen en su propia publicidad, las empresas energéticas que se llaman verdes (sic), patrocinan programas de televisión, de radio, libros con muchas fotos de colores, conferencias, ONG's de contenido ecoñoño, al tiempo que año tras año incrementan su factura fósil. Lo que sí sé, es que innumerables organismos públicos y privados, pagan por oír lo que quieren, y la ciencia ofrece una caja de herramientas que puede utilizarse para colgar un cuadro o hacer un boquete. Lo que sí sé, y lo dicen ellos mismos sin sonrojarse, es que en el IPCC no caben los que no estén de acuerdo con su tesis oficial.

Lo que sí sé, es que se está pagando por hacer cienciaología,... digo, ciencia tendenciosa. Lo que sí sé, lo sabe mi bolsillo, incluso como profesional, es que si quiero contratos debo ser políticamente correcto, y entrar en los márgenes de la Verdad Oficial. Lo que sí sé es que el tipo de argumentación de estas páinas se hace entre científicos tomando café o en la cantina, y se reconoce más o menos explícitamente que no es conveniente que salga de ahí. Lo que sí sé es que hay miedo, o al menos cierto respeto en contradecir las Coartadas del Ecologismo.

En lo que se está invirtiendo dinero, y no precisamente privado que pertenece a unos accionistas, sino impuestos que pagamos todos, es en fomentar unas verdades difusas frente a otras más gestionables y concretas: los acusadores son autores de lo que ellos mismos codifican como delito. ¡La Conspiración Verde! Los presupuestos pagan más a gusto las investigaciones según su objetivo acorde con esconder las culpas y provocar temores, y los derivan incluso de mejores usos como tal vez fuera mejorar las tecnologías nucleares ese poco o mucho que les falta para producir escorias poco radioactivas.

Contra nuestro origen sapiens, la razón a largo plazo puede con la fe, y al no tener una única verdad se sume en un mercadeo de ideas, en evidencia de sus contradicciones da paso a negociar con las ideologías, sin embargo cuando es la creencia la que en situación de estrés social se impone a la ciencia, no tolera su cuestionamiento ni la diversidad. ¿Acaso no pretende la sensibilización y concienciación ecológica el estrés social? “Grande es la fuerza de la tergiversación continua, pero la historia de la ciencia muestra que afortunadamente, esta fuerza no perdura mucho” (Charles Darwin).

CAPÍTULO 2

EL TERCER GRADO DE MENTIRA

Hermes, ya de niño, por su habilidad comercial fue nombrado mensajero del Olimpo, tras robar y devolverle las vacas a su hermanastro Apolo. Se tuvo que comprometer a nunca más volver a mentir, aunque le advirtió a Zeus que ello no le obligaba a decir toda la verdad, y por ello éste le encargó velar por los tratados y contratos, por la libre circulación por los caminos, y por el comercio. En cosas de mercaderes, verdad y conveniencia se arremojan desde entonces por la tendenciosidad.

Se ha asignado a diversos personajes la recurrente cita de los niveles de mentira: calumnia, verdad a medias, y estadística; siempre en la intención de culpar a la pala de hacer un agujero, de entender a la herramienta como falsedad en grado difuso. Sin embargo la estadística no es una verdad ni una mentira; es la maleabilidad respecto a su construcción e interpretación lo que afecta a su credibilidad. La propia realidad es una mentira para las interpretaciones competidoras de cada cultura. El dato estadístico por si solo es insuficiente, pero también lo es su necesaria interpretación. Texto y Comentario. La estadística tiene más características que la media, –desviaciones típica y estándar, moda, mediana, etc...–, cada distribución tiene sus sutilezas, su aplicación, y cada metodología de muestreo su oportunidad. En cualquier caso siempre se

refiere a sucesos ya ocurridos. A la lista de niveles le faltan grados: opiniones de experto, voluntad de la mayoría, justificación, conveniencia, sensibilización, creencia, tergiversación, magia, invención,... y de hecho confundimos a menudo los argumentos de un científico con ciencia, las creencias de quien sabe con sabiduría, conocimiento con cultura, la argumentación con la manipulación, hasta la magia con la tecnología. La estadística es un cuchillo que tanto vale para el jamón, como para el asesinato.

¿Se puede considerar estadísticamente válido el resultado de preguntar si se está de acuerdo en bajar los impuestos?, ¿si debe haber zonas verdes? ¿Se puede considerar estadísticamente válido la interpretación que hacen los políticos de los motivos de la abstención en las últimas elecciones? ¿Se puede considerar estadísticamente válido un muestreo en el que no se indiquen variables como el error estimado, los criterios de estratificación, la dispersión de resultados, varianzas, modelo de distribución supuesto? Podemos hacer el análisis factorial de dos variables no relacionadas y encontrar que tienen estadísticamente una correlación bien por casualidad (de probar mucho, alguno encontraremos), o bien por interés en reforzar una conjetura. Hay curas que han demostrado que ir a misa alarga la esperanza de vida tanto como dejar de fumar, como si una correlación estadística fuere prueba directa de causa, sin más. Si se le pregunta a alguien cuantos caramelos tengo en una bolsa, la respuesta es condicionable a mayor o menor si previamente se le hace que conteste a ¿cree Ud. que tengo más de 50? o con la misma bolsa ¿cree Ud. que tengo más de 500? Los que redactan estadísticas lo saben. (Los periodistas seguramente con las prisas, ni se lo cuestionan). Hay bien documentados experimentos en los que se pregunta a jóvenes y mayores por su nivel de felicidad, y acto seguido a unos y a otros cuantas citas han tenido en el último mes o qué achaques de salud: los resultados son aleatorios; en cambio cuando se invierte el orden de las preguntas, la correlación es directa, ¿cuál es la causalidad?

Dicen los psicólogos evolutivos que el ser humano ha desarrollado el lenguaje y la empatía para manipular y evitar ser manipulado, (también la moral para agruparse y diferenciarse por encima de la sangre, unanimidad, y disensión memética sobre la genética), que somos especie llegada a inteligente por mentir y que no nos mientan, negociadores en el Rastro, jugadores de póker, y con las mismas herramientas ahora intentamos hallar verdades provisionales. Estamos genéticamente preparados

para jugar al mus: somos actores natos. Disimulamos y simulamos: pretendemos obligar a la realidad a adaptarse a nosotros, y si no lo acepta, lo justificamos; a eso le llamamos inteligencia. Es fácil con esa base engañar a los hombres, incluso hemos desarrollado la retórica de los eufemismos, la contabilidad, la estadística, el amor, y la propaganda. Repetir pocas ideas simplificadas muchas veces, vulgarizar y popularizar los mensajes, avasallar de datos y callar otros; para retorcer el análisis, reafirmarse por contraposición al adversario categorizado por tópicos, incluso por las propias carencias, transformar el acatamiento a las hipótesis causa-efecto en identitarias, segmentar y extraer de contexto,...

Tenemos resortes que promueven un sesgo psicológico inherente en nosotros: no es lo mismo la sensación de riesgo de sacar cara si la vez anterior hemos sacado cara; no valoramos el mismo riesgo en perder una oportunidad y repetir la opción, que intentar una distinta; no contestamos lo mismo en función del modo formal en el que nos hagan la pregunta; etc, etc, etc... Una cosa es el error estadístico y otra muy diferente la sensación de credibilidad de la estadística. ¿Sucede lo mismo con la prospectiva? Parece condición humana mostrar sano escepticismo ante una información estadística sucedida o presente, más o menos contingente, y sin embargo tragarse sin más una extrapolación a futuro, cuya máxima credibilidad jamás podrá superar la anterior.

La conveniencia es parte de la estadística. A pesar de que la existencia de una torrentera nos indique que en el pasado por ahí ha pasado abundante agua, nos mostramos optimistas y somos capaces de sustituirla por un tubo de evacuación... y sin embargo a futuro somos pesimistas y con un modelo prospectivo, igual nos convencen de que es zona de riesgo de inundación.

Nos gustan los agoreros y somos así tolerantes con su contingencia y metodología, pero nos mostramos más exigentes frente a los que nos recuerdan nuestros pecados. Buscar responsables no resulta simétrico a asumir responsabilidad. A lo evidente le hallamos pegas, a lo que no comprendemos, menos. Así los modelos de análisis de recurrencia climática, a pasado, tienen más valor científico y menor credibilidad social, que las simulaciones extrapoladas a futuro, y si se quiere obtener más prestigio, y por ende dinero, por ellas, la técnica más operativa es la de enturbiar el procedimiento, y simplificar el resultado. Los hay que llaman a esta nueva sociedad posmodernista, y la describen como animada por una mezcla de arrogancia y agresividad, con el espejismo lamarkiano

de suponer que las cosas suceden según se piensa que sucederán, en el que cada uno puede hacer lo que se proponga, y el indeterminismo es cálculo insuficiente. El rebelde Sloterdijk acuña el término de Utopía Cinética: suponer que podemos dirigir nuestro proyecto de mundo, el Efecto Mariposa Inverso (la consecuencia inevitable no llega a producirse por alguna variable, que en la prospectiva de la acción-reacción se desprecia por nimia), y tras sucesivos intentos fallidos de hacer historia, en espectacular salto adelante ahora pretendemos hacer naturaleza... pero la diosa Tique, con sus malabares, no suele tolerar que las cosas resulten como se piensan, y al ejecutar nuestro plan ponemos tal vez en marcha lo que no habíamos tomado en consideración. El Universo no conspira a favor de nuestro deseo. ¡Ya pasaron los tiempos de inocencia progresista en los que había que moverse para que todo avanzara!... que tampoco es garantía de ascender, sólo inercia.

Sea cual sea el valor social que se le dé o se le desee dar a la estadística, que al ser interpretable cada uno acerca el ascua a su sardina, no ocupa el tercer lugar en los niveles de mentira, pues se le cuele fácilmente, entre otras, la prospectiva... que a menudo utiliza como herramienta la estadística extrapolada a futuro, pero no tiene porqué –desde la quiromancia a los modelos computerizados hay muchos grados, entre ellos la peligrosa y a menudo aireada en medios hipótesis científica avalada por el prestigio más que por la experimentación–, y que relega a aquella a un cuarto puesto. Si cuando conviene se duda, –en ocasiones hasta con cierta razón–, de la credibilidad del análisis de datos sucedidos y medidos, a veces, si nos cuadra con lo que nos interesa creernos, tomamos afirmaciones basadas en modelos de simulación como quasi-certezas científicas, a menudo afirmaciones basadas exclusivamente en la opinión científica o no, del agorero que las enuncia. Los propios científicos interesan de que se confunda en grises la distancia entre probabilidad y tendencia, modelo y adivinanza, entre hipótesis y teoría.

La angustia del apocalipsis es consoladora para que mientras todo siga igual de parecido. Una opinión, una hipótesis en complicado es un Simulador, y un modelo de previsión por elaborado que esté o enunciado por quien esté, sin error medible y/o experimentación que siga sus previsiones en hitos intermedios, no tiene el valor de certeza al mismo nivel siquiera que la estadística. Los pronósticos son sólo interpretaciones estadísticas no contingentes a priori. Los neurólogos describen que nuestro cerebro funciona adelantándose a lo que sucederá, lo que es

después certificado o no por la interpretación de la información que nos entra por los sentidos, proceso que va más lento. Nuestro inconsciente decide, y el consciente lo justifica. Ello nos introduce un sesgo respecto a la evaluación de lo correcto de nuestra predicción: la conveniencia, la lente a través de la que vemos la realidad. Buscamos patrones en la realidad caótica, e incluso definimos normas que pretendemos obedezca la realidad (el bien triunfa sobre el mal, lo bello es bueno, lo confuso es complejo,...). Un modelo matemático, una simulación, una predicción, una extrapolación, son herramientas que usamos en base a un proceso cotidiano de nuestro cerebro: el suponer. Un simulador climático puede ser tan sencillo como “En Abril, aguas mil” (una extrapolación estadística); o tan complejo que no tengamos capacidad de proceso suficiente en nuestros ordenadores actuales.

Es sólo cuestión de selección y medición de variables, y sus procesos de relación entre ellas. Cuantos más datos, linealmente más necesidad de proceso, pero cuantas más relaciones entre variables, esos requisitos de capacidad de cálculo se incrementan exponencialmente. Las verdades se pueden empastar en mentira si la reconstrucción es falsa. Si mañana llueve, iré a buscar caracoles y cenaremos con los amigos; eliminando variables y relaciones en las que pueden o no introducirse modificaciones al resultado, pues el simulador pretende ser más sencillo que la realidad. Si mañana llueve igual llueve demasiado o demasiado poco, o por la tarde cuando tengo libre por la mañana, o tal vez haga viento, o nieve en vez de llover, o se me estropee el coche, o me llame una cuñada para que acompañe a su hijo al colegio, o haya huelga y corten la carretera, o no encuentre los caracoles suficientes como para invitar a los amigos,... en fin mil circunstancias, variables, que en su relación pueden invalidar la previsión, o prospectiva. Si computerizáramos el modelo llamado “El Cuento de la Lechera”, lo presentáramos con colores y gráficos, en jerga eufemística, en presencia de alguien de prestigio, y con final desgraciado, igual le dábamos un valor científico que no tiene.

La credibilidad social de un simulador no depende de su precisión o elaboración o verificación, sino del interés que tenga el grupo en confirmar una hipótesis que le conviene. El modelo de gasto sanitario proyecta que el incremento de gasto se dobla cada año, y si ya hay estados de Canadá en el que absorbe la mitad de los impuestos, la simulación indica que, de seguir el modelo inferente, antes de mediados de siglo los países desarrollados deberán gastar más de lo que ingresan sólo en salud... pero

como no interesa, pues tal vez a alguien se le ocurre comenzar a cobrar algunos medicamentos, oyéndolo pensamos en que no nos lo queremos creer y no hacemos nada. El modelo de tráfico indica que cada vez que aumenta el 50%, se construyen un 5% más de vías y aparcamientos, pero como no interesa, pues tal vez a alguien se le ocurre cobrar más por circular, no hacemos nada. Los modelos predictivos demográficos, de producción de alimentos, de pobreza, de hambre, de nivel educativo, de acceso a agua potable, de degradación del suelo,... son mucho más consistentes que los de cambios climáticos, pero nos interesa más tener excusas, que realizar esfuerzos.

El hombre nace antes de tiempo por no haber alcanzado las fémias a dos patas, cuando se cree adolescente se comporta como niño malcriado, y al decirse adulto en la irresponsabilidad, vive buscando culpables hasta que de joven muere inocente de sus decisiones. Buscar coartadas, justificar excusas, creernos nuestras mentiras, nos resulta más cómodo y barato que asumir responsabilidades, y somos capaces de echarle la culpa a la lluvia de la sequía o la inundación, a los dioses de nuestros desastres y desgracias, y a nuestra comida –vacas, pollos, corderos, pescado, cerdos sean por locas, por gripes, lombrices– hasta de nuestra muerte. Causa de otros, efecto sobre nosotros: las víctimas, pollitos llorones, mientras a patadas echamos a los hermanos del nido.

¿Podemos controlar todas las variables? Desde principios del siglo XX, tenemos claro que el determinismo “newtoniano” no se corresponde a la realidad “heisenberguiana”. Causalidad versus Casualidad. Los griegos establecieron un simulador climático según el que las olas de frío y de calor eran porque Faetonte, hijo de Helio, no era tan fuerte como su padre para sujetar los cuatro monturas de la auriga dorada, que lo llevaban cada día desde más allá de la Cólquide hasta las Islas Bienaventuradas. ¡La correlación no implica causalidad! En sus conferencias internacionales de lucha contra el cambio climático, proponían una distribución de libaciones según el ganado de cada tribu: a unos les tocaba sacrificar un carnero, y a otros algún rey, según las correspondientes culpas y cuotas de emisión de pecados.

Nuestros modelos tendrán mejores aproximaciones, pero análogos chamanes chiflados. Los modelos planificados, que dibujan ingenieros y arquitectos, calculan matemáticos y físicos, en supuesto determinista, predicen a corto plazo y/o escasa complejidad y/o grueso detalle. De ciertos inputs se obtiene una hoja de ruta, y una situación final. En cartografía

te suspenden si confundes escala con precisión y detalle, no admitiéndose mejorar la información haciendo ampliaciones con fotocopiadora ni pantógrafo. Los modelos a largo plazo, de procesos complejos, y con alto nivel de detalle no pueden ser jerárquicos, sino negociados: tendencias, que no pronósticos. Es decir se puede ir seleccionando durante generaciones la vaca que da más leche, o crear un Frankenstein empalmando trozos de vacas con características para dar más leche; y el clima es demasiado complicado como para que su modelización sobreviva a la verificación determinista a nuestra escala, precisión y detalle.

Quien se opone a la transgenia, defiende su conceptualización. Podemos simular más o menos el tiempo de los próximos días, más o menos en las zonas en las que lloverá, e incluso si lo hará con intensidad o si helará; pero cuanto más lejos nos desplazamos en el pronóstico, más variables y derivadas, menos detalle y precisión, y más probable es que construyamos nuestro propio monstruo. Nos revienta que la realidad no verifique nuestras predicciones, y en falaz huída hacia adelante por frustración de no acertar con entender lo que sucederá en un mes, nos conforta convencernos de la fiabilidad de saber lo que sucederá en 50 años. Entre humildad científica compramos arrogancia, otorgando a los notarios poderes de profeta.

¿Hay un orden en el Universo? Einstein sentenció que Dios no juega a los dados, ¡se equivocó! La programación no es perfecta, nacemos abortos antes de que la plasticidad neuronal sea demasiado estricta y permite a la experiencia moldearnos, cual marsupiales sin bolsa acabando la gestación en la cuna, su indeterminación nos hace un poco libres de autoprogramarnos con lógica, y por ello únicos. En física ya no existe sólo la causalidad, también jugamos con la casualidad. Lo pagamos con infelicidad e inseguridad, pero a algunos compensa. Somos humanos y necesitamos prever lo que nuestra experiencia percibirá, categorizar, encontrar organización es nuestra esencia, pero por ella también sabemos que no siempre acertamos, y que si lo hacemos parcialmente nuestra subjetividad justifica cierto sesgo conveniente.

Si algo nos ha enseñado la experiencia del devenir humano es que la realidad es desobediente a nuestros intentos de abstraerla, clasificarla, ordenarla, a menudo no acertamos y solemos identificar que se nos ha escapado algo, que en nuevas previsiones incorporamos. Parece norma establecida la de que las modificaciones y mejoras a los modelos de simulación, aumentan según se aproxima la verificación de su resultado.

A esa variable en la que no habíamos pensado y que resultó ser crítica en tal circunstancia le llaman los matemáticos como el libro Taleb, el Cisne Negro (la probabilidad de que suceda algo raro no es rara, pues pueden suceder tantas cosas raras que hagan probable lo extraordinario: la probabilidad de lo improbable concreto no es la de lo imprevisto). Lo imprevisto modifica el modelo para incluir la experiencia, hasta que se produzca otra causalidad... y complicar el modelo quien sabe si en el extremo, en algo más complejo que la propia realidad (en la que la imprevisión es por ser, y punto, sin poder preverse).

El precursor de la modelización del comportamiento de la comparativamente sencilla Bolsa, Louis Bachelier, para establecer una simulación de la especulación, supuso una distribución normal y la equivalencia de los agentes económicos a partículas en movimiento browniano (polvo en suspensión). Cada desastre bursátil ha demostrado su esencial minusvaloración del riesgo —no es raro que sucedan cosas raras— y sobretudo la difícil causalización de los eventos puntuales: en un sólo día de 1987 el Dow Jones se desplomó una cuarta parte, y todavía buscan los números. Las condiciones globales, genéricas, pueden ser tendencias pronosticables con cierta probabilidad, pero pretender simular el comportamiento de eventos extremos, desastres, o situaciones concretas, al darle el valor de la infalibilidad acusando de negacionistas a los escépticos, mera arrogancia negligente o interesada. Para prever el Juicio Final no acertó ni Dios, y ¿van a adivinarlo los iluminati del IPCC?

Residir en el futuro es poder, es disfrutar hoy y dejar pendiente el pago. Nuestros modernos adivinos utilizan la misma estrategia que los de todos los lugares, tiempos y tribus: ver el futuro, conocer la Verdad, poseer la interlocución, proteger al clan, normalizar a los propios, diferenciarse de aquellos con los que compartir no resulta rentable, justificar la expoliación a otros, buscar culpas, y definir la identidad normal. Gestionar el presente precisa conocer el pasado e intuir el futuro, confundiendo retrospectiva e iteración, pero manipularlo requiere establecerse en ellos a costa de renunciar al hoy. Vivimos instalados en el prejuicio cristiano de la interinidad entre la Salvación y el Juicio Final, en la moratoria hasta el Apocalipsis, —envase de esperanza— que es lo que de la realidad resta hasta el presagio. Las religiones ofrecen esperanza al habitar el futuro: sacrificarse hoy para obtener premio mañana, y aunque nadie ha vuelto de la muerte a verificar la falsabilidad de tal hipótesis, las curias han obtenido réditos terrenos para pagos que no sabemos si se

han sufragado. Se pide poco: unos pequeños gestos testimoniales, algún homenaje o rito de sumisión, concienciación, sensibilización, responsabilidad, de todos un poco,... solidariamente. Así la garantía, si falla, no halla responsable hasta que se demuestra el error, que suele suceder cuando los pagadores ya no están. Como poder político interesa el miedo y la esperanza, y es confortable disponerlos sin pagarlos por suponerlos en el futuro.

Erich Frömm lo llamó “Miedo a la Libertad” (en realidad es miedo al azar, a la casualidad, a la indeterminación, al caos, a la duda, a la incertidumbre, a la penumbra), y yo prefiero llamarlo “Vértigo”. Mantener a la sociedad entera en jaque. Compra hoy y paga mañana, o nunca, delegando la carga de la prueba en los “escépticos”, denostados y vilipendiados hasta entonces. El mercado de futuros es el que más dinero mueve en el póker de prospectiva de nuestra Aldea Global... hay patadas y codazos para instalarse en alguna Verdad Conveniente, sin responsabilidades ejecutables. Es jaja: se cobra poco a muchos, y a cambio se ofrecen promesas sin garantía, que nadie pagará si no le da la gana. El buen periodista, como el buen ecologista, es el que adelanta la verdad sin esperar a los hechos. Total cuando se pueda demostrar si se acertó o no, ya no habrá responsables, y los que vivieron a costa de esos miedos, estarán inventando otros.

Las amenazas inminentes requieren soluciones y decisiones, que pueden ser o no exitosas. Demasiado riesgo teniendo una salida tan solvente como anunciar que gracias a una actuación concreta, –al tiempo que como el Màgic Andreu se cuelgan las correspondientes medallas–, se ha evitado un peligro a futuro. Incluso se puede modificar los supuestos en el pasado, o matizarlos, o negarlos,... total, nadie se acordará, o a pocos importará.

Manipular el presente es ser dueño del pasado y del futuro. En una ocasión por molestias en las vértebras dorsales, acudí a un autodenominado médico naturista –igual tuve mala suerte y los habrá buenos– y tras sobarme por todo, sentenció que en algún momento de mi juventud había tenido una hepatitis mal curada, y que antes de tratar la espalda había que trabajar con ello. El caso es que salí de allí con las mismas molestias en la espalda, una hepatitis sanada, y la sensación que me habían timado. El feng shui es un excelente modo de conjurar energías negativas, que se supone nos atenazan. Publicar noticias de lo que sucederá es tanto más cómodo cuanto más lejano en el tiempo: nadie se acuerda salvo si

se acierta. Es políticamente tan barato decir que en el año 2050 todas las energías serán verdes, y ello generará un millón de puestos de trabajo, como que los chavales irán de viaje de fin de curso a la Luna, y ello les dará una perspectiva más humanista del mundo. Que el público lo crea no depende tanto de su credibilidad, como de que se diga lo que se desea oír. Todos buscamos el cómodo negocio de habitar el futuro, con profetas que venden humo con el que empañan la perspectiva, pues una vez llegados sólo queda la historia y la arqueología, y la historia se puede siempre andar al revés (sobretudo en paso justificador nacionalista).

Negar el futuro oficial es hoy tan delictivo como negar el pasado escrito por los vencedores. La Historia sabe de la sangre vertida por negar la historia, pero nadie considera la que negó el futuro. Difícil es saber lo que sucederá en 100 años, porqué seguramente, en tal cantidad de tiempo algo mucho peor pase, o al menos sucederá algo con lo que nadie contaba, y que alterará todas las previsiones. ¡Un chollo! Pero mientras los ciudadanos vivimos el presente con el miedo y la esperanza del futuro, los poderes fiscalizan la prospectiva y viven ahí, los que se consideran nuestros representantes guardan la alianza con la divinidad, con el cielo, con la nueva religión ecologista, en su teoría que cuando triunfa como Verdad, incluso sin demostración, exige a otros la carga de la prueba. Les conviene... nos conviene a todos. Es nuestra naturaleza.

El medio ambiente es caótico y complejo. Dependemos para intentar entenderlo del reduccionismo, o sea de la inevitable necesidad de dividir algo complejo en partes hasta que sean abordables por la disponibilidad de datos y capacidad de procesarlos, para después reconstruir lo completo. Sin embargo el proceso de categorizar la división es teórico, y algo subjetivo en el sentido de estar condicionado por nuestras posibilidades, y el de reconstruirla más, pues precisa de conocer las relaciones entre las partes al mismo nivel que ellas mismas. Troceamos para modelizar, y simulamos la reconstrucción, así el conjunto es un modelo construido con datos de otro modelo, derivando y rederivando supuestos.

El mundo científico analiza a trozos el Cambio Climático: si sube la temperatura tanto aumenta el volumen de los océanos cuanto, si hay más metano sube la temperatura aquello, si hay más anhídrido carbónico hay más partículas en suspensión, si se funde hielo disminuye la salinidad y con ello la densidad, o aumenta la absorción infrarroja y facilita que el hielo se derrita mejor... conjeturas todo lo elaboradas, e incluso fiables, que se quiera, pero las relaciones entre ellas a su vez corresponden a mo-

delos que se superponen a los otros, todos con sus grados de rigor y error diversos, unos más lineales que otros, construyendo un macromodelo dinámico, con excesivas variables a identificar en su impacto sobre los resultados experimentales parciales que estamos midiendo.

La matemática ha pasado de herramienta a argumento. Por conveniencia hemos perdido la modestia científica, ¡nos creemos capaces de pronosticar el clima hasta un detalle asombroso, sorprendente incluso para quien lo ha estudiado años y años! Modelos que usan como input los resultados de otros simuladores, obviando por sistema la apreciación de la aproximación, escala, error,... si se presupone que un gas que ocupa una doscientosava parte de la atmósfera —el CO² se mide en partes por millón, y se espera que se doble a finales de este siglo respecto a su concentración preindustrial—, ejerce la influencia sobre el clima que ejerce, encontraremos modelos que lleguen a la conclusión deseada.

El objetivo condiciona el camino. Puede llegarse a cualquier resultado con presupuesto suficiente. Pero no está de moda buscar correlaciones con el vapor de agua probablemente más variable, difícil, y tal vez influyente. A los auditores de Enron los metieron en la cárcel por verificar las teorías contables de sus clientes, y a los del IPCC en cambio les dan el Nobel. A partir de un dato medible y contrastable como el forzamiento radioactivo del incremento de las ppm's de los gases de efecto invernadero, en el orden del vatio y medio por metro cuadrado, comienza un castillo de naipes en el que con pocos datos input, y mucho algoritmo informatizado, se obtienen cantidad inmensa de outputs. Es como si con la noticia de la decisión del Banco Central Europeo de subir un cuarto de punto el tipo de interés referencial —dato input—, nos consideráramos capaces de prever el comportamiento del valor de las acciones durante meses o años, de más o menos todas las compañías en todas las plazas... y como diría el IPCC por guardarse las espaldas... con un 90% de probabilidad. Hay más forzamiento infrarrojo, entonces sube la temperatura, entonces se derrite más hielo y se dilata el agua, entonces hay más precipitaciones torrenciales, entonces hay más sequías, entonces más huracanes.

Si el IPCC se creyera lo que dice, no quedarían científicos haciendo simuladores de un sistema más complejo que la Bolsa, pues estarían todos forrándose aplicando sus conocimientos a algo comparativamente bastante más sencillo y rentable, como es la prospectiva del comportamiento del flujo monetario. No me consta que en su currículum ningún

sesudo científico haya incluido como mérito para demostrar su credibilidad en augurios, el haber acertado con el 90% de fiabilidad el comportamiento de algún valor bursátil, en algún periodo de tiempo cualquiera. Ni Buffet acierta tanto, y las previsiones se modifican según se va aproximando su comprobación, hasta la justificación a toro pasado. Los climatólogos no incluyen en el currículo la fiabilidad obtenida de sus modelos, sólo su desarrollo. Si los gobiernos dieran credibilidad a los alarmismos que gritan como Verdad, el IPCC sería más secreto que un servicio de inteligencia, pues saber el futuro de la economía con alta probabilidad es poder del bueno.

Es la conocida metáfora hindú de los ascetas sordos y/o ciegos, que describían un elefante. Uno tocaba la pata, otro la trompa, otro le oía el aliento, otro el culo,... y cada uno interpretaba la descripción de un elefante a su manera, todas ciertas y por escala, todas falsas. Así empezó la climatología, e intentamos a la vez consolidar el conjunto —estamos en ello, pero todavía nos queda mucho elefante que recorrer—, a la vez que con la especialización pasamos de pata a uña, de colmillo a diente, de piel a pelo. No tenemos claro lo que es un elefante y avanzamos bien para conocerlo, pero de ahí a pretender que las conclusiones preliminares pasen a ser definitivas por la simple ansiedad de los que esperan, y aplauso a los que gritan: “Ya lo tengo, un elefante es una bola con dos orejas muy grandes”. Si coincide con lo que la sociedad deseaba oír, muchos se centrarán en el concepto de oreja, y no en el de bola. En el catolicismo se dice que hay que entregar todo el dinero a los pobres, que hay que abandonar a la familia, que no hay que juzgar a los demás, pero como no interesa, no aplica.

Pretendemos el análisis determinista de la realidad y establecemos pautas, patrones neuronales, orden en el caos del peligroso entorno, regido por el azar. Modelizar la realidad es nuestro modo de creer entenderla con hipótesis, patrones, que a diferencia de otros bichos o mucho más que otros bichos, conceptualizamos. Se mueve una mata, y en vez de tomar de la genética —una programación de acción causa-efecto—, o de la experiencia, —una programación establecida por repetición, a menudo cuando se ha movido una mata, ha salido un lobo de ella—, que también; o de la cultura —una programación transmitida de la experiencia de otros, nos enseñaron que cuidado con las matas que se mueven, que las habitan diablos—; establecemos una teoría de prospectiva con los datos disponibles, conceptual. Si se ha movido la mata —causa—, en base a la

experiencia, conceptualizamos el peligro de que un lobo nos coma, y en todos los niveles se toman acciones: a nivel genético la brusquedad y la sorpresa tal vez dispare la producción de adrenalina, a nivel de la experiencia tal vez aparezca el miedo y deseemos correr, y a nivel conceptual evaluamos las posibilidades de que, dado que se trata de una mata en el jardín de la facultad, es difícil que sea un lobo... bueno al menos de los que aullan, y seguimos paseando.

Hipótesis de causalidad cuya demostración sustituye la recurrencia y la experimentación por la anécdota. Si le quito dos patas a una cucaracha anda perfectamente, si cuatro, se arrastra... entonces es reptil, si le quito seis, se vuelve sorda. Si se halla una correlación factorial entre madres fumadoras e hijas adictas a las drogas, ¿será por la falta de oxígeno en la gestación?, ¿será una demostración de que la irresponsabilidad es genética?, ¿será una repercusión del sesgo de clase social? ¿Tienen que ver el romanticismo con la depresión? ¿Representan las antenas un riesgo de cáncer? El riesgo del sofisma científico se plasma a menudo en las ideologías: Dostoievski era epiléptico, era buen escritor, entonces los epilépticos son creativos; cuando estadísticamente se demuestra que no. Mitología. No toleramos a otros ámbitos del conocimiento la ligereza pseudocientífica de confundir correlación con causalidad: existe una clara y bien documentada relación estadística entre ciertos genes y la tendencia violenta, o la esquizofrenia, o la depresión, o el maltrato, y sin embargo, se desestima en los tribunales como causalidad en la exención de responsabilidad que clama la defensa. No nos conviene.

Si nos convence un argumento le exigimos menos rigor de prueba o explicación, que si nos contraría. No es suficiente establecer una relación entre causa y efecto, hace falta comprender el mecanismo, el proceso que las une. El Prozac ha resultado efectivo como mejorador de la concentración de serotonina a través de sus moléculas transportadoras, pero no se sabe muy bien cómo funciona, y sin embargo ha pasado los análisis clínicos y hoy es un pilar básico en el tratamiento de la depresión. En una mala o incompleta afirmación científica, trascenderá a la sociedad aquel argumento que dese.

La Gran Mentira del ecologismo es transformar ciencia en paraciencia. No todas las contestaciones son respuestas, ni todas las respuestas contestaciones. Cuando Fleischmann y Pons – otro Pons–anunciaron a bombo y platillo la fusión fría, establecieron que en la reacción propuesta había un incremento de la energía, que explicaron sin rigor con

ese proceso. Hipótesis y prueba no bastan. Otros demostraron que no se debía a ello... aunque tampoco quedó claro a qué. Lo curioso o revelador, es que unos científicos buscaron argumentos para discutir sobre el motivo que provocaba ese fenómeno, y otros, ¡de la categoría y prestigio del MIT!, llegaron a falsear los resultados para esconder y publicar el incremento inexplicado de la temperatura.

En ciencia nadie está de acuerdo, y es como debe ser para que las ideas fluyan y no degeneren en ideologías, pero en ocasiones el interés, el reconocimiento, las presiones, pueden más que el propio método. Se establecen hipótesis plausibles de Calentamiento Global, y con la boca pequeña reconocemos no saber suficiente de la termodinámica de la atmósfera, como para establecer relaciones causa-efecto más o menos definitivas, pero como interesa damos los resultados experimentales por buenos. Se establecen hipótesis sobre cáncer y teléfonos móviles, sobre transgénicos y salud, y como los resultados experimentales no nos salen según lo esperado, los damos por malos. En versión de hace un par de siglos a los excesos de prudencia, hasta 1820 los tomates estaban prohibidos en USA, y es cierto que llevaban consigo enfermedades, alineación de cultivos autóctonos, y cambios en la dieta. Norman Borlang, Premio Nobel de la Paz en 1970, por liderar la “Revolución Verde”, que estiman salvó del hambre a mil millones de seres humanos, se dedicaba a mejorar semillas. Hasta su reciente muerte fue el más contundente promotor de la transgenia como modo de continuar su labor.

Confundimos continuamente deducciones con soflamas, enfoques con supuestos, prejuicios con teorías, sugerencias con eslóganes, hipótesis con resultados, elucubraciones con teorías,... según convenga. No es que nos mientan, es que bienintencionadamente nos mentimos a nosotros mismos. Jorge Alcalde, quien mucho ha escrito al respecto se pregunta: “¿Qué tendrán los defensores del protocolo de Kyoto contra el rigor científico? ¿Es que no están conformes con que a sus tesis se les aplique la misma vara de medir que al resto de las investigaciones?” Cuanto más complejo es el modelo de simulación de la prospectiva, más variables intervienen, y con cada relación se incorporan nuevas hipótesis no siempre homogéneamente precisas, deducidas y/o comprobadas. Cada pequeño error es así magnificado, compensado con otros, o diluido entre aciertos, y en el mejor de los casos se introducen cada vez más indeterminaciones en la definición de la fiabilidad. Cuantas más relaciones entre variables, cuantos más supuestos obvios, incluso prejuicios, y cuanta menos linea-

lidad en el modelo, menos somos capaces de establecer el margen de error fiable de la predicción, y sólo nos queda la observación y medición de resultados parciales. No es nada nuevo, sucede en todos los campos de la ciencia, pero parece que hay algunas disciplinas con las que es políticamente correcto ser más tolerante.

Parte de los modelos de incremento de la temperatura a futuro en base a la concentración de gases de efecto invernadero, sin haber perdido su credibilidad, sorprendentemente no son capaces ni siquiera de explicar lo sucedido en el siglo anterior, a veces siquiera contingentes en presente. (Un acontecimiento futuro será contingente si cuando se convierta en pasado, no pueda hallarse descripción exhaustiva de su causa). No se permite el mismo grado de certeza al mismo nivel de contraste en lo que es importante para nuestro interés directo: salud, economía, seguridad,... las consecuencias del error pueden ser graves. Entonces aparece un supuesto especialista, militante de una organización ecologista y por tanto experto en las consignas de esta, entrevistado en la televisión, afirmando que a finales de siglo la temperatura media habrá subido 5° C porqué lo dice un modelo de ordenador. Es una hipótesis, puede que incluso elaborada y buena, pero en éste ámbito científico se permite y tolera no dar estimación de la fiabilidad estadística esperada, ni la verificación parcial experimental de ello, o cualquier síntoma circunstancial es elevado a prueba determinante.

Un modelo, –de molde–, en el que queremos domesticar a la realidad, por ser críptico, y contestar lo que conviene, es aceptado sin más: lo ha hecho un ordenador, o lo ha dicho un científico, entonces debe ser muy fiable. El valor de una afirmación científica se otorga por lo que se dice y se le llama experto, o por el prestigio de quien lo dice, pero no siempre se indica su grado de fiabilidad estadístico o experimental. Eso es paraciencia. Bertrand Russell hablaba de una pequeña tetera azul orbitando el Sol, como ejemplo de una afirmación cuya falsedad no puede demostrarse, y no por ello pasa a ser cierta. Si permitiéramos a la industria farmacéutica hacer ciencia así, no existirían los laboratorios, cada bioquímico vendería directamente en la farmacia su teoría,... algunos curarían. Parafarmacias.

En ecología a algunos, según cuadre su elucubración, se les permite ejercer de curanderos, y como ellos, emitir argumentos, recetas, justificaciones, culpables, excusas, datos, informaciones, a un ritmo tal que no pueda ser rebatido experimentalmente, pues su afirmación nos justifica.

Weather Channel, empresa que se dedica a servir previsiones meteorológicas para muchos medios de confirmación, digo, comunicación, solicitó que se retirasen las credenciales de miembros de la Sociedad Americana de Meteorología, que emitieran opiniones escépticas sobre el cambio climático en sus programas. ¡Disminuye la audiencia! James Spann, entre ellos, fue rotundo: “Miles de millones de dólares a fondo perdido fluyen a los bolsillos de aquellos que defienden el catastrofismo climático. Si niegas la acción del hombre en el clima: adiós al dinero. No tengo nada en contra de los que quieran ganarse la vida, pero cuando el dinero se convierte en la principal motivación para llegar a una conclusión científica, tenemos un problema. Para muchos, el cambio climático se ha convertido en una excelente forma de hacer caja.” Los pintores acaban retratando a la amante de su mecenas.

Por interés olvidamos lo que tan bien sabemos, y no me cansaré de insistir: el método científico se basa en la observación, el rigor, en la duda, en el escepticismo y desacuerdo, en la medida y en la repetición, es experimental y como tal dependiente de la credibilidad del experimento, y no del científico que lo realiza. Que un científico opine puede ser cierta garantía de criterio en su teoría causal, —etimológicamente empatía por el héroe— y eso no implica que sus hipótesis sean más que un paso necesario en ciencia. Está sujeto a la dictadura de la prueba, al método, a lo que Popper llamó falsabilidad, tollendo tollens, o sea, negando niega, (no sabemos cuando aparecerán datos o nuevas conjeturas que invaliden la verdad científica en vigor, válida “de momento”).

Incluso por plausible que sea, la certeza científica es verdad provisional, interina hasta encontrar una explicación mejor: los falsadores de una teoría son siempre infinitos. Hay tantas hipótesis de causalidad ante una correlación económica o ambiental, que siempre se refiere a que algunos analistas habían previsto tal o cual evento, aunque no suelen ser los mismos gurús los que los prevén siempre. De tantos enunciados, alguno se acierta, de tal modo que se pronostica a toro pasado.

La gravedad relativista no es una mejora de la determinista, es una aproximación nueva, y en ciencia toda hipótesis es un simulador. Así un modelo de simulación puede ser una descripción de los procesos naturales alimentados con la estadística extrapolada con mejor criterio que una elucubración a secas, pero el adjetivo científico no le da certeza más allá del rigor de su procedimiento, sus hipótesis, su interpretación. Cuantos más y mejores datos tengamos, más y mejores variables consideremos,

más y mejor conozcamos las relaciones entre todo ello, más probable será que la simulación se aproxime a la realidad, y por mucho que el modelo lo ignore, esta siempre incorpora el incordiante indeterminismo contingente. La cultura popular le llama Efecto Mariposa, Teoría del Caos, o cosas de esas, y en realidad se refiere a un conjunto de métodos matemáticos que renuncian de entrada al determinismo de un modelo. Es decir, yo puedo prever que mañana por la noche estaré durmiendo, pero también pueden suceder cosas que no había previsto, y que impedirán el efecto esperado. Quien sabe: puedo estar muerto. Sin ser tan dramático y más allá del ejemplo de singularidades, también se refiere a la no linealidad en las relaciones entre variables, cosas como incógnitas matemáticas situadas como exponente (no es lo mismo simular algo que incluye “un x elevado a 2”, que “un 2 elevado a x ”, pues si “ x ” fuera variable entre 0 y 100, el primero tal vez llegue a 10.000 y el segundo puede pasar del quintillón).

Un juego de billar en la consola de juegos es un simulador no lineal: una pequeña modificación en el ángulo de salida de la primera bola, introduce una desviación exponencial en el resto, que ya no rebotan donde debían, y el resultado no se parece en el mismo grado de la alteración de la variable que lo ha originado, sino que las opciones son exponenciales. La geotectónica es una ciencia sólidamente estructurada, capaz de explicar mucho más consistentemente sus fenómenos que la propia climatología,... y sin embargo no consigue la aproximación de augurio al nivel deseado, y nos sorprenden terremotos o erupciones cuando no las esperamos. Es posible plantear modelos no lineales, pero hay que estar muy seguros para jugar con ellos, pues sus errores o ajustes también sufren de la exponencialidad. ¡Rigor!

Supongamos un simulador no lineal mucho más sencillo que la dinámica atmosférica: una quiniela. Sin darnos cuenta, al rellenarla reproducimos el proceso que los científicos realizan para hallar las pautas del clima. Tenemos datos sobre quien juega en casa y quien fuera, que entrenadores han cambiado, sus tácticas, qué jugadores han fichado, su forma física, su calidad, las estadísticas de victorias y empates, la clasificación en la tabla, las tendencias de cada equipo, incluso podemos controlar las incertidumbres haciendo apuestas dobles o triples. Siempre será sesgada por nuestra voluntad de que algunos equipos ganen y otros pierdan. Habrá jugadores que pongan por delante sus deseos a los datos, a lo que les cuadra o conviene. Los habrá arriesgados y conservadores, irresponsables

incluso. Quien sabe más tendrá más opciones de acertar que quien relle-
ne el boleto al azar, sin mirar la columna de los contendientes, pero las
peñas que se organizan alrededor de quiniela de métodos para acertar,
teniendo mejor criterio, no se suelen forrar.

Así un simulador es una propuesta de pauta, un patrón en pruebas,
que sólo es evaluable cuando se puede contrastar. El Sol sale por el Este
y se esconde por el Oeste, entonces el Sol nos visita pero necesita dor-
mir; no, el Sol sale cada día porque así lo ha querido Dios; no, el Sol es
Dios; no, el Sol gira en una esfera celestial; no, hay 27 además de las de
los ángeles, querubines,...; no, el Sol gira alrededor de La Tierra; no,
es La Tierra que gira alrededor del Sol; no es que gire porque sí sino,
porque nuestra velocidad de escape de la gravedad del Sol nos estabiliza
en una órbita; no, esa órbita no es de giro sino elíptica; no, en realidad es
que la masa del Sol deforma el espacio-tiempo, a saber por donde segui-
rá. Necesitamos pautas, teorías, hipótesis, pero tienen una referencia por
aproximación sucesiva a una realidad independiente de nuestro análisis.
No son la Verdad.

El hombre del tiempo nos da su pronóstico para los próximos tres
días. Tiene datos estadísticos, conocimiento de los procesos meteorolo-
gógicos, experiencia en la credibilidad y verificación de los modelos de
simulación que usa, utiliza las variables más eficientes, obvia otras que
no suelen tener excesivo impacto hasta que lo tienen, y aún así y con to-
das las verificaciones parciales acumuladas, a veces se equivoca. Sucede
porque un simulador, una conceptualización científica, es siempre un
resumen determinista de la realidad incierta y caótica.

No puede disponerse de mediciones de la temperatura en todos los
puntos de la geografía, ni en todos los momentos en tiempo real, ni a
todas las alturas; no puede disponerse de todas las variables, de la con-
centración de todos y cada uno de los compuestos que pululan por la
atmósfera, de la refracción de cada nube; ni puede disponerse de todos
los procesos a suficiente nivel de detalle. Se aproxima seleccionando una
red de estaciones meteorológicas suficiente, unas pocas variables impor-
tantes entre las disponibles, con unas dinámicas atmosféricas habituales
(en realidad no sabemos en que medida estamos condicionados por la
instrumentación disponible para seleccionar las variables importantes...
en ocasiones hay procesos que se desprecian por no ser fáciles, o baratos
de medir). Pero la realidad no sabe de estadísticas ni de moldes, no obe-
dece a nuestra obsesiva voluntad de que sea determinista, y ocasional-

mente esa circunstancia que por lo común no es representativa, resulta ser clave por a su vez otro suceso tal vez igual de poco habitual. Es asumible, y asumimos, que esto es así y nos conformamos con mejorar los patrones que con la experiencia establecemos.

Con asuntos con la enjundia de la meteorología somos capaces de acertar bastante, será posible afrontar simuladores más sencillos siempre que sean repetitivos, y podamos mejorarlos con la experiencia. La cosa se pone más difícil cuando esa aproximación sucesiva se complica, ya sea porque la experiencia es difícil de aplicar si las circunstancias cambian constantemente, ya sea porque nuestra prospectiva teoriza situaciones no contrastables fácilmente. Sí, a posteriori todos los expertos explican porqué ayer se dio un batacazo el mercado de valores, pero a priori esos mismos analistas recomiendan diversificar el riesgo con el interés fijo.

En cualquier caso la norma de todo augur es arrimar el ascua a la propia sardina. En juego propuesto por una revista económica en la que distintos grupos movían acciones según criterios entendidos, la cartera de valores que más subió durante un tiempo fue la de un mono que al azar iba estableciendo los criterios de compra y venta. Hoy el ecologismo intolerante, frente a un sistema mucho más complejo, hace algo parecido sometiéndolo a prejuicios de su ideología, con mucho menor rigor y éxito: intentar explicar el porqué de circunstancias acaecidas. Asumimos que es difícil saber en que situación familiar estaremos dentro de 5 años, qué partido gobernará dentro de diez, o si los Presupuestos Generales del Estado se cumplirán, si llegaremos a final de mes, acomodamos con reservas nuestras predicciones según el propio deseo; pero aceptamos con casi fe ciega que venga un tipo en bata blanca y nos diga que dentro de 50 años el nivel del mar habrá subido 7 metros.

El marketing del IPCC nada tiene que envidiar al de Coca Cola, y no busca informar sino confirmar. Se usa mucho en publicidad y lo llaman efecto ancla: dar solidez a un argumento soltando en el medio un dato cierto, para ganar credibilidad a una argumentación que va más allá del dato. En puridad de método científico tal afirmación sería un suspenso en cualquier tesina o tesis, pues se le exigiría que diera hitos de contingencia para dicha afirmación, ¿qué se espera poder medir en 5, 10, 20 años, para verificar el modelo? ¿Por qué todas las previsiones catastrofistas las desplazan a varias generaciones y nadie afirma que dentro de dos años el nivel habrá subido 20 cm? Tirar la piedra y esconder la

mano. ¿Qué bula tienen que no otorguen a los demás? Casandras y Sibilas, augures del Dios Deimo. No es práctica nueva, en 1873, allá, para situarnos en eventos contemporáneos, cuando la I República, cuando la guerra franco-prusiana, o la conquista del Oeste, pronosticaban, con un modelo elaborado y no contingente, que en 1961 la media del nivel de mierda de caballo en las calles de Londres habría subido un metro.

Tenemos información estadística, datos, bastante fiables desde finales del siglo XIX, aunque muy localizados en las primeras décadas, pues no había redes amplias de observación, pero son escasos en cuanto a su naturaleza, es decir: pluviometría, temperaturas, y poco más. Incluso a partir de información histórica, rogativas, de análisis polínicos, geobotánicos, fósiles, catas en el hielo, lodos, burbujas encerradas en estratos geológicos,... podemos tener idea de la climatología antigua. Es más, conocemos por experiencia las circunstancias meteorológicas que producen situaciones concretas, cada vez mejor entendemos procesos naturales como la cinta transportadora oceánica –corrientes termohalinas–, las modificaciones en el eje de rotación del planeta, las tormentas solares, los oscurecimientos por cenizas volcánicas, procedentes de incendios o de la contaminación, las tormentas de arena, los huracanes, los tornados, el ciclo del ozono, el del carbono, el del azufre,..., el albedo, los ciclos hidrológicos, el Niño y la Niña, la importancia de la ubicación latitudinal del Anticiclón de las Azores, las tasas fotosintéticas, los filtros infrarrojos, el repositorio oceánico, y un sin fin de procesos naturales que con sus interrelaciones construyen el clima.

Ahora bien, si ya de por sí hay que tomar con ciertas reservas científicas los modelos de interpolación de variables y procesos sencillos, que en ocasiones nos sorprenden al comparar sus resultados con la realidad ¿por qué les damos a los simuladores en los que las interrelaciones son más importantes que los procesos, una certeza científica casi sin dudas? Son hipótesis con potentes aparatos matemáticos e informáticos, no todo lo lineales que nos gustaría, y escasamente contrastados.

No es que haya que negarlos, ni siquiera relegarlos, sino que si se pretende ser científico, hay que someterlos al proceso que esa definición implica, contra la tendencia actual a denostar por negacionista al escéptico. No es válido ser más o menos riguroso en función del deseo en el resultado. El que una hipótesis esté definida por científicos y encumbrada por los más potentes ordenadores, no la hace necesariamente cierta. La puede hacer mejor pauta que otra menos fundamentada, pero

las verdades absolutas afectan a la esfera de las creencias, en la que caen por interés algunos científicos, o mejor dicho paracientíficos. ¿Exageración? El cientifismo es El Gran Negocio, hoy quien pone en duda algún aspecto del Cambio Climático es inmediatamente tachado de científico no serio, chalado, no está en el mismo potencial de obtener becas de investigación, ni publica, ni es invitado a foros, y a menudo se le asigna por decisión interesada adscripciones políticas que nada tienen que ver con la máxima obligación de quien se llama científico: dudar. Darwin decía que no tenía deseos ni afectos, sino un corazón de piedra.

Miles de científicos viven de una única teta, entretenidos con sus juegos de ordenador, y es el IPCC quien designa de entre todos, y siempre en función de lo que desea oír, cuales son los mejores científicos y científicos del mundo, pues siempre pone de referencia a sus 3.000 mejores (los valientes que no le bailan el agua, genios o inútiles tal vez, se van a la lista negra con las correspondientes descalificaciones, ¡que se lo pregunten a Vincent Gruy!). Los 50 mejores economistas del mundo, según Mao, eran todos chinos, y los 50 peores, occidentales. 50.000 millones de dólares se gastaron en la última década del siglo XX sólo en USA en investigaciones que proponían como hipótesis el origen antropogénico del Calentamiento Global.

Una universidad investigando sobre pastillas para transformar metano en glucosa en la digestión de los herbívoros, tiene más opciones de beca que otra referida a la forestación con especies alóctonas en zonas áridas (tan noble es una como otra, pero ¿Está la sociedad dispuesta a sufragarlas por igual?). ¡Es el nuevo mercado de la pampolina! ¡Tantos siglos de evolución para vender ingenuidad! Instalados en la confusión, entre la nada y la quimera, –diría Chateaubriand–, y en llegados aquí, un científico serio lo que debe hacer es criticar el resultado de los simuladores, contenedores de una simplificación de la realidad, buscar métodos de contraste, experimentos para mejorarlos. Tanto más cuanto más abducida esté la sociedad de certezas que se consideran verdades.

Si la investigación médica hiciera lo que la medioambiental, la hundíamos a pleitos. En cuestiones ambientales como el clima, la información de partida está sesgada por la distribución geográfica y la longitud de las secuencias de datos, en ciclos dependientes de variables y zonas, por la fiabilidad de los instrumentos de medida y de los encargados de mantener y recoger la información, por la capacidad económica de los países, por las limitadas variables que se recopilan, su distribución

inconexa con la complejidad del lugar en que se pretenden medir; pero además los criterios de estratificación de información son dinámicos, dependientes de la escala temática a la que se analicen, el ajuste de los datos a distribuciones estadísticas formales, una aproximación; y todo ello en lo que se refiere a la base estadística del pasado para cada variable a considerar.

A todo ello hay que combinarlo en sus relaciones, también simuladas, seleccionar aquellas que sean significativas y zonificarlas, acertar con no incluir las que no son importantes, y no olvidar ninguna que lo sea, establecidas con márgenes de error dimensionables y aceptables; todo para proponer modelos de proyección lo más lineales posible que habrá que cotejar con la realidad. Eso si no se está afiliado a una organización política o mediática, o se defiende una hipótesis que a estos les cuadra, en cuyo caso, se tolera que se salten a la torera el Método Científico, y que no se les exija experimentos reproducibles y medibles que cotejen la previsión del modelo con los datos. Importa entonces que sean dramáticos, llamativos, amenazantes, contundentes, etc, etc, etc. El negocio de la fe.

Supongamos que tenemos una sencilla fórmula lineal en la que se relacionan variables multiplicando varios datos tomados cada uno con un margen de error del 10%. Si hay 6 o más circunstancias a considerar –eso es poco cuando se habla de medio ambiente–, el error del simulador resultante, estará entre nulo, si se compensan, y el 50%. En el peor de los casos el mismo que el acertar si una moneda al azar cae de cara o de cruz, y eso sin considerar la aproximación que introduce simplificar la holística de dichas variables a una simple multiplicación.

Si combináramos dos circunstancias de las que estamos seguros al 70%, el resultado sería parecido, siempre suponiendo que no nos dejamos nada por tener en cuenta. Así podemos calcular muchas cosas, y analizar tendencias parciales o globales, avanzar con criterios mejores que la simple paranoia o la vulgar bienintencionada suposición, pero no es preciso olvidar que los modelos de simulación son evaluaciones de riesgo escasamente comprobadas (¿cómo verificar la incidencia de los CFCs en el ozono con pocas decenas de años de muestreo previo hasta conocer los ciclos naturales que lo afectan, y que no haya pasado parte de ese tiempo?), sesgadas, incompletas, inseguras,... pero retorciendo a Churchill es lo peor y a la vez menos malo que tenemos. Es decir, no significa que no haya que considerarlas, incluso en base al Principio de

Precaución, comprar que es una tasa de riesgo inaceptable no asumirlas, y porqué no, obligar a que todos paguemos el seguro,... lo que no es cierto, es que sean ciertas. Incluso hay quien, como Nicholas Stern, ha comenzado a evaluarlo, con excesivos prejuicios y supuestos, por lo que no se puede tomar más que en su marco conceptual, pero se intenta. Podemos decirle a nuestros hijos que si van en moto sin casco se pueden romper la crisma, obligarles a llevarlo, que les pongan multa si no lo llevan, pero igual se lo olvidan en un bar y vuelven a casa sin el, y sin que les haya pasado nada. Los simuladores de clima no son una certeza, sino una evaluación parcial de riesgo, y más bien poco fiables (si no lo fueran, igual habría empresas de seguros que podrían hacer unos números, y ninguna quiere ese negocio ¿por qué?).

Un hidrograma es una simulación de caudales realizado normalmente con modelos en los que se considera los datos de un pluviógrafo (la evolución de las intensidades durante la precipitación en intervalos cortos, normalmente de 10'). Las variables usadas corresponden tanto a la sección del cauce analizado, como a las pendientes, vegetación, características geológicas y edafológicas, prácticas agrícolas, infraestructuras urbanas, etc... Hay muchos simuladores por ordenador con distintos grados de aproximación, verificación, rigor, complejidad, aplicabilidad. Es altamente improbable que, dado que los pocos pluviógrafos están en estaciones meteorológicas habitualmente urbanas y escasamente representativas de las cuencas montañosas que alimentan los cauces, ofrezcan información adecuada a tales modelos. Por ello hay simuladores que a partir de datos pluviométricos interpolan pluviogramas, en base normalmente a regímenes zonales por regiones (analizando el modo de llover de cada lugar), así que para llegar a un hidrograma usamos simuladores de simuladores.

Ahora bien, obtener un hidrograma para una precipitación puede ser válido para saber que sucedió y por qué, pero no que sucederá, y hay modelos que interpolan información pluviométrica a partir de pluviometrías medias más manejables. Modelos que territorializan esos datos medios y sus varianzas, considerando altura, exposición, orientación de las montañas, y sobre ellos modelos que simulan probabilidades. Modelos que conducen el hidrograma por el cauce. Modelos que infieren modificaciones en la pluviometría a partir de posibles incrementos de la temperatura, modelos que calculan a partir de lo anterior los rangos extremos, modelos que suponen las temperaturas a distintas altitudes,

etc, etc, etc,... Simuladores de simuladores de simuladores de simuladores de simuladores... con distintos márgenes de error, rigor variable, e incluso diferentes credibilidades en estimar su aproximación, su validez en función de su escala, de las series de datos en ocasiones inferiores a la duración de sus ciclos. ¿En qué momento se pierde la perspectiva de confundir una tendencia, un mejor criterio para elaborar una mejor hipótesis, para que alguien aparezca limpiando de incertidumbre todo ello y concluir que en tal lugar hay una probabilidad segura (sic) de que aquello se inunde?

¿Exagero?... puede, pero puedo hacerlo pues el que escribe es autor y ha publicado alguno de esos simuladores intermedios, y algo de derecho da a ponerme en duda a mi mismo. Si no me lo creo yo, o al menos le restrinjo el valor a tendencia, a probable, ¿Por qué viene alguien con deseo de certezas a convertirlo en verdad simplificando, que no sintetizando?, y curiosamente obtiene más trascendencia social, alguna subvención le cae, y desde luego más prestigio. Con el Cambio Global suceden cosas aún peores: se hacen modelos de modelos de modelos de modelos, y la diferencia entre las previsiones y los datos recogidos, se atribuyen sin más a la influencia del hombre, pero no al error de quien los construye. ¿A qué jugamos?

Previsiones como las enunciadas por Mesarovic y Pestel, y pagadas por el Club de Roma, en *La Humanidad en la Encrucijada*, de una nueva Edad de Piedra en 500 años, se demuestran tendenciosas y no pasa nada. Estamos andando el peligroso camino del desrigor, degradando a la climatología al nivel de la parapsicología, la astrología, la homeopatía, o la ufología. El Calentamiento Global es una predicción con modelos de extrapolación que intentan evaluar el impacto de la reflexión de la radiación infrarroja hacia adentro, y el Oscurecimiento Global es un fenómeno predicho también con modelos de extrapolación que intentan evaluar el impacto de la reflexión por las nubes, estelas de vapor de los aviones, y polución hacia fuera. Tenemos complicados, aunque poco contrastados, modelos sobre el Efecto Invernadero, pero nos cuesta mucho más entender la dinámica del vapor de agua en la atmósfera, que la del CO².

Hay modelos que relacionan Enfriamiento Global y sequías en el Sahara o monzones en Asia, lo que también prevén modelos de Calentamiento. Hay también modelos, incluso algunos prometedores, que correlacionan la espantada que provocan las manchas solares en la radiación cósmica, con la formación de nubes; otros que relacionan las partículas

en suspensión –polvo, polución–, con más lluvia (hay empresas de aviones que venden incrementos de pluviometría con hielo seco o compuestos de plata, que dicen que incrementan las nubes en más de una cuarta parte... difícil de demostrar pues cuando llueve no sabes que hubiera llovido sin ellos, pero los agricultores pagan, será por algo).

Es una dialéctica entre CO_2 y H_2O . Los daneses se “pelean” científicamente con los suizos y británicos, que ponen en cuestión los modelos de influencia de la radiación cósmica en los últimos 20 años. Cada modelo está combinando diversas variables en relaciones sujetas a modificaciones y mejoras, que a su vez deben combinarse ¿qué, cuando, a qué plazo, cuanto, pesa más uno que otro proceso? Parece que el primero puede con el segundo (que tal vez fuera similar al que se ventiló a los dinosaurios sin plumas, que no tenían pautas migratorias), pero la palabra que hay que destacar es: parece, y vista la manipulación y los intereses, uno ya duda hasta de la ponderación, el rigor, y la modestia de las investigaciones que se publican. Tampoco está claro si es una situación provisional invertible en un futuro o no.

La Naturaleza tiende a tener mecanismos compensatorios. Todos sabemos que cuanto más nublado más fresquito de día y menos diferencia por la noche, y un pequeño porcentaje en el computo global de nubes y casi más en su altitud, puede influir más que todo el Efecto Invernadero, y seguimos sin tener modelos de nubosidad a un nivel de detalle ni parecido al de las matizables gráficas de concentración de CO_2 .

Franklin dejó escrita su sorpresa de ver nevar en el Agosto de 1783, lo que también sucedió por el Lejano Oriente. Las cenizas del Pinatubo en 1991 y tantos otros enfriaron un par de años la temperatura global lo que el Calentamiento en todo el siglo XX, al elevar ingentes cantidades de dióxido de azufre a varias decenas de kilómetros sobre el Ecuador, donde las corrientes en altura favorecieron el aumento de la nubosidad a escala planetaria.

La erupción del Tambora en 1815 consiguió temperaturas que no se daban desde la última glaciación, que en el año siguiente no hubiera Verano en el Hemisferio Norte, y hambrunas en todo el mundo durante unos pocos años causantes, según algunos, de cientos de miles de muertos en Europa. Si se sube la temperatura del aire, a medio plazo, eleva la de los mares, y eso cambia el anhídrido carbónico en disolución y la humedad. Si hay un incremento de temperatura media, más que por el deshielo de los polos, por el aumento del volumen del agua, pudiera ha-

ber un incremento del nivel del mar, y por tanto una mayor superficie de agua sobre la que el fitopláncton realizara su fotosíntesis compensando lo anterior o no por la mayor turbidez del agua. La contaminación enfría con compuestos sulfurosos, y calienta con anhídrido carbono y metano.

Tendencias, riesgos, no verdades ni certezas, al menos absolutas, y desde luego sospechosamente tendenciosas y convenientes para justificarnos como ricos ciudadanos y justificarse como gobernantes inútiles. Especulaciones fundadas, medio probadas, en construcciones y combinaciones poco contrastadas.

Estaba sentado en el sofá viendo el docudrama de ese ahora Nobel de la nueva religión, el tendencioso reverendo Al Gore, Una Verdad Incómoda, (aunque si buscáramos un título menos comercial y más descriptivo, podría haberse titulado Una Verdad a Medias, incluso Una Verdad Oportuna), que va repasando de modo ameno los argumentos políticamente correctos a favor del Cambio Climático como lo hace un político: dibujando un trampantoque seleccionando razonamientos según su objetivo, y abduciendo la interinidad de una certeza; cuando somnoliento por lo tópico de los planteamientos, contrariado por el ego de los profetas que brillan sobre su sermón, le oí acusar a los científicos que no estaban de acuerdo con él de escépticos, y afirmar que todos, absolutamente todos entre casi un millar, en una encuesta decían que era un hecho demostrado que el cambio en el clima estaba producido por el hombre.

Me desperté: ¿cómo puede alguien acusar a un científico de escéptico, y quedarse tan pancho?, ¿si están todos los científicos de acuerdo, por qué meterse con los escépticos?, ¿no estaban todos de acuerdo?, ¿a quien le habían preguntado para obtener tanta unanimidad?, o mejor dicho ¿a cuantos cuyos trabajos medio conozco habían condenado al ostracismo?, ¿los había seleccionado el IPCC, o él mismo –cuanto trabajo–? No fue un error, que es pecado digno de excomunión instalado en la curia calenturienta: Yvo de Boer, en el nombre de la ONU dice lo mismo. Para los credos al ostentar el poder pensar es pecar. ¡Ser escépticos es su obligación, es su esencia! ¡Los científicos están siempre discutiendo, estar en desacuerdo es su motor! Sus argumentos quedaron totalmente invalidados a mi juicio, y regalé a un amigo el DVD. Peligroso quien traspasa la línea roja de la estadística para utilizar la verdad a medias, la ocultación expresa de información. Dar el Nobel a un telepredicador creyente, es como que la Iglesia hiciera Santo a un reverendo de esos que tanto gritan sobre el Juicio Final. El día en que esa idea política

consiga imponerse, se acabó la ciencia, y el propio Presidente del IPCC, Rajendra Pachauri, se vanagloria de la “singularidad de que científicos y políticos trabajen en común”. Obtener la información es difícil y caro, opinar barato, y de mezclar lo que hacen unos y otros le saca más rendimiento quien menos esfuerzo invierte y objetivo obtiene.

En dicho documental, antes de regalarlo, se daba gran importancia a una curva que relacionaba los niveles históricos de anhídrido carbónico con la temperatura media global. Se seleccionó una escala en la que no se aprecia el decalaje de unos cientos de años que se ha identificado tomando escalas mayores y más recientes, según las que las variaciones en la temperatura preceden a las del anhídrido carbónico. ¿A nadie se le ha ocurrido preguntarse si esa relación no será inversa?, ¿quién dice que no sea la temperatura la que a través del fitoplácton, o de la tasa de crecimiento de las plantas, o la modificación de reflexión de las nubes, o la cantidad disuelta en los océanos, o cualquier otro proceso o variable en los que no hemos pensado, condicione la concentración de CO²? Sólo se es categórico con la hipótesis oportuna.

También se aseguraba que la temperatura media crece, pero no dice que parece ser que sólo a nivel del suelo, que en la troposfera, que es donde se concentra ese “dañino” gas –sin el las plantas morirían de hambre, y nosotros detrás–, no hay una repercusión medible... otros aseguran que sí. Está, como muchas hipótesis, en discusión. Quien sabe, igual el Calentamiento Global será más drástico del previsto: deshielo del permafrost siberiano, o de los depósitos suboceánicos de metano. No estamos seguros de nada.

Quemamos combustibles fósiles, es decir, derrochamos sin dosificación nuestra mejor pila de carbono, pero nos olvidamos de que en la hojarasca y el suelo hay más anhídrido carbónico que en la atmósfera. Verdades seleccionadas, a medias, convenientes,... marketing y venta. ¿Qué le está pasando a esta rama de la ciencia para tranquilamente degradarse entre aplausos en paraciencia?: propaganda. Y ¿qué venden?: pues una herramienta que al tiempo que es coartada a la ineficiencia de gestión política y económica, esconde el mantenimiento de la desigualdad entre los hombres, con el fin último que los ricos sigan imponiendo a los pobres el precio de las cosas que están dispuestos a pagar por ellas, y no por sus costes, evitando la reciprocidad. (Sería injusto no reseñar que tienen más herramientas para lo mismo, y el ecologismo no es la más contundente: apelar a los sentimientos nacionalistas o religiosos,

para que ejerzan el derecho libre de los pueblos a esconder, no repercutir, o hacerlo a sus descendientes, con legislaciones de derechos de bandera propias, los costes externalizados).

Joseph Weil fue un famoso timador, y desde su experiencia decía que “La verdad es fría, no resulta cómoda. Una mentira es más hermosa. Es mucho más interesante y provechoso fantasear que decir la verdad”. El Calentamiento Global ni siquiera sabemos si es mentira, incluso es feo, pero es dramático, tremendista, espectacular, genera audiencia, mantiene una economía de agoreros verdes, y lo hace a cambio de contar con una herramienta de control del desarrollo de los pobres. ¿Significa esto que no debemos hacer nada? ¿Significa esto que, al no estar seguros no merece la pena invertir esfuerzos en evitar lo que no sabemos si sucederá? El lujo de la sociedad moderna está en los seguros, en la tranquilidad de pagar por evitar imponderables que prevemos puedan pasar.

El Cambio Climático puede estar sucediendo por causa humana, es mucho más que probable, pero no es Una Verdad Incómoda, ni tanto como Verdad, ni tan poco como Incómoda, sino un Riesgo Peligroso. Inasumible. Sabemos que aumentos similares en la concentración de CO² durante la transición al Eoceno llevaron a un aumento de la extinción de especies superiores, y repunte de las plagas de insectos. En las clases medias y pudientes, la gente tiene seguros de enfermedad, de vida, de hogar, de accidente,... ¿y los pobres? Las naciones ricas y no tan ricas establecen sistemas de protección social en las que con los recursos según las rentas, se repartan tranquilidades, protección y servicios lo más generalizables posible (al menos debieran). Esas mismas naciones en un mundo rico ¿deben sufragarse el seguro climático para cada una, o solidariamente según su renta para que lo disfruten todos?

¡Ya!, llegamos a lo mismo que lo que defiende el ecologismo pedante, pero el camino por el que se va es tanto o más importante que el destino al que se llega, y perder de vista el paisaje con las cortinas del furor fundamentalista, con las nieblas de las certezas, hacen débil la postura de los que con fuerza creen que la potencia está en la energía, que, como dice el anuncio, sin control no sirve de nada. Las previsiones de Malthus no se cumplieron en sus plazos y dimensiones, pero la tendencia parece sigue siendo válida. Casi todas las afirmaciones de la mitología ambiental actual comienzan con la frase: expertos aseguran que podría, ¿cómo? ¡menuda construcción!, ¿es seguro, o podría ser?, pues bien, cuando conviene, lo que queda es lo primero. Impredecibles

consecuencias como la subida de 4 metros en el nivel del mar: ¿en qué quedamos: son o no predecibles?

Efectivamente, hay cierto consenso en que hay un Calentamiento Global –contra lo que quieren hacernos creer, dejémoslo en suficiente, no unánime–, y también lo hay en que el Cambio Climático es permanente en la historia de nuestro planeta, e incluso que el hombre tiene cierta “culpa”, pero no hay acuerdo en absoluto en evaluar en qué medida la acción humana está influyendo en los procesos atmosféricos, en su capacidad de cambio –hay quien acusa de vanidoso al hombre–, y desde luego ningún consenso en las derivadas y rederivadas de sus consecuencias: deshielos, icebergs, aumentos del nivel del mar, redistribución de zonas de sequía, tormentas, huracanes, inundaciones, desiertos, epidemias de malaria (que contra lo que dice el IPCC no es enfermedad tropical que pueda subir de latitud, la mayor epidemia del siglo XX fue en Siberia).

Pueden haber tendencias más o menos convergentes, pero los resultados de cada investigador son distintos de los de sus compañeros. Los hay que por elaborados modelos pronostican nuevas eras glaciales, y los hay que por igualmente complejos simuladores llegan a conclusiones contrarias; los hay que construyen modelos que indican que las condiciones meteorológicas se extremizarán –les favorece el razonamiento de la Ley de Murphy–, y los hay que afirman todo lo contrario –en su favor está el sencillo razonamiento de que si sube la temperatura, la diferencia entre las zonas polar y tropical serán menores, y siendo ello, junto con la rotación del planeta, las causas básicas de circulación de masas de aire, a priori resulta una hipótesis más razonable–; los hay que teorizan sobre una mayor pluviometría global, y otros por sequías; de todo, pero no todos tienen el mismo prestigio, ni las mismas cajas –tontas o listas– de resonancia. Es una censura de facto, autoimpuesta por los medios de confirmación por conveniencia del dramatismo que mejora la audiencia, como lo fue la información de las guerras de Irak.

Si a alguien se le ocurre poner en duda la Verdad Oficial, sin observar los argumentos, se le categoriza y alinea con Bush, las conspiraciones, las derechas, para descalificar las razones. Todo aquel que cuestione la Verdad Oficial está pagado por las petroleras, toda bruja es adoradora del Diablo, todo moro es ladrón, y toda mujer inferior. Es juego sucio, y para el científico es menos lesivo una retirada táctica, y callarse. Cuando más disparatada, divertida, vistosa, es una hipótesis,

más resonancia obtiene en los medios, y cuanto más difusión, menos necesidad de verificación. Por el contrario hay otros consensos más oscuros, menos mediáticos: por mucho que cumplamos Kyoto ya –reducir un 5% las emisiones de 1997–, incluso anulando hoy toda cuanta emisión se produce por encima de ello, el Cambio Climático de ser, ya está aquí, no hay un umbral conocido de no retorno a partir del que sea peligroso, más que plantearse evitarlo, hay que pensar en cómo sortearlo: integrarlo en la civilización.

Las consecuencias de los cambios que la Humanidad ha introducido en la Naturaleza, los hemos integrado en lo que llamamos Civilización. En parte en eso consiste nuestro éxito: en modificar el entorno. Hay consenso en que las consecuencias del Calentamiento, de los desastres, se gestionan en el suelo, no en el Cielo; hay consenso en que los tsunamis, el Niño, los huracanes, tornados, los grandes icebergs en latitudes donde hundían transatlánticos sorprendidos, los desiertos, incluso el agujero de ozono, eran son y serán (parecerá una perogrullada, pero no es en absoluto extraño mezclar en medios de comunicación, como quien no quiere la cosa, incluso los terremotos en informaciones con título referido a procesos de cambio climático).

Hay consenso en que el cambio climático es continuo y natural, ha habido calentamientos y enfriamientos globales durante la historia: se heló el Támesis, hubo ovejas en Groenlandia en épocas medievales incluso más calientes que hoy, los ejércitos suecos de Carlos X llegaron a Dinamarca andando, etc... etc... etc...

Hay consenso en que las sequías, el poder destructivo de los huracanes, las inundaciones, los corrimientos de tierra, la pérdida de biodiversidad, la disminución de la pesca, de los corales, de la productividad agrícola, de las reservas subterráneas de agua, los desastres naturales en general, dependen más, mucho más, de cuestiones de ordenación territorial, de tecnología de explotación pesquera, minera, agrícola, de cuestiones urbanísticas, demográficas y de capacidad económica, de la fiscalidad internacional, incluso de tradiciones culturales, que de más que probables cambios climáticos. Consenso, no acuerdo. Sólo hay algo en lo que pueda definirse unanimidad: todos los científicos están en desacuerdo y dudan.

Es fantástico para un responsable público tener tan buen instrumento político como el Cambio Climático, para no hacerse cargo, sin que le acusen de inútil, de lo que debe ser su gestión de los recursos y

residuos. Capa de torero. Están tapando su dejadez, se repuebla menos superficie, se siguen quemando bosques a niveles inasumibles, se siguen utilizando zonas de riesgo para recalificar terrenos, tolerando prácticas agropecuarias insostenibles.

No hay producción de recurso ni residuo que no haya crecido año a año pese a todas las buenas intenciones que muestran, y fotos, discursos, y folletos. Es probable que la manipulación que con ello ejercen, esté reventando más el propio ambiente por camuflar su responsabilidad, que el mismo problema que intentan vanamente gestionar: las administraciones de ordenación territorial están pasando a ministerios y consejerías responsables de obras públicas, urbanismo, infraestructuras... desligándose cada vez más de sus homólogos medioambientales. ¡Han incorporado el ecologismo alarmista al Sistema, y les está yendo fenomenal para conseguir lo contrario a lo que gritan!

CAPÍTULO 3

CALENTOLOGÍA

Los antropólogos traducen mitologías ancestrales, los filólogos las clásicas, los historiadores medievales, —con sus ristras de santos, milagros y reliquias— y nosotros seguimos viviendo según las modernas. Fausto, El Quijote, Hamlet, Robinson Crusoe, el Capitán Acab, Guillermo Tell, el Tío Gilito, Rambo, y muchas más historias que sostienen moralejas categorizadoras de los valores, definen nuestra sociedad. Somos de la misma civilización en la medida que entendemos el contenido conceptual de nuestros referentes, desde Tarzán, a Bill Gates, de Don Vito Corleone, a Frankenstein, todos, nos hemos impregnado de la superioridad del hombre, el sueño americano, el destino que espera a los criminales, o la bondad del entorno. Los mitos propios fueron y son Verdad, los ajenos no.

Estaba el otro día en Fiesta-Bobo de amigos explícita y públicamente “concienciados”, pijaería ecologista con estética hipócritamente progresista, los canapés vegetarianos, las bolsas de residuos clasificados, cuando acercase aguerrida moza y, supongo que para entablar conversación, espetó: ¿Crees en el Cambio Climático? Mi cabeza estaba en otros asuntos tales como la música, el humo, una copa, o la minifalda de la del fondo. Ante tan profunda pregunta me debió ver cara de circunstancias, y tras mi silencio, me abandono interpretando, supongo, como

desinterés, lo que en realidad era atasco de tantas palabras. Mi silencio eran preguntas que me hacía a mi mismo ¿se ha pasado de moda hablar del tiempo?, ¿se está convirtiendo el ecologismo oficial, de tópicos, en una creencia o unos valores?, ¿se está definiendo según esa escala lo que será el bien y el mal? (bueno será ahorrar, dar donativos, seguir los ritos, ..., malo poner en duda la Verdad, o verificar el rigor), ¿es que la cosa acaba en que hay gente que cree y que polemiza con gente que no cree en el Calentamiento Global?, ¿hay evangelistas y ateos de esto?, si se sigue la pauta natural de toda creencia, ¿quién definirá a los poseedores de la verdad y a los negacionistas? —acuñar para los escépticos un término de connotación nazi, tiene su punto perverso—, ¿cuánto falta para que se radicalicen posturas, se perviertan eslóganes, se categoricen identidades, se definan privilegios? ¿Dónde están los amantes, protectores, y conservadores, que inevitablemente siguen, ofreciéndonos la salvación a cambio de homenaje? ¿Asumimos que sólo hay dos posibles respuestas: sí o no?

Cuando queremos mantener una conversación intrascendente, de cortesía, hablamos del tiempo. Hablamos del tiempo para rellenar ese vacío de palabras en el ascensor, esos momentos en los que se supone que debiéramos comunicarnos y no tenemos nada que decir, y hoy en los periódicos, en las sobremesas, cada vez más a menudo nos enzarzamos en conversaciones sobre el Cambio Climático. Antes cual expertos meteorólogos hablábamos del tiempo, ahora todos somos avezados climatólogos. Este mes de Agosto ha hecho más calor que el año pasado, debe ser por eso que dicen del cambio climático. Cualquier circunstancia meteorológica se mete rápidamente en ese saco, sin más (con mayor motivo cuanto más graves son sus consecuencias sobre nuestra aburrida monotonía urbana).

Para introducir un contrapunto crítico, habría que matizar y extraer de lo que pueda ser un cambio climático, lo que no lo es. Lo que quede será esa tasa de riesgo de la que ya hemos hablado. Es decir, no se trata de negar la peligrosa tendencia a que se produzca un Calentamiento Global de efectos desastrosos, como no hay que negar que hay que conducir con prudencia para llegar a casa todos los días y al hospital ni uno, sino de diferenciar lo que explícita o implícitamente estamos incluyendo dentro de este cajón por interés o ignorancia. Sesgos que añaden un error absurdo al ya cúmulo de omisiones que la prospectiva tiene por ser lo que es: buscar el orden de la teoría en el caos de la realidad, buscar la determinación en la indeterminación. Lo está haciendo hoy el submundo

de paracientíficos comprados para que produzcan investigaciones que después son selectiva e intencionadamente combinadas: la perversión de asignar a la intervención humana la parte del clima que comparando realidad con resultados de modelos, no cuadra. La correlación estadística causal a la inversa. Es decir, si postulo un complejísimo simulador que correlaciona metano y temperatura, y tras su verificación con datos, no es contingente, en vez de cuestionarse si el modelo es incorrecto, o si el margen de error alto, alegremente se afirma que es una demostración de la influencia del hombre en el clima.

Cuando un modelo predice algo que no sucede, la diferencia es la variable humana, y tan panchos. Puede ser, pero dada la complejidad del motor climático y nuestro desconocimiento, pongamos que aunque sólo sea en ocasiones, también es posible que los postulados sean incorrectos. En paraciencia la modestia es la primera víctima de su degradación. El clima es lo que esperas, el tiempo lo que te encuentras. El clima será aquello a lo que atacamos, y el tiempo es aquello que nos atacaba. El tiempo tiene ciclos de diferente recurrencia, desde millones de años, a los dependientes de la región geográfica, de las montañas, de la proximidad al mar, y nuestra experiencia limitada a una vida en la que olvidamos selectivamente, y más según más pasa el tiempo, a menudo no es suficiente para que sea objetivo confundir experiencia con estadística. “Nunca había visto llover así”... seguramente no es cierto, –podríamos hacerle recordar otros eventos peores, pues el tiempo retuerce el recuerdo– y si lo fuera, probablemente no representativo.

Afirman los neurólogos que las experiencias traumáticas se guardan en la “memoria de la amígdala”, que es un modo de describir recuerdos almacenados en sistemas neuronales primitivos, que tienen la curiosa capacidad de obviar la referencia temporal, es decir, que los eventos emocionalmente extraordinarios se rememoran como si fueran del presente, sin enmarcarlos en una situación del pasado. Es más por aquello de disponer con rapidez de mecanismos para decidir si huir o atacar, y hacia donde o como: son recuerdos automatizados, –emocionales–, de acceso preferente a los razonados. En situación de estrés nos es difícil pensar fríamente. No recordamos igual lo que no nos impresionó, ni lo que no nos repitieron hasta el aburrimiento, que es precisamente lo que pretenden los medios de comunicación al hablar del clima: dramatizarlo para conseguir audiencia, e insistir en ello una y otra vez. Cuanto más fácil es recordar un fenómeno, más probable se percibe, y ese atajo de

cálculo no es verificable sino por la información del sesgo mediático, en un bucle retroalimentado de exageración sólo contenible por el rigor y contraste. La gran gloria de Napoleón III consiste en probar que cualquiera puede tiranizar una gran nación, apoderándose del telégrafo y de la imprenta nacional, (Baudelaire).

En 2007 la temporada de esquí ha sido un desastre, dicen los entrevistados en la calle que nunca había nevado tan poco... ¿y los Juegos Olímpicos de Invierno en Jaca?, ¿y el Mundial de Sierra Nevada? ¿No fue el 2006 la mejor temporada de nieve en muchos años? Curiosamente seleccionamos el máximo o mínimo de una variable que interesa destacar entre el número de años desde que se produjo una circunstancia extrema. Como cuando decimos que tal empresa está entre las 4 más rentables, o cierto rico está entre los 8 más ricos... es decir, es la cuarta y el octavo. Si hubo una inundación en tal sitio hace 51 años, la de este año ha sido la mayor de los últimos 50. Antes de existir modelos de cambio climático ya había modelos de recurrencia, es decir que llueva una cantidad de probabilidad anual del 1%, es de esperar que suceda una vez en el siglo, y si sucede, que sucede, es alegre afirmar que es consecuencia del calentamiento global. Lo será o no, pero sí sería un cambio que no sucediera.

En el día a día de la planificación de nuestras actuaciones sobre el medio se utiliza el concepto de periodo de recurrencia, inversa de la probabilidad, para calcular el tamaño de las cunetas, la adecuación agronómica de un cultivo, la sección de una presa, o la idoneidad de un encauzamiento urbano. Se calculan según distintos modelos de simulación, de diferente fiabilidad y aplicación en escalas y objetivos, para llegar incluso a periodicidades de centenares de años... y por el mismo concepto de extraordinario, normalmente con distribuciones estadísticas no lineales. Una precipitación extraordinaria se refiere a su recurrencia a tantos años, es decir, que se define en base a curvas estadísticas supuestas que tal cantidad de agua puede caer cada 20, o cada 50, o cada 100, o cada 200 años, lo que sea, pero se asume que un evento puede suceder con probabilidad conocida, tanto menos contrastable, cuanto menor frecuente.

¡Los modelos que tanto se reivindican cuando conviene, prevén consecuencia de la mala ordenación del territorio, los sucesos que sin más adjudicamos habitualmente a un Calentamiento! Las lluvias que provocaron las inundaciones de Bilbao del 83 –en realidad fue la pro-

pia planificación urbana la que provocó sus consecuencias frente a una precipitación extraordinaria que podía suceder—, tenían un periodo de recurrencia de entre 150 y 200 años, que muy de tanto en tanto ocurren. No tenemos modo científico de afirmar con las series de datos limitadas de las que disponemos si un evento extraordinario se corresponde a ello o a un Cambio. Los modelos pierden contingencia cuanto más extraordinario es el fenómeno, precisaríamos centenares de años de datos para definir estadísticamente si sucesos extraordinarios se dan más habitualmente de lo previsto.

¿Cómo distinguimos un suceso extraordinario recurrente, de uno provocado por el Cambio Climático? Sólo podemos evaluar tras varios eventos raros, que siempre son menos raros de lo que esperábamos en las distribuciones clásicas (no ha habido un Calentamiento Global en la Bolsa, y sin embargo las distribuciones que hoy la modelizan, contemplan más rarezas de las de hace unos años). Cambiar el criterio estadístico, cambia la excepcionalidad de lo extraordinario. Si la recurrencia es inferior a la prevista, tampoco podemos saber si es un error del modelo no lineal del que se parte, o si es por causa del cambio. Ante un suceso raro cuando interesa lo asignamos aleatoriamente a un cambio climático, y no a una recurrencia muy extraordinaria, y la verdad es que no tenemos ni idea de cómo diferenciarlos con certeza.

Especulaciones, conjeturas, encumbradas en verdad sólo para exigir a la ciencia que demuestre lo contrario. El caso es que el trazado de calles de la ciudad, la ordenación de la cuenca vertiente,... son acciones que se realizan en silencio para evitar que se repitan las graves consecuencias en caso de que dentro de 100 años vuelva a suceder, al tiempo que con publicidad se monta una Oficina de Cambio Climático. Las precipitaciones de alta recurrencia suceden independientemente de si hay o no Calentamiento Global, y si bien parece que pueden estar aumentando de recurrencia, no lo sabemos con certeza, e incluso sospecho que el mayor motivo de dicha afirmación sea el cambio de herramientas matemáticas de análisis a distribuciones que contemplan mayores indeterminaciones.

Queda feo citarse a si mismo, pero ya que escribo para saber lo que pienso, para ordenar mis patrones neuronales, me autorizo a ello. Además, contra lo que pueda acusar quien me descalifique, no creo que nadie vaya a querer publicar una versión que no vende, y nadie leerá: los conubernios internacionales no ponen dinero en esto, y no me han pagado

nada, ¡ojalá! A quienes entre todos pagamos, y donde sí se pone pasta sobre la mesa, es a los análisis tendenciosos ecologistas. Atribuyen a Goebbels el enunciado de los “Principios de Contagio y Transposición”, según los que hay que hay que reunir a los adversarios en una única categoría sobre la que cargar los propios defectos y errores.

Decía citándome, que en un programa de divulgación científica en el que colaboro semanalmente en una televisión regional me proponían: “¿Qué tal si hoy hablamos de la posibilidad de que haya un huracán en el Mediterráneo?”, a lo que contesté que bien, que podíamos hablar de ello, que incluso habían llegado ocasionalmente restos en forma de tormenta tropical, e incluso profundas borrascas del Oeste con rachas huracanadas, pero que podía explicar el porqué se forman para indicar lo poco probable que era que ello sucediera, simplemente por el sentido de giro de las masas de aire dependientes del de rotación del planeta. La presentadora se sintió algo contrariada, y me sugería algo más de catastrofismo, algo más de seguridad en las probabilidades, para captar la atención del público. ¡Pretendía que omitiera parte de la certeza, y de sus dudas implícitas! Le contrariaba la mismísima rotación del Planeta para su objetivo. Acabamos hablando de tornados para satisfacerla, el tema de huracanes le pareció insuficientemente dramático. Lo cuento porqué el análisis científico del clima ha trascendido a la metodología periodística, por la que basta con que dos o más fuentes inconexas confirmen una misma circunstancia, constituyendo un auténtico Cambio Mediático, que no niega el Cambio Climático, sino que le introduce un sesgo en su apreciación social. En distintos grados y en diferentes temas la anécdota se me ha repetido varias veces.

La audiencia exige que le cuenten temas interesantes, dramáticos, verdades absolutas, para no cambiar de canal, y se lo damos, ya sea por la vía difícil de convertir un tema árido en divertido, incluso trivializando y omitiendo; o por la fácil: en contar historias de las que sin faltar a la verdad, resuenen más los aspectos más espectaculares, y no se entre en los matices diferenciales y tediosos de distintos enfoques. Tal vez deberían incluir antes de algunos documentales un párrafo análogo al de thrillers basados en historias reales...“Esta historia está basada en hechos reales, los nombres han sido cambiados, algunos personajes han sido incorporados, y algunas situaciones dramatizadas”. Dudar no vende, y el científico se siente en los medios manipulado. “Muchas son las palabras, pero la verdad es Una”, y así nos va. En encuesta realizada en USA, la

mayor parte de científicos entrevistados dijo no estar dispuesto a aparecer en los medios de comunicación sin ciertas garantías... a pelo. ¿Los que sí, disponen de los altavoces públicos, son representativos respecto al conjunto de matices, reflexiones, opiniones, conjeturas, hipótesis, teorías? A menudo polemizamos entre técnicos y científicos sobre estos asuntos, y claro, faltaría más, nunca estamos de acuerdo en la credibilidad de tal o cual dato, de la metodología de tal o cual experimento, de su interpretación, pero al tratar de la divulgación del Cambio Climático, de Conservacionismo, de Hombre Natural, de Energías Renovables, de Catástrofes Naturales, se acaba siempre en la misma dicotomía, nunca poniendo en duda que no sabemos lo suficiente para ser tan categóricos como lo estamos siendo, discutimos de otra cosa: el medio justifica el fin dicen unos, y lo contrario decimos otros.

¡Engañémosles si es preciso, por su propio bien! En la biografía hecha largometraje de Lutero, su padre espiritual le reprocha que traduciendo la Biblia al alemán esté creando una división en la Iglesia, pues el que los sacerdotes pudieran leer las Escrituras, incluso que algunos feligreses también, destrozaría la Unidad de un Catolicismo, que aunque prostituido por la recaudación por el terror al Infierno, indulgencias y reliquias, la gente no erudita no estaba capacitada para entender en lo que le quedaba de bueno. En ciencias naturales, estamos tratando así, con un paternalismo autoritario y obsceno, a las gentes no inmersas en el estudio sesudo del medio ambiente. Es decir, más que sobre tal o cual teoría o modelo, a menudo las conversaciones entre científicos que estudian estos títulos, acaban tratando de si transmitir alarmismo, seguridad, verdades a medias a la sociedad, está justificado o no dado que el fin es científicamente correcto por el riesgo colectivo que corremos si no lo hacemos. Divismo y desprecio... superioridad del inseguro.

Debe ser deformación profesional considerar al resto de su propia sociedad plebe, incapaz de comportarse racionalmente sin manipulación, permanente premisa básica de todo autoritarismo paternalista, a quien la democracia ha acabado demostrando como falsa. Siguiendo ese camino incluso conseguimos convencer a esos vasallos a los que cuidamos de que merecemos su aplauso, su reconocimiento, su admiración por lo mucho que sabemos. Con lo que no cuentan los científicos es que a su vez los políticos les ven a ellos con similar soberbia. Sin apenas darnos cuenta, aplicamos ese análisis sesgado de la realidad científica como coartada a nuestra particular modelización del clima, –ahora que todos

nos hemos convertido en expertos climatologistas—, que si algo tiene es que cambia, es irregular, nos ofrece eventos extraordinarios, caóticos, imprevistos, y más en entornos como el del Mediterráneo. En extraño sortilegio por el que algunos científicos caen en la arrogancia que los convierte en paracientíficos, al plantear una previsión climática y no cumplirse, concluyen en el eufemismo de que el clima cada vez se está volviendo más impredecible: “consecuencia del Cambio Climático”. ¿No es también posible que cuanto más lo intentamos predecir, más se rebela su indeterminismo y natural irregularidad contra nuestra manía de que la realidad debe ajustarse a nuestros patrones? Peligrosa la ciencia que pierde su humildad y su querencia al error.

Construimos nuestra vida en base a supuestos que incorporan como variable a la meteorología, y pretendemos que llueva a gusto de todos. Los niños han comenzado las vacaciones y todavía no hace el calor de Verano para llevarlos a la piscina, entonces teorizamos que el tiempo está cambiando (igual es más probable que hayan empezado antes este año); llega la Navidad y no nieva (si de todos modos en muchos sitios nunca ha nevado en Navidad); vamos de viaje en Semana Santa y no ha parado de llover; es San Martín y hace sol; o estamos en Julio y hay tormentas cada tarde; he quedado para ir a buscar setas y no ha llovido en todo Septiembre; etc,... Nuestro particular simulador climático pretende que el tiempo sea regular, esté determinado, haya orden en el caos, y no, el cielo no entiende de estadísticas, ni de refranes, ni le preocupa cuando se haya sembrado. Deseamos que se comporte como la media, casi como si su función fuera satisfacernos, y en lo que ciertamente precisaría de un Cambio Climático, que fuera más regular de lo que nunca ha sido, para que consideráramos que no lo ha habido.

No es algo científico, es el Cambio Social, en el que todos participamos porqué a todos nos agrada tener a quien culpar, sobre todo si no puede responder a tal acusación. El que se construya una estación de esquí no significa que por haber echo esa inversión, un santo o ángel sea a partir de ese momento responsable de que nieve en esa ubicación cada año de modo regular durante toda la temporada, pero tendemos a encontrar mejores culpables en el cielo que en el suelo. Nos conviene mezclar métodos y fiabilidades, en confusas ensaladas de hipótesis, experimentos, soluciones, criterios, opiniones, decisiones, valoraciones, todas intercambiables según quien las use. El científico modeliza, enuncia, experimenta, cambia, duda, y obtiene certezas provisionales.

El técnico las asume, obvia su interinidad y las supone, aún a sabiendas de que puede en el futuro cambiar, ciertas, mide, y presupuesta, ofrece opciones plausibles, soluciones valoradas. El gestor, toma esas valoraciones, y desde una perspectiva más amplia, atendiendo necesidades sociales, o de relación con otras propuestas, o de limitaciones, las prioriza entendiéndolas en un conjunto. El político, decide si las prioridades más o menos objetivadas, corresponden a la expectativa social, a una estrategia ideológica, a provocaciones de orgullo y amenaza, a voluntades que representa o cree representar. El divulgador, transcribe y evalúa esas actuaciones, que comenzaron en sus sistema de dudas, siguieron en aproximaciones, se valoraron y priorizaron según cierta subjetividad, y se decidieron por opinión. Sin embargo al usar un método “periodístico” de distinto rigor al científico, transforma todo ello en seguridades, obviando que todo es un frágil castillo de naipes.

Los periodistas suelen decir que el que un perro muerda a una persona no merece la misma noticia que el que una persona muerda a un perro. Nada interesa si no es escándalo o chismorreio, y para interesar a la prensa la climatología se ha tornado chismorreio escandaloso. Frente a una posible noticia que merezca, algún científico habrá que la soporte, pero los aburridos conocimientos que se estén descubriendo pueden no ser noticia. Ayer el terror milenarista funcionó: el mundo se acabará en el año mil, depositad vuestros dineros en los templos para la salvación. Más tarde la venta de bulas creó las primeras vallas publicitarias de la historia: dibujos de condenados en el fuego eterno en las plazas de los pueblos e iglesias. La Media Verdad Incómoda del telereverendo Gore se compra en nombre de los niños como droga en la puerta de los colegios. ¡Que viene el coco y te comerá! Hoy la amenaza climática vende, los refugiados ambientales venden, los desastres naturales venden, más de lo de siempre –como los perros que muerden a las personas–.

La sobreexplotación agrícola y ganadera, los abusos de las planificaciones urbanísticas, la depredación de las zonas de pesca, el lujo consumista en el que nos hemos instalado, la hipocresía del valor añadido, las acumulaciones de riesgo en miserias de los pobres, las armas de destrucción demográfica, ... ya no son noticia, son lo de siempre, lo sabemos pero no llaman la atención. No venden, y cuestan. Al mezclar el método científico, o incluso la operativa técnica, con algo tan manipulable como el que haya dos fuentes independientes que coincidan en una misma opinión para considerarla comprobada, habiendo tanto científico en des-

acuerdo, el método periodístico lo tiene fácil para encontrar validez a cualquier afirmación que incremente audiencia. Un político puede ser gestor, y un gestor técnico, un técnico científico, y al revés, pero siempre adecuando el método a su papel. Si un científico se pone a valorar opciones no puede seguir funcionando en base a hipótesis y experimentación; si un técnico se pone a gestionar, no puede seguir enfrascado en la hoja de cálculo; si un gestor se hace político, no puede decidir tecnocráticamente sin consideraciones morales o de emoción social; si un político se pone a explicar sus decisiones a la sociedad, no puede establecer como única fuente su visión, certificada por alguien a quien subvenciona; si un periodista divulga ciencia, no puede quedarse en encontrar a dos investigadores que apoyen de modo independiente la argumentación de la que trata su escrito.

Cada paso tiene su método, sus limitaciones, sus ventajas, sus inconvenientes, y es muy fácil atravesar los límites desvirtuándolo todo: lo hacemos continuamente. Todos desean hacer lo que hacen los demás: los periodistas quieren opinar de ciencia, los científicos quieren implementar soluciones en el medio, y no se cansan de desviar presupuestos de acciones de eficiencia probada en estudios, experimentos, nuevos modos de enfocarlas. Los técnicos quieren imponer su tecnocracia a los políticos, los políticos sólo piensan en transmitir, vender y convencer a la sociedad de lo que ha de pensar. Todo ello puede ser hasta bueno, siempre y cuando adecuen su perspectiva al método de la función en la que se mueven.

Un biólogo e incluso un político, pueden gestionar el medio natural si utilizan el método técnico: desaprendiendo, aunque sea momentáneamente, de pruebas, ideologías y prejuicios; un divulgador, puede transferir a la sociedad nuevos enfoques y conocimientos, siempre que entienda estas importantes sutilezas. No nos creemos lo que no nos interesa creernos, y en una especie de complot inconsciente, justificamos aquella de las variables más llamativa. La media de personas que se consideran por encima de la media es superior a la media. Cada vez podemos medir más cosas en más lugares. Destacamos que el mes de Noviembre en tal sitio ha sido el más caluroso desde hace 70 años, y no hacemos referencia a que su pluviometría, o su insolación, o su régimen de vientos, o su nivel de humedad, han sido habituales. Destacamos que en tal sitio hacía 400 años que no sucedía una inundación de tal calibre, y no hacemos referencia en que en otros puntos del mismo cauce la recurrencia ha sido menor

que el año pasado (o lo que es peor, que hace 400 años no había más que una aldea en ese cauce, que hoy está cementado y se ha convertido en la cloaca de la ciudad). Son tantas las variables a medir, en tantos sitios, que es siempre posible encontrar entre ellas la que sea extraordinaria como tema de conversación.

Técnicamente se denomina Desviación Sesgada, a la selección de la variable para el refuerzo del argumento, cuando éste debiera haber sido consecuencia de la información disponible. Que suceda una cosa rara es normal si hay muchas cosas raras que pueden suceder. Los vascos puros tienen el Rh negativo, y si buscamos algún factor genético en el genoma de los de Cartagena, hay tantos que alguno encontraremos que los distingua. La hipótesis precede al experimento, que modifica el argumento en un sistema de retroalimentación que puede falsearse si se considera parcialmente. En ciencia no se busca, se encuentra... es más, a menudo no se halla lo que se había supuesto. Si el rigor es relativo, la conclusión es paraciencia.

Antes no teníamos información de lo que pasaba a varias leguas río arriba o río abajo, donde tampoco habían construido las urbanizaciones ni carreteras que hay, y hoy disponemos de todo el mundo para elegir que punto, que momento, y en que sentido, ha sido noticia. La intensidad de un vendaval, de una inundación, de un desastre natural, se contabiliza por valor de los daños, por víctimas, más que por km/h o l/m², y están más en función de la aglomeración urbana sobre la que ha dado la casualidad de producirse, ... y claro, cada vez nos amontonamos más gente en valles y riberas, donde los riesgos son mayores. No sabemos si hay más tornados, pero sí que hacen más daño, quizás no por su intensidad, sino porque cada año es más probable que toquen alguna propiedad, que los que nacen y mueren sobre el mar no contabilizan.

Aldous Huxley decía que la investigación de enfermedades ha avanzado tanto, que cada vez es más difícil encontrar a alguien sano, ¿cuál es la probabilidad de dar una noticia espectacular y dramática sobre el clima teniendo todo el mundo para elegir, aportando todos los datos por días, medias, máximas, mínimas? Sólo depende de la disponibilidad de imágenes impactantes que compra la audiencia. En ciertos medios de confirmación hasta 4/5 partes de la publicidad es institucional, y a ellos se deben. El marketing de las empresas lleva más años aplicando lo que ahora ha descubierto el periodismo medioambiental, incluso el papanatismo ecologista: todo producto es líder de algo, el coche más vendido de

este año, la empresa líder en informática,... como hay tantas variables que poder medir, se elige la más favorable. Igual es el coche de gama baja y anuncio anterior a 6 meses más vendido en el primer trimestre, o la compañía que más programas ha vendido para gestionar kioscos de palomitas. Entre varias variables ordinarias no hay mérito en hallar una variable extraordinaria. Para tener un 50% de probabilidades de que alguien cumpla años hoy basta juntar a 23 personas, no a 183 (medio año). Lo que representaría un Cambio Climático es que no sucediera nada raro en ningún sitio. Es simplemente imposible que no haya variables espectaculares habiendo tanto donde buscar espectáculo.

Si lanzamos una moneda 100 veces, la probabilidad de que 60 veces salga cara es de un 5%, si sucede puede que esté trucada en un 95%. Si lanzamos 20 monedas 100 veces, sacar 60 caras tiene una probabilidad de 1/3; y si lanzamos 100 monedas 100 veces, lo que es improbable es que en alguna de ellas no salgan 60 o más caras... igual lo que podemos demostrar es que pasamos demasiado tiempo haciendo el canelo. Somos más, muchos más, y ocupamos más sitios, muchos más sitios, con más datos, muchos más datos, e independientemente de las modificaciones en el territorio que afectan a nuestra percepción del clima, de lo que ya hablaremos, hay más lugares dónde elegir variable, plazo, momento, intervalo, más dramático en su diferencial respecto a la media. Hay más información que procesar, y por tanto más monedas con las que experimentar. El que haya más lugares en los que si cae un meteorito nos enteremos, no significa que caigan más meteoritos, y sin embargo con el clima eso lo obviamos.

Sí, todo son sensaciones sobre las que no navegan los científicos, de acuerdo, pero es políticamente incorrecto recordar este tipo de sesgo social y mediático... lo usan... políticamente... vale, y a nosotros nos esconde la culpa, y nos lleva a otro sesgo, tal vez igual de inconsciente, pero más intuitivamente condicionado, y aunque sin querer más perverso: la verdad a medias, confundiendo adivinar con deducir para complacer y homenajear a quien nos protege, salva, y paga con nuestros propios impuestos. Una gran mentira construida en un mecano de verdades interinas, y en el que el conjunto está montado de manera tendenciosa, no por conspiración, sino por convergencia de intereses.

Franco, descubridor del Cambio Climático, ya usaba el argumento de la Pertinaz Sequía para tener a quien culpar y que no pudiera defenderse, como justificación para sus inversiones en pantanos (que siguen

por cierto siendo hoy la mayor parte de la energía renovable que nuestros políticos colorean en los gráficos de sus estadísticas verdes). Hoy nos han cambiado la logorrea, pero no la utilización del cielo como útil instrumento político. Es barato, no protesta, y puede ser blandido como amenaza o como culpable, sirve para mantener situaciones de privilegio sobre los desheredados, es más incluso puede recaudarse a su costa.

Mucho antes de que naciera el primer nacional-ecologista, Nietzsche sentenciaba de los muros de contención de Nueva Orleans, la de permitir urbanizar en las vegas de los ríos, o bajo el nivel de la marea alta, las de sustituir cauces de torrentes por tubos para construir encima, urbanizar en sistemas dunares, las de tolerar usos agrícolas y ganaderos en lugares y modos no adecuados, desvíos de ríos, talas indiscriminadas, roturaciones salvajes, especulación del territorio y sus recursos en general, tienen fácil cortina si hay quien, sub-vencionado y convencido, recuerda en el momento oportuno lo del Cambio Climático. Pase de pecho a un astado con dos picas. Interesa, y además es un negocio como otro cualquiera.

Todo experto que hable del Cambio Climático está cobrando o desea cobrar, pagando o desea pagar. Palabras siempre seguidas de huchas, colectas, tasas, impuestos, ayudas,... comprar y vender. ¿Las petroleras pagan por estudios contra el Calentamiento Global, contra las energías alternativas?, quien sabe, tal vez el mito tenga alguna base, pero lo que sí es cierto y no sospecha, a gran escala son los presupuestos destinados a la caja de resonancia de las tesis ecologistas: decenas de miles de investigadores colgados de la misma teta. Las circunstancias que sobre las que la sociedad ha depositado su sesgo mediático, social, político, y económico, son en relación al hombre e introducen una apreciación retorcida, en ocasiones considerada y otras despreciada, como consecuencia del interés, de la conveniencia en una hipótesis.

Las teorías tienen más o menos trascendencia en función de su audiencia y oportunidad, más que de su rigor. En el último siglo nos hemos urbanizado, reproducido, aumentado nuestro nivel de consumo, y alargado la esperanza de vida de manera asombrosa. Sucede que no sólo hay una mayor y mejor red de información meteorológica, y mucho más desarrollados los conocimientos respecto a los procesos climáticos, es que además influimos sobre las consecuencias que tienen sobre el medio. Las inundaciones suceden más por las acciones humanas en cabeceras y cauces de los ríos, por la especulación urbanística, por incendios foresta-

les, por prácticas agropecuarias inadecuadas, que por posibles cambios climáticos; las sequías más por mala ordenación de los cultivos y sobreexplotación de acuíferos y suelos, abuso en el consumo de fertilizantes y agua, que por posibles cambios climáticos; las olas de calor más por la configuración y uso urbano, que por posibles cambios climáticos; la escasez de alimentos más por política y circunstancias económicas; la lista es larga... muy larga, y seguimos prefiriendo hablar de la incidencia del hombre sobre el clima más que de la incidencia que del clima sobre el hombre (¿perro muerde persona o persona muerde perro?).

Las ciudades crecen, se asfaltan, se instalan aires acondicionados y tuberías de calefacción, se urbanizan campos y se plantan árboles y jardines: dentro de una ciudad puede haber varios grados de temperatura más que fuera. Afecta a los vientos, a las sombras, al albedo del asfalto en Verano, y los termómetros de hace décadas, tal vez situados en las afueras han quedado hoy engullidos por la vorágine del crecimiento urbano. Las ciudades crecen y los observatorios se quedan en el sitio. Certo es que hay ratios de corrección de esas circunstancias, pero arreglar la estadística con ello es introducir una nueva fuente de error. ¿Crecieron unos árboles que hoy dan sombra al termómetro que antes estaba en un descampado, o al revés? ¿El edificio del fondo de la calle tapa los vientos de Tramontana? Argumentar que de todos modos suelen estar en parques y jardines es pobre. En cualquier caso, es un sesgo conocido, y a menudo despreciado, sobretodo cuando se analizan territorios extensos, puesto que sería intratable dentro de la definición del detalle las circunstancias de entorno de cada observatorio.

Desde que se tienen registros, Madrid ha aumentado su temperatura media en dos grados: pocos me parecen. Ahora bien, si estamos midiendo incrementos de temperatura media global de menos de un grado en un siglo, ¿no será esta una parte de lo que no es cambio climático? No sabemos estas respuestas pues no tienen las mismas subvenciones que las que confirmen otras tesis.

Hay muchas relaciones y variables, unas se conocen más que otras, unas tienen más presupuesto que otras, unas son más difíciles que otras, y pretendemos reconstruirlas y relacionarlas ponderadamente, con suficiente aproximación. Ardua tarea, que obvia las consideraciones de coste, capacidad, conocimiento, oportunidad, dificultad, de la dinámica atmosférica del vapor de agua, del repositorio oceánico de anhídrido carbónico, del Efecto Albedo (la capacidad de reflexión según los dife-

rentes colores: un coche negro aparcado en Verano al sol, absorbe más calor que uno blanco; y eso aplicado a los colores del mundo: sustituir verde por marrón, o que haya menos blanco de nubes, hielo o nieve, cambia el calor que se refleja durante el día, y por ello la temperatura de la noche), de todos se habla menos, que de otros procesos que se ponen de moda. La audiencia de los medios se crece con el catastrofismo, y alguien anuncia que el agujero de la capa de ozono en el Ártico ha alcanzado niveles alarmantes, (contra lo que socialmente se cree, el Ozono tiene al parecer poco que ver con el Calentamiento Global, pues afecta sobretudo al espectro ultravioleta –“frío”–, menos al visible y poco en el infrarrojo, y es más una cuestión ecosanitaria). Las posibilidades objetivas de la ciencia introducen también un sesgo posibilista de medir aquello que es barato, o sencillo, o conocido.

Se han tomado serias y globales medidas en la emisión de gases organofluorados, y se ha dejado de hablar “tanto” del ozono, pero el agujero sigue ahí y seguimos sin conocer nada bien sus ciclos, o la influencia de los gases de las neveras y aires acondicionados en altura. Eso sí, las empresas que comercializan protectores solares hacen publicidad de niveles de protección mayores para evitar melanomas por el agujero de la capa de ozono. ¿Es lógico que gentes nórdicas, eslavas, germanas, de pieles blancas se planchen al sol de mediodía en verano?, ¿es lógico que por librar los domingos, los apuremos rebozados en playas?

Nuestros mayores llevaban sombrillas, sombreros, se cubrían, buscaban la sombra, se organizaban todos, cubiertas de paja, de ramas. Los bereberes, los tuaregs, los árabes, se cubren todo el cuerpo, y sin embargo nosotros al tiempo que interponemos una capa oleosa poco transpirable entre piel y sol, compramos un nivel de protección mayor por la capa de ozono, ¡qué más da que haya agujero o no!, si no lo hubiera habría que incrementar el grosor de la capa para compensar tanta estupidez.

Pretendemos que el clima se adapte a nuestros refranes y costumbres, y no, no se entera, va a su bola. Una ciudad que se desarrolle pasa a incrementar su cantidad de gente trajeada con corbata incluso en Verano, que tienen aire acondicionado en la oficina, en casa y en el coche, ¿cómo no van a sentir más calor con semejante vestimenta cuando abren las puertas de un automóvil de color oscuro, que ha estado aparcado al Sol en pleno Agosto? En casas construidas cada vez más pequeñas, en altura, con doble acristalamiento de una superficie mayor de cristales, con los mínimos imprescindibles de aislamiento, cuando en las casas

antiguas tenían muros del triple de grosor. Sin consideración a la orientación, a la exposición del sol sobre las ventanas, sin pensar en corrientes de aire, en el juego de sombras. Todo sin brisa, y al rescoldo de asfalto y cemento. ¿Cómo no va a influir en la sensación de frío el que se ponga de moda entre las chicas llevar el ombligo al aire? o ¿los vaqueros tanto en Verano como en Invierno?, o botas, o polipiel, o minifalda.

En Florida se venden más abrigos de visón que en Lituania. Teníamos calor y un botijo bajo un árbol, pero si dejamos la botella de plástico detrás de una hamaca se nos calienta, y quien sabe si donde crecía ese árbol hoy hay una marquesina de diseño minimalista con un banco de acero galvanizado, de los que cuando te sientas quemas el culo.

¿Cómo no va a tener más probabilidades de un golpe de calor un obrero con un casco de plástico en la cabeza, que un agricultor con paño y cuatro nudos? Hoy muere más gente mayor de calor que hace generaciones, cuando no había tanta gente mayor para morir en ciudades pensadas bajo el supuesto de que hay enchufes donde conectar aparatos que compensarán sus defectos “bioclimáticos”.

Si viviendo como vivimos, siendo la cantidad que somos, con la fragilidad de los años que llegamos a tener, y con tanto interesado mediático, político y económico, bebiendo de esa teta, pretendemos tener la misma sensación colectiva de clima que hace décadas, debería haber un Cambio Climático a la carta, y del sentido contrario al que parece que pueda existir. Aunque dirán, sí, todo eso ya lo intuyen los científicos y sus simulaciones son objetivas, no incorporan el sesgo de la interpretación socio-político-mediática-económica. Bueno relativamente.

La mayor parte de todos los científicos de la historia de la Humanidad están vivos. Una población de científicos del orden de un país como Holanda, siguen siendo humanos, y hacen lo que hacen los humanos en nombre de una causa para justificar su interés: engañan, roban, esconden, exageran, desprecian, rompen, atacan, huyen, a los que no se han normalizado según los prejuicios que les unen, como los demás.

La concentración de talento es apabullante, pero como en todo cesto, habrá manzanas podridas, y tantas más cuanto más pasta esté en la apuesta. Hay estimaciones de miles de millones de euros anuales en fraudes científicos, las universidades se hacen con la propiedad de genes patentados que niegan a otros, los presupuestos públicos compiten con los privados en la parcelación y apropiación del material genético. Nada comparable a la genética, que mueve más dinero, pero aún así el

Cambio Climático es un gran negocio. Las Universidades tienen contratos, propiedad intelectual, derechos sobre innovación, y los departamentos de marketing y de comunicación del MIT, de la John Hopkins o de Stanford, son equiparables a los de L'Oreal o Nestlé. Es un sistema retroalimentario de becas, subvenciones, plazas, nombramientos, y cargos. Da menos problemas investigar en aquello que desea la sociedad, y cunde más. A Santiago Ramón y Cajal le recomendaron no presentarse a la oposición de cátedra de Granada, y de hecho no la sacó, pues era más importante ser nacional-catolicista. Hay más interés y presupuesto para experimentar en fármacos contra la obesidad que contra la malaria, también hay más interés en investigaciones que claman por la amenaza, por la necesidad de salvadores, por la alarma, por el drama.

El científico trabaja en aquella hipótesis que propone, busca pruebas, convencer, duda, observa, experimenta, y de ello vive, pero la sociedad no paga ni premia a la ciencia de modo independiente a la teoría que busca fundamentar. Es obvio que una hipótesis que suponga alguna relación aplicable al Cambio Climático se sujetará a la rigidez científica, pero habrá más gente trabajando a favor de lo que la sociedad desea oír que en su contra, y el rigor o benevolencia con la que se admiten las hipótesis se torna subjetivo.

Como sucedió en otros tiempos oscuros para la ciencia, y más que en otras disciplinas, en las que el prestigio condiciona el valor de una hipótesis, en temas medioambientales los escépticos corren riesgo de ser apartados de los fondos y publicaciones por no teorizar según la letanía ecologista. Gente como Richard Lindzen pone en duda la motivación antropogénica del cambio climático y lo atribuye a causas naturales,... será todo lo discutible que se quiera, pero está castigado al ostracismo académico: se le ha colgado la etiqueta de pseudocientífico.

Quien está con La Verdad es un Gran Científico, quien la pone en duda, como es su obligación, es un apestado. Al danés Björn Lomborg le tiraron tartas, le boicotearon conferencias a gritos, tuvo incluso un juicio con cargo de “deshonestidad”, que ganó, hasta quisieron censurar y torpedear la publicación de su libro: El ecologista escéptico (hermoso por contradictorio título, y me gustaría que fuera el de este, pero ya está pillado). Pero no, quien se muestre escéptico además de negacionista, inútil, insolidario, gordo, impresentable, feo, cafre,... está subvencionado por un oscuro complot de multinacionales que a los únicos que han pagado algo, y además lo reconocen públicamente, es a los propios

monjes ecolojetas. Aumenta la lista de investigadores que relacionan la formación de nubes con los rayos cósmicos y la actividad electromagnética solar (si el CO² no deja salir el calor, el H²O no lo deja entrar). Henrik Svensmark, en el Proyecto Sky, que están ampliando en el Cloud del CERN, demostró que modificaciones en el viento solar producían cambios en la ionización de la atmósfera, y en el comportamiento de las relaciones entre el agua y sulfúrico —en buena parte procedente de la contaminación industrial y de erupciones volcánicas—, modificando la capacidad reflexiva de las nubes,... y el director del IPCC, supuesto científico él, no se le ocurrió otra que, sin experimento o análisis en contra, declarar que era ingenuo e irresponsable. Lo mismo decía el famoso obispo de Darwin. ¿Significa que se tergiversa la ciencia por conspiración de unos o de otros, del ecologismo o del capitalismo? De ninguna manera, significa que se experimenta en algunas partes, procesos, relaciones, supuestos, más que en otras, quizás menos dramáticas, o menos convenientes, o menos amenazantes, o menos contundentes... pero intentarlo, lo intentan, y eso ha sucedido desde siempre.

La ciencia no tiene una perspectiva general, no se planifica pues no se sabe donde le llevará el camino inexplorado por el que transita. Se suman voluntades, y por desgracia también estas adolecen del sesgo de la conveniencia social, que ya se encarga de amplificar lo que desea, y retirar oportunamente matices e inseguridades para definir su verdad. Todos los científicos dicen, pero ninguno que se precie se autoencumbra en poseedor de lo absoluto, y puede que todos digan cosas parecidas, pero no iguales. Hace mil años todos los eruditos estaban de acuerdo en que el mundo era plano y que los animales, incluso mujeres, tenían alma. Después opinaron que no. Es el sesgo de prestigio, por el que según quien diga algo tiene un valor científico u otro. Incluso, llegado el caso, el rigor científico es mejor tolerado cuanto menos importa al interés. Se permite presentar mayor error y menor rigor, en temas medioambientales, pues la conveniencia social es de apariencia, es de boquilla, más o menos proporcional al grado de afección que tiene sobre los bolsillos, el reconocimiento social, o la salud.

La rigurosidad se traduce en la carga de la prueba, que para la ciencia es demostrar la validez de un axioma, y para la paraciencia, no poder no demostrar la invalidez de una elucubración. Si se es excesivamente purista en el análisis de los datos, se hace inviable la investigación, así que si es necesario se corre un estúpido velo. M. J. Mahoney realizó un

curioso experimento, mandó a 75 revisores científicos un artículo en dos versiones: una que aportaba datos que reforzaban la teoría generalmente aceptada, y con la misma fiabilidad experimental, otros que la contradecían; pues bien, en el sistema de publicación que llaman objetivo, el peer review, se recomendó la publicación del artículo mayoritariamente en los que cuadraba con lo políticamente correcto, y se denegó en el resto. Es una versión light de lo que Stalin, que constituía caso extremo, transformó en purgas y destierros a Siberia para aquellos con ideas, investigaciones o arte, que no estuviera acorde con la ideología comunista. Franco, Pinochet, Mao,... la lista no se acabaría, pero incluso hoy hay votaciones en parlamentos democráticos invalidando informes técnicos o científicos (Nixon con los efectos de la Marihuana, o los Neocon con informes sobre la base genética de la homosexualidad).

El Nóbel de Química Irving Langmuir acuñó para ello el término de Ciencia Patológica, por el que el científico se aparta inconscientemente del método guiado por sus deseos y expectativas. Independientemente del método, los experimentos y los resultados, hay investigaciones adjetivadas socialmente de correctas e incorrectas: Henry Garrett definió el “Dogma Igualitario” que fue rápidamente convertido en verdad, y que consistía en conjeturar que las diferencias intelectuales entre razas, clases sociales y sexos, se debían a factores de entorno, a la educación, nivel económico,... hipótesis sin pruebas más que circunstanciales, pero por convenientes, con tolerancia a su rigor, fueron admitidas como suficientes. Hasta los años 70 la homosexualidad era considerado un trastorno psicológico. Hoy sigue costando que la sociedad acepte que las pruebas indican que hay bases genéticas para afirmar que no somos iguales. La izquierda mal entendida acusa ad hominem de fascista a quien siquiera dé credibilidad a libros como La Tabla Rasa de Pinker (alguien habría que lo ordenaría quemar si pudiera). La inteligencia, la agresividad, la espiritualidad, el liderazgo, están influidos por la genética que según el entorno se manifiesta de un modo u otro, aunque nadie dice que lo que nos hace diversos no nos hace ni mejores ni peores. Que valorar es el mayor vicio del ignorante, sólo eso: por suerte distintos. El propio Pecado Original.

Quien paga condiciona la investigación. En la primera mitad del siglo XX, en opuesta tesis a la de la segunda mitad referida, se subvencionaron las investigaciones sobre aspectos raciales, todo muy científico, y así acabó. ¿Es fiable un estudio sobre discriminación realizado por un movimiento feminista?, ¿un análisis sobre la inteligencia por una orga-

nización eugenésica?, ¿las estadísticas de calidad de vida según el Banco Mundial?, y ¿un análisis del Cambio Climático realizado por Greenpeace? A finales del XIX el gobierno de Londres solicitó un informe a la Royal Society sobre la conveniencia de gastarse sus chelines para dotar a la ciudad de electricidad. Dicho estudio concluyó que con el gas era suficiente para sus habitantes, y que no se justificaba semejante dispendio porque no se iba a usar.

Hoy no se está investigando en igualdad de condiciones aspectos como las causas genéticas de la criminalidad, ni los procesos de desactivación de residuos nucleares, y quien se ponga a analizar diferencias entre hombres y mujeres, homosexualidad en animales, transgenia, clonación, motivaciones sociales de la prostitución, mejora en la inteligencia de ratas, violencia femenina contra sus parejas, influencia de los pedos de las vacas en la capa de ozono, agresiones al medio ambiente por prácticas tradicionales, condiciones sanitarias de los cultivos ecológicos, corre cierto riesgo de ser vilipendiado por sus propios compañeros, y por ello competidores con tentación de oportunismo. Los consultores independientes son contratados por las empresas para que revisen objetivamente sus cuentas, pero quien paga es quien es juzgado ¿son imparciales?... pretenderlo lo pretenden, y a veces hasta lo consiguen, o no. En 2001, con datos paleoclimáticos (analizando hielos, corales, pólenes, anillos de árboles, etc.) de Mann, Bradley y Hughes, el IPCC resumió el argumento oficialista de que el siglo XX ha sido el más cálido del último milenio, los 90 la década más cálida del siglo, y en ella 1998 el año más cálido.

En 2003 los canadienses McKittrick y McIntyre refutaron sólidamente los datos, y detectaron errores estadísticos en los anteriores. Según el propio GISS de USA, el año más cálido del siglo XX fue 1934, y durante este siglo XXI las temperaturas medias están resultando ser menores que la media del siglo pasado (tampoco digo que eso signifique nada estadísticamente representativo, pues caería en mismo populismo de quien hace de la anécdota conveniente, argumento).

Que el predicador Al Gore, la iglesia de Greenpeace, las Juventudes del IPCC, o quien sea afirme que hay consenso entre científicos, y se atreva a catalogar entre herejes y serios a los investigadores en función de los resultados resulta, o a mi me resulta, más preocupante que el propio Calentamiento Global. A partir de aquí que el IPCC haya afirmado que tiene el 90% de convencimiento de la influencia humana en el

clima, que lo ha dicho, retrata la argumentación que aquí se sigue: convencimiento es creencia, no necesariamente verdad. Con frecuencia se nos apunta a fenómenos extraordinarios con efecto ancla sobre alegres afirmaciones de que no hacen falta ni los científicos ante la obviedad de que el clima está cambiando. ¡como todos sabemos! Pero las series de medición condicionan lo medido.

Es decir, podemos simular las temperaturas medias de hace siglos por métodos indirectos, pero no podemos hacer lo mismo con la misma fiabilidad con todas las variables que hoy controlamos. El que algo no fuera medido no significa ni que no existiera, ni que pueda ser inventado a la carta: igual es que debe ser admitido con la humildad de no saberse. Puede investigarse tal vez con referencias históricas cuantas inundaciones sucedieron en una ciudad, aunque tal vez no tengamos los mismos datos de los que hoy disponemos de sección, puentes, pendientes, estado del cauce, de las cuencas vertientes, de los usos agrícolas. No, los datos no son fiables según convengan, sino según sean, y suelen serlo tanto menos cuanto más antiguos. Es el sesgo histórico.

Los ciclos naturales de las variables que se consideran dependen de la naturaleza de las mismas respecto a la zona en la que se miden, no de los ciclos humanos o tecnológicos, no de fronteras políticas trazadas con sangre sobre el suelo, no de los instrumentos o criterios de medición y zonificación. Antes no teníamos satélites y no sabíamos del agujero de la capa de ozono, del deshielo del Ártico, (hoy no sabemos cuales son sus ciclos naturales respecto a los que contrastar posibles influencias humanas, como si contabilizáramos las horas de sueño de un humano entre las 2 y las 5 dentro de un día de 24 horas sin saber que tiene 24 horas, quien sabe si estamos midiendo una muestra insuficiente). Igual estos fenómenos se han dado en el pasado recurrentemente,... o no, no sabemos definir en ellos una serie representativa, funcionamos con lo disponible. La realidad es tozuda y no se sujeta a nuestro modo de verla. Es el permanente intento humano de categorizar la realidad, de establecer análisis de la misma, y después enrocarse en la teoría si la realidad, a su bola, se empeña en contradecir la hipótesis planteada.

Los instrumentos de medida, de consolidación, de distribución del muestreo, de estratificación, se van ajustando con el tiempo, mejorando, por lo que los datos de hace un siglo son informaciones sometidas a criterios a matizar respecto a las informaciones recogidas hoy. La red de observatorios meteorológicos no es la misma, y se puede comparar con

cuidado información antigua con actual en lugares concretos, y extrapolarla con buen grado de fiabilidad, pero en cualquier caso sucede lo de siempre: no se pueden generalizar indiscriminadamente conclusiones, sin aportar los criterios ni los márgenes de error que las extrapolaciones por rellenar lo que falta producen. Sin ello una hipótesis puede reforzarse, pero el resultado no es válido como demostración, o al menos hay grados y dicha prueba contiene probabilidad. Todos suponemos, o queremos suponer que nuestros científicos así lo hacen, bueno, y es así, salvo cuando ciertos expertos desean demostrar alguna hipótesis que refuerza su posición, obviando tal vez inconscientemente lo anterior. No debería suceder en un entorno científico normal, pero por desgracia sí es común en posiciones ideologizadas, politizadas, o interesadas.

El Método Científico es aburrido, es lento, es engorroso, exigente, riguroso, desesperante, y defender una hipótesis políticamente correcta puede llevar menos trabajo y tiempo, a cambio de más prestigio y presupuesto. Incluso el ordenador, que teóricamente es un aparato objetivo, introduce cierto sesgo, no sólo en función de la programación que pueda recibir influida por estar enfocada a demostrar algo concreto, sino además en la sensación de contundencia de sus resultados.

Un ordenador opera según instrucciones humanas y da una solución, un humano recupera información y gracias a su subjetividad hace una predicción. Pero el prestigio y fiabilidad que otorga el que el ordenador más potente tarde días en dar un resultado, no implica que éste no esté sujeto a las reglas del error, no esté sujeto a un programa deficientemente construido, incluso tendencioso. Si le enseñamos a un ordenador a que calcule según un algoritmo falso, dará un resultado erróneo.

Lo que hacen los ordenadores es lo que hacemos nosotros con más datos y más rápido, pero si el simulador es malo el resultado también, y el supuesto prestigio que ello da es una cortina de humo, a menudo utilizada para una credibilidad que no se sostendría como garantía con papel y lápiz. Una hipótesis elaborada con la ayuda de muchos ordenadores no deja de ser una hipótesis. Con inmensa capacidad de proceso de potentísimas computadoras hemos secuenciado el genoma humano con ADN proveniente de sólo 5 individuos, ¿en qué errores habremos incurrido con tan escasa muestra? (es de esperar que no en muchos, pues la coincidencia en las secuencias cromosoma a cromosoma es elevadísima, pero a saber). En las escuelas de medicina de los siglos XVII y XVIII se pagaba a ladrones de tumbas para conseguir cadáveres frescos que diseccionar.

Como los familiares lo sabían, construían tumbas más profundas, duras, con llave, incluso pagaban a guardianes. Al final llegaban a las escuelas de medicina los cadáveres de indigentes, malnutridos, dementes, y hasta entrado el XX se han mantenido ciertas descripciones anatómicas de deficiencias relacionadas con la malnutrición como normales. Los ordenadores, las matemáticas, lo críptico del lenguaje científico, ofrece un prestigio que puede llegar a ser mal utilizado: la astrología, los biorritmos, servirán o no para algo, pero el que se hagan por ordenador no les añade ninguna credibilidad. Se puede ocupar el ordenador más potente en el mundo durante días en realizar la mayor de las idioteces, y eso no convierte el resultado en serio.

Formalmente Arrhenius a finales del XIX, Stewart en el periodo de entreguerras del XX, ya publicaron pronósticos sobre el Calentamiento Global, que el clima se encargó de desmentir contradiciendo las temperaturas esperables en las décadas siguientes. Arvid Gustav Högbom establecía modelos por los que incrementos del triple de CO² llevarían a ascensos de temperatura media en el Ártico de 8 a 9° C. Nadie les reivindica, pues a nadie importa la realidad, sino los argumentos que afianzan intereses, el paracientífico es selectivo y pretende la razón como posesión. Algunos de los que hoy nos persiguen con sus huchas contra el calentamiento, lo hacían antes con la glaciación. Calentamiento y enfriamiento son científicamente a considerar, pero no son igualmente considerados. No significa que el Calentamiento Global no tenga más sintomatología a favor que el Enfriamiento, sino que el pretendido rigor científico seguido experimento a experimento, visto de modo global también sufre de cierto sesgo interesado.

Si alguien establece en base a unas mediciones que se está derriendiendo un glaciar por causa del Cambio Climático, se le da más verosimilitud y difusión que si con la misma información no se postula un motivo, o se dice que puede ser un ciclo natural. Si se desea conseguir financiación para un proyecto científico, es más plausible acudir a los organismos públicos con argumentos dramatizadores del clima, que a las multinacionales con lo contrario.

Los científicos no pueden permitirse el lujo de estar al margen del marketing. Es socialmente más conocido que los casquetes polares se estén derriendiendo que el aparentemente creciente incremento del volumen de hielo en la Antártida (como casi siempre: hay investigadores que lo afirman, y otros que lo niegan, y todos quieren montarse en el Hesper-

rides). Incluso el público en general, o al menos los más interesados en estos temas, saben que durante el pasado siglo ha habido un incremento medio de la temperatura global de entre 0,5 y 0,8° C, lo que no se cuenta con tanta insistencia es que la mitad del aumento se produjo en los primeros 40 años de la centuria. (No es que signifique nada, pero no deja de ser curioso que es el mismo rango de Calentamiento Global en Marte entre 1970 y 1990, también sujeto como todo lo que está vivo a Cambios, donde no emitimos nada, probablemente consecuencia de más viento, que mueve polvo en suspensión).

Pues bien, le Cambio Climático es lo que quedaría tras eliminar además de los ciclos naturales (manchas solares, tormentas y rayos cósmicos, erupciones volcánicas, niños y niñas, precesión y nutación, glaciaciones,...), los eventos recurrentes extraordinarios, las sensaciones sociales sesgadas, tanto por interés de tener amenazas con las que aunar voluntades, como sobretodo para justificar la depredación humana del territorio sin más consideraciones que el máximo rendimiento, tras la culpa de algo más difuso que la gestión inmediata de los recursos.

Curioseando una revista forestal de 1868, hallé una carta al director en la que recopilando datos desde 30 años antes, advertía incrementos de temperatura por el Cambio Climático: “puede afirmarse que las sequías son periódicas y que la temperatura de la atmósfera ha sufrido una alteración muy notable”. ¡Lo extraordinario sería que el clima no cambiara! Puedo explotar mejor mis posesiones si, aún haciéndolo de modo insostenible, la sociedad me permite la coartada de un país lejano, o una clase social más rica, o un dios enemigo, o el propio cielo. ¡Es tan efectivo! En cualquier caso, lo dicho: el Principio de Precaución. Sólo la tasa de riesgo de que lo que queda sea cierto, compensa no sólo tomar las medidas internacionales propuestas, sino muchas más. No sólo compensa invertir, premiar, castigar, prohibir,... la austeridad, el reciclaje, la reutilización, el ahorro, sino que es necesario.

El modelo de simulación del fumador, indica que si no dejas el tabaco mi esperanza de vida se reducirá 10 años, y para llegar a ello la estadística ha contrastado millones de casos ya sucedidos, aunque no es seguro que no llegue como el abuelo que a los 95 años cuenta en el bar chistes verdes, puro en una mano y cazalla en la otra. Los modelos de simulación del vino, del pescado azul, del aceite de oliva, del colesterol, sobre el que nuestras madres aplicaban el mismo principio, y no valen como se enunciaron. El riesgo es demasiado grande para seguir fumando, seguir

abusando de la energía fósil, aunque para nada está contrastado, así que en el 2050, el G8 nos propone fumar la mitad. ¡Maquillaje! Optimización y eficiencia por premio-castigo de coste o reconocimiento, pero jamás por voluntariedad. El camino es importante para que el destino no sea desmontable cuando deje de interesar. Para que dure, un edificio debe tener una buena cimentación, y flaco favor hacemos al medio ambiente si construimos nuestras ideas sobre certezas sesgadas.

Hagamos lo que hagamos más vale hacerlo bien desde el principio, y estamos promocionando prácticas científicas y divulgativas peligrosas, por la necesidad de ir rápidos en el cambio que la sociedad precisa para enfrentarse con probables cataclismos. Los psicólogos han demostrado que el altruismo, el sacrificio por el futuro, y otros comportamientos sociales beneficiosos para el grupo a pesar de serlo para el individuo, se realizan por motivos distintos a los que pretenden los políticos que nos venden amenazas de Cambio Climático. Si queremos luchar contra ello apelando al autocontrol, es preciso saber que no influye tanto conocer el riesgo de lo que sucederá a largo plazo, como el reconocimiento social de actuar a corto por algo que beneficia a todos a largo. (La gente da más limosna o propina si alguien les mira que si no, e investigaciones con cámara oculta demuestran curiosamente que también incluso si ese alguien es un robot). Cuando no nos miran no somos ni tan austeros, ni reciclamos tanto –en realidad reutilizar lo viejo nos parece una cutrez y rebaja status social, deseamos y nos venden renovar por mucho que al mismo tiempo nos sensibilicen a la vez por reciclar–, y en nuestras ciudades cada vez nos miramos menos unos a otros.

La Economía estudia la optimización del uso de los recursos escasos, y el Ecologismo Oficial, las argumentaciones para que no lo apliquemos a nuestro modelo consumista y derrochador.

CAPÍTULO 4

ENERGÍAS RENOVABLES Y SUCIAS

Saturno devoró a sus hijos pero Júpiter le obligó a vomitarlos, y unos a otros los dioses se han ido casando, comiendo, colgándose del firmamento, encerrándose en cuevas, poniéndose cuernos, incestando, han procreado, se han pervertido en zoófilos y pedastras, los han martirizado, amputado, y transmutado. Han asesinado, robado, engañado, amado. Ellos iconografían las culturas que han evolucionado por selección natural en análoga dinámica, y el hombre ha sido para ellas un simple músculo, cuyo cerebro han desarrollado para sobrevivir. El modelo ha servido para extenderse a empresas, gobiernos, pueblos, países, y credos, para los que somos fuente y destino. Todo nos lo deben, y todo les debemos, en relación análoga a la nuestra con nuestro bazo o sistema linfático.

Cosas del azar: cuando el cromañón descubrió la agricultura, sus culturas ya estaban preparadas meméticamente para sedentarizarse. Con el tiempo los excedentes permitieron la especialización dentro de la tribu, y por ello alianzas de alianzas hasta civilizarse. Fabricamos herramientas y recipientes (cestos, cuencos, vasijas,...): cazar, recolectar y almacenar. Nos aliamos con los perros primero para cazar, después como alarma y ayuda en el control de los rebaños. Inventamos pequeñas modificaciones en los tatuajes, pinturas, cánticos, danzas, vocabulario,

expresiones, morales, historias, tradiciones, para identificarnos respecto y contra otros. Sustituimos los olores por símbolos fronterizos, y las marcas por amores. Aprendimos a cocinar, primero colgando la carne, después golpeándola para digerirla mejor. El fuego sirvió para calentarse, espantar a otros, conservar, cohesionar, especializar a los sexos, y obtener nuevos materiales: cerámica, bronce, hierro, vidrio. Tenemos por costumbre fijarnos en las puntas de flecha, en los anzuelos, cuando lo que cementaba el grupo eran los recipientes, los depósitos, la hoguera, las murallas de espinos, los ritos, y sobretodo el fetiche que unificaba la escala de valores. Centralización.

No se sabe si se copiaron unos a otros o fue un proceso paralelo, pero los que estaban en lugares de clima más lluvioso o frío, se estancaron en culturas disgregadas matriarcales adoradoras de la Diosa Blanca, mientras que los de clima más cálido, tal vez por no tener tanta agua y necesidad de almacenarla, encontraron en la ribera de ciertos ríos el entorno para agrupar clanes. Florecieron las culturas del Nilo, del Tigris y Eufrates, del Indo, del Hoang Ho. Esas primeras civilizaciones pudieron hacerse cada vez más ricas, especializadas, mayores, gracias a la creación de depósitos más grandes de grano, y a la disponibilidad planificada con canalizaciones de agua en climas calurosos (en América sustituyeron en ocasiones ríos por lagos). Fueron culturas agrícolas basadas en la predecibilidad de las crecidas, que permitían la distribución y drenaje del agua. Sin depósitos, sin establos, sin muros, y sin red de distribución no hubiéramos avanzado mucho. Con el tiempo se introdujeron nuevos modos de almacenar agua y comida, de salar el pescado, aprendimos a hacer pequeños embalses, y entre eso, y los manantiales naturales y canales subterráneos, se ampliaron las ubicaciones posibles.

Vivir en la ribera de un río, cerca del mar, de una fuente, permitía a un clan sembrar, comer, y vivir, pero no producía lo suficiente para integrar varias tribus. Sin concentración, almacenaje, ni distribución de los recursos, no hay civilización, o cultura de alianzas, sustentadas por términos y condiciones contractuales que implícitamente a todos somete. La energía que se usaba, sin embargo, no era en ninguno de los dos casos distribuida ni almacenada, salvo que por ello entendamos el ganado de tiro o monta, sus heces, o la leña (hoy lo llamamos biomasa, y orgullosos lo incorporan nuestros sabios gobernantes a la energía limpia generada con un 5% mundial, claro, en buena parte por los desgraciados que no tienen otra cosa que mierda con que cocinar). Por sus caracte-

rísticas podríamos entender como energía distribuida, algo similar a lo que fueron para otros los pozos o arroyos estables. La planificación de la disponibilidad de los recursos fue, y es, básica para su reparto.

Aquellas ciudades tenían modos de repartir tanto recursos, como deshechos. Disponer de agua, de comida, de energía, de cobijo, de modo suficiente para el mantenimiento de un clan, nos mantuvo durante miles de años en el Neolítico. Sólo fue juntándonos de modo político por obligaciones climáticas alrededor de almacenes de agua, negociando las reglas de distribución –que asumieron desde el poder–, como pudimos iniciar el camino, estableciendo un sistema de depósitos y distribución. Quedó pendiente la energía, que siguió siendo bastante planificable, pero poco almacenable (en los seres vivos).

Con la Revolución Industrial se comenzó a utilizar energía almacenada en forma primero de carbón, y después de gas y petróleo, –Pilas de Carbono–, y de nuevo pudimos juntarnos en grupos mayores. La máquina de vapor se encontró por el camino a Drake, que perforó el primer pozo en 1859 en Pennsylvania. Hicieron falta nuevos sistemas políticos para manejar esa nueva realidad: un modo barato de disponer de abundante energía almacenada. Nadie se había planteado demasiado en serio la generación de esa energía hasta hace unas décadas, y sólo ahora nos lo pensamos porque para nuestra planificación hemos averiguado que los depósitos son finitos. Pero generación es agua del río que fluye, y sin depósito, ni canales, ni tubos, ni desagües, ni alcantarillas, ni grifos, sólo sirve cuando pasa. El agua, los depósitos de grano, las ciudades, los caminos, los canales, fueron las llaves que permitieron civilizaciones e imperios, y la energía almacenada en forma de pila de carbono es lo que ha permitido la nuestra.

En cierto modo cada tecnología creó su estructura social, y nuestro problema actual de democracia y libertades, de solidaridad y sostenibilidad, es consecuencia de la contradicción entre un aprovechamiento, –que no producción–, de energía centralizada, jerarquizada, y tecnológicamente compleja, y una información distribuida. Nuestra democracia es una red de usuarios con derecho a pataleo y sin capacidad de gestión, pues sobre nosotros está una energía concentrada y elitista, que precisa una organización no democrática de control análogo.

Hemos iniciado un increíble camino con la Internet, aumentando y distribuyendo más información, pero no llegará una democracia real, más allá de la consideración de usuarios consumidores a los ciudadanos,

sin la repartición social de la generación y reserva de la energía. Es más, no llegará una globalización entre iguales, mientras mantengamos las brechas digital y energética: tecnológica. Sin almacenamiento y distribución de energía no estaríamos donde estamos, y no podríamos plantearnos modos más justos. En realidad conocemos pocos modos de guardar la energía que el Sol nos ofrece (también podemos obtenerla de las profundidades de La Tierra o de combustibles radiactivos, pero en esencia la mayor parte de la energía que usamos es en última instancia solar). Pero sucede que el Sol sale por la mañana y se larga por la noche, y si bien su disponibilidad es planificable en parte, hay nubes y estaciones, que nos lo ponen un poco más difícil.

Los ríos de la Antigüedad eran previsibles, y sólo adaptando la vida a ello podía funcionar una sociedad que no supiera construir embalses, y aún así, no podían generarse alimentos de modo regular. Si un año la crecida no era suficiente, había hambrunas, rebeliones, violencia y caos. ¿Cómo sería nuestra sociedad si la energía no fuera “segura”? Estamos ahí: no sabemos construir embalses, o al menos no al nivel de dependencia al que nos ha acostumbrado disponer de inmensos depósitos de combustibles fósiles, que conservan la energía generada hace cientos de millones de años.

Hemos creado una civilización utilizando “pantanos” naturales que ya existían, lagos subterráneos de energía solar. No los hemos construido, y cuando se acaben, que se acabarán, o bien hemos inventado cómo guardar energía de modo eficiente, o bien se nos desmontará la organización que hoy nos permite plantearnos cómo fue el Big Bang, en qué se descompone la materia, cómo un órgano repulsivo al tacto como el cerebro puede ilusionarse en llegar a saber de dónde venimos y a dónde vamos... y con miles de millones de gentes no es opción deseable, pues sólo puede acabar en masacre. Nada tiene que ver con la generación de energía, pues el usarla según se produce crearía una civilización absolutamente incompatible con la nuestra en demografía, en política y en conocimiento.

Hoy apañamos modos de almacenaje subiendo agua para que después, al bajar, nos devuelva parte de lo invertido; por reacciones químicas que categorizamos con nombres como baterías o pilas; por supercondensadores con carbón activado; por sistemas mecánicos y termodinámicos, muelles, termos, ...; Nada comparable en eficiencia y volumen a la batería que la Evolución inventó: la materia orgánica. Estamos desenfoando

el problema entrando al trapo de la generación limpia y renovable de energía, que precisaría de una civilización adaptada a usarla al uso según su disponibilidad, sólo relativamente planificada. Si de generación limpia se trata, no hay nada más eficiente y limpio, por lo integrado de su planteamiento, que la fotosíntesis. El petróleo, el gas, la antracita y el carbón vegetal, como la leña, los alcoholes, el biodiesel, los purines, las cacas de vaca, los caballo, o nosotros mismos, son pilas limpias que guardan energía. En cierto modo los combustibles fósiles son energías limpias, pero no todas renovables a escala de tiempo humana, y lo que les adjetiva de sucias, es el abuso en el uso respecto a su velocidad de almacenaje. Las consumimos a un ritmo cien mil veces mayor que su formación. Es como acusar de veneno al agua, si alguien se muere por insuficiencia de sodio al beber quince litros seguidos.

Según se mire, como todo, como siempre, pues en el refino, además de basarse en quemar para calentar y enfriar el crudo, y obtener combustibles, compuestos de azufre, alquitranes, y nafta –y con su craqueo, propilenos–, genera residuos que contaminan al ser más barato tirarlos que reutilizarlos, porque los impuestos no repercuten la externalización de los costes, sino el valor añadido, sea cual sea su ciclo de transformación. Así a las empresas les interesa desplazar y esconder costes, y aumentar el valor, sin relacionar ambas variables, y resultan energías sucias... aunque lo son por ahorrarse coste de gestión, no porque no pudieran llegar a ser limpias. Incluso el sulfuro de hidrógeno, del “gas sucio” podría reconvertirse. Si no se hace es porque es más caro que no hacerlo, y si es más caro es porque bien no le cuesta nada, o muy poco, o no le es rentable, a quien en su transformación lo emite dejarlo salir libre a la biosfera.

Si me queman ardo y caliente a quien tenga frío, si hago la digestión transformo energía, etc... Al fin y al cabo el anhídrido carbónico, que hoy llaman gas contaminante, es el principal alimento de las plantas, y por ello, nuestro (¡Uno de estos creyentes arribistas a la ecología que mean fuera de tiesto, ofrecía una recompensa a quien ideara un método para eliminar el CO² de la atmósfera). Klaus Lackner propone árboles artificiales para captar CO² de la atmósfera, provocando el paso del aire por una solución de sodio, y bombearla al fondo oceánico, y nos medio olvidamos de que eso ya lo hacen las plantas, que se fabrican solas, y en suelos pobres, de escasa renta, aunque en estos casos haya que ayudarlas un poco (aunque quede feo a ojo urbanita, a veces hasta con maquinaria

para romper el suelo, para retener el agua). Incluso mejor puede ser la gestión del fitoplancton, con sólo darles un poco de lo que a veces le falta (sin pasarse pues en exceso puede iniciar procesos de eutrofización): hierro, o nitrógeno.

Confundimos ser absurdos, con el sentido común, con la eficiencia, con ser responsables con el medio ambiente. Lo absurdo es utilizar el petróleo como fuente de energía ilimitada no siéndolo. Es un capital que gastamos, y que sirve para actividades de mayor valor añadido. No ya por “ecologismo”, sino por eficiencia económica. Lo usamos para hacer carreteras, fertilizantes, herbicidas, insecticidas, botellas, mamparas, aislantes, teléfonos, o neveras.

En el Mar del Norte se están excavando pozos de hasta 10 kilómetros y sin embargo, la producción mengua año a año. Es como si cultiváramos algodón para quemarlo y calentarnos, como biocombustible, cuando puede utilizarse mejor tejiendo sábanas o camisetas. Cualquier planta es placa de absorción y almacenaje de energía en un maravilloso proceso que llamamos fotosíntesis, a su lado la fotovoltaica, o la eólica, son chapuzas, y eso que menos del 1% de la energía que recibe una superficie es guardada en forma de materia orgánica. En el mejor de los casos, nuestras energías alternativas, no incluyen el almacenaje de lo que colectan; y si lo incluyen lo hacen con baterías de electrolitos ineficientes y muy contaminantes, transformándolas en energías sucias... muy sucias.

Sin el oportuno olvido del almacenamiento energético, se han inventado los ecopuntos para evaluar la “limpieza” de los sistemas de generación: midiendo la cantidad de energía que se requiere para extraer combustible, o para fabricar una placa, o una aspa, y sorprende que la energía fotovoltaica, por su escaso rendimiento y alto impacto de fabricación, tenga “sólo” un tercio de los ecopuntos que el carbón, pero 7 veces más que la eólica.

No, no y no, las energías que llamamos renovables hoy por hoy, en nuestra civilización, no son limpias, y si las usáramos como tales, según su disponibilidad, como quien come según lo que caza, no sería nuestra civilización. Por mucho que se investigue las mareas, los vientos, la insolación, las olas, la lluvia, son y serán intermitentes, y algo o bastante guarrillas. La generación no es la solución, es el problema, pues desenfoca ya que la pregunta está en el almacenaje. Todos los que hemos bebido quemada o saboreado la tarta al whisky, sabemos que el alco-

hol prende si tiene suficientes grados (equivalentes en cierto modo a los octanos), que el aceite llegado a cierta temperatura incendia la sartén, que la leña de la chimenea, o biomasa, da un buen calor –pero hay que traerla, cortarla, ocupa mucho espacio–. Son fuentes de energía que explotadas de modo sostenible, tomando una superficie lo suficientemente grande para ir recogiendo en la proporción que crecen, utilizan la Pila de Carbono a un ritmo similar al de su almacenaje, es decir, que lo que hoy crece y toma anhídrido carbónico del aire para fijarlo con agua y algunos elementos minoritarios más –sobre todo nitrógeno, fosfato, y un poco de todo el resto–, es lo que se devuelve a la atmósfera (en realidad hay un porcentaje de pérdida por los consumos energéticos en cortar, transportar, acondicionar, regenerar, y el retorno no es neto, pero sí amplio, de pocos “ecopuntos”).

Si los productos energéticos enterrados no son sostenibles, es porque almacenaron energía hace eones y durante eones, y ahora pretendemos devolverla al medio de golpe. Hay experiencias interesantes con el etanol que puede mezclarse sin cambios en los motores de los coches actuales hasta en una quinta parte, y adecuándolos incluso sustituirlo. Hay experiencias interesantes con metanol, con la ventaja de no usar suelo agrícola por extraerse de la celulosa, además de poder ser repositorio de hidrógeno, y el inconveniente de ser más corrosivo.

Hay experiencias esperanzadoras con biodiesel extraído de aceitunas, soja, girasol, colza, que a diferencia de los anteriores no ocupa tanto volumen por unidad energética; y sobre todo en una segunda generación de fábricas autosuficientes de alcohol a partir de residuos orgánicos (extraen el producto con la energía de combustión de la lignina, que es a su vez resto del proceso). Hay centrales en producción con cáscaras de almendra, o con los restos de la explotación oleícola. Como toda energía presenta sus inconvenientes: la cantidad de energía por unidad de peso y superficie de la biomasa, obliga a restringir su uso a lugares donde la hay en abundancia, para que su transporte no consuma más energía, y sea más caro, que la venta de la generación.

En casos concretos como El Tejar, en Córdoba, es una muy buena opción, pero no es generalizable. Sucede algo parecido con los purines para producción de biometano, también óptimos en casos concretos de zonas agropecuarias densas y de alta estabulación. No es nada nuevo: Rudolf Diesel diseñó originariamente su motor para combustible vegetal, Ford sacó una versión del T que funcionaba con etanol, los alemanes

usaban ese combustible con profusión durante la II Guerra Mundial, y desde entonces es habitual en brasileños y cubanos, que según sea la estadística consultada incluso superan la mitad de todo el consumo. En realidad desde siempre, y hasta la invención del motor de explosión, así funcionaban los carros y diligencias: quemando biocombustible en las tripas de caballos y mulos, y produciendo CO² y CH⁴ –mucho más potente y apestoso–.

A principios del XIX había en Nueva York 130.000 caballos, comiendo hierba que se cultivaba para transportar, y no comer. Si fuera posible hoy una ciudad de millones de habitantes sin vehículos de explosión, ni ascensores, se precisarían casi tantos equinos como habitantes, y es gracias a la mejor eficiencia de las gasolinas que podemos vivir en ellas. ¡Al menos el petróleo está enterrado! ¿Qué huella ecológica supondría aumentar si todos los miles de millones de camiones, coches o motos, que hoy circulan se sustituyeran por tracción animal? (no sólo en consumo de tierra excluida de la producción alimentaria, sino para la gestión de su “contaminación”). Miles de millones de caballos y asnos varios deberían de disponer de ingentes toneladas de hierba, y gestionar su docena de kilos de estiércol diarios. Nos deja más tranquilos justificarnos criticando al petróleo, que a nosotros mismos en el abuso de nuestra reproducción y comodidades. ¡Cuánto daño han hecho los Rousseau’s al hombre natural!

El petróleo, el carbón, el gas, y el uranio, están bajo tierra, y sobre ellos, y por ellos, hay a menudo regímenes problemáticos y corruptos. Sus alternativas ocupan espacio, mucho espacio, y no suelen estar donde nos gustaría. El etanol mezcla bien con la gasolina y los biodiesel con los gasóleos, pero sucede que el petróleo en bruto se extraen productos refinados en función del tipo del crudo y del proceso. Debido a políticas fiscales que han apoyado el gasoil, en España la capacidad de refino es excedentaria en gasolina y deficitaria en gasoil, por lo que el etanol que se produjera se aditaría a la exportación, perjudicada en el mercado en competitividad por el precio del transporte.

En Iowa se produce maíz para etanol, y subproductos que sirven de pienso a rumiantes, pero no a cerdos o pollos, que constituyen la base ganadera del Estado. Superficie, almacenaje y transporte. El etanol o el biodiesel, implican concentrar la capacidad calorífica de la biomasa en aquellos compuestos más energéticos, y un muy pequeño porcentaje de la producción vegetal resulta útil, ¿cómo se gestionan las sobras? La pri-

mera generación de biocombustibles extrae energía y produce residuos, la segunda pretende la energía de las sobras de otros procesos productivos. Se está intentando entender como funcionan los procesos digestivos de la celulosa para construir tanques de bacterias que produzcan energía de la leña, incluso hidrógeno.

Se está desarrollando la producción de gasógeno a partir de madera. Existen investigaciones prometedoras con cultivos de algas que multiplican un orden de magnitud, o sea un cero mas, el porcentaje aprovechable, –también hay experimentos con cacas de moscas que mejoran las proporciones... oye, como anécdota para que el lector no esté enfadado con tanto timo, o por despreciar al que suscribe al poner en duda creencias tan reconfortantes–, pero en un mundo superpoblado, si renunciamos a suelos para producir alimentos y sustituirlos por cultivos energéticos, ¿hasta que punto no estamos desplazando la producción a otras zonas donde ya no tienen para comer ni ellos?

Es preciso diferenciar entre agrocombustible y biocombustible, no ya porqué el primero sea parte del segundo, sino para que se distingan aquellos que desvisten santos para vestir beatos, de los que puedan ser una opción más racional de futuro. Prescindir de esas distinciones, puede llevar a crear más problemas de los que soluciona. Sucede en Brasil, avanzando sobre la selva con su sistema de fuego, cultivo, degradación, ganado, miseria (lo de las talas indiscriminadas son más espectaculares, pero representan superficies bastante menores, indecentes, pero menores). ¿En qué grado afecta el mercado de agrocombustibles, la deforestación del Amazonas?

Nosotros sustituimos terreno agrícola para comer a producción de energía, pero comemos y somos cada vez más, con mejor poder adquisitivo compramos más carne, que come más pienso y forraje, con lo que en efecto dominó, simplemente desubicamos lo que nos zampamos, y al ser el suelo agropecuario limitado, al final les quitamos la comida a los pobres, pagando mejor que ellos, sin que se enteren.

Una tonelada de maíz puede producir el equivalente desde poco menos de un barril de petróleo, hasta más de 5 veces añadiendo fertilizantes y agua, y en bruto está a un precio del orden del triple que ese mismo barril. El refinado es más caro sobretodo por mover ese volumen, pero el petróleo está enterrado sin molestar y el maíz en superficie, consume tierra, fertilizante, agua, estructura de suelo, tanto más como mejor, y más insostenible: productividad. ¿Hasta qué punto usar el suelo

para combustible va a incrementar la asimetría Norte-Sur? En México la dieta de humanos y animales se basa en el maíz blanco y amarillo respectivamente. Se fabrica biodiesel con el segundo, pero al elevarse así la demanda, se alimenta al ganado con el maíz de consumo humano, que es muy minoritario respecto al ganadero, o se sustituyen variedades, lo que hace que la especulación se permita la apuesta de subir los precios (de modo desproporcionado a las tensiones de demanda, pero de futuros viven los mercados). EEUU ha pasado de exportador a importador, y lo compra en México, que controla menos la insostenibilidad de su agricultura. Un pobre paga más por su tortilla e hipoteca las de sus hijos, para que los ricos podamos quemar en nuestro cochazos la diferencia.

Habiendo demanda solvente e insolvente sobre un mismo bien, el suelo agrícola, por mucha buena voluntad que le pongamos, antes se llenará el depósito de un coche, que se dará de comer a una familia durante unos meses. La roturación de la selva indonesia por la multinacional Wilmar, entre otras, para la producción de aceite de palma, ya sea para su refino en biodiesel, o para otros usos industriales en ocasiones sustitutivos de los polímeros, —que son mayoría—, se está cargando el ecosistema de los orangutanes. Miraba anoche un documental sobre etanol cuando en una gasolinera que disponía de Eco10 (mezcla para motores normales al 10%) y Eco85 (mezcla para motores adaptados), más baratas que las gasolinas normales, les preguntaban a los que paraban conduciendo solos sus inmensos pickup y cochazos de 4.000 cc sobre sus motivaciones: ¡por el medio ambiente! ¡por el cambio climático! Excusas, lo que nos importa es pagar menos.

Son usos y energías alternativas bastante limpias y renovables, pueden incluso mejorar la economía rural, estabilizar población, dar trabajo, conservar el medio natural, con escaso coste de sostenibilidad (entendido entre su máximo y mínimo, de lo que ya hablaremos), pero no son generalizables a nivel global.

Insistimos en utilizar los mejores suelos agrícolas pues son más productivos, y seguimos sin gestionar el territorio para que en vez de reasignar usos, se utilice la inmensa superficie degradada y menos productiva, del capital que nuestros padres se gastaron. Los biocombustibles no son solución si se extraen de terreno agrícola, y menos si se produce como hoy la agricultura: insosteniblemente con abuso en riego, fertilizantes, y pesticidas. La fermentación del alcohol, tirando hacia arriba, puede aprovechar el 10% de la materia orgánica, y concentrarlo

en productos al 100%, fertilizarlos, cultivarlos, transformarlos y transportarlos, representa casi un 50% de consumo de la energía obtenida, y emite más óxidos nitrosos que el petróleo, (que son 20 veces más potentes “invernaderos”), es decir, es la mitad de “sucio” que el petróleo, o la mitad de limpio que un idílico combustible sostenible, que igual merecería llamarse combustible placebo (algunos tipos de carbón son más del doble de “sucios”, y el gas natural la mitad).

En Europa podemos destinar parte de nuestro suelo a ello, porque de todos modos compramos el trigo más barato fuera, por no imputarnos sus costes de renuncia a los mismos derechos que nosotros, e incluso podríamos darle sentido al sinsentido de las subvenciones agrícolas —como pago del burgo al agro por no disponer de sus comodidades, y sin embargo mantener el medio natural para su disfrute paisajístico y sostenible, pero no por concepto de protección del agricultor rico ante el pobre de otro país—.

La UE ha redactado una directiva que obliga a sus países a consumir un 10% de biocombustibles en el 2020. Es una solución no globalizable, que aumenta la huella ecológica de los ricos, y si la exportamos, tremendamente insolidaria. ¡La siempre escondida receta de esconder insolidaridad en la sostenibilidad! Los países ricos subvencionan su maíz, su soja, su girasol, —pagan parte del coste oculto de mantenimiento del campo—, e incluso pueden cargar aranceles sobre los costes de las importaciones —lo cual sería propio si se recaudaran en nombre de los países que exportan, en vez de robárselo, y si ello fuera proporcional a los costes que ocultan, pero no, nos quedamos con esas tasas—, ¿en qué medida los precios internacionales de estos productos, no repercutirían en los precios de los alimentos de los pobres, si se generalizara la agricultura de biocombustibles?

Las primeras civilizaciones tampoco tenían depósitos de agua para regar sus campos, y no regaban cuando querían, o con criterios de maximización de la producción, sino que estaban construidas en función de crecidas regulares de los ríos. Nuestra civilización está construida de espaldas a la intermitencia. Si nos ducháramos con agua caliente en Verano más que en Invierno, nos fuéramos a dormir cuando se pone el Sol, a trabajar en horarios dependientes de la nubosidad, o el viento, abrieran los restaurantes cuando estuviera soleado, cenáramos comida fría,... podríamos evitar cierta dependencia de baterías fósiles, pero no estamos dispuestos a renunciar a nuestro modo de vida.

De hecho hemos estado navegando a vela durante siglos, hoy lo llamaríamos eólicamente, con escasa eficacia, capacidad de transporte, puntualidad, y seguridad. El invento del frigorífico permitió almacenar comida de modo más eficiente que el salado, –consumiendo energía almacenada, en vez de obtener la sal con energía solar–, y si los leones tuvieran uno cada uno, se zampaban todas las cebras que les cupieran, y se pondrían gordos. Podemos negarnos a nosotros mismos, e incluso algunos pueden optar por modos de vida que se adapten a la energía de la que disponen: si el equipo favorito juega fuera y como llueve mis placas solares no dan suficiente para la televisión, pues esperaré a la semana que viene, que juega en casa; pero las leyes naturales superan las voluntades de las excepciones.

Nuestra civilización, con sus increíbles avances en el conocimiento, es la que es gracias, o por culpa, de derrochar Pila de Carbono. La gran hipocresía biolítica. Sin ello no podríamos vivir en grandes urbes, ni cultivar comida para miles de millones. El consumo responsable es reconocer que ya que nos sale barato no ser austeros, si aparentamos serlo, igual consigamos que no nos cobren lo que vale. Gestos para evitar costes: un gran negocio, ... por no llamarlo timo. Vagos. Adrian Bejan lo llamó la “Ley Constructual”, una palabra extraña para enunciar la aplicación a la naturaleza de la ley del mínimo esfuerzo. Estamos dispuestos a ser responsables, a sacrificarnos, a la solidaridad, al altruismo, al reciclaje, a la reutilización, a lo que sea, si y sólo si nos sale a cuenta, o no nos lo cobran, u obtenemos a cambio satisfacción social que compense: reconocimiento.

El ecologismo demagógico se construye sobre el prejuicio de la buena intención, y la solidaridad voluntaria ¿En qué compensa el altruismo? dirá alguno. Bueno, desde algunas amebas a muchos animales superiores, es un comportamiento evolutivamente exitoso. Quien se sacrifica por el colectivo mejora las opciones de reproducción de sus individuos genéticamente próximos, y la supervivencia de los genes garantiza grupos que no tienen quien lo haga. No llegaremos a ningún lado exigiendo responsabilidad y ahorro a todos, al menos no es suficiente suponer que las buenas intenciones dan buenos resultados. Simplemente la Evolución Natural no nos ha hecho así.

Consumo responsable, gestión responsable de recursos, serán opciones de quien se sacrifica por el colectivo, pero éste no se sacrifica por los individuos, salvo que a su vez estos reproduzcan el grupo en

varios similares. Tal vez el agotamiento de las baterías fósiles de energía obligue a los colectivos a cambiar sus hábitos, pero no será voluntario ni responsable, sólo será, y visto lo visto, lo más seguro es que sea causa de conflictos, violencia, genocidios, egoísmos, siempre justificados por nuevas ideologías políticas y religiosas que darán la coartada a unos para tener derechos sobre otros en lo escaso. Eso sí, siempre convencidos de sus banderas, libertades, justicia. Nuestras centrales de producción de energía podrían dividirse en aquellas que colectan energía, y las que transforman energía colectada: enormes pilas.

Una central solar térmica de espejos, una plantación de aerogeneradores, una central nuclear, incluso geotérmica, por mareas, cazan energía salvaje, e independientemente de su eficiencia y relación coste-impacto, como el agua del Nilo, sólo son útiles si son planificables: si se puede dosificar según demanda. Una central de ciclo combinado, de gas, de fuel, de carbón, de biomasa, hidroeléctrica, comen energía domesticada, y no por nosotros sino por el consumo de anhídrido carbónico de las plantas, que en otro momento la fotosíntesis cazó y encerró.

Todavía existen grupos en el mundo que viven de la caza, organizados en función de su disponibilidad en un territorio, y asumiendo que si hay suerte se come mejor que si no la hay. Con su sistema no cabeamos en este mundo. Nosotros tenemos que ir a trabajar, a cenar con los suegros, al teatro, a tomar cañas, a comprar, independientemente de la disponibilidad de la energía que precisamos para ello. Usamos energía domesticada, o al menos enjaulada, y no sabemos vivir como cazadores sin rediseñar la propia civilización. Podemos seguir autoengañándonos con buenas intenciones y austeridad, pero si un día de un año, durante unas horas, falla el suministro eléctrico en una ciudad, se arma la de de San Quintín, sale en las noticias, y ruedan cabezas.

Supongamos que una cadena de supermercados nos ofrece alimentos a precios mucho más baratos a cambio de no garantizar su disponibilidad: un día sólo hay pan, al día siguiente tomates y toda clase de frutas, otro día nada, otro leche, salmón, de todo. Funcionaban así los regímenes soviéticos, con colas en función de la disponibilidad (las de nuestros días son en función de ahorrarse los costes de las cajas, pero esa es otra historia).

Los consumidores no aceptaban la intermitencia, comer según lo que hubiera, las cartillas de racionamiento, la dudosa calidad, y derrumbaron el Muro. Externalizaban distintos costes que los capitalistas, a

pesar de su intención internacionalista, hay quien diría que más propios, en vez de repercutirlo todo a los que no pueden no aceptarlos.

Dentro de las energías que se pueden cazar las hay en distintos grados de planificabilidad. La geotérmica y nuclear pueden adaptar su generación a la demanda, y no dependieron del calor para almacenarse (en última instancia sí de la explosión de alguna estrella), pero la fotovoltaica y eólica no, por mucho que se investigue, y por mucho que nos convenzamos como coartada de extrañas y autocomplacientes conspiraciones de las multinacionales para evitar que se generalicen. Si se organizan inmensos campos de placas de silíceo o molinos, simplemente si no son previsibles en su producción, sirven de poco. ¿Compraría el lector un coche nuevo que no tuviera depósito de combustible?

Deseamos creer al vendedor que nos convence, y a él acusaremos cuando en vez de para enseñar a los amigos, el vehículo se quiera usar para ir a algún lado. Se les llena la boca a políticos y ecologistas de megavatios de potencia eléctrica generada en energías alternativas: rosarios. Esa potencia es inútil si con tiempo y pautas fiables, no se puede incorporar a la red de distribución, al tiempo que se reduce la generación de baterías fósiles, y eso no sucede, y los tendidos de alta tensión no se instalan si no hay garantía. La caza se caza cuando se caza.

Nuestra demanda la repercutimos a nuestros proveedores de energía, quienes para ello calculan la generación prevista y ponen a girar sus turbinas según ello, habitualmente calentando vapor, y un poco más, por si acaso. Pero sucede que los generadores son enormes aparatos de gran inercia y/o actúan a altas temperaturas, que también son muy inerciales (es decir, que un camión en marcha se le pone en punto muerto y anda todavía mucho, y el agua caliente tarda en enfriarse, salvo que invertamos energía en frenar, o en enfriar).

Es lo que hay, nos sirven la sopa y hay que esperar a que se enfríe o soplar, como ella, no pueden funcionar en tiempo real: hay nubes, giro más, hay viento, giro menos, y nuestros proveedores calculan el combustible necesario a quemar en base a la demanda, pudiendo solamente reducirlo si un proveedor de energía alternativa se responsabiliza del suministro al mismo nivel que lo que le exigen sus clientes, y siguiendo las desesperantes leyes físicas de la inercia, a su ritmo y no al de la intermitencia. Cedemos la responsabilidad de gestionar nuestra voluntad de mandar sobre el día y la noche, sobre las tormentas y los rayos, sin aceptar la culpa de las consecuencias. Las tarifas nocturnas no son una

obra de caridad de las compañías eléctricas, simplemente es que no pueden parar, o reducir al nivel de la demanda la producción, en márgenes de horas. De noche más que de día, la energía que no se usa, se tira, pues una vez generada no tenemos jaula donde meterla.

La ineficiencia entre generación y uso está en la horquilla entre el 40 y el 70%, en amplio orden de la mitad de la energía producida se pierde, se disipa, o se tira. En cada enchufe de nuestra habitación se mantiene entre ambos agujeros una diferencia de potencial alterna de 220 voltios, se use o no se use está ahí, y no se guarda. No es como el grifo, que si está cerrado vacía un depósito ubicado a kilómetros de distancia, sino que se mantiene a la altura de 220, por girar unas turbinas de masa determinada, a unas revoluciones concretas. ¡No se ponen en marcha cuando le damos al botón de la licuadora, sino que deben estarlo para que dándole al botón suceda lo que pretendemos! Si se encienden aparatos que utilizan esa energía, debe seguir manteniéndose ese potencial independientemente de que se le añada energía de otras fuentes intermitentes, que no “llenan” un supuesto depósito de energía, que vaciamos.

Puede ahorrarse algo de energía en base a alternativas si la gestión es ponderada, pero no depende de cuantos molinos enchufe a la red, de la potencia de generación instalada, sino de la credibilidad de su planificación en base a otras fuentes. Para ello la hidroeléctrica tiene la ventaja de poner a girar turbinas con menor inercia, e incluso se puede aplicar la energía sobrante en invertir el proceso, y subir agua (aunque, como todo tiene su precio en pérdida de carga, el agua para energía sería utilizable tal vez mejor para regar).

Plantamos células fotovoltaicas y las enchufamos a la red, las pagamos entre todos y la potencia generada por nuestro suministrador sigue siendo la “segura”, por lo que no se ahorra combustible fósil o nuclear, pero las piscinas, que deben filtrar tanto más cuanto más calor hace, o los sistemas de riego, que deben funcionar cuando hace más calor, no suelen enchufarse a fuentes alternativas (el agricultor no puede permitirse pérdidas en la rentabilidad de sus cosechas, por falta ocasional de suministro).

Tal vez debiéramos acostumbrarnos a tarifas distintas según el grado de fiabilidad del suministro, tal vez debiéramos impedir que la generación y la distribución dependieran de un único proveedor, para que la credibilidad tuviera un valor que regulara la oferta y demanda, en vez de imponer tarifas de kilowatios verdes, que son en realidad impuestos y

subvenciones, o sea, socialización de negocios privados. Suponer que las energías renovables son de aplicación general es absurdo por activa (se usan con intención de ahorrar combustible, pero no lo hacen al sumarse su aportación de vatios sin sustituir otros), y por pasiva (son útiles en casos concretos, pero no se usan por coste, amortización fiscal, o necesidad de potencia).

Es decir, no importan tanto los megavatios de potencia instalada, como la planificación de su uso, y su aplicación a actividades que puedan ser dependientes de la disponibilidad de energía, y/o apenas tengan inversiones a amortizar.

Se nos vende energía renovable, y una quinta parte de la que consumimos hoy es hidráulica, instalada hace décadas, y que aún es el doble de la capacidad generadora de la eólica y solar. Proporcionalmente al consumo global, en porcentaje, hace docenas de años que nos alumbramos y calentamos cada vez con más energía fósil pues pocas hidroeléctricas se han construido más, y las alternativas no se usan de facto, aunque nos consuelan la culpa como penitencia.

Las buenas palabras y cantos de sirenas ocultan que la tendencia es exactamente la contraria a la que nos venden. Hoy el vatio-pico instalado en fotovoltaica cuesta unos 2,5 € con uso a 10 años, (sin considerar mantenimiento, distribución, ni espacio); hasta 40 céntimos si alargamos la amortización, cuando por el mismo precio te ofrecen hasta 150 o 200 vatios-hora reales, y la gente, y los empresarios –lo son porque hacen cuentos–, incluso gobiernos –lo son porque cuentan cuentos–, siguen prefiriendo el pájaro en mano. Nos hacemos trampas en el solitario, felices y justificados por no pagar el absurdo, la ineficiencia, el abuso, que no el respeto, la preocupación, y esas pamplinas.

Una empresa de quesos afirma que su compromiso medioambiental es no producir emisiones netas de anhídrido carbónico, para lo que realizan la siguiente cuenta: genero energía eólica intermitente que no sirve para reducir el consumo de fósiles, y la vendo a la red –varias veces más cara a lo que el consumidor la compra, y por tanto subvenciona añadiendo ineficiencia al sistema energético–, en la misma cantidad que el consumo que de la red se toma. Consumo de energía útil y venta de cuento a más del doble.

El Vaticano hace cuentas parecidas: siembro árboles en Hungría que fijan anhídrido carbónico en la misma cantidad que se emite por el consumo de sus instalaciones. Los grandes centros comerciales, a la vez

que regalan las bolsas de plástico, cobran 5 céntimos de euro por las degradables, pero invierten en publicidad para que todos las recojamos. Todos somos tremendamente imaginativos a la hora de hallar razones para comprar duros a cuatro pesetas, ... ¡a peseta!, expresándose la diferencia en insolidaridad, ineficiencia, violencia, injusticia, jerarquía, egoísmo, insostenibilidad, con buenas intenciones y excusas de solidaridad, sostenibilidad, igualdad, libertad, justicia, ¡y vaya si lo conseguimos!

Supongamos que usamos la energía eólica para sustituir los motores de los cargueros y grandes barcos de pasajeros. Avanzarían según la cantidad de viento, no podrían comprometerse a horarios, y deberían cambiar su hidrodinámica haciéndose más caros de producir, pequeños, e incómodos. ¿Cómo se trincarían los camiones de frutas en un trayecto en escora por bordos? Las tripulaciones deberían ser mayores, y el coste por tonelada transportada también, lo cual no debería anular la posibilidad, pero por eso la navegación a vela fue sustituida por la de motor.

¿Quién, pagando más, subiría un camión de perecederos a un barco, que no puede saber si llegará para cuando se abran los mercados, o si se pudrirá en una encalmada? ¿Irábamos a pasar la Navidad con la familia en barco, tardando mucho más, si no estamos seguros de llegar para la cena? España es el segundo país del mundo en capacidad de producción de energía eólica, el segundo de Europa en solar, en Alicante opera la mayor fotovoltaica medida en vatio-pico (máxima exposición a 25° C) ¿y qué? ¡es la unidad de medida de la lechera del cuento!

Campeones en bobadas. Estos datos no sirven, sino a cuantos megavatios reales y no potenciales sustituyen de generación fósil, o nuclear. Si multiplicáramos por mil la potencia generadora instalada, podríamos producir energía entre nada y mil veces la de ahora: de noche sin viento nada, en verano con brisa incluso más que todas las térmicas juntas, no habría red de distribución que lo aguantara, y ¿qué mínimo comprometido y planificable –SLA– podríamos extraer de tal absurdo? A partir de ello, el resto, si no se cargara por exceso la red de transformación, se tiraría. Igual por un millón. La inversión sería sólo rentable si se dedica a poder almacenar de modo limpio una generación muy inferior.

Hoy sólo sabemos hacerlo con agua, pero ya no se construyen embalses: ¡no se nos vayan a encadenar los activistas! y los que hay no se están usando de modo generalizado para ello, sino para riego. ¡Menudo modo de malgastar recursos por simple publicidad y autoengaño colectivo! No sólo eso, sino que además de no utilizar las energías renova-

bles para almacenarse de forma limpia –subiendo agua–, o en usos que puedan adaptarse a la intermitencia –piscinas, regadío–, la capacidad generadora exige subestaciones y tendidos muy superiores a los necesarios, encareciéndolos en unos casos para nada, o simplemente generando energía que no llega al consumidor. Por las pérdidas de carga, redes tanto más aparatosas cuanto más lejos se sitúe la generación (sólo tenemos tecnología de superconducción a muy bajas temperaturas).

Si una red de alta tensión soporta algunos megavatios que pueden ser entre ninguno y unas decenas, ¿cómo dimensionarla? Si mandan decenas no son útiles para reducir el consumo de otros combustibles sin garantías, por lo hablado de la inercia, y si no caben por el cable –las pérdidas se traducen en disipación de calor, y pueden incendiar las subestaciones–, los molinos siguen dando vueltas sin que nadie lo aproveche. Toda energía producida y no consumida, cual agua del río que no se derive por el canal de riego, o vaya a rellenar un aljibe, simplemente sigue hacia el mar. No guardamos la energía sobrante que generamos, (hay casos concretos de empresas que la usan para llenar depósitos en altura, para hacer cemento o tamizar áridos, pero no es eficiente, pues las infraestructuras necesarias para actividades industriales, que sólo se usan cuando sobra energía, no optimizan su amortización financiera de la maquinaria y sueldos con esa variable, sino en periodos fiscales, incrementan los costes de producción, y nosotros después no queremos pagarlo).

Si recolectamos energía fotovoltaica o eólica, y obligamos por ley a las empresas de distribución eléctrica a comprarla a coste intervenido, cómo no les sirve para cumplir con la fiabilidad en la demanda que le exigimos, al depender de si hace o no sol o viento, la compran por imposición, la mezclan con la que de todos modos necesitan producir, y se desperdicia el excedente. Esa energía alternativa se tira pero se paga, y claro, nos la repercuten en el recibo, y costeamos tal falacia entre todos sin entenderla como impuesto oculto. ¡Puestos a internalizar, en vez de incluir los costes reales, subvencionamos la ineficiencia!

Es decir, recopilando, e insistiendo todo lo que se me quiera tachar de pesado, pero mucho menos de lo que pericantan los que nos intentan manipular, digo, sensibilizar y concienciar: si las energías alternativas no son capaces de planificar su producción, no sirven para nada, y nos las cobran. El que las incorporemos al consumo no ahorra combustibles fósiles del proceso de generación, se superpone (salvo que haya circuns-

tancias que permitan cierta fiabilidad: turbinas en mareas, lugares concretos de vientos muy constantes, centrales solares en desiertos, siempre en niveles de servicio para usuarios tolerantes o sufridores). Sonadas campañas como las de apagones reivindicativos, esconden que el que no se consuma no implica que no se genere la energía que simplemente sobra, y estando disponible en el enchufe no se usa.

La electricidad no es producto “on demand”, es decir, si no se usa y se genera igual, incluso puede dañar la infraestructura de distribución. La mentira es medir la potencia alternativa instalada en los megavatios capaces de ser colectados, y no el los que son garantizables por contrato. ¡Nos están timando! e inconscientemente aceptamos una falsa relación directa entre consumo y generación: si enchufo el aire acondicionado alguien estará generando la energía para ello, y si no lo enchufo no lo gasto: lo siento, no funciona así. Si no lo utilizo pero podría haberlo necesitado, se genera la energía para ello, y si no se usa, se tira.

¡Claro, es que no se está investigando lo que se debiera en éste tipo de energía!, ¡hay intereses ocultos que impiden que avancen estas tecnologías! ¿de verdad alguien se cree que por invertir más en investigación sobre la eficiencia energética de la captación solar o en la aerodinámica de las palas, el que el sol y el viento funcionen independientemente de nuestras necesidades, va a cambiar?

La General Motors invertía más en investigación de vehículos eléctricos que el Gobierno USA, y sus competidoras también. No existe la demanda de gasolina, sino de transporte, que desea metabolizar el deseo de moverse, y para eso, en última instancia, se inventó el cerebro.

Hasta las mal llamadas empresas petroleras, que son empresas energéticas, para las que cambiar de fuente puede ser un problema pero también una oportunidad, están registrando centenares de patentes en energías renovables. Si no las usan es porque no les es rentable, útil como propaganda para que sus usuarios puedan seguir pecando con tranquilidad de penitencia, sin cambiar el modelo de privilegios en el que nos gusta tanto vivir y contrariar. ¿Una conspiración verde? No: oportunismo.

A los gobiernos democráticos les interesa no tomar decisiones impopulares, a los productores de petróleo les interesa competir con ventaja sobre los que tienen uranio, a las eléctricas les interesa la estabilidad de precios intervenidos, y a todos nos interesa tener culpables de nuestros excesos.

A pesar de que se encuentren nuevos yacimientos en Brasil, o que se levanten las moratorias en Alaska o la Antártida, o que se pueda sacar algo productivo de los procesos Fischer-Tropsch, o mecanismos de licuado y enriquecimiento de carbón de baja calidad –hay reservas para varios siglos– o que se desarrollen técnicas de refinado de arenas de alquitrán –en el Canadá hay muchas reservas–, o de crudos pesados, o pizarras y arenas fósiles, o carbón líquido, o lo que llaman carbón limpio, el petróleo se va a acabar, y no son tontos, lo saben.

Las empresas de distribución de hielo nada podían contra las de congeladores, y no guardaban patentes de neveras, sino que la que no quiso transformarse pereció.

Al tiempo que unos pisaban la Luna, J. Robbins pisaba la tierra y auguraba que en el 2000 se alcanzaría lo que después se ha llamado el Hubert's Peak, o punto de no retorno en la oferta-demanda del oxígeno negro, Deffeyes lo postergó al 2005, algunos dicen que ya estamos ahí, otros que no hemos llegado. Es una partida de póker. Los chinos exportaban petróleo en los setenta y ochenta, hoy importa casi la mitad de lo que consume, peor está India, y aunque la hipocresía occidental les acuse con el dedo por desarrollarse sin haber aprendido de nuestros errores, los EEUU produce apenas un cuarto de lo que gasta, que es el doble que los anteriores juntos.

Lo saben los que lo saben, y los que no, juegan a saberlo, y esa partida encarece mucho el producto final, sin referenciarse a demanda, sino a expectativa del juego de los demás contendientes. La especulación es el coste que pagamos por la planificación distribuida. En la primera crisis del petróleo, allá por los años 70, su comercio suponía el 1% del PIB mundial, en 2005 ya se acercó al 5%, y en 2008 supera el 7% de la economía global. El 90% de las reservas las tienen los países productores en su subsuelo, y desde un punto de vista nacionalista, sería tonto jugar enseñando sus cartas, es Secreto de Estado para su juego de póker con los demás productores, –el resto está en poder de las multinacionales, son mejor conocidas y año a año menguan, aunque como excepción admirada por sus competidores, BP es la única que más o menos las mantiene–. ¿Es una estrategia de farol, o podemos deducir con ello que ya hemos superado el máximo de la campana de Hubert?

Los brókers, las propias multinacionales, el mercado de futuros, son meros arribistas a una tómbola de la que nadie dispone de la información completa, ninguno ve las cartas de los demás, para planificar

una salida razonable a medio plazo. El excedente de menos del 2% de la producción de 1998 hundió los precios a menos de una décima parte de los de 10 años más tarde. ¿Pueden los árabes, como afirman, poner en el mercado 12 millones más cuando quieran? ¿Cuánta reserva hay en Ghawar? Se trata de un juego especulativo en el que ellos juegan con fichas cuyo riesgo pagamos y pagaremos, por no ser recurso infinito, tal y como supone implícitamente el modelo consumista. Cuanto más se importe, más reservas, y como es inversión segura, más riqueza. Sobretudo si se dispone de petróleo enterrado, y capacidad, y apoyo social para declarar espacios protegidos.

Un gobernante inteligente verá la declaración de protección de una zona con reservas, como un fondo soberano de inversión nacional, como quien compra un piso sin necesidad de alquilarlo en vez de abrir un fondo de pensiones. El lujo de los ricos: ahorrar para cuando suban los precios: protegemos nuestras reservas pues en unas décadas valdrán mucho más. Lo de Irak igual sólo fue una manera de mirarle las cartas a otro jugador.

Incluyendo derivados, consumimos 85 millones de barriles cada día, pero parece que se está produciendo menos de lo que se consume, o sea, la diferencia se extrae de las reservas, que los tiempos de las restricciones por la OPEP ya son historia. Todo funciona a máximo rendimiento y no puede con la demanda, ¿o sí? Nadie sabe cuanto petróleo hay, pues todos tienen ocultas las cartas de su juego. Es posible que todos tengan buenas manos, algunos sí y otros no, e incluso es posible que todos jueguen de farol; y si fuera así, igual nos demos un gran susto si giran sus cartas.

Los costes de extracción para crudo ligero de escasa profundidad y suficiente presión, pueden estar algo o muy por debajo de los 10 dólares por barril –como en Irak–, puede más que doblarse con costes de extracciones de crudos peores o más profundos, y contando el transporte, el beneficio bruto es de varios cientos por cien, que se lo reparten en esa partida, y que en realidad se come el beneficio, a base de especular sobre información que es secreto nacional.

Todos ganan: los países productores revalorizan sus reservas naturales, las multinacionales sus reservas contabilizadas, los jugadores las ganancias con las fichas pagadas por otros, los gobiernos aumentan su recaudación –dos tercios del precio final a consumidor en Europa, y no como coste interiorizado a repercutir sobre la contaminación, o la ocu-

pación del espacio, o el impacto de las carreteras, sino como impuesto a dedicar genéricamente a la subvención que compra votos—, incluso la industria gana pues todo este montaje para no pagar los costes de la ineficiencia y la contaminación, se sostiene con guerras, infraestructuras, tecnología. Pero quien más gana somos cada uno de nosotros, pues a pesar de lo que protestemos, el precio está intervenido hasta donde nos lo podemos pagar. ¿Afinal, en qué quedamos: carestía por especulación, o subvención a la externalización de costes reales? ¿Es más caro o más barato de lo que cuesta?

El capitalismo hunde sus cimientos en la negación de la libertad de mercado, en la especulación sobre la desinformación contable en la oferta, en la intervención de la demanda, pretendiendo obtener valor del precio, hacer más dinero blanco con crédito “rebajándolo con agua”. El consumismo compra cosas con personas, cual proxeneta reivindica su amor al liberalismo.

Se supone que la frustrada Crisis —si no hay cambio de modelo, no lo habrá sido— extrañamente no cumple con la necesaria previa escasez de recursos o dinero, y no es así, pues las materias primas fluyen a costa de intervencionismos, tensiones, y conflictos, y el tipo de interés intervenido de los bancos centrales, transforma coste financiero en riesgo.

Nuestro modelo consumista, simple prestidigitación, bulímico de empacho y vómito, es el que es por referenciar el precio de la energía al valor añadido, es decir, por ser la demanda la que define lo que está dispuesta a pagar para mantener un sistema consumista y nacionalista, con sus fábricas, sus contenedores, sus barcos, trenes, y camiones. Sin regulación, el precio del crudo tiene margen para especular, pero no para asumir su agotamiento, o su contaminación, o su insalubridad, o su ineficiencia, o su distribución geográfica, o su jerarquía organizativa. Los costes de la energía se esconden y desplazan, confundiendo el coste de la oferta, y quien demanda tiene la fuerza financiera, comercial y militar para seguir imponiendo el precio.

Lo que comenzó como apenas evidente revolución democrática, al socializar la capacidad de transportarse en grado de libertad sin precedentes, nos está saliendo caro y de alguna manera la oligarquía, como siempre, lo usa en su beneficio.

Una de cada siete personas en EEUU dependen directa o indirectamente del negocio de la automoción, que no carga apenas impuestos especiales sobre las gasolinas, —ni para la caja general, ni como interio-

rización de costes ambientales—, conserva lo que puede de sus reservas importando tanto como puede comprar, y si no se lo quieren vender, monta algún que otro numerito internacional de machito como advertencia. Votamos a los que nos argumentan las justificaciones convenientes que queremos oír: que si los árabes, que si los especuladores, que si los americanos, pero si os declaráis preocupados por el medio ambiente, algo haremos, y todo seguirá igual; y lo que en realidad deseamos es que el precio de la energía siga intervenido y alineado con el de los salarios, o sea, que el coste de nuestro derroche se mantenga estable o mejore.

De cosificar la actividad del hombre, de transformar nuestro esfuerzo en recurso para subvencionar cosas con personas de otra nación, pretendemos excusas y cuentos que nos refugien de responsabilidad: ¡investiguemos más sobre energías renovables!, ¡reduzcamos el consumo con ahorro!, ¡seamos respetuosos con el medio ambiente! ¡Protección, salvación, sensibilización, conservación! Es el modelo consumista, el sistema contable, la insolidaridad entre los pueblos, nuestro voto conveniente, penitencia cristiana, y no la acción y decisión de otros, no la riqueza de otros.

Nada cambiará si no estamos dispuestos a desvincular el coste de la energía del de nuestro consumo, nada cambiará si no lo queremos asumir la internalización y pagar, si no nos sacamos la interesada venda ecolopija de los ojos.

CAPÍTULO 5

ENERGÍAS LIMPIAS Y NO RENOVABLES

Las mitologías antiguas coinciden en las trinitades femeninas de la Luna: en la fertilidad-poder-sabiduría; y sus equivalentes masculinos del Sol en el subsuelo-mar-cielo. Rebuscadas cosmogonías justifican panteones jerarquizados que compendian la historia de conquistas y guerras que generaron cada civilización antigua. Los nombres difieren mucho más que los atributos de sus dioses, y de entre ellos suele estar en la cúspide del poder quien posee el rayo: Júpiter (romanos), Zeus (griegos), Marduk (mesopotámicos), Set (egipcios), Yahvé (judíos), Indra (arios), Thor (nórdicos), Perun (eslavos), Hadad (cananeos), Lui Sin (chinos), Raiju (japoneses), Catequil (incas), Tláloc (aztecas), e infinidad más. Quien tiene en su mano el control a voluntad de la energía, manda.

El petróleo se va a acabar, el gas tardará algo más pero también, menos que el uranio, que le seguirá, el carbón es mayor emisor gases contaminantes. Biocombustibles y biomasa, como geotérmicas o mareas, son de aplicación local, y como el ecologismo dramático ha desvirtuado la evaluación de las nucleares, sólo queda decir que hay que invertir en energías verdes. ¡Como si nos dicen que hay que desarrollar el motor de agua! Más que en la instalación de megavatios alternativos que de nada sirven, en lo que puede invertirse de modo lógico y natural, es en

intentar transportar –aproximándose en lo posible a la superconducción a temperatura ambiente–, en planificar, y en almacenar energía, de forma limpia. Hoy se hace en casos concretos: como en el Hierro o en Asturias, combinándolas con hidráulica, o sea, enchufando los molinos a las bombas de un embalse; o sustituyendo el agua por aire comprimido; o en subvenciones a la agricultura marginal –que en la de suelos ricos y llanos, es absurdo– para la producción de etanol; pero sólo son aplicables en circunstancias locales concretas. Sin grandes aspavientos se intentan cosas: aprovechar la energía nocturna que se desperdicia para desalar, o incluso realizar esos mismos procesos de osmosis con energía mal llamada limpia, pero surge un nuevo inconveniente –en realidad es el mismo de siempre–: no queremos pagar.

Preferimos pagar el litro de agua desalada más barato, y como las normas fiscales de amortización son por ejercicios y no por uso, como el coste laboral es por horario y no por producción, resulta más barato quien usa energía almacenada, que quien utiliza energía sobrante. El sobre coste de amortización de equipos que no van a estar óptimamente operativos encarecería nuestro consumo, (si hay sol o viento suficiente hay agua potable, si no, no, para lo que la misma inversión en maquinaria produce menos agua vendible, y precisa además de tanques mayores de almacenamiento). El posibilismo fiscal, que es la distribución impositiva con el criterio de capacidad de control, que también es sencillez, hace difícil que las administraciones propongan a sus votantes amortizaciones por kilovatio consumido, o por alguna variable condicionada a la producción.

En temerario voluntarismo irresponsable, se afirma que cuando hace viento en Tarifa, se podría suplir las nubes en Estocolmo, pero una red de energía alternativa tal que garantizara nuestro modo de vida, precisaría no sólo de interconexiones entre más países de los de la UE, –los frentes meteorológicos pueden abarcar todo el subcontinente–, sino de la disponibilidad de materiales de conducción que no tenemos, pues el vatio en Tarifa generado, no llega apenas a Estocolmo. Planificación y almacenaje. Para generalizar la generación mal llamada verde, solar, eólica, marina, de momento sólo hay una esperanza, que ya en 1874 apuntó Julio Verne en boca del Capitán Nemo en La Isla Misteriosa: “La energía del mañana es agua disociada en hidrógeno y oxígeno mediante electricidad”... hoy se llama Pila de Hidrógeno, y ¿qué tendrá que en más de un siglo, no nos hemos puesto a ello? Demasiados cuentos nos nublan la

importancia y urgencia en tener una estrategia energética seria, que costará votos pues encarecerá el consumo, y que nadie desea plantear pues el populismo interesa al populus y al ismo.

El ecologismo homogéneo se ha instalado en la irresponsabilidad de vender generación, y medio olvidar el almacenaje, ofreciendo buenas excusas para no tomar decisiones: sus políticos hablan mucho de placas, poco de pilas. Sin almacenaje un campo de molinos o placas solares, es como aquel coche que funcionaba con una manguera de agua, que al andar y acabarse los metros del rollo, se paraba. No es que sea todavía más que eso: esperanza –aunque sea además la Única y Gran Esperanza–; pues como sucedió con los móviles, para que se pueda generalizar, se precisa que se haga de tamaño reducido –digamos de las dimensiones de un motor de coche–, con eficiencia suficiente –potencia como para subir vehículos de más de una tonelada por cuestas a cierta velocidad, o llevar cargas por nuestras carreteras a un precio por kilómetro razonable–, y cobertura –producción garantizada según demanda planificable, almacenaje seguro y barato, y surtidores en las gasolineras–.

A pesar del mito del Hindenburg, que se incendió en realidad por su pintura, el hidrógeno no es más peligroso que la propia gasolina –incluso menos, pues es más ligero que el aire, y si se escapa no cae–, obviamente puede explotar, pues es precisamente lo que se espera que hagan los motores de explosión. Una pila para proporcionar electricidad a una vivienda, digamos de un mínimo de 10 KW, es hoy de un tamaño de una caja en la que va envuelto un ordenador, y un coche necesita bastante más durante mucho menos tiempo. En realidad en el estado previsible de esta tecnología, una de las habitaciones de nuestros minipisos debería estar dedicada al almacenaje, pues para asegurar el consumo debiera bien llenarse continuamente una pila del tamaño anterior con sistemas de alta planificabilidad, o bien tener varias para soportar picos y valles.

Se trata de usar energía para romper agua aplicándole una corriente eléctrica –electrolisis–, e interponiendo una membrana, ponérselo difícil a los electrones del hidrógeno, en el camino de su ansioso reencuentro con el oxígeno, liberando lo que se le había obligado a tomar prestado (a los electrones corriendo por su cuenta a relevos, le llamamos electricidad). Si conseguimos en los próximos años fabricar coches a precios competitivos con los actuales de combustión (las baterías fósiles subirán de precio, sobre todo y en breve las gasolinas), tanto por internalizar costes del petróleo, como por mejorar la tecnología del hidrógeno,

tendremos baterías relativamente limpias con cuatro ruedas, que usarán la energía generada de algún otro modo para desplazarse. La capacidad de generación de un motor actual de combustión es del orden de 10 veces su uso –que es la capacidad, sino más, que se pretende poder “guardar” y transportar en un coche–, y se plantearían los vehículos como distribuidores alternativos de corriente generada por particulares. Sin embargo, no nos dejemos engañar, si para producirlo lo que usan es energía de una central de combustibles fósiles o nuclear, lo único que conseguiremos será transformar un modo de almacenar a otro, tal vez para evitar que el pico no se desperdicie, y no servirán más que para optimizar y desplazar el problema de lugar, (los coches eléctricos de hoy se enchufan a la corriente para cargar sus baterías, y en origen la energía puede ser limpia y no renovable –fósil–, o renovable y no limpia –baterías–, así que no solucionan demasiado).

El hidrógeno se puede quemar, como hacen las naves espaciales, o convertir en electricidad, incluso puede ser más seguro y pesa menos que la gasolina. Todo son ventajas menos su obtención, distribución, y de momento, su precio. ¿Por qué no se desarrolla? A la competitividad entre tecnologías basadas en el hidrógeno y en hidrocarburos le sucede lo mismo que al comparar madera con hormigón: no se juega limpio en la contabilidad de los costes de oferta, por no contemplar en el coste total de transformación, lo que en economía se llama externalidades. La gasolina incluye en forma de impuesto especial hasta más de su coste de extracción, enriquecimiento, y distribución, y aún así por su tasa de abuso y derroche, en su precio final no está toda la hipoteca sobre un recurso escaso, toda la contaminación, todos los residuos, toda la ineficiencia de quemar un material que puede ser utilizado para otras cosas, todo el coste de oportunidad, todos los costes geopolíticos, de salud, sociales, no incluye todos los riesgos, y sale más barata, según esa contabilidad miope, que el hidrógeno.

Una vez se resuelva el problema técnico de almacenar hidrógeno a alta presión, al disponer de un depósito transportable de energía, tal vez empiecen a tener sentido las hoy por hoy energías alternativas, con las que nos están estafando, y en ese momento cambiará radicalmente toda esta argumentación. Eso si estamos dispuestos a invertir en infraestructuras que permitan la compraventa de energía personal, sin impuestos revolucionarios ni obsesiones fiscales posibilistas tan agradables a los saltadores de caminos que nos desean comprar el voto, que pretendan

controlar el comercio de energía entre particulares. Jeremy Rifkin, en “La Economía del Hidrógeno”, nos recuerda la irremisible intermitencia sin esconderse, que la sociedad de energía renovable tal como la entendemos hoy es imposible, y postula la próxima revolución de nuestra civilización, en la democratización de la energía a través de esta tecnología y de su ya disponible medio colaborativo de organización: la web. Cobrar y pagar por identificación de usuario en cada enchufe. La energía es la llave de nuestra civilización, y mientras esté centralizada, la propia sociedad será jerárquica, no sujeta a criterios democráticos.

G. Ballard defiende que si el hidrógeno se impone, surgirán cooperativas de generación renovable, lobbys de influencia, ¡hasta partidos políticos con democracia interna!

Si una crisis nos llevara a un sistema económico basado en el hidrógeno, los pobres, que suelen disponer de sol, viento, volcanes, mareas, podrán acceder al mercado global por otra vía que las migajas de la deslocalización en industrialización de bajo valor añadido: la explotación de su renuncia a los derechos. Si la tecnología es sencilla, distribuida y barata, tendrán la llave de su propia civilización, soltarán el peso de la dependencia energética, podrán incluso vender energía a los ricos de climas menos agraciados. Tal vez ayude incluso a reducir la brecha digital, pues la energía distribuida precisa de colaboración entre productores. Será otra globalización, más democrática, más solidaria, entre iguales, y no la de un veinte por ciento explotando al otro ochenta (la de hoy, siendo geográfica, por disposición centralizada de la tecnología, no es a efectos humanos, global). Tal vez si se acabara ya de una vez el petróleo, nos esperen mejores días, verdaderos avances para la Humanidad. Igual hasta nos conviene. Hasta en eso tenemos una actitud negativa frente al cambio, de miedo, mirando hacia atrás, frenándonos; y no positiva, de oportunidad y esperanza.

Si el petróleo sube hasta un precio no referido al deseo consumista, a la demanda del que puede imponer el precio para que otros desplacen costes –es decir, internalizando fiscalmente los impactos medioambientales bastante más allá de Kyoto, imputando descapitalización y consecuencias políticas–, y se hace lo propio con las baterías de electrolitos, tal vez se comience un mercado de pilas limpias, que aún siendo inicialmente más caras –hoy 4 veces más que la gasolina en contabilidad consumista–, permitan en una primera fase aprovechar la microgeneración in situ. Mientras se compare la tecnología del Hidrógeno, que internaliza

gran parte de los costes que las energías fósiles no computan en su precio (emisiones, contaminación, agotamiento de un recurso finito, salud, conflictos, guerras,...), no saldrá a cuenta, es decir, para fomentar el hidrógeno, deberíamos estar dispuestos a pagar las externalidades del oxígeno negro, hoy por hoy vía impuestos, y desviarlos hacia los que lo costean, hacia seres humanos que “no son de los nuestros”, que no hablan nuestra lengua, que no tienen nuestra cultura, ni nuestra religión, ni nuestra escala de valores, ni nuestras hipotecas, ni nuestra ansiedad por derrochar, que no viven en nuestro país, ni votan a nuestros gobernantes.

Si pusiéramos en marcha todo el día todos los coches del mundo, tendríamos varias veces la cantidad de energía total que generamos hoy. Para duplicar la energía eléctrica de California, bastaría que cada coche funcionara al máximo durante una hora al día. Imaginemos cómo sería un mundo con coches que han almacenado energía renovable sobrante, de la que hoy se tira, para su función de transporte, y que pueden ceder a los que no tienen. Hay montañas, desiertos y costas suficientes donde instalar captadores de sol, viento, calor subterráneo, y olas, como para llenarlos. No echemos las campanas al vuelo. Las infraestructuras están preparadas para repartir energía centralizada, no para concentrar producciones distribuidas, pero ¿quién sabe? Igual nos compensa invertir en redes de captación; igual llegamos al aparcamiento y en vez de cobrar, nos pagarán por mantener enchufado nuestro coche a la red, al haber instalado sobre nuestro tejado unas docenas de metros cuadrados de placas; igual si las eléctricas han conseguido transmitir por su red datos, podamos transmitir vatios por las redes de telecomunicación.

Se inventó el coche antes que las autopistas, y el teléfono antes de tener los tendidos de cable. No sólo podría dejar de ser un timo la microgeneración renovable, sino que podría generalizarse, y establecer un sistema cooperativo de compraventa de energía. Las compañías eléctricas serían brókers, mayoristas, y distribuidores, de lo que empresas generadoras y algunos de los propios consumidores pudieran ofrecer.

Está por ver cómo será la Tercera Revolución Industrial, y hoy no pasa de ser una ilusionante perspectiva, e irremediable si me apuran, así que no olvidemos que las energías alternativas todavía son sucias, ineficientes, caras, y salvo en casos concretos donde se puedan usar según se producen, a menudo inútiles. ¿Significa que debemos dejar de instalar parques eólicos o fotovoltaicos? No, en absoluto: estamos sembrando, provocando la irreversibilidad de la llegada del hidrógeno. Debemos no

sólo seguir haciéndolo, sino más aún, sabiendo que es bastante inútil, incrementar el ritmo de instalaciones, de momento a fondo perdido, pues de no comenzar ya mismo el cambio, nos la vamos a dar. Estimaciones algo fiables, nunca se sabe, cuantifican en 100.000 millones de dólares de inversión en I+D para poner a punto el hidrógeno. La II Guerra de Irak ha costado más.

De nuevo el medio no justifica el fin, y menos en este caso pues las energías alternativas se están utilizando como cuento para no tomar decisiones estratégicas de alto coste electoral. Al ritmo actual parece demasiado optimista pretender que esta tecnología esté disponible en el mejor de los casos antes de una docena de años, y mientras, con suerte los precios del oro negro nos obligarán a andar el camino de la eficiencia del consumo para conseguir motores de 1 a 3 litros a los 100 híbridos a bajo coste, tolerantes a mayores porcentajes en las mezclas de bio-combustibles, motores eléctricos más potentes y con mejores rangos de autonomía con pilas de litio (como las de los móviles).

El Ford Nucleon que anunciaban en 1958 como la solución a la que ya entonces llamaban escasez de los combustibles, era un coche atómico, sólo que el motor atómico no estaba inventado. Las afirmaciones son gratuitas, las convenientes incluso tienen rédito por interés del que las atiende, pero las pruebas cuestan más, y las buenas intenciones por esa vía acaban impidiendo la realización de los cambios, que es a la postre lo que pretende la progresía conservadora.

Llegamos a la misma conclusión que la Verdad Oficial: la imperiosa y urgente necesidad de promocionar las energías renovables, reducir el consumo; pero ocultar, manipular –sensibilizar– vender con medias verdades, incluso mentir, despistar, no justifica que el fin sea conveniente, que lo es. ¿Por qué no contar las cosas como son? La realidad es más ilusionante que la Verdad Oficial: las energías renovables serán una llave a la justicia social, a la globalización de los derechos, a la democratización de las sociedades, al desarrollo de los pobres –la necesidad de recursos locales, estabilizará poblaciones, y permitirá la internalización del valor añadido–. El agotamiento del petróleo, incluso del uranio, son oportunidades. Decía Chesterton que “El hombre distraído es hombre bienintencionado”, ¿no será al revés?

Considero un insulto a la inteligencia de las personas pensar por su bien, por su interés, al mismo tiempo que se les ocultan los motivos, que tal vez no comprendan o cuestionen, pues tomando con la autoridad

su responsabilidad, los gobernantes consideran a los gobernados como a críos. Es donde comienzan los autoritarismos. Los castellanos tienen una frase para esto: no quieras mear por mi, y el paternalismo es el camino menos sangriento hacia la dictadura.

La ciencia es labor de siembra: se ara todo el campo, depende de si llueve o no, de si hiela, de si graniza, también de cuanto esfuerzo y cuidado se ofrezca, si se riega y fertiliza, más, y no se sabe exactamente que se recogerá. Tenemos expectativas, pero no garantías. Si la pila de hidrógeno se hace viable, las energías alternativas serán posibles, y la revolución social será profunda, e incluso dará opciones a los pobres de no serlo tanto. Si lo que se hace viable es la energía nuclear limpia (reprocesando los residuos, extrayendo del combustible más energía que la ridiculez que hoy consigue), el modelo centralizado continuará y tras fusiones, adquisiciones y quiebras, seguirá siendo controlado por una estructura jerárquica. El inconveniente residual será que la generalización de la tecnología pondrá al alcance armamento para cualquier dictador o iluminado, y lo de la Guerra Fría parecerá suave. Si fracasamos en nuestra principal opción, y necesidad tecnológica y social, y no se desarrollara la pila de hidrógeno, no tendremos más remedio que ampliar la potencia nuclear, y movernos con biocombustibles, sustrayendo suelos agrícolas de la producción de alimentos y aumentando así la huella ecológica, la brecha Norte-Sur y la miseria. Más de lo mismo.

La fisioterapia tiene su aplicación, las plantas medicinales, la homeopatía, y sin embargo en manos de charlatanes e iluminados, que se aprovechan de la desesperación, pueden llegar a la publicidad de centros naturópatas, donde por imposición de manos y concentración positiva y cósmica, se asegure la curación del cáncer. Prácticas concretas o como mucho poco operativas, se utilizan para que asustados enfermos dejen la quimioterapia, y depositen su esperanza, —y la voluntad—, en la respiración, los espárragos, y la aromaterapia. Lo que sus homólogos llaman energías verdes, que bien pudieran representar un papel positivo dentro de la estructura energética social, se tornan nefastas en manos de chiflados oportunistas, si ocupan la función por negación de lo que no pueden abarcar, pero sí prometer.

La expectativa de energía limpia mal gestionada e informada, como la de la fusión fría, como la de la fusión del hidrógeno, de gestionarse desde la ideología ecologista, tal vez impida el desarrollo de energías basadas en el torio, o en nucleares-menos-sucias. Es una muy seria carrera

en la que estamos tonteando, cantando a la tradición, tirando azúcar al agua, sensibilizando a ciudadanos, considerados mentes inferiores por quien posee la Verdad, mientras el cronómetro no para. Buscamos sin demasiado éxito supuestas bolsas de hidrógeno que no hallamos, de metano congelado que tiene mejor pinta, aunque claramente insuficiente, y a demasiada profundidad bajo el mar.

Estudiamos procesos bacterianos, pretendemos agrandar las moléculas a quemar: propanediol, dimetilbutanol, y otras palabrejas que lo que intentan es suplir la excesiva oxidación, y por tanto ineficiencia energética, que ha llevado al etanol a ser lo que es. Se está investigando en la fusión nuclear y reconsiderando la fisión, pero la primera está lejos de poder ser entendida como solución, por las dificultades en la contención del plasma en sus extremadamente altas temperaturas; y la segunda, a parte de por su desprecio social o pertenencia a lo políticamente incorrecto, por su riesgo de reutilización en armamento.

Cual zanahoria en el palo de la televisión, nos muestran documentales sobre el ITER o el plausible desarrollo de la fusión utilizando como combustible agua (en realidad sus isótopos del hidrógeno), y sin embargo ni siquiera tenemos claro que el consumo de energía para contener el combustible sea rentable para la producción. Como es más barato utilizar por ejemplo escaso litio, al precisar de menor temperatura para la reacción, nos venden que se fusionará sin residuos, y no es así. Toda energía, como toda medicina, incluye su prospecto de posología, contraindicaciones y precauciones.

La contención del desarrollo de la energía nuclear, incluso de su modernización e investigación para mejorar rendimientos, se debe más a intereses políticos que a la presión social, pues es esta la excusa para aquellos. Políticos en el sentido tanto militar, como geoestratégico, como en la perpetuación de un sistema autárquico con disfraz democrático, en el que la centralización energética sustenta la estratificación social y nacional: un sistema de castas y feudos, de siervos y nobles, que aún lo peor de nuestras experiencias históricas. No hay medicamento sin efectos secundarios, sino posología con mejor o peor marketing: infusión de corteza de sauce, genérico de acetilsalicílico, o aspirina; como no hay energía sin efectos colaterales. Negarse a valorar pros y contras, a negociar entre hombre y entorno, es mal criterio para su gestión.

En entornos técnicos serios no se habla ya de riesgos nucleares, si no es para su manejo, pues a pesar de los accidentes ocurridos, hoy por

hoy, las centrales bien construidas, bien mantenidas, y modernas, son más seguras que cualquier otro modo de generación. El nefasto accidente fue consecuencia de jugar con fuego en instalaciones anticuadas, mal atendidas, sin presupuesto, y sin el más mínimo respeto por las normas de seguridad. Chernobil es más un ejemplo y símbolo de la derrota de la URSS, que de la de la energía nuclear. No se les ocurrió otra que experimentar con lo que sucedía al sacar las barras de combustible en un silo con techo de Uralita de 5 cm, que sustituía lo que en instalaciones normales son grosores de metros de hormigón. Ante mi estupor, y en arrebatado de apoyo a su argumentación, mi mecánico encendió una cerilla para demostrarme lo que pasa dentro de un depósito de gasolina, y seguimos vivos él y yo, pero no es ejemplo de lo dañina que es la gasolina para la piel.

Los residuos nucleares son peligrosos por ser activos, por conservar en ellos energía con sintomatología en forma de radioactividad, y susceptibles por lo mismo de ser reutilizados para generación de energía de alguna manera: segura y rentable; y ahí está la investigación necesaria, mucho más interesante que soflamar lo de la conspiranoia en energías renovables, auténtico mito, de los bienintencionados y politizados ecologistas “distráidos”. Si son radioactivos siguen ofreciendo energía.

Si se estableciera un mercado de residuos, habría bofetadas por comprarlos, incluso prohibiendo a los dictadores bananeros su participación. Los residuos son más un reto que un problema, o dicho de otro modo, la mejor manera para que no sean un problema, es que sean una oportunidad, pues el valor de un material tan energético como un residuo nuclear, se encargará de desarrollar la tecnología necesaria para no desperdiciar semejante potencial. Lo contrario es como que hace 100 años alguien se opusiera a la extracción de petróleo por no saber que hacer con los plásticos, gasolinas, alquitranes, y demás porquerías que sobaban al extraer el aceite para encender las lámparas.

Hay investigadores que proponen cazar contaminación de la atmósfera, tanto en compuestos ácidos, como en carbónico concentrado, también hay propuestas y técnicas interesantes en pescar contaminación marina y de los ríos, de hecho las plantas urbanas de tratamiento de aguas residuales son concentradores de residuos. Proponen enterrar así lo que si se capta, cuando en la energía nuclear la ventaja de que el resto ya salga en barras, se considera casi una aberración. Toda energía, como toda acción, tendrá su colateralidad, y la actividad y concentración de

los residuos de la fisión, son a la vez problema a solucionar, y oportunidad que la coartada ecologista ayuda a no afrontar, para no gastar, para no hacer, para no innovar, para no cambiar, para mantener a los partidos en su circo de sillas, y para no perder votos.

Independientemente de los esfuerzos investigadores, lo que es intermitente seguirá siéndolo, y lo que contiene energía seguirá conteniéndola. En el procedimiento más habitual de neutrones lentos, es decir, con las pilas sumergidas en agua, se aprovecha una pequeña parte de la potencialidad energética del uranio 235, además el plutonio puede ser extraído y desviado a aplicaciones militares (franceses y japoneses, ya usan el sistema Purex para obtener de ello energía, y reducir escorias radioactivas), como consecuencia los residuos son radioactivos durante decenas de miles de años. Cuanto más activos son, menos se ha aprovechado la energía contenida, y un reactor imposible, que la utilizara toda, resultaría escoria inerte como residuo. ¿A qué precio?

Hay tecnología esperanzadora en los procesamientos sucesivos pirometalúrgicos, y en los reactores de neutrones rápidos –utilizan algún metal líquido, como el sodio, en sustitución del agua–, que llegar a extraer casi toda la energía contenida en el combustible, y disminuyen la vida radioactiva, de sus ya escasos residuos a varios siglos, (que permite plantearse de modo más razonable, el asunto de los silos y depósitos subterráneos de geología estable). En el impás actual de desarrollo tecnológico retenido, la energía nuclear sólo es barata aprovechando poca radioactividad, que es lo mismo que decir que generando escorias de larga duración: cuanto más limpia, o menos sucia, más cara. Menudo desperdicio, por cabezotas estamos consiguiendo exactamente lo contrario al fin pretendido: producimos 10 kw de combustibles fósiles por cada kw nuclear, y encima lo hacemos maximizando la ineficiencia en ambos casos. De entrada a efectos de deseos democráticos y de solidaridad con los desheredados, la nuclear es más de lo mismo: es mantener un Sistema liberticida, de compleja y cara tecnología –y por tanto de mal acceso a los pobres... la brecha energética–, centralizado y jerárquico. Los sistemas jerárquicos generan sociedades jerárquicas.

La sociedad democrática no pasará de la partidocracia, si no democratiza la energía. Sucede además que si la generación por fisión es hoy ya dudosamente rentable, parece que por la exponencialidad de su coste, no sabemos si hay margen para tecnologías que reduzcan la vida de los residuos, al menos comparado a los precios intervenidos del petróleo,

gas y carbón. Con la contabilidad parcial y miope actual, en la que el coste no repercutido no existe, no sabemos el precio real del kw nuclear ni fósil, por lo que es difícil tomar decisiones, si nos hacemos trampas en el Solitario. En cualquier caso, si las reservas de petróleo, carbón y gas, son finitas, también lo son las de uranio, lo que da para unas docenas de años, incluso para pasar el siglo (eso suponiendo que sigamos desaprovechando el 95% de la capacidad energética de la radioactividad, que si mejoráramos esa tasa, además de menos residuos, aumentaríamos las reservas efectivas para muchos siglos), pero bueno, algo es algo.

Hay torio para aburrir, aunque como las últimas generaciones nucleares, no hay implantaciones, ni avanza la tecnología al ritmo necesario (por sus efectos secundarios, hemos abandonado el tratamiento de quimioterapia). De nuevo la política obtiene réditos de los argumentos ecologistas, cambiar para que nada cambie, pues interesa que los países “peligrosos” no tengan acceso a las centrifugadoras y otras tecnologías de refinado de uranio, u obtención de plutonio, por motivos de estrategia militar (el combustible nuclear está enriquecido al poco % de isótopo 235, y las bombas al mucho %, pero en esencia para conseguir lo segundo, solamente hay que darle muchas más vueltas con los mismos aparatos al uranio en forma de gas, lo que llaman procesos de cascada); y para ello les va bien no tener solucionado el tema de los residuos, o incluso de los riesgos.

Si quemamos materia orgánica viva, cadáver o fósil, esparcimos y difuminamos por la atmósfera los residuos, hasta Kyoto no les hemos imputado algo de su coste. Los residuos de la combustión se disipan y globalizan. Los hay que, además de promover reducciones y reforestación, proponen sumideros de concentración de CO², y su entierro geológico. Si quemamos uranio, ya nos los dan concentrados los residuos para su entierro geológico, pero además su coste se puede incluir en el precio del kilovatio. Lo que se vende como inconveniente, puede transformarse por gestión y desarrollo de las nuevas generaciones de centrales nucleares, en ventaja. Preferimos la porquería que no vemos, a la que nos representa alguna responsabilidad. ¿Qué sucedería si los residuos radioactivos fueran esparcidos y globalizados en la atmósfera, hasta que en partes por millón no fueran dañinos? ¿No es mejor tener los residuos concentrados y enterrados? Riesgos: ¡claro!, es Ley de la Mecánica Clásica, no hay acción sin reacción. Si concentramos todos los residuos de todas las vacas habría riesgo de explosión, si concentráramos todos los residuos

de las baterías de litio, o todos los residuos químicos de cada tipo, nadie los querría NIMBY –Not In My Back Yard–, y serían a menudo peligrosos. Lo más barato y seguro, es según algunos, lo que se disipa, lo que se reparte, lo que se desplaza, lo que no se ve.

No será por ese motivo, no saben pensar tanto, que por la naturaleza mediocre, manipuladora y oportunista de la política al uso, no es creíble la conspirancia de promoción o subvención oscura a argumentaciones antinucleares, pero apuesto a que algún estratega militar tiene escritos documentos top secret que indican que la obsesión ecologista resulta más efectiva que el Tratado de No Proliferación, o que las restricciones legales a la exportación de tecnologías sensibles. Igual los ecologistas les convienen a los militares, e incluso a ciertas industrias que mantienen reactores actuales, en vez de evolucionar a otros más “europeos”, en los que los residuos son menos útiles militarmente. No lo habrán planeado, pero puede que algunos aprovechen la oportunidad. Mientras la energía nuclear tenga mala prensa no se generalizará su instalación en estados inestables, terroristas, o enemigos potenciales, y las tecnologías de reutilización y reciclado, e incluso reactores de mayor uso del potencial energético del uranio, seguirán avanzando a ritmo contenido.

Si fallamos en el desarrollo de la pila de hidrógeno, no tendremos más remedio, y mantener las cosas como están nos conviene a los opulentos derrochadores. Sucede que el ciclo de instalación de una planta de generación nuclear es de una decena de años, más si se circunscribe en una planificación a gran escala, y aún más si contemplamos nuevas generaciones tecnológicas, pero no disponemos de tanto margen. El argumento de fondo de los gobiernos de los países ricos contra la energía nuclear es el miedo a que otros gobernantes más corruptos o inseguros, dispongan de armamento que pueda escalar en grado el terrorismo, que los pobres puedan hacer daño a los ricos. El que las gentes con tecnología puedan hacer daño a los que disponen de los recursos, o los pobres arruinarse entre si, no es problema. La seguridad y los residuos son buenas excusas.

Un tercio de los conflictos bélicos que hoy mantienen a distintos bandos asesinándose en nombre de la perversión de las palabras justicia, patria, libertad, son en zonas exportadoras de petróleo (si incluimos los exportadores de piedras preciosas, oro, minerales escasos, gas, más de la mitad de las guerras son geológicas, y no ecológicas). ¿Cómo serían las estadísticas si tuviéramos información sobre subvenciones al terrorismo,

sobre delincuencia organizada, sobre corrupción, sobre los derechos humanos? Es muy posible que también en gran parte estuviera relacionada con el mercado internacional de oro negro. Nadie quiere comprometerse con propuestas como la EITI para la transparencia en los ingresos por el petróleo, y asunción de códigos anticorrupción. Sería mucho más efectivo para nuestro medio ambiente que la supuesta investigación, que según el imaginario popular las multinacionales sabotean, en energías renovables y sucias –sí, insisto, mientras la pila de hidrógeno no sea potente, barata, y pequeña–, si pudiéramos entender también como investigación positiva el hacer de la energía de pilas de uranio una generadora planificable, rentable, limpia y segura. Conceptualmente es más probable y realista lo segundo que seguir enrocados en las obsesiones de lo primero.

La energía centralizada justifica el nacionalismo –insolidaridad–, el consumismo –ineficiencia–, y la descapitalización de los recursos naturales –insostenibilidad–. A los pudientes nos interesa, pues preferimos un sistema derrochador y partidocrático, a la distribución y dilución de los estados, de las decisiones, de las estrategias, a la legitimación democrática, la justicia internacional, la globalización de la ciudadanía, en círculo vicioso según el que no podemos avanzar en la energía nuclear por sus consecuencias políticas colaterales.

¿Quién es estado peligroso? Es necesario salir de éste atasco, huir de nuestra justificación de avestruz obviando que externalizar la generación es desplazarla, alejarla, en vez de lanzar propuestas hipócritas de interconexión de redes eléctricas entre los países que tienen moratorias, o no tienen tecnología, y los que a pesar de todo siguen generando muy ineficientemente esta energía no renovable, pero no tan sucia. Volar es peligroso, los aviones son tecnología militar que marca la diferencia, producen contaminación, y sin embargo son el medio más seguro, generalizado, y en términos de medición por milla y persona, los que menos dañan el medio ambiente (según se mire, que la estadística tiene más peligro que un chimpancé con pistola).

Cómodos, a veces desesperantes, utilizados por terroristas para sus chantajes, lo que se quiera, pero sin ellos hoy no seríamos la sociedad que somos, y aunque nos de miedo volar, es más probable morir en un accidente de coche. Ni siquiera tras el 11S a nadie se le ocurre hacer moratorias de tráfico aéreo... prohibirlo. No hay medicina ni energía que no tengan inconvenientes, –los miedos se transforman en respeto

con valentía: se afrontan—, y no se deben obviar, borrar, olvidar, esconder, sino gestionar. El ecologismo interesado grita en el carro milagrero por vendernos ungüentos y potingues mágicos: energía verde, renuncia, ahorro... Podemos enfrentarnos a los cambios con miedo, reculando, mirando atrás, añorantes, fe y tradición, como hace el ecologismo negativista —que no negacionista— de hoy, consumiendo placebos de soluciones bienintencionadas e inútiles; o con confianza, esperanza, osadía, como hará el ecologismo positivista de mañana, el que se impondrá al fracaso de pretender negar a la propia ley natural: reproducirse mejor que el más próximo acaparando el máximo con el mínimo esfuerzo.

Nadie, ni los ecologistas, se atreve a proponer a la gente explícitamente que pague, pues la gente prefiere ser víctima, y se ofrece en suabasta a cambio de argumentaciones sobre quien ostenta, por abandono y delegación, la culpa de las decisiones del siervo voluntario. Imitamos a quien envidiamos, y envidiamos a quien odiamos, para acabar haciendo lo que negamos, así que para comprar cosas vendemos personas, y con tal de no pagar, somos capaces de justificar la justicia de la subvención del derroche progresivamente según renta (¡derecho a vacaciones en la playa!, ¡derecho a una lavadora!, ¡derecho a un coche!), aunque ello construya una sociedad ineficiente, insostenible e insolidaria, y obtenga su financiación del trabajo, y por ello de encarecer artificialmente los servicios.

CAPÍTULO 6

¿CONSERVACIONISMO O CONSERVADURISMO?

Cuando en el Neolítico solía ser al revés, Caín, agricultor, mató a Abel, pastor, unos dicen que por envidia, otros que por lentejas, otros por tacaño. Fue quien inventó los pesos y medidas, los mojones y vallas, quien definió lo que era propiedad, y la contabilidad.

Proteger el patrimonio de otros es un buen negocio, pues el redentor que lo define impone coste y beneficio a asumir por cada parte, rompe el libre mercado, pero sobre todo es Poder pues toma parte del derecho que supone da la propiedad de la cosa. Contrato de Vasallaje. Salvar es según la legislación internacional marítima, la más globalizada, el contrato más potente, tras comprar. El Estado de Derecho es el instrumento del que nos dotamos para evitar que los poderosos hagan negocio protegiéndonos de amenazas reales, ficticias, o lo más normal: medio apañadas a conveniencia.

El protegido, lo protegido, lleva el papel de necio, y sale perdiendo al ser el protector el que pone valor y precio. Pensadores contemporáneos como Robert Nozick, y más explícitamente Stille, explican el poder como la monopolización legal –sea por usurpación o por representación–, de la protección, amenaza, honor –deuda–, y violencia. El mafioso vende protección a la obra para que no entren a robar por las noches sus propios

secuaces, y el gobierno vende protección contra la recalificación urbanística de otras administraciones públicas, y los propios ayuntamientos (aunque acusen a promotores de ser oportunistas, suponiéndoles no delincuentes, simplemente acatan normas).

¿Proteger contra qué, contra quién?: contra nosotros mismos, contra el Señor Feudal vecino, a menudo pariente del nuestro. Proteger el medio ambiente de nuestro consumismo es negocio y poder para nuestros gobernantes, que lo son por votos obtenidos al ofrecer consumir más que el valor de lo consumido. ¡Patético!, pero no hay problema, que la retórica, como el pan de molde, lo argumenta todo, si ningún independiente se pone a hacer cuentas.

El máximo poder lo ostenta quien es Interpretador de la Causa, Salvador y Señor de la Palabra –“Tlatuani”– lo llamaban los aztecas, a la vez sumo sacerdote y generalísimo: tiene las herramientas para imponer su realidad, y en su combinación puede definirse la amenaza y la esperanza, un mítico pasado, y un utópico futuro. Proteger y controlar el nombre y las cuentas de las cosas es Poder, y el poder sólo desea seguir siendo Poder, y si para eso debe decir que es ético, le es suficiente contar con el prestigio del tlatuani adecuado. El ecologismo irresponsable se ha tornado un fetichismo sintáctico, autosugestivo, en el que las palabras se mantienen independientemente de lo que se muevan sus contenidos. Es más temible el redentor que grita que vendrán los indios, a los propios indios, o “por miedo a los bárbaros, nos comportamos como bárbaros”, que escribió Todorov.

Caminando hacia delante mirando siempre atrás, conseguimos no ver por donde vamos, y eso es ideal para la autocracia embelesadora, paternalista, del Señor que señala hacia donde no andamos mientras dirige nuestros pasos por nuestro bien. Patria viene de padre, patria no existe, y debería, pero ni siquiera tenemos palabra para definir el nombre del país de los hijos. Las ideas, hoy científicas, ayer patrióticas, anteayer religiosas, se transforman por conveniencia del colectivo que las asume y tiene éxito en permanecer como tal, como grupo identitario, en ideologías. La audiencia suspira por fecundar vínculos espontáneos con sus mitos y ritos, deseándoles y por ello suponiéndoles, virtudes que los desfigurán. Las ideologías invariablemente se enrocan en sus obsesiones, y cuando la interpretación de la realidad cambia, que siempre cambia, acaban enfrentándose a las ideas que las inspiraron exigiendo fe y ortodoxia, confundiendo respeto y tolerancia con asumir sus prejuicios, y

reivindicando por extraños sortilegios voces que por retorcidas, suenan obscenas en sus bocas: justicia, libertad, solidaridad.

Ante el choque entre utopía y realidad, entre prospectiva y verificación, y siempre tras un intento de justificación, siguen las conocidas pautas de primero negar las evidencias, –Adnan Oktar ofrece millones a quien le demuestre la Selección Natural, lo cual es imposible si el valorador de la prueba es el que paga–, después enfadarse contra quienes las exponen, seguir con la negociación como si las hipótesis científicas fueran negociables, aceptar la nueva situación, y olvidarse de que un día defendieron otra perspectiva.

El nacional-ecologismo ñoño y negativista está abducido por la política, secuestrado e integrado en el Sistema, comprado por todos como penitencia tranquilizadora, como prospectiva para vender amenazas, y demorar el pago a futuro. Permanece anclado en tradición, conservación, redención, protección, reducción, y en sus obsesiones iniciadas por hipótesis científicas, que poco a poco van adaptándose a las observaciones y experimentos, pero no siempre según gustaría. Los curas y agoreros entienden mejor sus lóbregos miedos, que las dificultades y alegrías del presente. Se creen antisistema y han llegado a ser una de sus mejores herramientas de temor-esperanza.

Así la ortodoxia acaba apareciendo, cuando se precisa la fuerza de la unión para imponer unas ideas que, al precisar un tiempo para ser digeridas por las sociedades, pueden estar superadas cuando por fin son fervientemente defendidas por los que las han tomado como elementos identitarios para sentirse reconocidos por el grupo. Los poetas saben que es más difícil poner un punto final que inventar otro verso. Tribus urbanitas útiles y rentables para no pagar, y conservar la bota sobre nuestros esclavos. Según lo políticamente correcto, tal vez consecuencia en parte de la nostalgia del Romanticismo, que nos legó la idealización del mundo rural, del salvaje bueno que la civilización malea, en extraño nudo mezclamos lo tradicional con lo natural, y lo natural con lo deseable (cuando toda nuestra civilización se construye independizándose de sus riesgos, intentado controlar su caos: ventanas, puertas, medicinas, ciudades, grifos, calefacciones, techos, vallas, semáforos, cajas...).

Sentenciamos: la sociedad industrial es mala; y como cortina de humo para tapar la injusticia Norte-Sur, para seguir con una globalización nacionalista, reaccionaria, y conservacionista, resulta que no es deseable por utilizar la Pila de Carbono, el modo más limpio conocido

de almacenar energía, que llevaba cientos de millones de años enterrada sin molestar ni aportar nada (el que lo hagamos derrochándola es criterio de gestión, desorganización, abuso; que quememos para ir a la playa el suficiente petróleo como para tejer una camisa es ineficiente y absurdo, más que malo en si mismo).

La sociedad urbana con la libertad de transporte que ofrecen los combustibles fósiles, entre otras circunstancias gracias a la que hemos aumentado escandalosamente la esperanza y calidad de vida, es mala, la rural es buena. El envoltorio del jamón, compresas, válvulas de corazón, sillas de jardín —y de las viviendas de los países pobres—, insecticidas, el ordenador, fertilizantes, muchos tejidos, e infinidad de comodidades que nos rodean y de las que no estamos dispuestos a prescindir, provienen del petróleo. Lo que viene del subsuelo nos permite utilizar terrenos agropecuarios para comida humana, en vez de forraje para tiro de carros, algodón o lana para la ropa, o barbechos. Cuentan de Juan Huss, uno de los primeros reformistas protestantes, que cuando lo quemaban en la hoguera, al ver a una piadosa vieja que atizaba el fuego, gritó al morir: ¡O sancta simplicitas! Desesperante simplismo.

Lo nuevo no tiene porque ser malo, ni lo tradicional bueno. Otra cosa es que la sociedad esté mal organizada, a lo que nada ayudan por empañamiento miope los diagnósticos infantiles y ñoños. Hay programas de humor en televisión que exprimen la frescura e inocencia de los niños para describir situaciones, a personas. Concursos que recuerdan demasiado a los discursos de las gentes entrevistadas en la calle, y que opinan sobre la ola de frío o calor, relacionándola con el agujero de la capa de ozono, terremotos por culpa del Cambio Climático, tsunamis como castigos divinos de nuestra promiscuidad. Periodistas que titulan: “las últimas lluvias y bajas temperaturas, tan necesarias para el campo, auguran un próximo verano desértico y abrasador”. ¡Menudo modelo climático! ¡O sancta simplicitas!

La biolirica nostálgica que rezuma en el ambiente canta al romanticismo, a los amores pasados, a lo que fue, al desamor, a todo lo que mirando hacia atrás con ojos llorosos nos recuerda lo de que “como a nuestro parecer cualquiera tiempo pasado fue mejor”. Los poetas mienten demasiado, enturbian el agua para que parezca profunda. El amor es la excusa perfecta para hacer propio y exclusivo algo de otro: amo, entonces mío. Amo, añoro, deseo, quiero, me pertenece. Amo lo que deseo, deseo lo que quiero, quiero lo que me conviene. ¡Mi tesoro!

La nostalgia es postura antinatural, pues todos los bichos menos el hombre tienen los ojos en la dirección en la que van, o al menos hacia los lados, pero nunca en el culo. Nuestro nacional-ecologismo compulsivo es de planteamiento negativo, añorante, culpabilizador, triste, gruñón, busca excusas, y no soluciones plausibles, pendiente de recuperar más que de avanzar, y con los miles de millones de habitantes de Gaia, sencillamente tonto ante el futuro. Incluso las posiciones positivas, de gestión del cambio, humanistas, de adaptación del hombre a entornos cambiantes, de antropomorfización racional –¿sostenible?– de la Naturaleza (si no queremos afrontar la expansión demográfica), son consideradas como capitalistas, y de derechas (sic), ¡o sancta simplicitas!

No podemos volver atrás, y si bien es bueno echar una ojeada de tanto en cuando para aprender de los errores del pasado, nuevas tecnologías, nuevos modelos sociales, nuevas densidades, precisan de nuevas ideas. Proteger y conservar pueden ser esas ocasionales miradas de referencia, pero al volver a girar la cabeza para no tropezar, necesitamos superarlas, y superarnos para que no nos superen. Un ecologismo positivo, racional, que ría y obtenga su esperanza, y no su miedo, de las oportunidades del cambio. A diferencia de otros ámbitos del conocimiento, donde arriesgar, innovar, errar, y cambiar, lleva a nuevos retos, a nuevas ideas, las ciencias que se relacionan con el medio ambiente están en permanente cuarentena y cautela.

Es complicado avanzar y sencillo retroceder. La más mínima innovación es sometida a la crítica ecologista por sistema, lo cual sería prudente si fuera científica y no ideológica; y sin embargo cuestionar modos tradicionales, aunque sean insostenibles, es inmediatamente criticado, incluso censurado. Sucede que el necesario principio de precaución sobre nuevas ideas se aplica con la criba de las creencias, desvirtuando los métodos científico y técnico. Conservacionismo mal entendido... cobarde. Es como si la ciencia tuviera que pasar la criba de la religión. En la Naturaleza los cambios se producen con tanto mayor éxito, cuanto mayor sea el dinamismo de las circunstancias.

Un entorno nuevo, con un orden de magnitud demográfico y de consumo sin comparación, no puede estar sujeto a la conservación, sino al cambio. Nuevas circunstancias requieren nuevas ideas. A nadie se le ocurriría aplaudir que los naturópatas u homeópatas condicionaran las pruebas clínicas de nuevos fármacos, alegando que nuestros abuelos vivían más y mejor, cuando estadísticamente la esperanza de vida y

morbilidad era menor. La economía tradicional de subsistencia, atascada en su terruño y sus supersticiones, no es mejor ni peor que la economía de producción masiva. Ni la primera es garantía de sostenibilidad, ni la segunda de riqueza. Depende de cómo se hagan las cosas, pero en cualquier transformación sucede lo que se espera de la etimología de la palabra, que haya cambio, y el que unos ganen y otros pierdan es a más de inevitable, regulable, gestionable,... jamás perfecto. Tan malo puede ser como criterio de esa gestión el promover tradición o innovación, e incluso según la perspectiva. Como nos negamos a asumir lo que de verdad cuestan las cosas y pretendemos que el lenguaje interprete nuestra conveniencia, no podemos medirlo, nos falta una principal herramienta de gestión –la contabilidad de ciclo completo–, frecuentemente nos equivocamos, y nos enteramos una vez realizado el cambio.

Hoy los agricultores tienen tractores, fertilizantes, invernaderos, aspersores, insecticidas, herbicidas, semillas mejoradas, y se cultivan lugares que antes no eran productivos, no porque antes fueran sostenibles, sino porque no eran rentables para su tecnología. Podemos cultivar nuevos suelos de modo sostenible y de modo insostenible, suelos estabilizados de modo sostenible o de modo insostenible, e incluso suelos empobrecidos, y podemos hacerlo tanto con métodos tradicionales como modernos, para conseguir cualquier combinación. Cada sociedad estabiliza la degradación de su entorno al nivel posible de la tecnología y organización de las que dispone.

La producción tradicional insostenible nos ha sido legada en forma de colinas degradadas, de montañas peladas, de eriales, una superficie equivalente a todos los bosques de todo tipo, apenas mantenida en su pobreza por miserables rentas de pasto cutre, casi nada. ¡Menudo capital en suelo se gastaron! Tanto como el que nos queda. En ese absurdo romanticismo pretendemos conservar aquello que otros destrozaron, aquel capital que nos correspondía, y que nuestros antepasados se ventilaron. ¡Claro, si lo conservamos, pintamos de verde un mapa, conjeturamos que protegiéndolo nos ahorramos recuperarlo, nos escaqueamos de pagar la hipoteca de nuestros padres, aunque sigamos reclamándolo como nuestro! El Contrato de Vasallaje supone que la cesión de autoridad, incluye la responsabilidad.

Si aceptamos el legado, recuperémoslo o cedámoslo a quien desee invertir en ello, pero no, pretendemos lo contrario. Conservamos aquello que otros, tal vez sin pretenderlo, han protegido, y como premio a quien

no lo hizo, no declaramos su propiedad como zona a conservar. El Perro del Hortelano.

Cada vida, cada sociedad, se mueve para comer y no ser comida por otro tótem, metabolizando los recursos del entorno según sus posibilidades genéticas y tecnológicas. La nuestra también, como las que nos precedieron. Somos sólo laboriosas hormigas, a veces soldado, del hormiguero que llamamos causa, dios, credo, patria, utopía. Es tan absurdo poner a dieta voluntaria a una sociedad como a un tigre: se pone agresivo, sobretodo si ve la comida, y no puede alcanzarla. No son las hormigas sino los hormigueros los que compiten, como no somos nosotros sino nuestras culturas, las que crecen, se reproducen y mueren, en permanente Selección Natural Memética.

Nuestros ancestros no disponían del sistema de salud que permite una natalidad sin apenas marras, algo tan simple como los hábitos de higiene, una esperanza de vida para la convivencia generalizada de tres o cuatro generaciones; y no disfrutaban de un sistema de centralización de la energía (hay muchas más innovaciones que holísticamente han conformado nuestra civilización, pero sería enrollarme fuera del objeto de esto), que permitiera equipamientos con más potencia, y un consumo proporcionado a ello. Eso sí, contaban con modelos socioeconómicos que les permitían asignar costes a otros, utilizando en las cuentas propias una relación de beneficio vs inversión, desvirtuado por desplazarlos a otras clases, a otras culturas, a otras pandas. Si se quedaban sin pastos, sin mujeres, sin agua, se iban a guerrear contra la tribu de al lado, y justificaban en sus diferencias culturales las maldades a las que iban a redimir. Si había que construir una pirámide o una catedral, se cobraba a los ricos en dinero y a los pobres en trabajo. Explotación del hombre por el hombre.

Se ve que lo de no pagar, desplazar costes a los débiles y todo eso, al tiempo que escondemos la cabeza con autoindulgencias, lo llevamos en la esencia de la civilización. Como ahora, aunque hasta hace pocos siglos no se consiguió a efectos globales, con menos justificación ética, pues hoy tenemos la capacidad que nos dan la ciencia, la tecnología, la economía y la democracia, para avanzar hacia lo único que puede poner un poco de orden entre tanta mentira: otra globalización.

Una globalización de los derechos de los ciudadanos, independientemente de la nación que les reclame para subyugarles en aras de una mejora más competitiva de sus costes de producción, por ocultación más

que por eficiencia. En absoluto se trata de impedir a las multinacionales que lo sean, en absoluto reducir el consumo, en absoluto prohibir, en absoluto dificultar la liberalización del comercio, sino de que todos jueguen con las mismas reglas,... y de cobrar.

Se trata de controlar a los saqueadores, que como los piratas, se benefician de que en el mar no hay leyes, o las que hay son difíciles de aplicar. Se trata de denunciar a los gobiernos que mediante la OMC o los tratados entre naciones, se ofrezcan patentes de corso en aguas de enemigos. Se trata de que los organismos internacionales regulen las actividades internacionales para asegurar el negocio y el beneficio entre iguales, en feroz competencia comercial para que ganen más quienes mejor lo hagan. Se trata de hacer negocio, no de reventarlo, y como ha sucedido en los países occidentales, el regular las reglas de juego no puede decirse que haya ido genéricamente en contra de la libertad de los mercados. Sin embargo organismos que debieran cumplir esa función –FMI, BM, OMC,...– que debieran ser garantes de la imputación de los costes externos vía impuestos, en nombre de quien no tiene la infraestructura ni fuerza para recaudarlos de los ricos, que debieran auditar los costes del Ciclo Total, la eficiencia y competitividad de los Círculos de Transformación, la trazabilidad, los recursos extraídos y los residuos generados, siguen manteniendo una economía de libre mercado para los ricos saqueadores, a base de sostener un sistema subvencionado de derechos y costes distintos según cada frontera, casta, y grupo. Simple mercado de bulas, más que de productos y servicios.

En el documental francés “La Pesadilla de Darwin”, cuentan las consecuencias de la importación de la perca del Nilo al lago Victoria, que no sólo se comió la biodiversidad local, sino que después decreció en su producción ¿regresión o degradación?, ¿lo dejamos que se recupere solo, que es más barato y “ecológico”, o invertimos en recuperar?

La perca se vende en Europa como sucedáneo del mero, sin imputar el coste de obligar a renunciar a la población ribereña de las rentas en pescado de su lago, sin considerar el coste de restitución, usando sus propios activos como aval nuestro, y sin repercutir el haber malgastado el capital de nuestra propia pesca. Lo hacemos imponiéndoles los precios que estamos dispuestos a pagar, y utilizando los mismos aviones que traen el pescado para venderles armas con las que nuestros capataces mantienen su mercado fuera de la Ley de Mercado. Lejos, estamos lejos, pues no somos capaces de establecer reglas de juego económico natural

justas ni dentro de cada nación, y esos entornos nacionales artificiales y reducidos, no son válidos para gestionar los riesgos medioambientales. A pesar de impuestos y redistribución, de derechos, dentro de nuestra propia sociedad no incluimos en los costes del consumo todos los costes, ¿cómo vamos a hacerlo entre naciones?

Si por usos tradicionales el entorno se degradó, ya nos hemos olvidado, y hoy consideramos esa regresión de la productividad natural permanente como parte del paisaje. Los Monegros fueron un inmenso sabinar, ¿qué protegemos?

Quien vocifera contra las repoblaciones de pinos para recuperar lomas empobrecidas a base de periódicos intentos no rentables de ararlas, —por tener tractor más potente que los mulos, aunque con riesgo de vuelco en pendiente (por ello llegan más arriba facilitando con surcos a favor de pendiente el drenaje del agua, secándolo, lo que interpretan en su autojustificación como sequía)—... digo... lo único que se les ocurre es exigir que se trate a un suelo degradado, como si estuviera en condiciones de sostener unas teóricas especies climácicas —maduras—. Poderse, se puede, pero a coste exponencial, que los pinos son frugales y por ello baratos, y las encinas mucho más delicadas. A la Administración le resulta más barato legislar sobre tal trivialidad, sin comprometerse a ejecutar las propias órdenes, repartiendo el mismo presupuesto entre menor superficie.

Hay quien se manifiesta a favor de mantener las consecuencias de no haber sido sostenibles en el pasado, a favor de los que ejerciendo el derecho de propiedad, con la etiqueta siempre de la romántica tradición, destrozaron las tierras de sus herederos, no porque fueran aptas para ello en sostenibilidad de cualquier intensidad, sino por propio interés inmediato, hasta que la erosión las ha dejado sin apenas posibilidad natural, y las han mantenido así, sin permitirles comenzar de nuevo, con fuego, ovejas y rentas míseras.

El enorme coste incurrido, ha sido colectivo e imputado a los descendientes. Los escasos beneficios son sus herederos, que hoy opinan que no se debe repoblar con especies alóctonas, cuando ya se han pulido el capital, que es hermoso ver pasear a los rebaños, porque alguien ha dicho que las terrazas son atentados ecológicos, o que las semillas no son autóctonas —como si supieran de fronteras, y lo que son es más o menos oportunas para determinados nichos—, o que son más combustibles que otras especies... como si queremos sembrar geranios. Si se está dispuesto

a pagar la diferencia todo es posible, pero ¿quien acepta votar a quien le suba por ello los impuestos? Nadie quiere pagar lo que las cosas valen. Cutre, muy cutre...

*“El hombre de estos campos que incendia los pinares
y su despojo aguarda como botín de guerra,
antaño hubo raído los negros encinares,
talado los robustos robledos de la sierra.*

*Hoy ve sus pobres hijos huyendo de sus lares;
la tempestad llevarse los limos de la tierra
por los sagrados ríos hacia los anchos mares;
y en páramos malditos trabaja, sufre y yerra,*

*Es hijo de una estirpe de rudos caminantes,
pastores que conducen sus hordas de merinos
a Extremadura fértil, rebaños trashumantes
que mancha el polvo y dora el sol de los caminos.*

*Pequeño, ágil, sufrido, los ojos de hombre astuto,
hundidos, recelosos, movibles; y trazadas
cual arco de ballesta, en el semblante enjuto
de pómulos salientes, las cejas muy pobladas,*

*Abunda el hombre malo del campo y de la aldea,
capaz de insanos vicios y crímenes bestiales,
que bajo el pardo sayo esconde un alma fea,
esclava de los siete pecados capitales.*

*Los ojos siempre turbios de envidia o de tristeza,
guarda su presa y llora la que el vecino alcanza;
ni para su infortunio ni goza su riqueza;
le hieren y acongojan fortuna y malandanza.*

*El numen de estos campos es sanguinario y fiero:
al declinar la tarde, sobre el remoto alcor,
veréis agigantarse la forma de un arquero,
la forma de un inmenso centauro flechador.*

*Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta
no fue por estos campos el bíblico jardín ;
son tierras para el águila, un trozo de planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín”.*

Campos de Castilla, Antonio Machado

La degradación, que es la hipoteca de activos perdidos que nos dejaron en herencia y sigue en vigor, la deuda que dejaron sin pagar, por mucho que se quiera esconder como coste colectivo, sigue siendo coste, y podemos mantenerla y repercutirla a otras generaciones, o recuperarla (reformular las casas del abuelo). De nuevo, refugiarse bajo la coartada del romanticismo resulta ser un modo egoísta de no aceptar la inversión precisa para devolver lo prestado y malgastado por otros. Aceptamos la herencia a Beneficio de Inventario, y el no aceptarla si no nos es rentable, en el fondo es coste. Digo más, porque hoy tenemos consciencia de la situación global, las sociedades se saben amenazadas por el abuso sobre los recursos del medio en su supervivencia, en su metabolismo, y en sus opciones de reproducción, o sea en términos sociológicos, de seguir en la Historia; porque hoy empezamos a ver la rentabilidad de la renuncia, del sacrificio.

No están tan lejanos conservacionismo y conservadurismo, igual tan cercanos como etimológicamente aparenta. Hay quien define conservacionismo como “la preservación mínima del entorno para la autopreservación, en sustitución del coherente suicidio”. Tradición, imposición de valores, gestión por amenazas difusas, ortodoxia, seleccionar argumentos según el objetivo, mantener las situaciones, homologar estéticas, enrocarse a los cambios, acusar de no pensar igual, pretender que sea el acusado el que deba demostrar su inocencia (o el escéptico quien refute la hipótesis oportunamente seleccionada), convertir razones en verdades por emociones, sostener –aunque sea involuntariamente, odiar para refutar, y en la intención sí hay alguna diferencia– la desigualdad entre los pueblos, prohibir, ... “Los que predicán la naturaleza son inconsecuentes y uno se siente tentado a considerarlos conservadores” (Beltran Russell, libre pensador).

Somos una bandada de arenques más complicada, unidos por el miedo a los peligros de esas aguas negras que nos rodean. La conciencia ecológica es un nexo barato, una causa para apiñarnos, conseguir que nada cambie el molde en el que a pesar de las quejas tan bien vivimos, mientras arrasamos. Nos tranquiliza hallar orden, pautas, patrones a los que la realidad se adapte, cada uno se mueve en la intención de no quedarse aislado, y cuando nos autoconvencemos de ellos, cuando han resultado ser funcionales, útiles, los defendemos como si fueran parte de nosotros mismos. No importa tanto que sean ciertos a que sean coherentes con nuestras expectativas, no buscamos la verdad sino la tranquilidad

que ofrece encontrar orden y prospectiva. El poder nos conoce, sabe que es más fácil que las emociones condicionen al sistema cognitivo, que no que la razón controle los miedos, las culpas, el orgullo, la ira, la frustración, y así, repitiendo sus argumentos hasta el aburrimento, nos ofrece orden en el caos, nos ofrece esperanza ante el temor, nos ofrece identidad ante los distintos, nos ofrece espectáculo antes que información, diversión mejor que educación, pretende considerar lo extraordinario como normal, y gobernando a base de encuestas nos mantiene tranquilos, al tiempo que por no perder los votos que decisiones impopulares le retirarían, no ejerce su función teórica –ética– o nominativa –gobernar– sino esencial –trascender–.

Resulta más gratificante gestionar maniqueamente la quimera que conviene a base de simplificar la caótica y compleja realidad, que se resiste a ser categorizada, y persiste en no adaptarse a la teoría del que gobierna. Ya no existe la derecha ni la izquierda, sino la política del miedo y de la confianza, de la emoción y de la razón, de lo seguro y del riesgo, del conservacionismo y del cambio, de la representación y del consentimiento. Unos pretenden que los hombres sientan, y otros que piensen. Si nos frustra tras tanto esfuerzo no comprender el descontrol de nuestro entorno, incluso ser incapaces de ser nosotros mismos coherentes con nuestras ideas, entonces lo más fácil es salvar al mundo, al futuro, a aquello que por lejano o inmenso, no sea capaz de contradecirnos con hechos nuestra teoría determinista. Si el colectivo asume una interpretación de la realidad, acusa a los disidentes, a los escépticos, y son estos los que tienen que demostrar sus tesis, no los redentores con poder de perdonarnos.

La ciencia acepta la carga de la prueba, la paraciencia nunca. Nuestros protectores, salvadores y conservadores establecen la teoría de que las antenas de telefonía móvil provocan cáncer, a base a seleccionar anecdóticamente casos en los que hay más incidencia (ya hemos hablado del efecto estadístico del cisne negro, de la alta probabilidad de encontrar algo raro siempre que haya muchas cosas raras, muchas maneras de analizar, o muchas situaciones entre las que elegir), y resulta que quien tiene que probar lo contrario son los demás, y ni así. La ciencia se reconoce por el lado que acepta la carga de prueba. Establecemos la teoría en base a argumentos seleccionados oportunamente de que los transgénicos son peligrosos, y son los demás los que deben probar lo contrario (cuando las novedades no suelen ser ni buenas ni malas, es la gestión que de ellas

hacemos lo que fomenta más sus ventajas o sus inconvenientes). Todo cuesta algo, y gestionar pretende optimizarlo, aunque no queramos pagar. Durante 3 mil millones de años la vida evolucionó lentamente, hasta que inventó la muerte y el sexo, es decir, hasta que en vez de dividirse el material genético, se combinó en una suerte de transgenia entre sexos, en los que se aumentaba la diversidad de la descendencia, y por ello las opciones de adaptación a los cambios en el entorno. Tuvimos que pagar el sexo con muerte, ni bueno ni malo, sólo adquirimos velocidad evolutiva, y por supuesto que la crueldad natural suprimió a los peor adaptados.

Con la civilización iniciamos caminos para adaptarnos al cambio de selección a la carta (cerdos, vacas, caballos, perros, gatos, gallinas, pavos; el trigo, el maíz, el centeno, la alcachofa, pomelos, kivis, se parecen, por suerte para nosotros poco, a sus especies originarias), que hoy podemos acelerar con vacas que den leche que contenga antibióticos, o maíz que resista a determinadas plagas, etc... La transgenia es parte de nuestro éxito evolutivo. Claro que hay riesgos, como en toda nueva generación, pero el miedo nos hace ser cautos, y los ecologistas nos presionan con ello para ser conservadores. No cambiar confunde prudencia con conservadurismo. ¿Quién sabe si la transgenia, la mejora genética, o nuevos conceptos que se inventen, no permitirán a nuestros herederos llegar a otros retos? Gracias a la mejora genética, vivimos en una sociedad que puede permitirse el lujo de controlar nuevas técnicas, y más rápidas, de mejora genética (con sus ventajas e inconvenientes, con sus peligros y maravillas). El conservacionismo es apelar al miedo para mantener el rebaño donde está. Es un criterio útil pero cobarde de gestión.

Conservar en un entorno demográfico explosivo, en una sociedad de imposición de los ricos el precio de las cosas sobre los pobres, de los nacidos en tal nación sobre los que hablan otra lengua, conservar por encima de la capacidad productiva –por supuesto salvando enclaves de reserva de biodiversidad de especial valor– es desde el punto de vista humanístico en su extremo hasta inmoral. ¿Se puede ser al mismo tiempo ecologista, humanista, nacionalista, y creyente, cuando las escalas de valor, las prioridades, de cada causa colisionan ocasionalmente con las demás? ¿Conservar la selva amazónica, o dar de comer a los garimpeiros?, ¿luchar por la libertad de un pueblo, o por la de sus ciudadanos?, ¿negar la posibilidad de ingeniería genética, para conseguir semillas que precisen menos agua a las regiones semidesérticas?, ¿libertad de un culto que impida la libertad de sus feligreses? Se puede negociar, y de hecho

como animales políticos es lo que hacemos: se pueden gestionar, establecer compromisos, reglas, lealtades, pero si se cruza la frontera de la causa sobre el hombre, se llega a la imposición, al autoritarismo. Causas como coartadas para mantener la esclavitud del siglo XXI.

Conservacionismo y voluntarismo en un entorno dinámico y de explosión demográfica y de consumo, son coartadas para no cambiar, contradictorias con las bien conocidas y crueles reglas de la Selección Natural: escasez, competencia, supervivencia, diversidad, adaptación, mínimo esfuerzo, rentabilidad, optimización, etc, etc, etc,... Todos los cambios tienen ventajas e inconvenientes, todo modo de almacenar energía los tiene, toda patente transgénica, todo espacio protegido, toda cuota de pesca o emisión, toda subvención, todo impuesto, toda fe. Podemos analizar una a una y gestionarlas para que ¡ahí esta!, ¿para qué?, ¿para que sean sostenibles? La sostenibilidad es gasto ¿a qué nivel de sostenibilidad?, ¿al de la producción o al de la conservación de la biodiversidad? ¿Para erradicar el hambre y la miseria, las desigualdades extremas?, ¿para mantenerlas? ¿Cuanto estamos dispuestos a esforzarnos y sacrificar? La negociación entre hombre y entorno no está siendo sensata, requiere además de un lenguaje común, actitud lejana de la utopía y el fundamentalismo.

El fanatismo da la coartada a los que ostentan el poder para que nada se negocie y nada se cambie. Nuestra naturaleza identitaria, de agregación en el banco de arenques, tiende a confundir criterio con causa, y por exceso de estas, por el solapamiento desleal de las distintas escalas de valor de cada ideología, por incapacidad democrática de negociarlas con sensatez, se llega a la sociopatía identitaria, a la enfermedad social: a la imposición, al conflicto. El ecologismo negativista, –por negarse a hablar algún lenguaje común con la contabilidad, establece las líneas de negociación de modo difícilmente manejable– está extendiéndose rápida y profundamente dentro de nuestra sociedad. Puede ser hasta útil, pero también, como todo, se debe gestionar, y temo que estemos a punto de atravesar la barrera que traspasa la causa para el hombre, hacia el hombre para la causa, y en estos casos siempre habrá fundamentalistas que pueden hacer mucho daño a lo que defienden.

La esquizofrenia por causas genéticas, o incluso con sintomatología provocada por drogas "sucias", o daño cerebral, es un trastorno identitario que se caracteriza por la disociación, por no interpretar por exceso como propios los pensamientos y emociones, por no ponderar correcta-

mente sus sentimientos y superponerse así las razones, llegando incluso a la doble personalidad. Emocionalmente rebosan. Hay tantos como psicópatas, del orden del 1% de la población. No se trata de establecer equivalencia entre ecologismo y esquizofrenia, aunque todas las personas pueden ocasionalmente tener comportamientos que así se caractericen. Se discute sobre su génesis, sobre su sobresaturación de simbolismo, como si no se hubiera podado bien el tejido neuronal en el embarazo (de hecho está demostrada su relación con gripes, tabaco, hambre, en momentos de la gestación coincidentes con la migración neuronal, en el quinto mes del feto), pero parece crucial la autoreferencialidad, palabra que los psiquiatras entienden que expresa convertirse en el centro de la existencia, que desaparece la causalidad si no es en referencia, origen y destino en uno mismo. Todo lo que sucede tiene un significado, todo es “culpa mía”, o todos “van contra mí”. Pierden el sentido de la realidad. Soy especial, y tengo la verdad que no tienen los demás: “Soy Dios”, o “Napoleón”, o el “Elegido”. Estos locos no suelen identificarse con nadie. Sus síntomas más comunes son las alucinaciones visuales y las voces, el razonamiento y lenguaje incoherentes, las reacciones emocionales inadecuadas, la extravagancia, el autismo, la megalomanía, a menudo se hacen místicos, esotéricos. No tienen porque ser violentos, ni delincuentes, y con diagnóstico precoz, la medicación controla e incluso cura.

La paranoia es la fijación en una idea que ocasiona un delirio sistemático, y normalmente está relacionada con un sentimiento de inferioridad, por el que reacciona, incluso a veces agresivamente, ante lo que el afectado supone es infravaloración. Cree que los demás creen que es inferior, y en consecuencia se siente víctima de una supuesta persecución, no obtiene la satisfacción del reconocimiento, que es el hambre de la mente social, que si se combina con la obsesión esquizofrénica,... ¿autorreferencialidad mezclada con infravaloración?

Para el loco –por un trastorno hormonal, un golpe, una trepanación, drogas,... lo que sea–, la interpretación de la percepción cambia respecto a la de sus congéneres supuestamente cuerdos, y no admite la posibilidad de haber cambiado, sino según él siempre lo ha hecho la realidad. (Si lo que interpreto no es coherente, se cambia la percepción hasta que lo sea: autoengaño). La definición de esquizofrenia paranoide depende, como toda locura, de ser percibida o no por la sociedad como una interpretación compartida, o sea, no es tal si el grupo social que la observa también la padece. No saco estas referencias por considerar a los

fundamentalistas conservacionistas sino bien intencionados, más como metáfora de un nacional-ecologismo fanatizado que como ideología está en riesgo de enfermar, visto que otros análisis abstractos y obsesivos de la realidad al madurar suelen hacerlo. Si aplicamos estas conceptualizaciones tratadas como trastornos de la persona, a una entidad no consciente como es un grupo social, nos encontramos con la propia esencia de los fanatismos: una enfermedad social. No importa la “causa”, si es religiosa, ideológica, étnica, aristocrática, de clase, o incluso deportiva, sexista o de tribu urbana, pandilla, o mafia; todos tienen en común grados de sociopatía, la neurosis, la esquizofrenia paranoide identitaria en relación con su entorno social.

El fundamentalismo es un trastorno de la personalidad colectiva que por exceso de simbolismo, por carencias en su evolución adaptativa, como grupo dentro de una sociedad más amplia, por incapacidad de interpretar racionalmente la emoción, por complejo de inferioridad, por afán manipulador, no ha sido capaz de colaborar y competir con el resto de colectivos, se disocia del entorno creando una membrana intransigente y autista, que le permite su autoreferencialidad. De ahí a considerarse origen y destino de toda justificación existencial, a la megalomanía, al razonamiento y emocionalidad incoherente –siempre para los demás–, al misticismo y el esoterismo, al victimismo y la manía persecutoria, la crueldad y ausencia de culpa, la manipulación de otros grupos –¿sensibilización?–, y si se puede a la agresividad, sólo hay una sintomatología de trastornos descritos y bien conocidos en los psiquiátricos. Sociopatía anasognóstica deliberada –nos negamos a reconocerla como enfermedad, que tal vez en perspectiva socioevolutiva no sea sino inevitable–.

Dicen que la mitad de la terapia de un enfermo mental consiste en reconocer su situación hasta el punto de acudir a un especialista, que podrá o no con medicamentos o terapias conductuales, reequilibrar su sistema de neurotransmisores. El ecologismo fanático y nostálgico presenta síntomas de una incipiente esquizofrenia paranoide, y le conviene por el bien de todos que se lo plantee antes de necesitar de socióatra.

La sociedad ayuda al enfermo, la seguridad social le paga el tratamiento, incluso le subvenciona la baja laboral, pero no admite que, si su trastorno le convierte en agresivo, campe con tolerancia por sus anchas perjudicando al resto de pacíficos ciudadanos. Alguno se despista al control social y comete algún delito, e irá a la cárcel o lo encerrarán en un manicomio, que de no ser así haría insegura la convivencia. Hay

relativamente abundantes psicópatas y esquizofrénicos sueltos para cada sociedad, y algunos, como algunos de los normales, son listos y tienen suerte: cada fanatismo hallará líderes de su calaña, y estos no elegirán la causa, sino que la causa los utiliza a ellos. Sangre, argumentación o símbolo. Tanto les da que sea un compromiso religioso, utópico, revolucionario, mafioso, étnico, o ecologista, siempre que una moral enferma de fanatismo, encontrará a su psicópata o esquizofrénico paranoide que la asuma y lidere. Mao saltó adelante negando esquizofrénicamente su error, la realidad estaba equivocada, no el modelo, no la hipótesis.

El cambio mata la justificación: reasignando la culpa a otros para explicarse porqué su teoría no daba los resultados esperados, según el PCCCh eran los no ortodoxos, por no ser uniformes, quienes causaron la mayor masacre del siglo XX, y a los que no asesinaron, los mandaron a cuidar cerdos. El colectivo enferma sin remedio cuando uniformizando aún los micropoderes en el Poder, y si los resultados no son los previstos se exige fe, que es confianza en el razonamiento a pesar de las evidencias que la contradicen.

La fe es pecado social que nos hace esquizofrénicos, humanos pero no personas, homogéneos no diversos. No ha llegado el ecologismo agorero a exigir la fe en sus argumentos, ni a perseguir la no ortodoxia, ni a aplicar la violencia a los disconformes, y éstas páginas sirvan tal vez para evitar que no llegue. Igual es exceso de optimismo y ya está ahí, pero temo que el nacional-ecologismo esté iniciando una peligrosa senda en la que algún descontrolado se fanatice, y deseo creer que estamos a tiempo. Algunos de los participantes del documental El Gran Timo del Calentamiento Global, recibieron amenazas de muerte: “no iban a ver que los ecologistas tenían razón”. Igual hasta me quedo corto, que los Elfos –militantes saboteadores del ELF, activistas ecologistas violentos– tienen ya en su haber atentados en la costa oeste de EEUU, y al ritmo que llevan es sólo cuestión de tiempo que comience a haber muertos.

¿Destructivo? ¿Negativo? ¿Exagerado? Es la intención provocar siendo tendencioso, –hoy le llaman discriminación positiva–, para desatpar lo que la verdad esconde: que el ecologismo ñoño es una amenaza para el medio ambiente. No hay mejor mentira que la de incluir la verdad en su enunciado. Nos perdemos en vanas dialécticas que convienen para no tomar ingratos caminos: para no hablar de ecología en términos económicos. Verdades científicas, que son más bien hipótesis que se están revelando aparentemente ajustadas, (ni todas en el mismo grado, ni con

la misma credibilidad), y sobre todo temibles. Ciertamente es que puede ser muy necesario declarar espacios protegidos, controlar las emisiones de CO², de CFCs, restringir la pesca, prohibir la caza de ballenas, hallar soluciones permanentes para los residuos radioactivos, regenerar con planta autóctona, respetar lo bueno que lo tradicional legó, tener costumbres de consumo y reciclaje responsables, austeras, certificar la madera, establecer reservas en los ecosistemas de especies en peligro de extinción, controles sanitarios en transgénicos, en aditivos, en las antenas, y todo lo que se quiera.

Por mucho que insista en que no niego todo ello, los conservacionistas dirán que yo soy un atentado al medio ambiente por poner en duda sus obsesiones en mantener el entorno degradado como está, y sin embargo la Humanidad en el desenfreno demográfico y consumista. Pero quien explicita la duda no es de ideología contraria, sólo escéptico ante el Pensamiento Único. Todas estas verdades interinas, certezas sometidas al incómodo escepticismo, a la revisión permanente, convertidas en paranoias esconden asuntos más graves, a veces menos evidentes, y accesibles a nuestra acción. A los políticos les va bien el ecologismo pijo, aunque incordie, –jersei caliente aunque pique–, pues teniéndoles entretenidos en sus manías, campan por sus anchas en asuntos más banales. El hombre fue Jueves, decía algo parecido de los anarquistas, que interesaban a la burguesía liberal contra los que aparentemente se enfrentaban, pues los proletarios lo que deseaban era protección.

Tras cambios climáticos, energías renovables, conservación, tradición, desastres naturales, ecologistas de pancarta, ñoñería mediática, románticos, alternativos, antiglobalizadores, buenas intenciones, se amaga el anquilosamiento que está perjudicando el capital colectivo del que deberá vivir nuestra descendencia. La política permite no hacer tanto caso a la gestión del bien colectivo, consigue que no paguemos lo que cuestan las cosas, ahorrarse la recuperación de los legados, si dispone de fuerza, amenazas y culpables lejanos. Legislar, firmar protocolos, tratados comerciales, incluso guerras, todo con tal de no pagar, y apuntar amenazas para desviar la atención de su no-gestión.

Dice un proverbio turco que quien bebe a cuenta, se emborracha el doble. Podemos conservar la Antártida en criterio de máxima sostenibilidad pues el lujo, sinónimo de exclusividad, lo aplicamos donde nunca habíamos estado, donde la Naturaleza es como sería sin nosotros, pero donde estamos consumimos, más o menos responsablemente, más

o menos sosteniblemente, más o menos según podamos y necesitemos, y conservar la Naturaleza antropomorfizada, es conservar nuestra historia, más que el entorno. Un tercio de los bosques son primarios o climáticos (maduros), y ¿qué hacemos con el resto? ¿Imponemos criterios de máxima sostenibilidad, –mínimo riesgo–, a los pobres?... que nos cuiden el paisaje para que cuando vayamos en coche de vacaciones lo disfrutemos. Se quejan los turistas de que en los Parques Nacionales de Costa Rica les cobran entrada: sólo unos dólares... ¡baratísimo!

El conservacionismo genérico y extremo, que oculta que por el mero hecho de vivir consumimos recursos para ello, es antiecológico y antihumanista, cobarde e hipócrita. En los bosques primarios del norte de California habita la lechuga moteada, en peligro de extinción, y hace unos 15 años sobre los bosques de una amplia zona que cubre además partes de Oregón y Washington, se han impuesto medidas especiales de conservación que han reducido un 80% la producción “sostenible” de madera, destruido 900 empresas y 130.000 empleos, desplazando a otros su huella ecológica, para conseguir que sus poblaciones sigan reduciéndose un 7% anual. Los mercados compradores de esa madera no han dejado de consumirla: la compran en otro lugar.

El que a alguien le preocupe mucho el medio ambiente, que esté sensibilizado en temas ecológicos, que se defina como favorable a la conservación, como al conejo de Alicia el estar preocupado por llegar tarde no le hacía ser puntual, no le hace mejor para su entorno, incluso si yerra en su diagnóstico, le puede convertir en amenaza.

Conservar no es bueno ni malo, será en todo caso más o menos adecuado, inoportuno tal vez. Hay intereses, perspectivas, necesidades, expectativas distintas sobre los mismos recursos, y con los límites de sostenibilidad y fragilidad, se gestionan, cediendo todos en algo, sin vencedores, asumiendo que nadie ostenta La Verdad. ¿Significa que no debe haber parques naturales? No, sino que estos deben ser consensuados en ubicación y grado, incluso aunque nos duela a los que vivimos en las ciudades, con los derechos de propiedad de los que viven en el campo, con las necesidades de renta, aceptando que si se renuncia a parte de ella, los que lo obligamos debemos pagar. El bosque será de todos sólo si entre todos lo pagamos. El conservacionismo fundamentalista es asunto de ricos simplistas, insolidarios, paternalistas y autoritarios. Cazar, sacar madera, leña o carbón vegetal, nos ha legado cuando se ha hecho sin excesos, por no poder o por no necesitarlo, cotos y bosques, si no por

responsabilidad, por interés. Es menos romántico pero más efectivo. Me permito la licencia de suponer por un rato que no hay tal Cambio Climático, lo que no es que niegue, sino que obvio para disipar brumas. ¿Es posible que un huracán de fuerza 4 con rachas a 5, llegue a New Orleans? Puede ser más o menos probable, poco recurrente, pero posible es, de hecho se sabía que sucedería y construyeron muros para tal contingencia. Resulta que el Katrina llegó como llegaron en el pasado, y llegarán en el futuro, que se les plante uno de ese grado cada 10 o cada 100 años puede tener relación con el anhídrido carbónico o no, pero llegar, llegan. Es una cuestión de frecuencia, de probabilidad estadística.

Pues bien, el desastre de New Orleans se produjo por falta de mantenimiento de los muros de contención de una ciudad que se dejó no sólo estar, sino crecer bajo el nivel del mar, y además no se activaron los procedimientos de evacuación con la antelación y prioridad necesarios. Todos ellos motivos de gestión del territorio, de gestión de emergencias, de previsión, de presupuesto, de voluntad política, que tras el Cambio Climático intentan ocultar, cual pase de pecho con muleta manchada de sangre del propio toro. ¿Qué parte de su culpa ha expiado la administración americana teniendo un Cielo que absorbiera parte de los votos que hubiera perdido si no lo tuviera como argumento?

Anualmente se incrementa el presupuesto para regeneración de playas, y siempre algún político acaba justificándolo por el incremento del nivel del mar, o por el deshielo de los polos, “olvidando” oportunamente las consecuencias de la “urbanización” por ellos mismos aprobada, los diques, y cobrada de los sistemas dunares que las estabilizan. En la margen uruguaya del Paraná están construyendo dos papeleras que han sido denunciadas por los conservacionistas por su contaminación, y por fomentar plantaciones de eucalipto en vez de especies autóctonas (tampoco ellos, hijos de inmigrantes, lo son), aunque ningún gobierno se ofrece a invertir en repoblaciones de otra cosa. Cada uno optimiza sus inversiones, y exige a los demás que no lo haga.

A los intereses argentinos le introduce competencia en la zona, y tecnologías menos contaminantes que las suyas, más antiguas. La contaminación potencial de la transformación de la celulosa procede principalmente del blanqueado por la destrucción de la lignina, que hoy se realiza en base a dióxido de cloro, o peróxido de hidrógeno. Si aceptáramos como consumidores el papel con tonos sepia, ni siquiera harían falta. Las técnicas cloradas consumen menos combustible, menos árboles, y gestionado adecuadamente los residuos, se puede hasta obtener energía

reduciendo los efluvios, pero contamina (la sal tiene cloro y no pasa nada, que no hay venenos, sino dosis tóxicas). Las técnicas hidrogenadas resultan un poco más caras, lo que ya ha obligado a cerrar alguna planta, y tampoco son limpias del todo, aunque nada que ver con las tecnologías de pasta de hace décadas, y que incluso hoy siguen en marcha. Su potencial capacidad contaminadora procede más de la correcta ubicación e inversión, que de la actividad industrial en sí.

A los argentinos les interesa seguir con cierta ventaja local en el mercado, ahorrarse la modernización de sus instalaciones, y utilizan para ello el conservacionismo voluntarista, y viceversa, pero apenas nadie habla de hacer las cosas bien, controladas, nadie habla de vender papel sepia más barato, o el blanco incorporando en el precio los costes ocultos (¿por qué teniendo menor coste de producción el papel reciclado es más caro, que el blanqueado, que puede estar también reciclado al 80%?). Para conservar las cosas como están, no hay nada mejor que despistar con la más coreada pancarta conservacionista: ¡a partir de mí, ninguno más!

Despistar a las gentes... despistarnos a nosotros mismos, y todos felices. Nos ponemos contentos por acabar el solitario aún haciéndonos trampas. Los desastres naturales son nombre que hemos asignado para diferenciarlos implícitamente de los que no nos queda más remedio que asumir como propios, de las fugas de productos tóxicos, derrumbes de infraestructuras,... pero salvo los geológicos –terremotos, volcanes, tsunamis,...–, y estelares –meteoritos, eventos espaciales como supernovas en nuestro entorno galáctico, plagas, invasiones, quien sabe si microagujeros negros pululantes, o cosas que ni sospechamos–, el resto son todos climáticos e hidrológicos, y por ello no tan naturales como humanos, aunque tengamos vector sobre qué repercutir nuestra culpa.

Riadas, sequías, tornados, huracanes, corrimientos,... agua en movimiento. Medios para devolvernos excesos. Sobre el agua que cae poco podemos hacer, es probable pero no seguro que influyamos en ello, y mucho en cambio cuando ya ha caído. No es el agua la que provoca desastres, es la sobreexplotación. Pues bien, tal vez no sea posible evitar que existan estos riesgos, aunque no queramos asumir que convivimos con ellos, incluso tal vez un más que posible cambio climático incrementa su probabilidad aunque no haya acuerdo en el cuanto, pero lo que sí sabemos es que la influencia humana directa sobre las condiciones de entorno que los dimensiona no sólo es gestionable, y tenemos modelos de simulación mucho más contingentes, probados y creíbles

que los del Calentamiento Global para prever sus consecuencias, que son muy superiores a la Gran Coartada del Cambio Climático. Sabemos como reducir la recurrencia de una inundación, la superficie quemada en incendios forestales, las consecuencias de una sequía, sabemos como frenar la erosión, como parar a los desiertos, incluso como ayudarles a recuperar potencial natural, sabemos como minimizar la eutrofización, la salinización de suelos, sabemos como minimizar víctimas de huracanes, erupciones, terremotos, sabemos como gestionar las consecuencias, y no lo hacemos porque preferimos referenciar el precio de las cosas a nuestros deseos.

Gestionar las relaciones entre hombre y entorno es demasiado caro, no sólo en términos económicos, sino políticos, al tiempo que nos liamos a hachazos contra cortinas de agua. En China las miserias de los agricultores se han cargado los nexos peridesérticos hasta lograr que prácticamente se junten: es más barato desplazarlos como mano de obra esclava a alguna fábrica, con la coartada de que son refugiados ambientales, que admitir las inversiones necesarias para recuperar la frágil cubierta vegetal que mantenía una hidrología parca, pero equilibrada. Si no existiera un Cambio Climático, los políticos inventarían uno... igual un poco lo están haciendo. Hay del mismo orden de magnitud de desplazados por conflictos armados que por motivos ambientales, —un par de docenas de millones de cada al año—, y acto seguido, tras tal apabullante afirmación, se asigna implícitamente el concepto a cuestiones de calentamiento global, obviando el empobrecimiento de suelos por sobreexplotación, por arado de laderas, abuso ganadero, no-gestión, explosión demográfica, miseria, prácticas tradicionales con herramientas modernas.

Los desiertos han doblado su extensión en el último siglo, e implícitamente se repite el argumento, y nada o poco tiene que ver ello con el calentamiento global, sino con el fuego, el ganado, los tractores, la demografía, y la pobreza. El consenso científico que tanto se aprecia cuando conviene, en este caso está más claro y contundente: en el suelo están las consecuencias y en el suelo las soluciones, en la ordenación del territorio y del consumo. Es muy probable que estemos influyendo sobre el clima, no sabemos ni cuanto, ni tenemos más que hipótesis sobre sus consecuencias, pero lo que sí sabemos son las circunstancias humanas que afectan a las probabilidades de los mal llamados desastres naturales. Tenemos buenos modelos más fiables que los climáticos, que ahora anuncian apocalípticas tormentas, que nos indican nuestra influencia en

ellos más graves que el clima, y el que tengamos una coartada conveniente o cómoda, no elude la culpa inmediata de darles la credibilidad según interesa. El Nodo nos bombardea con noticias bajo el titular de Calentamiento Global, como que en la última década del siglo XX hubo el triple de desastres naturales, 700.000 muertos, 150.000 sólo por inundaciones y olas de calor, 2.000 millones de damnificados, implícitamente relacionando de manera directa ambas circunstancias, y obviando que somos muchos más, estamos en muchos más sitios, con cámaras en más lugares, y sobretodo oportunamente olvidando que las consecuencias de los caprichos de la recurrencia natural de fenómenos extremos, lo son del abuso y mal uso tradicional y moderno, de los limitados recursos naturales. Si yo fuera Bush, el mejor aliado que podría tener para que no me echaran a la calle, es a Gore explicando que el Katrina es por el Cambio Climático. Es como arrestar al burro por haberle dado una coza al coronel, y no al oficial por estar tirándole la cola al animal, quedarse riendo de su gracia detrás suyo, y discutir en el juicio si el situarse allí aumentaba o no la ansiedad y autoestima del pollino.

Los conocimientos, hipótesis, modelos, técnicas, de los que disponemos con experiencia y fiabilidad están pasando a segundo plano, frente a aquellos que están hoy por hoy a la altura de la conjetura. Los científicos desean gestionar haciendo hipótesis y experimentos, y el método será válido para la ciencia, pero no para la gestión del territorio, de la economía, de las innovaciones. A las ciencias ambientales se les está subiendo el éxito a la cabeza. Un técnico construye un puente y lo tiene todo previsto, o debiera, antes de comenzarlo, planificado, estructurado, pues ya sabemos construir puentes parecidos.

Un científico anda un camino inexplorado, del que intuye o desea su trazado, pero sólo lo conoce andando. No puede planificar como un tecnólogo, pues su reto es otro, es saber que hay un paso más allá. Entre ambos igual se aclaran, pues sus métodos comparten aspectos básicos como la experiencia y la medición, pero aparecen los del método referencial, para traducir paternalmente al vulgo lo que los científicos y técnicos dicen, y el método referencial no es experimental, ni busca pruebas, ni dudas, sino verdades preenjuiciadas avaladas por la frágil razón del prestigio de quien las dice... y claro, ¿quien tiene a sus ojos más prestigio que ellos mismos?, sino los comunicadores, los salvapatrias, los oteadores de indios: políticos y medios, justificándonos lo que deseamos oír para que sigamos comprando sus productos.

CAPÍTULO 7

¿ES SOSTENIBLE EL DESARROLLO SOSTENIBLE?

Erisicón, hijo de Tríopas, para construirse una sala de banquetes, fue con veinte amigotes a cortar un bosque en Dotio, plantado por los pelasgos –los primeros hombres– y dedicado a la tranquila Demeter, –diosa de la siembra, e iniciadora a los amantes– Ella, poco promiscua, poco vehemente, y poco figurante, por las buenas se transformó en Nicipe, ninfa del bosque, para advertirle que no lo hiciera, a lo que él respondió amenazándola con un hacha, con la que inició la destrucción. La diosa le castigó por ello tener tanta más hambre cuanto más comiera, arruinó a sus padres comiéndose sus cosechas y ganado, y cuanto más comía más delgado estaba, hasta convertirse en un mendigo que sólo se podía alimentar de inmundicias. Desde entonces cada día come más basuras.

Otro eufemismo de pancarta, a menudo justificador de arrogantes utopías paternalistas, –proteccionistas, sensibilizadoras, conservacionistas, y redentoras– ahora es moda: “desarrollo sostenible y conservación”. Confortable y conveniente contradicción semántica y conceptual, que supone soluciones absurdas, que resultan ser parte del problema: “utilizar, modificar la Naturaleza es malo, proteger es bueno”. ¡Sancta Simplicitas! Proteger es bueno para el protector que desea esforzarse en influir, y para el protegido que desea someterse a cambio de seguridad,

y echar la culpa a otros; pero es malo para el protector que tiene miedo de la responsabilidad que tanto gusta aceptar de otros, y para el protegido que desea esfuerzo, riesgo, conocimiento, y vértigo. El contrato de vasallaje intercambia fidelidad por homenaje. Todo protector busca un culpable en tesis que convenza al protegido de su inocencia, y la elaboración del razonamiento fácilmente oculta su finalidad.

Los románticos simplistas del decrecimiento y retroceso, del celibato, de la renuncia, del misticismo, de la paraciencia, del determinismo, opinan que las leyes de la naturaleza deben adaptarse a sus teorías, (si les contraría, el día menos pensado prohíben la gravedad), y en su fundamentalismo religioso-conspirativo secuestran el nombre de ecologismo. ¡La culpa es de otros! ¡Cuidado! que, pese a ser denostados incluso por el ambientalismo, de esos argumentos, una minoría de exaltados ya abogan por cerrar las fronteras a los desgraciados como castigo a haber degradado su territorio, aplauden los cupos de natalidad chinos, la deportación masiva de colonos, el terror como medio, apoyan la no-globalización, restringir exportaciones de tecnologías sucias a los desgraciados, o incluso eliminar ayudas sanitarias al Tercer Mundo.

Depositarios de la verdad, ni siquiera tenemos bautizado al otro ecologismo, el de las ideas, el de la eficiencia, la tecnología, la contabilidad, el error, la indeterminación, la inseguridad, el cambio, la organización y la estructura social, que entiende que una Gaia humanizada en negociación entre desarrollo y sostenibilidad, puede ser opción a una humanidad sometida y oprimida por supuesta delegación en los Iluminados por Gaia, que desean conservarla como está, y obligar así a cambiar a la Humanidad. Al cabo y a la fin, la civilización es un proceso de domesticación progresiva de Euríneme: de la Madre Tierra.

La reducción y el retroceso han sido consecuencia no deseada, y ahora incluso reivindicada, de los fracasos comunistas, cuya rigidez ha dejado bien la industria unitariamente más contaminante del mundo, o bien ausente como en Cuba que, cual zorra mirando las uvas, se enorgullece de ser más sostenible que otros. ¿Se cubre la demanda de soluciones para satisfacer deseos con nuevas ideas, o con menos deseos? La salvación es cara para la libertad, la libertad para la felicidad y la protección para la solidaridad.

El desarrollo alcanza siempre a ser tarde o temprano insostenible, si no se está dispuesto al cambio, a actualizarse, a adaptarse, precisamente a no enrocarse en la conservadora conservación. Es posible desarrollarse

racionalmente, con sentido común, pero entonces hay que aceptar una mayor antropomorfización de la naturaleza. También pudiera ser posible intensificar la conservación, pero entonces hay que aceptar una menor demografía y consumo. Sólo con distintos modelos organizativos y tecnológicos es posible, aunque difícil, desarrollarse y conservar a la vez, si por ese vocablo interpretamos el romántico estatus natural no afectado por la actividad humana: cerrar el acceso a recursos. La ropa no es “natural” y sus efectos higienicos colaterales preferimos solucionarlos lavando, que desnudándonos.

Sin otro modelo, desarrollarse y conservar a la vez, sólo desplaza el problema de lugar: a quien no puede devolverlo, a otros países, tras cuyos muros depositamos nuestros desperdicios y tomamos recursos. La sostenibilidad supone uso, antropomorfización, eficiencia, o es insolidaria. En la Naturaleza como en la Economía, todo bien escaso tiene un precio, y para desarrollarse habrá que modificar a la Naturaleza, tal vez ajardinar el mundo. No podemos ir contra el precepto bíblico de creced y reproducíos, traducido por el neodarwinismo en Ley Natural: acaparar rentablemente el máximo de recursos. Ahorrar, conservar, consumo responsable, contención: parad de crecer. No hay modelo célibe en la naturaleza que vuelva atrás ni pare, salvo para recuperar fuerzas, o morir. El celibato es mala estrategia de supervivencia, y sólo la sostienen los que creen en cosas raras.

En la Naturaleza no hay especie ni modelo célibe, como no hay actividad que se mantenga en pérdidas, salvo si estas son compensadas por lo que, sin incluirse en el coste, aportan al grupo. Las empresas que se montan para perder dinero son estatales, y sus pérdidas las pagamos de otro modo entre todos, por entender que compensan los beneficios no contables que aportan. Puede ser adecuado o no, lo malo es esconderse de las propias decisiones. Ninguna economía se plantea el decrecimiento o la deflación como política nacional, y sin embargo nos lo venden en disciplinas ambientales. Nadie votaría a un programa electoral que propusiera la reducción de la oferta de cosas.

Tal vez como consecuencia del susto que se dio Occidente, al reconocerse frágil frente a un boicot de los países árabes en la Guerra del Yom Kipur de 1973, al evidenciarse lo dependientes que éramos de un recurso finito y escaso, por el simple bloqueo del Canal de Suez, comenzó una escalada de los precios del petróleo, y pese a que muchos lo vivimos, nos hemos olvidado de la publicidad franquista de la época:

ahorro, eficiencia, responsabilidad. Los ayuntamientos apagaban las farolas a las 10 de la noche, se publicaban leyes para que los escaparates se mantuvieran oscuros, en la única televisión disponible insistían citando a la responsabilidad ciudadana, a la crisis, al ahorro. Los argumentos y las soluciones propuestas eran los mismos que los de hoy, coger menos el coche, apagar las luces del porche, ducharse mejor que bañarse. Olvido selectivo. Como seres vivos racionales podamos quizás utilizar cierta inteligencia en el autocontrol, si es eficiente más allá de la consigna, si damos valor a la externalidad del coste colectivo no incluido en el precio, pues de no ser así la cosa quedará en momentánea, y a la larga nos sale más cómoda la autojustificación que el sacrificio. No hay situación permanente de excepción, pero sí eficiencia obtenida del justiprecio. Aquello duró poco. ¿Qué hace pensar que las campañas que apelan al mismo voluntarismo duren en esta ocasión más?

El petróleo multiplicó desde entonces su precio por más de 10, y la sociedad no se ha hundido, las farolas y escaparates se mantienen iluminados toda la noche, se mire como se mire, digan lo que digan los eslóganes electorales, y por muy sensibilizados que estemos, hemos incrementado el consumo de hidrocarburos, y el porcentaje de oxígeno negro frente a renovables. En 1973 el 45% del petróleo se destinaba a transporte, y hoy ese porcentaje ha aumentado una cuarta parte hasta el 60%, entre aplausos y declaraciones de intenciones de unos a otros, que siguen dándose subvenciones y reconocimientos entre si. Pendientes del Día del Juicio, seguimos viviendo en la acostumbrada interinidad cristiana, que propone un coste ínfimo en oraciones a grandes pecados. De seguir abusando de ello, al acabarse las excusas y para internalizar todos sus costes, tal vez deba multiplicarse el precio de las cosas, por tanto que consiga que los usuarios, al coger el coche, lo hagamos llenándolo de gente, compartiendo gastos, restringiendo su uso a cuando sea realmente necesario... por propia optimización económica, y no por responsabilidad, que siempre que no convenga, la delegamos en la autoridad.

El desarrollo en competencia con el precio pueden racionalizarse: sostenerse el uno al otro; pero suponer controlado el desarrollo por actitudes insostenibles –voluntarismo, responsabilidad, ahorro– no se sostiene. El desarrollo sostenible sólo es posible en un mercado en el que los costes ocultos se expliciten en el precio de la demanda. El buenismo compite con el interés y las ideologías justificadoras, el ahorro con el tiempo se argumenta convertir en gasto, y la responsabilidad cansa al

apreciar subjetivamente que otros no son tan responsables como uno, al asumir todos el compromiso por el esfuerzo que a cada uno interesa. Como toda organización de información, desde los genes a los memes, somos conservadores aunque nos reconforta llamarnos conservacionistas. No nos gustan los cambios sin necesidad, y suelen verse más como amenaza que como oportunidad. Por primera vez en la historia, desde hace tan solo un par de siglos, durante la vida de un ser humano se producen cambios históricos que identifica el individuo. Hasta ahora eran tan lentos que las generaciones vivían en una dinámica, que sólo con perspectiva histórica podía analizarse como evolutiva.

Hoy las personas pueden entender conceptos como desarrollo, sostenible, conservar: podemos comprender las repercusiones a largo plazo, pero hace siglos no era tan fácil. Salvo excepciones, la gente al nacer disponía de organizaciones sociales y tecnología similares a las que dejaba al morir. La exponencialidad es ya típica en nuestros tiempos, y nos da perspectiva, a la que ayuda el haber sido capaces de ver fotos de nuestro planeta desde fuera, el tener satélites, salvapantallas, y cartografía on line de todo el globo en el escritorio. Al desarrollo insostenible le llamamos plaga: arma de superpoblación y superconsumo masivos. Toda plaga –demografía humana, moscas, acumulación de basuras, langostas, atascos de tráfico, contaminación, medusas,...– se produce porque el coste de acaparar su máximo de recursos resulta en exceso rentable a corto plazo (sucede en mercados sin correspondencia entre plazos e interés). El mínimo esfuerzo se mantiene, por lo que sea, bajo, y el rendimiento alto. Desequilibrio entre reproducción –consumo, metabolismo– y coste –energía, desplazamiento–. Sucede cuando la competencia no es mecanismo suficiente como para ajustar el beneficio al mínimo sostenible (situación en la que los que sobreviven, se ganan bien las lentejas, y quien se despista quiebra).

En una plaga todos los que en ella participan son ganadores, y no se reparten en equilibrio con competidores perdedores. Si hay demasiados coches, es porque tener coche es demasiado barato para la comodidad que aporta. Si se construye en exceso en la costa, es porqué tiene escaso riesgo obtener beneficio, y todo promotor se forra porque las condiciones del entorno lo permiten, o sea, porqué la regulación es generosa con el beneficio. Si se está esquilmando el atún rojo en el Mediterráneo es porqué al precio que lo paga el mercado japonés, no deseamos o podemos asumir el coste logístico de control de los cupos sostenibles. Sin

policía sobre las exportaciones, escondidos tras legislaciones nacionales de países pobres, con barcos conserveros en alta mar, almadrabas de engorde, a las flotas industriales les compensa económicamente el escaso riesgo para tanto beneficio. Por mucha concienciación y buenas intenciones, siempre que exista una oportunidad, por insolidaria que sea, habrá alguien a quien le salga a cuenta el chollo. La sociedad se protege contra ello, y ante actividades delictivas de alto rendimiento, reacciona ofreciendo coste en concepto de alto riesgo de pérdida de la libertad, y teniendo unos mínimos cubiertos, no suele compensarles a los ciudadanos el negocio de la extorsión, el asesinato, el robo. En lugares donde no se pueden permitir el lujo de regular los excesos, por mucho voluntarismo y beato o imán que haya, las mafias acaban tomando el control. Protección, homenaje, sumisión, y redención son T&C del contrato.

Dicen que dijo el apache Jerónimo: Cuando sea cortado el último árbol, pescado el último pez y desaparecido el último río, el hombre va a descubrir que el dinero no se come. Si hay demasiado de algo, si se abusa de algo, es por gozar de algún privilegio que reduce el riesgo sin hacer lo propio con el rédito, es decir, porqué hay ventajas para que sea barato hacerlo, y el voluntarismo puede servir bien como control del largo plazo, a cambio del cobro en reconocimiento y seguridad por el conjunto –en cuyo caso habrá que pagarlo en especie al que lo practique– o más comúnmente, como excusa para prometer racionalidad en el acaparamiento a cambio de que no nos lo cobren: de no cumplirlo. Voluntarismo y paternalismo juntos... Un Mundo Feliz, la Dictadura de los Salvadores... la peor, ¡qué miedo!

Lo perverso del sistema es el pie de rey con el que medimos el beneficio. Como obviamos como coste la descapitalización de los recursos naturales no renovables, la contaminación, el derroche de los colaterales, los residuos, los riesgos, las actividades ineficientes, insolidarias e insostenibles, convierten por muy sencillos procesos contables pérdidas en ganancias. Si hay muchos beneficios así medidos, habrá mucha actividad inconveniente. Es tan obsceno que sin el humo del voluntarismo, no se podría sostener mucho tiempo una mentira tan grande. Si se dispone de tecnología, o patas, o boca, o tripa, o lo que sea para recolectar y almacenar recursos –insostenibles o eficientes, ni a la naturaleza ni a la economía le importa sino en su relatividad con los cooepetidores–, el coste es lo que limita el exceso de la tendencia natural al acaparamiento con mínimo esfuerzo. Las inclemencias del tiempo, la sucesión de estaciones,

los depredadores, las distancias, regulan en la medida que obligan a invertir para sobrevivirlos. Es un equilibrio inestable de plazo largo-corto, predador-presa, riesgo-beneficio, coste-rendimiento. Si el largo plazo no es premiado, los depredadores son insuficientes, las circunstancias quieren bonanzas estables, o no se cobra por las externalidades, se disparan las poblaciones de cualquier bicho, y se dispara cualquier consumo, de ahí a ser plaga sólo precisa de que el error en la regulación, el privilegio forzado y legalizado, se mantenga en el tiempo lo suficiente, como para que la bola de nieve descontrole su inercia.

Al tiempo que reivindicamos el desarrollo sostenible, también reivindicamos el que todos tengamos un coche, y no se establecen los mecanismos de competencia –coste– como para que el espacio para circular y aparcar, la contaminación, la ineficiencia de los materiales consumidos, limiten la capacidad de acceso individual a ese lujo. Así que al tiempo que lo subvencionamos desplazando costes a todos, también nos excusamos en la solidaridad para ser insolidarios. Prometemos responsabilidad para evitar fiscalidad.

En nuestro primer mundo la globalización regula y dificulta la exportación de los pobres (paraísos fiscales, patentes, capacidad tecnológica, formación, control de precios, deslocalización financiera,...); el liberalismo regula y dificulta la competencia para los pobres (aranceles, subvenciones, precios de producción parcial,...); el socialismo regula y dificulta el bienestar de los pobres (tasas al valor añadido, internalización de costes cercanos, sindicatos nacionales,...); el ecologismo regula y dificulta los aprovechamientos de recursos naturales de los pobres (desplazamiento de la producción donde no se ve, repercusión de externalidades, excusas insolidarias, paternalismo,...).

Las escalas de valor de los ricos regulan los deseos y morales de los pobres, y junto con el poder de la ventaja militar, tecnológica y económica, establecen privilegios para unos, a costa de otros. Pese a su estética progresista y solidaria, el ecologismo autocomplaciente, elitista y arrogante, sin saberlo, ayuda a justificar el sistema, y se le paga con las migajas de las subvenciones. Los ricos obtenemos ventajas de coste de producción sin pagar impuestos de renuncia en origen: importando materia prima a bajo precio, mundializando las basuras y contaminación; costeano el rendimiento a corto sin cuotas de sostenibilidad, delegando a futuro en naciones de otros; con la seguridad y confianza institucional que imponen las neopotencias coloniales; con el clientelismo como

modo de restringir la competencia a proveedores seleccionados, de protección a los propios, a los pelotas, a los obedientes. El riesgo consigue así desequilibrarse respecto a pingües beneficios, y se desmanda. Se desborda la especulación urbanística, se desbordan los ríos, se desborda el tráfico, la venta de artilugios contaminantes, la reproducción de ratas o gaviotas, topillos, o las cacas de paloma en las ciudades. Al fin y al cabo el comportamiento como plaga es por disponer de laxa regulación —en la naturaleza por depredadores y parámetros de entorno, y en economía por competencia, fiscalidad y legislación de control— y como solución prometer responsabilidad, a la vez que compramos cosas aquí con recursos y personas de allí.

¡Todos debemos aportar nuestro grano de arena! ¡Estamos a tiempo! ¡Ahorro, responsabilidad, voluntarismo, buenas intenciones! ¡Todos juntos amemos a La Naturaleza! ¡Proteger! ¡Conservar! Lo siento, no funciona así, una plaga no se suicida por sentirse culpable de ser tal, sigue siéndolo hasta que la competencia por los recursos que se agotan, la aparición de predadores, o el cambio de las condiciones de entorno, les son desfavorables a tanto beneficio sin apenas riesgo. La plaga deja de serlo, cuando el coste de su metabolismo es casi el precio de su rendimiento. O se aceptan perdedores en nuestras filas para que haya más ganadores en las de los pobres, o tras nuestras banderas y pancartas de amor a países, tradiciones, y medios ambientes, mientras nos jaleamos unos a otros por lo solidarios que somos con los vecinos, con el medio natural, o con los trabajadores de nuestra misma cultura, seguiremos siendo patricios en sus tumbonas, paseando tras cortinas de autocomplacencia por las calles, comiendo racimos de uva, y un criado que abanica.

Regulación local para mercado global, y regulación global para mercado local. Prometer comprometerse y públicamente responsabilizarse es la excusa para no pagar. Al salir del confesionario, sabemos que volveremos. La falacia de las buenas intenciones, hace que ya no paguemos el coste de reciclado de los envases dentro del precio del producto, es decir, que socialicemos la no devolución de la botella de leche, o no nos paguen por ir a la compra con una cesta propia. La competencia lo descuenta del precio. No estamos dispuestos a pagar algo más caro por el mero hecho de que sea más racional reciclar los envases —cuando debiera ser más barato— además es más cómodo. A cambio de referenciar los precios de la demanda a la capacidad adquisitiva de la clase media de los países ricos, prometemos utilizar el contenedor de plásticos, despo-

tricamos por lo guarros que son todos los demás, nos autojaleamos como concienciados ciudadanos, o apelamos al voluntarismo para que todos hagan sin que les cobren aquello que antes pagaban.

Esa es la trampa de la solución responsable y solidaria del ecologismo teletubbie de niño mimado y rico: sustituir coste por promesas, e insistir en ello a pesar de estar consiguiendo exactamente lo contrario a lo pretendido. El 80% de los españoles dicen estar concienciados y preocupados por la sequía, y el 80% de los españoles han incrementado apreciablemente su huella hídrica en los últimos años (y la agraria, y la energética, y la de carbono, y todas sin excepción). Es reconfortante amar al medio ambiente, estar mentalizado, encender cirios a algún santo, estresarse, e indignarse incluso, ante la insolidaridad de los impresentables, mientras cada español triplica la huella ecológica “sostenible” (en sentido amplio, que si incluimos criterios de sostenibilidad más estrictos, con conservadurismos del ecologismo ñoño, lo multiplicamos por más de 10). La Naturaleza opinará como el trabajador, que si le dan a elegir, prefiere que no le quiera su jefe pero que remuneren su esfuerzo según convenio o acuerdo leal: ¡No me quieras, ni estés preocupado por mí, ni sensibilizado, ni nervioso, ni solidario,... si eso es para pagarme menos! Desarrollo sostenible nada debe tener que ver con protección, re-dención, mentalización, sensibilización, voluntarismo, intenciones, tradiciones, sino con un mercado leal de oferta y demanda equilibrados.

Nos machacan con que el Cambio Climático podemos solucionarlo comprando electrodomésticos eficientes, coches de bajo nivel de emisiones, gasolina sin plomo o con mezclas de hidrocarburos biológicos, ajustando un par de grados del termostato, procurando utilizar el transporte público,... cobrándolos más caros que los electrodomésticos de marca blanca, los coches de segunda mano, las gasolineras, los aires acondicionados con bomba de calor, las calderas de gasoil, las licencias de los taxis. Las medidas de mentalización ciudadanas son el timo de la cobardía política, legitimada con votos por nuestra racanería. Patético mercado de reconocimientos a lo mucho que amamos lo nuestro, y aplausos entre nosotros. Proponerse enmienda reconforta, y retiraremos los votos a quien nos empobrezca cargando de impuestos nuestro consumo, y los socialice entre gentes de otro color, lengua, cultura. ¡Preferimos votar a quien nos reparte lo de otros!

El ahorro voluntario y la sensibilización paternalista es hacernos trampas en el Solitario. Nuestra economía se basa en la socialización,

ocultación y desplazamiento de costes: en el escaqueo general como modo de no contabilizarlo por no quererlo ver, y convenir todos que nos conviene que sea así. Aunque señalemos hacia el cielo, dejamos huella, pisadas en la nieve, pistas de nuestro paso. ¡Qué más da que protejamos un espacio, si al consumir más aumentamos nuestra huella ecológica, y así estresamos otro lugar! No lo vemos y la intención lo soporta todo. Estar tan concienciados con la naturaleza que al ir de turistas sostenibles al Amazonas, se emite una tonelada de anhídrido carbónico por pasajero, y desde los países que se lo pueden permitir, en Europa tal vez cotiza hasta 50 euros, parecido a lo que se pagaría por dar la vuelta al mundo (los que no han aplicado Kyoto, ni eso). Ir en coche de excursión tal vez represente alguna docena de kilos, y un coche con bajas emisiones que llegue un poco más lejos, a un lugar más idílico media hora más allá, probablemente más. Nos sensibilizamos para desplazar las colateralidades donde no las veamos, para así no sentirnos culpables de nuestro derroche.

Qué más da que lleve una pegatina antinuclear si conectamos la red española a la francesa, como solución a no tener estrategia! ¡Qué más da que no riegue aquí para evitar un trasvase o un pantano, pero siga comprando lechugas! ¡Proteger un bosque de ser talado, y sostener el ritmo de construcción de viviendas, promueve la ineficiencia en la sobreexplotación de aluminio, de hormigón, de hierro, de baldosas, de ladrillos! Alguien deberá producir lo que consumimos, y si ocultamos nuestro rastro, no necesitaremos ajustar la producción a la productividad, sino al mercado: alguien habrá que peque en nuestro nombre, si con suave penitencia justificamos seguir pecando.

La definición más corta de sostenibilidad establece una analogía en la que se trata de vivir con los intereses dejando el capital en el banco. Es un modo de vivir, pero hay pocos que se lo puedan permitir. ¿Es posible la sostenibilidad, o como en la explicación anterior, es sólo un lujo para los ricos que pueden tener capital suficiente en el banco?, ¿tenemos claro y compartimos todos el concepto de capital?, ¿el de sacrificio, inversión, provecho?, ¿cambia el valor del capital con el tiempo? ¿Crece o decrece? y sobre todo ¿tenemos claro que la renta depende de riesgo y capital, y no de nuestra necesidad? El predarwinista Adam Smith ya andaba dándole vueltas a que el egoísmo –el altruismo es egoísmo por la satisfacción, el pago que ofrece el grupo a cambio de un sacrificio individual–, como la escasez, la diversidad, y la pereza –la iniciativa es una inversión a menudo constructualmente rentable, esforzarse para hacerlo menos en

el futuro—; son los motores de la evolución, también social y económica, y arramblamos con los recursos si ello nos resulta provechoso, con el mínimo esfuerzo. Si nos compensa ser responsables, sostenibles, austeros, lo seremos, y si no, no... ya nos autojustificaremos después, que si nuestros hechos no son coherentes con nuestras palabras, cambiamos los argumentos, y si estos no lo son con nuestras ideas, cambiamos las ideas. Culpas y excusas.

Científicos que estudian el comportamiento de enjambre de algunos bichos intentaban explicar porqué en ocasiones los grillos de Utah se juntaban en enormes bandadas, sin entender cual era su objetivo. Resultó que el motivo era que cada uno intentaba morder y no ser mordido, por lo que persiguiendo a otros y huyendo de los demás, sin desearlo ni pretenderlo, los dispersos individuos se unían en una marea negra que no iba a ningún lado. El comportamiento egoísta hacía parecer un propósito social falso de avance colectivo. No somos muy distintos, por mucho que seamos indulgentes y voluntaristas; sólo decidimos para que nuestro beneficio sea el máximo: pagar lo mínimo y cobrar lo máximo. Sin ir a ningún lado, por lo que si queremos dirigirnos hacia algún propósito, mejor condicionar lo que pagamos y cobramos con sensatez. Las sociedades postindustriales crecen en consumo per capita, y las preindustriales multiplican capitas que apenas consumen.

Los que tienen cubiertas las necesidades sanitarias y de futuro tienen menos hijos, pero, por más que entonen plegarias de arrepentimiento, gastan más recursos. Los que no las tienen las suplen con la esperanza de que su descendencia cumpla esa función, y gastan más recursos. Hablamos, y hablamos, escondidos tras nuestras coartadas paternalistas, pero no actuamos en sostenibilidad, demasiado a menudo confundíendola con conservación y nostalgia, y por cualquier vía andamos hacia el mismo abismo, eso sí prometiendo portarnos bien, cantando a la tradición y a la naturaleza, fustigándonos flojito, y nunca más volver a pecar, amén. No estamos dispuestos a empobrecernos pagando impuestos al consumo que incluyan los costes ocultos, las externalidades que hoy no pagamos, y las repercutan sobre quienes las sufren. Entendemos por ahorro el evitar pagos, bien sea escondiéndolos bajo la alfombra, bien quitándoselos a gentes de otras naciones o generaciones. Si el tapón de corcho es el triple de caro que el de plástico, es porqué éste último no incluye los mismos costes que el primero, y no aplica impuesto que lo compense. Si una botella de plástico es más barata que una de cristal,

es porqué no incluye su coste del ciclo completo de producción: distribución, recolección y reciclado; si quien vende puede ahorrarse recoger los envases, limpiarlos y reutilizarlos, nosotros le compraremos más por poder ser así más barato. Mientras nos “sensibilizamos” unos a otros sobre la penitencia ecológica, nos “mentalizamos” en flagelación ambiental, compramos a quien mejor esconde costes, y votamos a quien menos tasas para reconocer el precio del consumo propone.

Cual rito dionisiaco, monólogo en el que un actor “hipócrita” relataba el drama, nos repetimos nuestras coartadas, hasta creer que hasta nuestra hipocresía es la culpa de otros. Los pocos impuestos que a recursos de otros cargamos, nos los repartimos entre nosotros, pues olvidamos que nuestra clase media, incluso nuestra clase baja, es en términos globales clase alta. Tener un televisor no es un lujo aquí, en el Sudán sí. Ninguna sociedad desarrollada y democrática votaría a quien propusiera subir los impuestos al consumo para dárselos a los exportadores de las materias primas, o sufridores de basuras, pues se argumentaría que empobrecería a nuestra clase media, ... y por supuesto que lo haría, pero nuestros pobres son sus ricos, y sólo lo son en referencia a los de mayores ingresos que nos rodean.

Tener un coche de pobre, lo es en comparación a tener un deportivo descapotable, pero tener el más barato del mercado es un lujo para la mayoría del mundo, habitados por gentes a los que, como hicieron los griegos, los romanos, los europeos, y todas las civilizaciones con sus esclavos, ni siquiera tenemos en consideración. Responsabilidad, celibato, decrecimiento, contra la esencia natural de crecer, sobrevivir, reproducirse. Negar las características que no nos gustan de la vida no es la solución, sino parte del problema.

La definición de vida es bastante más complicada que la ya de por sí controvertida de sostenibilidad. En cierto modo no sabemos que es porqué sólo conocemos la de aquí, y es difícil establecer una categoría de un único elemento en referencia a nada, una clase a partir de un único inquilino, así que los científicos y filósofos elucubran sin poder zanjar el asunto. De cualquier modo a menudo se entiende por vida un sistema codificado de organización de la materia que se independiza del entorno, cuyas funciones son metabolizar y reproducirse (insisto, no pretendo repasar todas las definiciones que se discuten, sólo enfatizar dos términos abundantes en ellas). Metabolizar es tomar recursos del exterior y transformarlos para uso propio, es fotosintetizar, es comer, es beber, y es

captar energía en competencia con otro a quien también le pudiera ser útil, para romperlo y volverlo a reconstruir en algo que sea provechoso al que ha robado (las plantas roban menos: sólo entre ellas). Crecer.

Si esta definición nos sirviera, —que reconozco siendo sólo una sencillita de entre las propuestas, la he introducido aquí con propósito— un colectivo, una civilización, o incluso la especie humana, estarían vivos... bueno, un marciano igual opina que lo están. Su esencia es cinética, o sea inercial, seguir existiendo compitiendo por recursos escasos y como el natural capitalismo, revalorizar su valor, producir productividad, crear creatividad, arriesgar riesgo, sin ética, sino utilidad. Salvo el Increíble Hombre Menguante, ningún ser vivo que no esté en decadencia decrece. La vida incorpora en su definición el crecer, incorporar recursos exteriores al ser, cuya renuncia, —ahorro, responsabilidad, conservación—, es lo que nos proponen descafeinados y fundamentalistas, como absurda solución en cuestiones medioambientales.

En la evolución se han transmitido aquellos genes y memes, que con los mínimos cambios posibles, han sido más oportunos en su ambiente dinámico, y siempre se ha seguido la pauta de metabolizar y reproducirse. Todo ser vivo por serlo pretende metabolizar y reproducirse el máximo que pueda a mínimo coste, y lo que puede está limitado por la competencia con los demás, sobretodo con sus colaboradores, por la disponibilidad de recursos, y por la regla económica de rentabilidad de la inversión en esfuerzo; no por su voluntad. Si corro para alcanzar una cabra y gasto más energía en correr que la que obtengo de comérmela, no me gustarán las cabras o mi genética trascenderá menos improbablemente que la de otros que no les gustan, pues de entre nuestros competidores-colaboradores, —coopetición le llaman ahora—, alguno habrá que aplique un mejor ratio de rentabilidad coste/beneficio.

El hombre es el único animal voluntarista, en intención lamarkiana; los demás no intentan pasar de Darwin. Las buenas intenciones son el postulado de que se puede soslayar la Selección Natural a voluntad, y pese a su esfuerzo siempre fracasa, aunque con los cambios así propuestos ocasionalmente, avancemos. El egoísmo y la pereza naturales están graduados por comportamientos sociales y/o especies capaces de invertir. Cuanto más social es una especie, la rentabilidad individual se condiciona y socializa más a la del grupo. La genética de una rata trascenderá mejor, si las más viejas se sacrifican por el colectivo, probando primero la comida por si está envenenada, y para comprar un comportamiento

individual no rentable por el bien de todos, habrá que ofrecer un premio: en ratas no está claro, pero en los humanos es el reconocimiento. Decía un sabio que el sonido más bello es el aplauso.

Hoy homenaje es dinero. Si soy responsable en el uso de la energía, tal vez esté menos fresco en casa, y la sociedad me lo premie cobrándome menos en el recibo de la luz. La responsabilidad individual en la dosificación de su provecho, sólo es generalizable por las conocidas reglas de rentabilidad entre premio y castigo. Ya descartamos la teoría de Lamark, para andar ahora suponiéndola de nuevo en vigor, sólo en el ambientalismo, sin más argumentos que el interés en tener excusas. Las buenas intenciones no participan de las leyes naturales, y a la Naturaleza le importa un bledo mi bienestar o mi felicidad.

No es condición humana específica ser una plaga para Gaia, como no lo es de la marabunta, es una regla básica de todos los seres vivos, sólo que algunos a veces se adaptan con demasiado éxito, y pueden momentáneamente pasarse. Los elefantes son efectivos deforestadores solamente limitados por su hambre (tumban los árboles a hecho arrasando bosques enteros en pocos días). El que los osos panda no lo sean no depende de su voluntad, ni de su estética bonachona, sino de que no pueden reproducirse a la velocidad suficiente como para arrasar el bosque de bambú. Un ser vivo metaboliza lo que le es rentable, tanto como pueda, si los cocodrilos supieran como utilizar los conservantes de modo barato y fiable, acababan con los ñus en una sola migración, y si no lo hacen es porqué no les es constructual cazar animales cuando tienen el estómago lleno, y no les caben.

¿Invertir su esfuerzo para que coman los buitres?... ¡que cacen ellos! Nuestra sociedad occidental actúa así desde el verdadero poder de hacer porqué se puede. Le es rentable a corto plazo en términos energéticos: expoliar a la naturaleza, al disponer de sistemas de almacenaje y conservación de los recursos, con los que el rendimiento de centralizar es superior a la inversión. Le es rentable porque el entorno no ha sabido todavía imputarnos el coste del riesgo... aunque ya inventará algo, y no nos va a gustar. Ser humano es entender la rentabilidad a largo plazo, y los niños que más resisten la tentación de comer un caramelo ahora ante la promesa de muchos si se esperan, superan a los impacientes en los test de inteligencia. Por lo que se ve las civilizaciones humanas, vistas como entes que evolucionan, son en ese sentido más tontas que los que las componen, y dentro de ello curiosamente, tanto menos cuanto más

capaces de entender la rentabilidad a largo plazo. Invertir a largo plazo y centralizar son nuestras más eficientes estrategias. Somos más de seis mil millones de seres humanos, y mientras la Teoría de la Evolución mantenga su vigor, podemos por experiencia suponer que no es “natural” que el autocontrol, ni el sacrificio, ni la sostenibilidad, puedan generalizarse sin acudir a la rentabilidad entre premio ni castigo (en sentido interpretativo de las leyes de la selección por competencia por los recursos escasos al mínimo coste), apelando a la penitencia de la buena intención. Son lujo de renuncia, sólo puede renunciar aquel que dispone de lo que tolera no usar, y siempre lo hace por obtener algo a cambio, aunque sea la esperanza de vida eterna, el homenaje social, el ahorro económico, o la satisfacción moral.

Los que no tienen a lo que renunciar, desean poseer lo que otros se permiten prescindir. En gradación tipo Maslow, –primero yo, después nosotros–, los que actúan por solidaridad, puede que tengan cubiertas mejor las necesidades que otros que lo hacen por interés, y los premios y castigos tienen diferente valor según la necesidad, pues esta define el riesgo subjetivo a asumir. El despilfarro no será objetivo inmoral para el hambriento, que si puede se comerá al último representante de una especie protegida. ¿Definimos como delito el que alguien cace una pieza protegida por hambre? Desde que somos agricultores y ganaderos, desde que aprendimos a centralizar y almacenar los recursos alimenticios, hemos rotado campos y criado ganado según hemos podido, sin romántico autocontrol, ya fuera por perder el rebaño si nos lo comíamos de una vez, ya fuera porque la tribu de al lado se enfadaba si mandábamos a nuestras ovejas a consumir su hierba, ya fuera porque la tecnología tradicional no permitía la potencia necesaria para llegar a donde se deseaba, o romper lo que hoy se puede romper.

Al centralizar aprendimos a dosificar, a buscar una sostenibilidad egoísta, limitada por la conservación y almacenaje, siempre susceptible de ser desvirtuada haciendo que otros cubrieran los riesgos. Lo que por casualidad y limitación de nuestra capacidad de extracción ha sido suficientemente frágil como para perder su productividad, se ha degradado, y por habituados que estemos a ello, ha perdido su capacidad natural potencial. El riesgo tiene estas manías: a veces vienen mal dadas. Lo que por casualidad ha mantenido su productividad hoy se sigue explotando, y si se sigue haciendo con la limitación tradicional sigue siendo sostenible en productividad, pero si aplicamos nuevas tecnologías, puede incluso

dejar de serlo. El agricultor y el ganadero tradicionales no han sido jamás sostenibles si no a su escala e interés, sólo les han sobrevivido aquellas prácticas que lo fueron, y las que no, dejaron suelos abandonados y empobrecidos. Los cultivos que no prosperaron pasaron a pastos, y no por ser hoy eriales no dejan de ser un uso insostenible si se referencia a su potencial, por tradicional que sea. La familia que viviera de un rebaño lo dosificaba como capital, consumía sus rentas, su lana, su leche, los corderos de más respecto a su renovación, si había hambre se comían el capital, y si bonanza lo aumentaban.

Tal vez las naciones se quieran comportar como familias, pero el mundo no: la globalización de la actividad económica, precisa atascar la globalización de la ciudadanía, pues la primera necesita no haber conseguido la segunda. Las fronteras permiten desplazar asimétricamente la insostenibilidad. La sostenibilidad global sólo es posible con legitimación y responsabilidad global, y ello implica la contabilización de los costes en igualdad de derechos para hacerlo. La naturaleza de las culturas, civilizaciones, naciones, pueblos, empresas, iglesias, y gobiernos, es excluir e incluir, colaborar y competir, diferenciarse en base a categorías como justificación del derecho por amor a su “lebensraum”, y en su impaciencia prefirieren la estructuración por prejuicios a las distinciones genéticas, lo que necesita de un cerebro memético capaz de categorizar y juzgar tales sutilezas ideológicas. Esa misma inteligencia es de la que nosotros disponemos para obligar a las culturas a no enjuiciar a otras culturas con el objetivo de reivindicar sus derechos. ¿Quién sabe, igual acaba saliéndoles el tiro por la culata?

Si renunciamos racionalmente a metabolizar –acaparar el máximo de recursos al mínimo coste–, austeros nos controlamos, nos autoconvencemos de un consumo y costumbres responsables, la sociedad nos premiará con reconocimiento, pues el colectivo vivo toma ventaja de los comportamientos altruistas individuales. Pero al mismo tiempo otros individuos, que no habían podido tener hasta entonces la opción del lujo de renuncia voluntaria a cambio de aplauso, tendrán la oportunidad de conseguir esos recursos, y endosar el coste al colectivo como estrategia de supervivencia. Sus sociedades no ofrecerán el premio del reconocimiento por la renuncia, sino por el logro. La economía de la avestruz: los costes ocultos. Hoy tenemos clases sociales, clases nacionales, clases religiosas, y tal vez en el futuro tengamos clases responsables. Si todos fuéramos iguales podríamos actuar igual en premio y castigo, pero no lo

somos ¿debemos obligar a los demás a que actúen de modo responsable? bien, vale, sí, pero ¿hasta que punto?, ¿podemos prohibir usos insostenibles a los rematadamente pobres?, ¿alguien se atreve a plantear la obligación del control de natalidad en los países miserables?

La sostenibilidad es un lujo de quien dispone de capital, ¿y los que no lo tienen?, ¿y los que se lo han gastado?, ¿y los que son tantos que no da para todos? Deseamos vivir de rentas para no gastarnos la herencia, pero nos resulta fácil argumentar las circunstancias en las que nos pulamos por interés individual o colectivo las garantías, incluso incurriendo en riesgos excesivos para la tasa que extraemos del medio. ¿Qué es prioritario: ser todos iguales en derechos, o que renunciemos al consumo por igual? Las multinacionales juegan con la ventaja liberal de aplicar la Ley de Mercado en un mercado no liberalizado: juegan a ser liberales con la condición de no serlo cuando les conviene, cuando pueden transitar entre fronteras. (El imperialismo hace lo propio... Guantánamo).

Si en el proceso de internalización de costes laborales, el convenio colectivo de tal país implica salarios o vacaciones superiores a las de otro en peores condiciones políticas de derechos, se traslada la fábrica como opción más eficiente que la de mejorar la productividad con valor añadido. No optimizan costes reales, ni compiten en igualdad de opciones, sino que desplazan y ocultan los costes, utilizando las distintas tolerancias a ello que les ofrecen los mercados locales. Si contaminan no pagan, si expolían no pagan, si destruyen no pagan, si explotan no pagan, si se les revienta un oleoducto, o un dique, no pagan, si se expropia,... bueno algo sí: algunas menudencias para que la gente se calle, alguna subvención para quedar bien, como escuelas públicas o camas para un hospital, y sobre todo las mordidas a los ricos de entre los pobres. Les permite ser más ineficientes que otras empresas que se dediquen a lo mismo, que deben buscarse la competitividad en verticalizarse, o en innovar, o en trabajar más duro, sin poder aprovecharse de la no liberalización que en el fondo ofrecen curiosamente los propios neoliberales.

Coste local para precio global. El mercado fija el precio en igualdad, provoca la optimización en competencia leal, y si no es así, la competitividad se logra financiera y no operativamente, de poder no contabilizar costes ocultos aprovechándose de quien no los ha interiorizado en su estructura social. Nuestra presencia, como la presencia de todo ser vivo, modifica el equilibrio del resto y del entorno. Todo cuesta, el gasto nunca es sustituible por una buena intención, siempre se sacrifica algo,

podemos reducir nuestra descomunal Huella Ecológica racionalizándola, pero por más que con no percibirla en nuestro entorno inmediato, lo queramos crear, no anularla. Los leopardos comen antílopes, si se hicieran vegetarianos habría más antílopes. Es un argumento hoy explotado por los políticos ecolopijos, ¿pueden? Si quiero comer necesito tierra para sembrar, y eso va en detrimento de un ecosistema que también la necesita. Si quiero comer carne, necesito más terreno, pues el ganado saca un rendimiento energético más bien escaso de las plantas que come (los vegetarianos son así más responsables, solidarios y acercan más lo que pagan a su coste).

En cierto modo comemos carne a costa de producir más alimentos vegetales, que podrían destinarse a los que pasan hambre. Cuantos más congéneres acceden a mejores niveles de vida, más equilibrada se torna su dieta, más carne comen, y más grano pasa de ser consumido directamente a ser recolectado para los animales, incrementando el precio para los que no se han incorporado al lujo de la dieta sana. Si quiero cobijo, comodidades, ocio, materiales con los que construir, madera, café, corcho, leña –ahora le llaman biomasa–, rutas turísticas, necesitaré más espacio. Si quiero ser más “ecológico” tal vez use productos que sustituyan la fibra de vidrio por marihuana, que a su vez resta espacio productivo a la alfalfa, y esta al maíz, que como lo comemos igual porque podemos pagarlo, renunciamos a ello para conservar el paisaje y le “pasamos” su producción a algún esclavo del tercer mundo.

¿Es “ecológico” el papel ecológico de cáñamo si usa suelo agrícola? (sin blanquear así se vende), ¿el del eucalipto si usa suelo en fuertes pendientes y explotado a mata rasa?, ¿el lino o el algodón cultivado en tierras abducidas de la agricultura comestible? y ¿el biodiesel de girasol? Todo depende de más variables que las que interesan a unos, pues otras afectan a otros. ¿Es ecológico renunciar a los productos de un bosque para mejorar la biodiversidad, el paisaje, o el disfrute de domingueros, si desplazamos la demanda de los productos, que nos negamos a aprovechar, a países donde no se pueden permitir ese lujo?, ¿es solidario aumentar la huella ecológica utilizando terrenos agrícolas escasos para que la gente se entrompe con vino o cerveza?

Al conjunto, espacio necesario para generar mi consumo se le llama Huella Ecológica. Incluye el espacio necesario para cultivar aquello que cada uno come, bebe, usa para vestir, para movilidad, para tomarse un café, echar las basuras, o sentarse en su sillón. No depende de lo que

tenga próximo, sino del total estadístico que preciso para mi nivel de metabolismo en sentido amplio (los neumáticos de mi coche se fabricaron con caucho obtenido de árboles que no sé donde crecen, y las patas de madera de la mesa del comedor son de un árbol que ocupaba un espacio, y para llegar a mi casa, consumieron energía y generaron residuos).

La Huella Ecológica de una persona rica no es la misma que la de una persona pobre, suele estar geográficamente distribuida y distante, a menudo externalizada –sin computar costes, escondiéndolos tras múltiples argumentos de autojustificación–, y el grado de renuncia del primero siempre queda muy por encima de las aspiraciones del segundo. Un niño sensibilizado en la escuela a base de redacciones sobre la Primavera, de tener un huerto ecológico en el patio, de dibujos de vacas, y de trabajos manuales, consume y contamina lo que 50 niños del Tercer Mundo. En casos de intenso esfuerzo y compromiso social, podrá reducir y ahorrar de mayor hasta tal vez consumir y contaminar lo que 20 o 30 adultos del Tercer Mundo.

Crecer, desarrollarse es siempre consumir. En situación de desigualdad social y explosión demográfica, por voluntarismo el desarrollo no es sostenible. Es el grado de consumo, la dosis, lo que lo hace irracional, insensato, insolidario, e ineficaz, más que insostenible. Cada uno define sostenibilidad según le conviene. A los más comprometidos les interesa, con la excusa de proponer en paralelo ahorro, parar y recuperar la degradación legada. A los gestores de nuestro presupuesto, les interesa entenderla como gestos, firmas de tratados, fotos en la prensa, declaraciones, y subvenciones a los que les voten. A la clase media de los países ricos, le interesa entenderla como conservación de lo próximo y desplazamiento a otros de la huella propia. A las gentes rurales, que les dejen seguir trabajando como siempre y les apoyemos con ayudas. A los pobres, que se entienda que para renunciar a la degradación, los demás deben pagar por su contención. Para negociar no comparten el lenguaje de los ratios ecológicos, sino económicos, que no todos desean aplicar, ya sea porque intuyen que su nivel de consumo no podrá seguir, ya sea porque establecen líneas rojas de negociación donde no son, y se pospone sine die el equilibrio.

Sostenibilidad en su sentido más prosaico y mínimo, para los pobres que no se pueden permitir el lujo de pensar en réditos de capital natural, es modificar el medio hasta el máximo de su capacidad natural regenerativa a escala de tiempo humana, es decir, o por ejemplo, si quemo

un pedazo de selva amazónica para cultivar y que mi familia no muera de hambre, al ser suelos arenosos que basan su capacidad de retención de agua disponible para las plantas en la materia orgánica, cuando la retiro, en pocos años se “seca”, y deja de producir lo suficiente como para que mi familia no se muera de hambre. Por si fuera poco, al abandonar ese uso no se recupera su productividad, pues se ha roto el frágil ciclo de retención hídrica. Si hago lo mismo en un terreno montañoso en la Cuenca Mediterránea, la erosión que la desprotección del suelo permite, conseguirá algo similar; pero si quemo la selva y mantengo una explotación que invierta parte de su productividad en mantener la estructura hidrológica del suelo, o si quito los pinos en un terreno llano y cultivo sólo la parcela de Clase Agrológica sostenible, habré conseguido que no sea a costa de la degradación permanente, y que sea posible, a mayor o menor coste su regeneración.

Sostenibilidad implica negociar, renunciar todos a algo, gastar renta, no conservarla. El gasto que no se paga tras promesas de amor, de redención, de líneas rojas de negociación, es estafa. Pero ¿qué sostengo?, ¿cómo definimos y convenimos el máximo? ¿Cómo te va con la novia?... sostenible... no es suficiente. No basta con dejar las cosas como están para nuestros herederos, sino recuperar lo que destruyeron los ancestros. ¿Pesca sostenible? ¿Caza sostenible? Depende. No es no pescar, o no cazar. Son decisiones financieras: puedo invertir en bolsa asumiendo más riesgos y más renta, o a plazo fijo con menor tipo de interés y mayor seguridad... lo que ningún gestor de activos me conseguirá el rédito del primero a la seguridad del segundo.

Los profetas ambientales –políticos de excusa ecológica– siempre suponen la gran coartada de que en ecología no aplican las reglas de la economía. Sucede que suponiendo un uso sostenible para los dispuestos a negociar entre hombre y entorno, resulta insostenible para otros más exigentes, que desean menos rentabilidad y más capital-seguro, ambas posiciones válidas si son coherentes. Normalmente se es más exigente con las necesidades de los demás que con las propias, pues cada uno tiene sus propias prioridades y valores, que comprende y justifica mejor que las de otros. Es más, podemos hasta endeudarnos, consumir parte del capital, siempre y cuando posibilitemos a nuestros herederos el devolverlo, aunque si los herederos somos nosotros, nos legaron deuda, habrá que pagarla ¿No? Los pobres entienden el concepto de capital de modo más laxo que los ricos, más arriesgado, no les dejamos más reme-

dio que pedir préstamos a la sostenibilidad. ¡Los pobres no suelen ahorrar! El que haya menos hienas, puede no considerarse incluido dentro de lo que desean conservar. Como vivo en una ciudad y sin saber muy bien de su procedencia, las estanterías de los supermercados están llenas de productos ecológicos, que caso de ser ineficientes aumentan mi Huella Ecológica –no tiene porqué, como no tiene porqué ser reductor de mi afectación al medio el que zampe comida con conservantes o transgénicos, si su producción ha sido más racional que la primera– y puedo permitirme el lujo de desear que en las selvas amazónicas haya mayor biodiversidad, o que en los bosques mediterráneos más encinas: es otra definición no concurrente de capital natural.

En un suponer en el que cada uno hiciera un uso sostenible de los recursos que precisa, no todos tendríamos las mismas prioridades sobre los mismos recursos, y lo que fuera sostenible para unos no lo sería para otros, sobretodo de culturas diferentes, que justifican con diversa necesidad de modo distinto la sacrificabilidad y riesgo de los recursos. Bástenos mirar la sociedad del hipotecariado, capaz de endeudarse al límite de sus ingresos, y temerariamente por encima de los riesgos (en estas circunstancias cualquier pequeña variación, digamos que de un cuarto de punto en el Euribor, tiene un efecto multiplicador sobre el consumo nacional debido precisamente a olvidar que el riesgo a veces se realiza... ¡Caramba! ¡que parecido suena a un cuartillo en la temperatura media de la atmósfera, para conseguir efectos multiplicadores en la sensación de debacle medioambiental!).

El Banco Mundial bien pudiera ser quien controlara el valor de los activos sobre los que nos endeudamos, –pedir un préstamo dejando como aval una reserva marina de coral, que en caso de no cumplir con los compromisos de devolución o de mantenimiento del activo, se pudiera subastar a los países ricos, o a la gestión de una ONG ecologista–, en vez de quedarse en la vulgar usura de capitales monetarios. ¿Quién sabe si llegaremos a ello, a hipotecar derechos nacionales sobre los recursos naturales? Si la Ciudadanía fuera Global, ¿por qué no?: ¡malditas patrias! (Si al tiempo que se subastaran renuncias a recursos, mantuviéramos los derechos de las personas en función del lugar donde nacieron, sería volver al colonialismo, por lo que mientras existan las fronteras será peor el remedio que la enfermedad).

Sí, nuestra vida representa un grado de afectación al medio, y éste es siempre insostenible desde algún punto de vista (si construyo una

carretera hay un escarabajo que puede estar en peligro de extinción al invadir sus zonas de puesta, lo que nos puede resultar importante a nosotros, pero el mismo caso en Ruanda). El máximo sería que el ser humano fotosintetizara, y ni así, ¡tanta ciencia y no hemos sido capaces de reproducir el proceso en un laboratorio! Otra cosa sería que estableciéramos un acuerdo de mínimos, que es otra acepción de sostenibilidad: acepto que necesito madera, que si ordeno los bosques podrá seguir habiendo bosques, y estoy dispuesto a no ser sostenible en todo, sino en aquello que sea menos frágil o de calidad.

Sostenibilidad es pagar algo, y el algo no es para todos del mismo valor. Vivir sin pagar escondido tras la pancarta del nacional-ecologismo es estafar. En su extremo el conservacionismo es definir el capital natural en su grado más exigente: destinar la renta a devolver préstamos de nuestra historia. No es ni bueno ni malo, si no se refiere a oportuno o inadecuado según una escala de valor que lo juzgue. Lo que no es conservacionismo es mantener la ruina, capital fundido por nuestros antepasados, sin rehabilitarlo con la excusa de una tradición de la que sólo recordamos como es legada, pero no como era antes de que se lo pulieran. Hoy el conservacionismo es a menudo la excusa para no gastarse dinero en recuperar lo que otros antes se gastaron. Aceptamos con “amor” su herencia, pero no sus deudas.

En las Baleares hasta los años 90 era común protestar por lo caro que salían las herencias de propiedades rurales ya que las rentas agrícolas no daban ni para los impuestos. A regañadientes llamaban conservar a evitar que se cayeran, a mantener casas viejas en estado de semiruina, para ser aprovechadas los Domingos de buen tiempo. Un día comenzaron a venir gentes de fuera, que miraban lo que podría haber sido, o lo que fue, más que lo que había llegado a nuestros días, y a comprar por todo ello muy barato esas propiedades. Invirtieron en rehabilitar, y no sólo en quejarse y mal mantener: recuperaron parte del capital gastado por los ancestros. Lo que los herederos no quisieron gastar a beneficio de inventario lo hicieron otros, se revalorizaron las propiedades, y los mismos que protestaban por el coste del legado, ahora protestan por haberlas vendido.

Conservar es invertir, incluso es devolver el capital que otros gastaron, no es no hacer nada, no tocar, no plantar, no cortar, no reformar, no, no, no, no... siempre no. Habrá lugares en los que la biodiversidad es tan espectacular y exclusiva que podamos permitirnos el lujo de reservarlo

bajo un criterio de máximos, incluso llegará el día en que en vez de prohibir, obligar, o imponer al que no puede impedirlo, decidamos pagarlo, pero cuantos más seamos y mejor nivel de vida tengamos, mayor será el coste de renunciar a los recursos que esa autorregulación implica. Prohibir es la gestión más simple, y su rotundidad es en relación directa a la ignorancia e incompetencia, de quien tiene la fuerza como para hacerlo cumplir. En cualquier caso, cuanto menor sea nuestra voluntad de riesgo, nuestro lujo de renuncia de renta, mayor será nuestra Huella Ecológica, y la suma de las huellas de todos es finita.

¿Debe la sostenibilidad referirse a la productividad natural –mínima– o ampliarse a la conservación de la biodiversidad –máxima–? Entre una y otra hay grados. Por desgracia biodiversidad es también un concepto abducido de la ciencia, a la conveniencia de quien desea establecer una sostenibilidad extrema donde le interesa, y/o cerca de casa, de lo que conoce. El político que se precie progresa cambia el nombre de la concejalía, o de la dirección general, o incluso del ministerio incluyendo Biodiversidad en el nombre. No sabe porqué, pero está de moda, y tras ello está el razonamiento conservadurista de sostenibilidad máxima, ocultando el desplazamiento de la huella ecológica tras tradiciones capadas, baratos conservacionismos, rimbombantes declaraciones, vacuas solidaridades, para vender a sus vecinos calidad natural de proximidad.

Exijo ser más sostenible, renunciar a cierta renta, igual de otros, en lo que tengo próximo y me puede dar otras satisfacciones. Incluso más, en entorno académico cada vez es más habitual encontrar confusión en el concepto de biodiversidad, cuando no auténtico error de fondo. Tal vez tenga que ver con las definiciones establecidas en los Congresos Internacionales, que la entienden desde un punto de vista global, y al ser traducidas localmente pierden sentido.

Biodiversidad es una medida de valor de un ecosistema, y hay diversos métodos y ratios de ponderación para su homologación, pero todos pretenden evaluar su valor intrínseco y extrínseco. Al reducir su escala de aplicación se confunde a menudo con uno de sus componentes: la diversidad biológica; que es el recuento de especies que pueden encontrarse por unidad de superficie (lo cual no dice mucho, si la muestra no es suficiente amplia como para que incluya distintos momentos de la evolución de un mismo ecosistema, con distintas variedades, y en relación a otros ecosistemas, pues en una cuneta de cualquier carretera hay más diversidad que en un hayedo). La definición de biodiversidad

combina el concepto anterior con otros de ponderación de su relación con el ecosistema: rareza, madurez, complejidad, de las especies respecto a sus nichos, y de los ecosistemas respecto a la biogeografía. Al final, y sintéticamente, se da, o se debiera dar, más valor biodiverso a los ecosistemas más maduros, donde las relaciones holísticas entre las especies son relacionamente mayores. Tal vez podría describirse como un valor de sutileza.

Un encinar tiene mayor valor de biodiversidad que un pinar, y este que un carrizal, al contrario que su diversidad biológica. Lo cuento porque para justificar cualquier protección conveniente, habitualmente por cercana, en la renuncia a los recursos por conservar la biodiversidad, se confunden interesadamente los términos, se miden las variables parciales que interesan, y se esgrimen con efecto ancla sobre el argumento que se pretende. Es el recurrente método ecologista de degradación del concepto por el sistema de urgencia y tolerancia al rigor, de exigir a otros que invaliden la hipótesis propia, de la perversión de ciencia en paraciencia. Sin suicidarnos no podemos, ni debemos, conservarlo todo. Vivimos y hay que sacrificar grados de sostenibilidad (sin llegar al máximo o mínimo, según se mire, y por encima de ello todo es un lujo, que podemos o no disfrutar, una transformación de renta en especie, a renta de exclusividad, socialización de recursos, pero ¡no nos escondamos!).

Si necesitamos papel podemos sembrar eucaliptos en prados donde las cuotas lecheras europeas erradicaron las vacas, e incluso hacerlo sin gastarnos el capital de nuestros hijos, pero conservar por no gastar es hipócrita, pues al final al sostener nuestra necesidad de consumir, alimentarnos, vestirnos, movernos, divertirnos, lo que pretendemos es desplazar la producción de los pocos o muchos recursos y residuos donde no los veamos, a costa de otros humanos que no conocemos, y en un mundo superpoblado, aunque natural, resulta injusto. Consideramos estéticamente ecológico vivir en el campo y trabajar en la ciudad. ¡Que bien queda irse a vivir al campo! La biodiversidad es importante, muy importante, y deben conservarse espacios que la garanticen, solo faltaría, es capital, pero hay tendencia al abuso de su valoración, incluso aplicando tendenciosidad en su medición cuando conviene: lo de cerca es mejor. Los equilibrios son frágiles.

Damos por supuesto que vivir en contacto con la Naturaleza es el modo más respetuoso de tratarla, y sin embargo, es un mero prejuicio, que se mida por donde se mida, con el nivel demográfico mundial actual,

es falso. Si no tuviéramos pero que muy pasada la Capacidad de Carga de La Tierra, que se supone es la capacidad de generación de recursos de modo “sostenible”, podríamos quizás hablar de ello, pero tal y como hemos medrado, la eficiencia y sostenibilidad en la producción y reciclado de recursos, sólo es posible, y aún así difícil sin conflictos, por la concentración y especialización, por la inversión y el consumo, por la tecnología, la organización, la planificación, y el sentido común.

¿Qué es más razonable: especializar la agricultura para que la producción se optimice, y la demás gente ofrezca otros productos o servicios, o que todos nos pongamos a cultivar nuestras necesidades? No cabemos, además de estúpido, es imposible. ¿Qué es más razonable: repartirnos todos en casitas con jardín, horizontalmente por todo el territorio, o levantar ciudades verticales, independizadas del campo?

No hace falta contestar, la civilización como concepto ya lo hizo por nosotros, y hay quien reniega de ello y establece lo que nunca fue como axioma de lo que debe ser. A raíz de una manifestación contra la especulación del suelo y la urbanización de espacios naturales, de la costa, de terrenos rurales, tradicionales, que fomentan las propias administraciones locales como modo, en el mejor de los casos, de obtener financiación para construir polideportivos y carriles bici, preguntaba a mis amigos reivindicadores, alguno de los cuales había comprado casas unifamiliares en suelo antes rural, recalificado, si estaría dispuesto a que le devolvieran lo que pagó y derruyeran su hogar. Bajo el acrónimo NIMBY, “not in my back yard”, se resume la más agresiva y comprometida tendencia del altruista ecologismo más autojustificado por solidario. Todos establecemos la frontera de la sostenibilidad a partir de nuestra voluntad de renuncia, una vez definida por interés, ya nos podemos permitir el lujo de manifestarnos a favor de que a partir de mi, ninguno más.

CAPÍTULO 8

MÁS CUENTAS Y MENOS CUENTOS

Los griegos tenían las musas Erinias, llamadas las Furias, encargadas de escuchar las quejas de los jóvenes contra los viejos, los pobres contra los ricos, los hijos contra los padres, los favorecidos por Tique –la diosa Fortuna– contra los que soportan el mal de ojo. Hoy se encargan de escuchar a las mujeres quejarse de los hombres, a los asalariados de sus jefes, al hipotecariado de los bancos, a los progres de los americanos, a los ecologistas de las multinacionales,... victimismos y gestión de culpas. Sentenció Tiresias, adivino y ambiguo consultor mortal del Olympo, ¿o fue Fineas?, que “en la opinión de los dioses, los mortales carecemos de inteligencia”.

Los estantes del supermercado los productos llevan etiquetas con su composición: que si tienen gluten, que si tanto de proteína, que si conservantes, y cosas de esas. Para comprar, observamos icono, envase y precio. Si nos apetece un dulce no le miramos las calorías, y si nos da pereza hacer ejercicio, no contamos cuantas no gastamos de las que hemos tragado. No hacer las cuentas no evita que engordemos, pues siempre algo las hace. Cuando tragamos de más, no nos queremos pesar. No resulta inteligente hacernos trampas en el Solitario, y no querer contar las cartas que hay, o las que quedan por salir. La ineficiencia, insolidaridad

e insostenibilidad de nuestro sistema consumista no liberal –en tanto que compramos cosas con personas, liberalizando aquellas, y cargando asimétricamente a estas de regulaciones e impuestos– lo conseguimos impidiendo el libre mercado entre iguales categorizando a los distintos, con precios referenciados a la envidia, y costes posibilistas desplazados.

Ante cualquier intento de cambio, ecología y economía no se entienden pues la biología romántica no desea hablar en lenguaje contable, y humanismo y ecologismo negocian sin datos. Así los criterios para una ordenación integral que optimice sin satisfacer a todos establece una demora interina de soluciones, enrocados unos en el consumismo, y los otros en la ideología ecologista.

Hemos hablado hasta aquí de los nefastos criterios que pintan líneas rojas en la negociación sensata entre hombre y entorno: hemos hablado del voluntarismo –las buenas intenciones no son buenos resultados–, de la fe –pseudociencia–, de la tozudez –las hipótesis cambian–, de la mitificación –creemos lo que la cultura nos enseña a creer–, de los prejuicios –pino malo, encina buena–, de la conservación –o conservadurismo–, de la protección –poder–, de la renuncia –negación del crecimiento–, de la tradición –moral–, del romanticismo –no desear ver lo que no conviene–, de la redención –diferimiento de deuda–, de la ocultación –manipulación–, del amor –mear en troncos–, del temor –agrupar–.

Ahora hablaremos de no hacer cuentas con la excusa de tener cuentos que nos convengan. Supongamos el proyecto de construcción de un embalse para almacenar energía potencial, complementada con campos de aerogeneradores repartidos en la región. Si queremos mirar los números, hoy por hoy la mayor parte de lo que nos venden como energía verde, es hidroeléctrica. Los criterios de oposición a tal propuesta serán la excusa ecologista de la conservación del bosque, el romanticismo del correspondiente pueblo, las tradiciones del valle y sus explotaciones agropecuarias, los intereses del capital, la protección de todos y a todos, la sensibilización de la población, el amor a la tierra, y la propuesta alternativa de reducir el consumo, cuando en realidad lo que se consigue es desplazarlo.

Los criterios de apoyo serán la demanda social, el coste, el desarrollo regional, el agotamiento de los combustibles fósiles o sus emisiones, cuando en realidad se persigue beneficio. Sin un lenguaje contable común, ¿cómo saber si es oportuno o no el proyecto? Con la coartada ecologista tal vez se difiera in eternum el proyecto, y olvidándose rápi-

damente de las promesas de reducción y ahorro, bien conservar una región pendiente de desarrollo, tal y como a los que ya se han avanzado les gusta que queden los demás, o bien desplazar la producción de energía a otros lares donde se use petróleo o uranio para generarla: insostenibilidad, insolidaridad e ineficiencia.

Los económicos –rentabilidad– y políticos –negociación–, son los únicos modos posibles naturales de contenernos: competir en mercado libre de acceso para todos por igual, con costes explícitos y públicos, y demanda en equivalentes condiciones de disponibilidad, y pagar; ya sea en reconocimiento para el largo plazo, ya sea en coste a corto. Proponer ahorro es insostenible e inestable, si no se acompaña del premio o castigo, –en cualquier caso coste–, si la sociedad no aplaude a quien lo hace, o si no cobra a quien no. Lo que tan claro tenemos y aplicamos en las disciplinas que realmente nos preocupan, como la economía, la justicia, o la medicina, pretendemos no sea aplicable a la ecología, al medio ambiente.

¿Acaso el comportamiento humano es diferente? Si es preciso legislar contra la rotación del planeta, se monta una campaña de sensibilización, se publican unas cuantas leyes contra la rotación, y listos. Si un gobierno pretende que sus ciudadanos compren Deuda Publica, apelará a la remuneración del ahorro, dejándose de patriotismos para justificar la necesidad de equilibrar las cuentas (salvo en momentos críticos, no sostenibles a medio plazo).

En cambio, si un gobierno pretende que sus gobernados ahorren energía, contaminen menos, gasten menos agua, construyan de modo mas razonable, monta campañas de mentalización, pero no se atreve al coste electoral de remunerar o cargar a sus propios votantes. ¿Por qué iba a funcionar semejante teoría que, salvo en momentos históricos histéricos, jamás ha funcionado? ¿Por qué no concienciar a la población de la importancia de comprar Letras a nulo interés que beneficia a todos?

A Dios rogando y con el mazo dando. Sensibilizar a los ciudadanos para que paguen impuestos no justifica cerrar el Ministerio de Hacienda, confiando en la responsabilidad. Concienciemos y sensibilicemos a la población de que hay que ser buenos como medida para cerrar todas las cárceles, pero no se le ocurra a alguno ejecutar un plan de cierre de presidios con esa perspectiva. En nuestro siglo XXI seguimos pretendiendo soluciones superadas, porque en realidad la situación nos ha superado, y no buscamos arreglarlo, sino justificarnos. La sostenibilidad se obtiene

cuando el acaparamiento de los recursos, se equilibra linealmente con su coste real y completo, si no, rayas en el agua. Aún a pesar de su fiscalidad, la gasolina está tirada de precio, las tasas de basuras son ridículas, las multas por echar mierda a los ríos ni contarlos. La sobreexplotación es por ser buen negocio individualmente y/o a corto plazo, las buenas intenciones, propósitos de enmienda para obtener el perdón, y así tranquilidad de seguir pecando.

El ahorro jamás será consecuencia de una intención sino una decisión de carácter económico: lo sabemos todos, genéricamente ahorraremos si nos sale más rentable que no hacerlo, aunque no nos apetece aplicarlo al medio ambiente, pues intuimos que no viviríamos con tanto lujo para tantos. Instalados en la tozudez de seguir vinculados a la biología, (base de conocimiento, pero no de su gestión), el ecologismo propone cuantificarse con su propio lenguaje, distinto al económico.

El manejo de la negociación hombre-entorno, pretende la dificultad de expresarse en ratios contables versus ratios de valor. A finales de los 60, Ehrlich y Holdren, en arrebato maniqueo, proponían medir el impacto de la sociedad sobre el medio multiplicando población por abundancia, al que pronto se añadió un tercer término tecnológico ($I=PAT$). Suponían el impacto negativo proporcional al incremento de la población, a la mejora del nivel de vida, y al avance tecnológico y social.

Obviando lo que en economía se llama Ley de los Rendimientos Decrecientes, concluían que en 1971 la India no podría alimentar a los 200 millones de habitantes que iban a crecer. Gracias en buena parte a la selección dirigida de semillas, a la industrialización y centralización, –lo que se llamó “Revolución Verde”– años después la India firmó un acuerdo comercial con la URSS de exportación de excedente de grano, a cambio de tecnología nuclear.

Por su simplicidad, que no por su falsabilidad, –pues nos creemos antes lo que nos confirma, que lo que nos comprueba–, la fórmula sigue hoy vigente, porque conviene como refuerzo a justificaciones negativistas, que se han demostrado al menos muy matizables. Otra teoría que se mantiene por conveniente sobre su falsedad. No sólo la población no tiene relación lineal con el consumo, sino que tampoco el consumo con el nivel de vida, y mucho menos la tecnología.

El conocimiento tiene la manía de consumir menos cuanto más se usa. En la ecuación se obvia de todo: la subvención fiscal de la renta al consumo, de la calidad del dinero, de las hipotecas sobre activos, la

subvención de los pobres a los ricos: el efecto demagógico de confundir necesidad con deseo, y compartir con repartir. Los apocalipsis anunciados, como ya sucedió hace 2.000 o 1.000 años, crónicamente se van posponiendo, o lo que es peor, hasta forzando o renegando por no suceder.

La tesis del PAT, a pesar de haberse descartado experimentalmente, por confirmar una tesis justificativa, sustenta la argumentación reaccionaria anti-tecnológica, que entiende que hay que decrecer y retroceder, sin entrar en conceptos que parecen complejos sólo por la jerga que los esconde. Ellos así nos salvarán, y bajo su protección romántica seremos felices.

La natalidad aumenta el consumo según la mencionada ley de producción decreciente (dos agricultores cultivan menos del doble que uno, y así sucesivamente hasta que demasiados agricultores pisan lo que cultivan los demás). La calidad de vida aumenta el consumo per cápita a la vez que la centralización que implica consigue invertir la variable anterior, y que dos agricultores juntos compartan costes, y produzcan más que dos independientes.

Dividiendo, que no multiplicando, el consumo cada vez optimiza mejor sus residuos y externalidades (por supuesto ni una ni otra significan que bajen, sino en sus derivadas, es decir que se reduce el consumo unitario con el aumento de la población, y para mejorar el nivel de vida se precisa multiplicar desproporcionalmente el consumo).

Los términos del modelo no son lineales, pero menos aún lo es la tecnología, pues las ideas se rigen por la ley de rendimientos crecientes, el movimiento genera movimiento, o sea a zorros y humanos nos gustan los pollos, y por ello de un abuso de zorros se acaban los pollos, y de un abuso de humanos hay más pollos de los que jamás hayan existido.

La tendencia mediática actual antihumanista es la de la culpa por ser humanos, la del decrecimiento y el romanticismo, la búsqueda de voluntarias víctimas a las que proteger a cambio de sometimiento ideológico, y por ello de aceptación de las normas del clan. Sucede que el rendimiento que se optimiza con el crecimiento no retrocede: lo que llama comportamiento poco elástico.

Es decir, si todos los habitantes del mundo regresáramos a la agricultura de subsistencia, precisaríamos no varios, sino varias docenas de mundos para alimentarnos, y generaríamos mucha más contaminación, pues, cosas de humanos, que no de voluntades, la demanda de comida resulta más rígida que la oferta. La solución para los países ricos ha sido

el neocolonialismo, aceptando los nacionalismos de los países en vías de desarrollo para desplazar los costes, reventando un teórico mercado libre global; y la retórica y contabilidad convenientes, socializando y exportando costes, para socializar e internalizar los propios. China ha escalado puestos en la emisión de CO² hasta el meritorio segundo, pero 2/3 de ello es para exportar. ¿La emiten los chinos o nosotros? Delegación de cobardes: tirar la piedra y esconder la mano.

La huella hídrica de la humanidad, el consumo global de agua “dulce” es de unos 75.000 km³, a una media de unos 1.250 m³ por persona y año, desde el doble para un norteamericano a la mitad para un chino –y mucho menos en países subdesarrollados– pero esa huella está en todo y viaja por todo: en una lechuga, en un filete, en una hoja de papel. No es malo ni es bueno, simplemente para estar limitada por el mercado, este debe explicitar todo el coste para funcionar según sus propias leyes.

El profesor Allan, en otro enfoque del “Balance Hídrico”, acuñó el concepto de “Agua Virtual” como el agua global de uso, que incluye la verde (consumo y evaporación de lluvia), la azul (hidrológica: consumo y evaporación del agua que circula) y la gris (a utilizada como vehículo de desplazamiento de la contaminación –nuestras alcantarillas también–), para realizar consideraciones del tráfico internacional de agua que se ha utilizado en origen para producir un alimento o un bien.

La agricultura consume el 85% del agua mundial, la industria el 10%, y las personas directamente el 5%. Para un kilo de naranjas se necesita 1 m³ de agua, para 1 kg de cereal el doble, para 1 kg de pollo 5 veces más, para 1 kg de ternera 15 veces. En España importamos por ésta vía, el mismo orden que lo que exporta Francia, mientras discutimos la propiedad del agua que está en el río de nuestra Región, País o lo que se quiera. Confundimos nuestra “concienciación” ecológica con la nacional o local, con el fin de ocultar y desplazar el coste medioambiental de nuestro consumo, subvencionado por los pobres y por nuestros descendientes.

¿Coches ecológicos? Compró mi coche híbrido, que consume menos, pero consume, es más caro, con más gadgets, botones, virguerías. Claro que todos los coches deberían ser eficientes y por ello también híbridos, pero no queremos pagarlos ¡y no nos cobran el que no lo sean! Si es más barato uno no híbrido, y éste contamina menos –permítanme dudarlo–, es que están externalizando costes. Coches con emisiones de CO² limitadas, ¿y qué, si no cambiamos el aceite o los neumáticos con la

asiduidad precisa? Si disponemos de suficiente capacidad de crédito, nos endeudamos para un 4x4, o un vehículo con el doble de caballos de los que necesitamos, aunque vivamos en la ciudad. Tiene 5 plazas y vamos casi siempre solos.

Es hasta ilegal compartir el coche propio con sus gastos, optimizar la ocupación de los vehículos, (los seguros son de responsabilidad civil al conductor y no de cada ocupante, o nos pueden denunciar por ejercer de taxistas sin licencia). Ferrari anuncia el modelo California como un avance ecológico sobre el 430, por consumir entre un 25% y un 30% menos gasolina y el equivalente en emisión de CO²: 13,2 l/100 Km y 310 gr/Km. Bajo un supuesto de producción anual de 100.000 unidades, GM calcula que producir un Zafira de hidrógeno es 10 veces más caro que uno de gasolina, en costes imputables, pero no en costes reales, incluyendo lo que no se cobra en externalidades por ser de gasolina... ¿quién sabe?, igual se debiera poner el impuesto de matriculación en el 900%, igual es que los coches de gasolina son 10 veces más baratos de lo que debieran ser.

No lo sabemos porqué a nadie le interesa hacer bien las cuentas: ni a nosotros consumidores, ni a las multinacionales vendedoras, ni a nuestros políticos recaudadores; no fuera que nos cargáramos el chiringuito, y tuviéramos que conservar el coche de por vida.

¿Proponemos casas con doble cristal, bioclimáticas dicen, domóticas incluso, aislamientos de poliuretano, ladrillo con rotura de puente térmico, agua caliente por colector solar? Pero es más cara que sin todas esas cosas –cuando debiera ser más barata si se contara el coste de la ineficiencia– y ningún mileurista puede pagarla. No queda más que vivir donde se pueda, porque no nos cobran el no tener todo eso: abaratar escondiendo costes externos bajo la alfombra.

¿Arquitectura sostenible? Así venden los condominios que consumen territorio, agua, energía, materiales, todo porque ponen césped rodeando la piscina. ¿Cómo va a ser sostenible la arquitectura? Será más o menos agresiva visualmente, será más o menos consumidora de recursos, productora de residuos, ahorradora de energía, eficiente al fin y al cabo, pero una actividad que retira capital-suelo del activo, no es sostenible en situación de crecimiento demográfico y de renta.

¿Es mas sostenible una urbanización horizontal bioclimática, un edificio vertical en el que por motivos de coste se optimiza al máximo el espacio? En China se prevé en los próximos 12 años la construcción de

400.000 viviendas de gente del campo que emigra a las zonas industriales, y la producción de los ladrillos, el hormigón, los aislantes, consumirá mucha energía, casi la mitad de las reservas nacionales de carbón... eso sin incluir el espacio necesario para canteras y ubicación de los nuevos barrios, donde ahora se está cultivando. ¿Se están planteando la madera? Al menos los hay que proponen ciudades verticales, de momento como ejercicio conceptual,... algo es algo.

Más que de sostenibilidad deberíamos hablar de lógica, de sentido común, de oportunidad. Construir casas, siempre insostenibles, es necesario, sí, necesidad capaz de optimizarse, sí, susceptible de minimizar su repercusión, sí, pero tener macetas en el balcón no hace a una casa más verde, y pobre coartada es para satisfacer nuestra culpa (anda que no hay semanarios que bajo el epígrafe de ecología se refieren a este tipo de chorradas). La piscina de mi casa es sostenible porque la tengo climatizada con acumuladores solares, siendo los eléctricos sólo de apoyo.

El principal propietario de Benetton se ha construido un megayate respetuoso con el medio ambiente, ¡es grotesco! Ahora se venden ecopistas de patinaje sobre hielo, en las que se sustituye por poliuretanos. ¿Turismo sostenible? Marina d'Or, engendro urbanístico donde los haya, se vende con este eufemismo. Los paraísos tropicales, aún con supuestas cabañas típicas, son relativamente baratos pues no pagamos que los camareros, gobernantas y albañiles tengan paro, sanidad, educación, jubilación,...; ni que el suelo sobre el que se construye se recalifique a cambio de corruptelas; ni que el país no tenga la capacidad de reciclar nuestras aguas fecales, ni basuras; ni que para obtener los materiales con los que construir las infraestructuras o entretenernos haya que romper montañas a trozos.

Los medios nos empachan de términos bio, eco, sostenible, como estrategia de venta, lo sabemos pero nos justifica y tranquiliza. ¿Qué debe ser eso de la leche ecológica? ¿Qué es el vino ecológico? ¿Los pomelos ecológicos?, ¿La carne ecológica? Con todo el laxo y falseable concepto de sostenibilidad queda manco sin su compañera de riesgo: la fragilidad. Resiliencia le llaman ahora. Deben considerarse juntas.

La fragilidad la da el entorno –viene a ser la inversa de la cantidad de esfuerzo que se debe invertir en hacer irrecuperable un elemento o proceso– ¿Pero, quién asigna el valor? ¿Cuántas veces hay que quemar un bosque para que deje de poder ser bosque? Es posible que se deforeste y pierda el suelo un monte en Galicia igual como en Málaga, sólo que ha-

brá que sobreexplotarlo y quemarlo con más insistencia y agresividad. La sostenibilidad del eucaliptal no es suficiente sin valorar la fragilidad de tenerlo. En economía utilizamos análogamente los conceptos de interés y riesgo. La sostenibilidad implica producción, obtención de recursos, y no se refiere a la voluntad urbanita de disponer en el campo de aquello que se aprecia del medio natural, (no suele incluir en ello la procedencia de los recursos que se utilizan para sus necesidades de consumo), sino de la capacidad rural de optimizar la producción sin hipotecar el futuro por encima de sus posibilidades.

La sostenibilidad sólo ocasionalmente, en enclaves de especial valor, tiene que ver con la conservación, o dicho de otro modo, genéricamente en un mundo superpoblado con la mayor parte de sus habitantes viviendo en la miseria, la conservación es insostenible: desplazar demanda de un lugar apreciado por su belleza o riqueza, a otro sitio que no vemos. Uno dirá que él no usa madera pues en su casa los muebles son de piedra y cristal y las ventanas de aluminio, que para él el valor está en la biodiversidad que una ordenación productiva de madera reduce.

En la coartada justificativa que cada uno nos montamos, –a partir de mi ninguno más– tal vez olvide que las baldosas de su habitación se han cocido utilizando el gas argelino, o que el cobre de sus tuberías lo han obtenido destrozando suelos donde anidaban especies de colores, y desde luego jamás pensaremos, ni aceptaremos pagar sin retirarle el voto a quien lo proponga, en lo que costará derruir y reciclar la vivienda.

No es fácil, pero somos animal político, es decir, negociamos, y podemos llegar a acuerdos intentando manipular al tiempo que intentamos que no nos manipulen... bueno, manipular es palabra mal vista, queda más “fino” hablar de sensibilizar. Lo que no es posible es vivir en la sensiblería del deseo de nadar y guardar la ropa, curiosamente en pinza con el apoyo del fundamentalismo de la escala de valores impuesta.

En su extremo en posturas arrolladoras, de convicción en la posesión de verdades absolutas, de éticas superiores, y si no todos los potenciales usuarios de un recurso son más o menos iguales en necesidades, el conservacionismo es una de las mayores amenazas para la sostenibilidad, pues los habrá que no compartan su definición, con ello sus prioridades sobre el metabolismo, y de competir por los recursos con la herramienta –por no llamarle arma– de “sensibilización” surgirá algún conflicto, prohibición, obligación, o imposición. Alguno habrá que, ninguneado en supuesto conflicto por imponerle valores, tome una lata de gasolina, un

mechero, y pretenda hacerse oír al no haber sido escuchado. Conservar pretende establecer un criterio de sostenibilidad en grado que vaya más allá de la producción, supone renuncia a la utilización de recursos, que no de la demanda, y claro, suelen ser de los demás. Huella mayor de menor intensidad. Es una buena postura, insolidaria, pero coherente.

La Huella Ecológica de cada uno puede justificarse según los argumentos de cada uno, siempre a partir de la propia voluntad de renuncia como mínimo a partir del cual no se debe permitir a otros traspasar, y sobre todo puede ocultarse en todo consumo no inmediato. En nuestra hipocresía el modo más barato de optimizar un coste no es mejorar la productividad, sino esconderlo, desplazarlo al futuro, a otros, o incluso no pagar las deudas de los que antes que nosotros hicieron lo propio.

Conservar el bosque de otro es barato si a ese otro no se le compensa a su satisfacción, que destinar al uso común lo privado cuesta dinero en todos los ámbitos menos en la naturaleza, que por un lado se compra y vende, y por el otro el urbanita exige sea de uso algo colectivo. No estamos dispuestos a dedicar diez, veinte, cincuenta veces lo que dedicamos hoy de los Presupuestos Generales al medio ambiente, para pagar a sus titulares el coste de la renuncia colectiva a los recursos cuya explotación niegan. Pagar la repercusión sobre otros de reducir la intensidad de nuestra huella en términos de aumentar su extensión.

¿En qué grado la Galicia quemada por delincuentes y desaprensivos, no es consecuencia del conflicto entre los estamentos políticos conservacionistas, y la frustración de quien además de no obtener rentabilidad esperada, es —con toda la justicia y razón que se quiera, pero sin consenso— recriminado por usar lo que cree suyo?

Si se declara un bosque como protegido es porque se ha cuidado, que lo que se ha degradado no se suele proteger tanto, salvo si está cerca, y las consecuencias de la conservación no son el reconocimiento de haber sido sostenibles en el pasado, sino el castigo preventivo por si acaso no se es en el futuro; o así lo puede interpretar quien desde su necesidad pretende reclamar para su metabolismo usos para él más beneficiosos.

Declaramos algo bello, lo deseamos proteger, y no pagamos... claro, algún salvaje acabará en el mejor de los casos de momento, abandonándolo. Estamos todos muy sensibilizados, somos más ecorresponsables de lo que nunca hemos sido, más conservacionistas, más sostenibles, y hemos dividido por más de la mitad la superficie repoblada al año en España. A base de ofrecer inseguridad jurídica del suelo rural y forestal,

con amenazas permanentes de conservar y proteger, y a base de exigir a los productos naturales más internalizaciones que a sus competidores industriales, a los propietarios simplemente no les sale a cuenta invertir en tener bosques.

El ecologismo interesado ya cruzó la línea de la ingenuidad inocente a inconsciente, y sus tesis pseudocientíficas se han traducido en moratoria nuclear (inseguridad jurídica energética), abandono forestal (inseguridad jurídica maderera), abandono fiscal (inseguridad jurídica de los mercados), y el mayor de los componentes de la riqueza de un país es simplemente la confianza en la deuda que emite.

Confianza en que si se hace un trato se respetará, y si no se respeta hay un sistema de justicia y de policía que lo respalda. Los bandazos políticos, la coartada ecologista, y la lentitud de la justicia, establecen un entorno, en el que no se puede invertir con garantía acorde al rendimiento esperado en energía, en repoblaciones, en cuidados forestales, en industrias sostenibles; con resultado, bien de desplazamiento de la inversión a otros lares, bien de encarecimiento.

Si deseamos restringir la productividad de un espacio natural, bien pagamos por ello, bien entramos en riesgo —que es lo que hoy prima— consecuencia de desear algo de valor y no pagar lo que cuesta, prohibiendo e imponiendo, o bien establecemos sistemas de producción sostenible que permitan afrontar unos costes por retorno más acordes con los presupuestos sociales, asumiendo sacrificios controlados en biodiversidad, derechos de uso, producción, renta, lo que sea.

Si no estamos dispuestos a asumir lo que cuesta, y hoy no lo estamos, pues sólo se “conserva” aquello que más se ve y aquello que es de mayor calidad, dejando el resto en declaraciones de buenas intenciones institucionales, las mejores herramientas para proteger el medio ambiente no son declarar por ley zonas verdes: son la sierra y la alambrada, salvo que estemos dispuestos a asumir entre todos el coste real de tal medida.

Conservar imponiendo el precio a pagar y quien lo paga, en sumo arrebató de nacional-ecologismo, lleva a aparatosas reforestaciones obligatorias con frondosas gallegas, prohibiciones en normas subsidiarias de cortar madera, y otras carísimas y peligrosas bobadas, soportadas por extrañas mitologías ambientales, —peor que paracientíficas: falsas— según las que cortar es malo, y conservar es bueno. Pues bien, depende, que si se hace con sentido común cortar es bueno, y conservar malo,

depende. La motosierra para el aprovechamiento de la madera, es en Occidente sostenible muchas décadas antes de que los ecologistas descubrieran siquiera la palabra conservación.

Un bosque en explotación puede que no tenga la biodiversidad óptima, puede que no sea el más bello, pero o eso, o se paga mucho más de lo que se está pagando, y siempre a costa de desplazar la producción donde no la veamos. Además, con las motosierras se reducen drásticamente los riesgos de plagas e incendios.

Conservamos un bosque, dejamos de extraer madera que ayude a pagar su mantenimiento (al precio actual, ni en producción muchos no salen a cuenta), o lo dejan de hacer sus propietarios por no recibir subvenciones a tan funesta y mal vista actividad, el sotobosque crece, se seca, se abandonan los cortafuegos, la procesionaria encuentra árboles débiles donde anidar, y eso sí, se limpia cerca de carreteras y caminos, y se instalan barbacoas; dibujamos mapas con colores verdes para demostrar que esa zona está protegida, somos muy modernos y ecologistas,... y zas, va un día y se quema: han sido los pirómanos, la sequía, el cambio climático.

Siempre hay culpables descuidados de no haber nosotros pagado. Mientras no paguemos por el lujo de no obtener productos del bosque, para que así pueda madurar en biodiversidad desde el estado de juventud forzada en el que le obligamos a permanecer si lo explotamos en productividad sostenible, habrá que sacarle rendimiento: compartir gastos. Aún si lo pagáramos, sería insolidario con otros que no pueden hacerlo, a los que sólo vemos en las noticias, pues el aprovechamiento que dejamos de hacer, al mantener la demanda, se ejecuta en algún otro lugar.

En nuestros bosques la madera se extrae de modo sostenible, sujetos a planes de ordenación, posibilidades, recuentos, inspecciones, y certificaciones. Simplemente no es legal hacerlo de otro modo, y si se hace hay penas y multas. ¿Por qué se exige con tanta insistencia que la madera sea certificada, recertificada y recontractificada, y no se hace lo mismo con el ladrillo, el hormigón, o los perfiles de aluminio? Esconder la cabeza puede resultarnos satisfactorio, pero no es coherente.

La leña es un excelente material como pila de carbono biocombustible, el corcho para tapar botellas, las bellotas para los jamones ibéricos, las castañas están muy ricas en invierno, leemos y escribimos en papel, y la madera tiene infinidad de aplicaciones en mobiliario, cajas, palés, mondadientes, castañuelas, e incluso construcción. Cuanta más deman-

da tenga, más gente esté dispuesta a pagar lo que valen sus productos, si hay donde producirla, más bosques habrá... y ¡Anda que no queda espacio para repoblar! El espacio potencialmente forestal, degradado y abandonado, es el único suelo productivo disponible en el mundo. El recorrido de la famosa ardilla de extremo a extremo de la Península, lo hacemos hoy por autovías en monótonos paisajes que combinan campos agrícolas con colinas yermas, degradadas: hipotecas absurdas legadas por nuestros mayores.

¿Debemos conservarlas como deuda? ¿Seguir con sus míseras rentas de ovino? Si no la atropellaran se cansaría de andar. No hay bosques porque en el fondo no hay presupuesto para pagar la deuda que en herencia nos legaron, y no lo hay tras la coartada ecologista de la explotación tradicional, y de dejar a la Naturaleza que se recupere sola. Si hay demanda de tostadoras, los empresarios montan fábricas de tostadoras, si la hay de madera construirán fábricas de madera: bosques.

Claro, no serán los bosques con tantas áreas recreativas, miradores de vistas panorámicas, campando animales en peligro de extinción, sino retenidos en un grado de desarrollo que conviene a quien invierte en ellos –en el punto en el que si se les dejara, recuperarían su potencial a escala de tiempo humana, es decir, generaciones–pero conseguiríamos el anhelo máximo de todos: no pagarlos.

Los empresarios, como las personas en sus decisiones cotidianas, invierten a la espera de un rendimiento material o no, si el riesgo no compensa el rédito no lo hacen, y no lo hacemos.

Tras la Gran Coartada conseguimos establecer condiciones de inseguridad jurídica y de incertidumbre de futuro para invertir en bosques, tras un proceso social de “Perro del Hortelano”, por el que la sociedad pretende que el bosque se destine a la biodiversidad, sin pagar lo que ello cuesta a quien esté dispuesto a ahorrar en ello, y el particular no invierte al no tener clara la demanda ni seguridad de que no le declaren su activo “protegido”, a que por bien de todos no llegue alguien y “conserva” su fondo de inversión.

La fase de propuestas de nacionalización de la banca, de la industrialización pública, ya pasó, excepto en el medio ambiente, que aún habiendo quedado demostrada su ineficacia, sigue siendo la única opción del pensamiento único. Nos dicen que si reciclamos los cartones de los medicamentos o si imprimimos por doble cara tantos miles de árboles se salvarán de ser cortados. ¡Como si la madera fuera un yacimiento del

que la que se extrae, deja de estar! Si compramos menos tostadoras, habrá menos fábricas de tostadoras, menos empleo, menos riqueza, menos calidad de vida, pero a diferencia de estas, la madera incluye casi todo su coste externalizado en el precio, y para un producto que cumple con ello, lo sometemos a auditoría especial.

Nos ensañamos con el producto que mejor se produce. Cuanto mejor es una materia prima, peor nos portamos con ella. Los árboles no se salvan de ser cortados, pero el bosque sí si interesa a alguien, serán talados para otra cosa, y si no hay demanda, bajará de precio la madera, no compensará repoblar, y de un modo u otro, legal o ilegalmente, el bosque se abandonará o peor: se transformará en algo más productivo. Un tercio de los bosques del mundo son primarios, y otro tercio primordialmente productores, y si están gestionados incluso crecen en existencias año a año.

Es preciso que se fomente que se corten los árboles, que se fomente la demanda de un producto que tiene un precio casi coherente con su coste real, que los particulares entiendan que es una inversión rentable de largo plazo, jurídicamente protegida, mejor que un plan de pensiones, mejor que un fondo de inversión. No existirían toros de lidia sin público dispuesto a pagar por ver corridas de toros.

No hay que salvar a los árboles de ser cortados, hay que optimizar su uso, la biodiversidad que puedan ayudar a soportar, etc... pero quien dice comprometerse con el medio ambiente, lo mejor que puede hacer es incrementar la demanda de madera, y lo peor es legislar, relegislar, y recontralegislar para crear inseguridad financiera sobre el activo natural hasta que los únicos que se atrean a invertir en ello sean los Estados, y estos, por naturaleza, siempre mienten. Pagar para que corten, reciclar para optimizarlo.

Mientras en los países occidentales más del 80% de las talas se usan sosteniblemente para madera, en África más del 80% de lo que arrasan es para leña (su fuente de energía alternativa, incluida en las estadísticas internacionales en las verdes, ante nuestra negativa a participarles de tecnologías más modernas con la excusa de que son sucias).

En nuestra habitual hipocresía, denostamos sus talas para nuestra madera, que compramos, y olvidamos la energía que no les permitimos disfrutar por pagarles el petróleo más caro de lo que pueden permitirse, la sustituyen por degradación de zonas arbustivas. Nosotros quemamos absurdamente el útil petróleo enterrado, y ellos la útil madera en su-

perficie. En Sudamérica y Asia las cifras son a pachas pues se mezclan países de distinto desarrollo. En nuestra hipocresía les proponemos conservación y placas fotovoltaicas. Siento vergüenza.

James Robbins publicó un controvertido artículo titulado de “Cómo el capitalismo salvó a las ballenas”, en el que contaba como en el siglo XIX cientos de balleneros norteamericanos surcaban las aguas del mundo para nutrir la demanda, entre otras cosas, de aceite para las lámparas, y en cierto modo fue la Standar Oil, al disponer industrialmente un producto menos “oloroso”, la que consiguió reconvertir toda la flota.

Nadie cambió por estar sensibilizado contra la caza de ballenas, sino por interés. ¿Cuántas focas, visones, chinchillas, zorros, nutrias,... han salvado de la caza los tejidos acrílicos? Si yo estuviera en peligro de extinción, –a veces pienso que lo estoy– no quisiera que me protegieran, ni que me conservaran. Tendría más opciones si me ayudaran a ser útil, si pagaran mis habilidades y conocimientos, y si no quisieran invertir en ello, al menos que me olvidaran. Si le sirviera de algo a alguien me cuidarían mejor, y tendría más futuro. Conservación y explotación son complementarios si se gestionan con sensatez.

Enfrentarlos es romper una pareja que funciona por el unilateralismo de una de las partes: la de los ricos que lo son por no pagar el consumo y patrimonio que les define como tales. Cuanto más presionemos artificialmente al medio natural, más artificialmente deberemos actuar para mantener una situación estable. Si además hemos de compensar lo que degradaron nuestros ancestros, más.

Es aberrante la política conservacionista actual de preferir la regeneración natural a la reforestación agresiva, coartada para ahorrarse pagar lo que cuesta repoblar, pues si algo se regenera suele ser porque se ha quemado, o degradado, o abandonado, que si no, no hace falta reforestar. Nadie corta un encinar para plantar un pinar, se mire por donde se mire, incluso económicamente, es absurdo.

Podemos seguir produciendo y no conservando como se ha hecho históricamente, y se hace hoy en los países que no pueden permitirse el lujo del conservacionismo, o podemos conservar y no producir, para lo que habrá que pagar a otros por los recursos a los que renunciamos, y hay demasiada gente en el mundo para que ello se haga con justicia.

Somos un obseso obeso mórbido que conservando sus manjares preferidos, se compromete con si mismo a echarle sacarina al café, y sigue empachándose a bocadillos de chorizo... puede serle provechoso,

incluso consolarle, pero resulta insuficiente, y sin acciones más drásticas seguirá enfermo. Somos demasiados, hay demasiada miseria, y es demasiado tarde para planteamientos simplistas antitodo, campañas contra cosas, tan útiles para mantener el sistema, conservacionistas.

Es preciso reconducir el ecologismo a una actitud positiva a la antropomorfización, sensata más que sostenible, por ciclo completo de producción y consumo, trazable, globalizador de demografía y derechos. Destruir lo menos posible, reducir el consumo, el crecimiento, no es natural y no sirve por hacer penitencia ante el pecado de no pagar. Confundimos ecologismo con eficiencia, pues nos conviene suponer intencionismo ideológico, antes de transformar lo en coste económico. Nos lo tienen bien enseñado la historia y la biología: el voluntarismo sin premio no existe.

Nos metemos contra los EEUU porque el intencionismo de sus estados y municipios no compensa el que el Gobierno Federal no firme formalmente Kyoto, que a cambio ha pedido planes voluntarios a sus consorcios energéticos, y sin embargo para cumplir lo firmado por los europeos, basamos nuestras actuaciones en compañías de sensibilización, en las buenas intenciones a la gente, pidiendo a cada ciudadano planes voluntarios de ahorro.

¡Claro no cumplimos lo firmado, pero estamos satisfechos con la Excusa de haberlo intentado! Desde el 2000 España –firmante– ha triplicado el crecimiento relativo de emisiones de los EEUU –no firmante–. Firmas aparte, en el primer lustro del siglo Europa ha aumentado más sus emisiones que USA, y en los últimos 15 años, lejos de reducirse, las emisiones han crecido una cuarta parte. Mientras unos aplauden a su gobierno, cargan el coche en el supermercado de bolsas de papel, otros homenajean a los suyos haciendo lo mismo con bolsas de plástico.

Mientras unos compran coches con el criterio de que sean grandes, otros lo hacen mirando su consumo (no por buenas intenciones, sino por tener combustible el triple de caro). El hombre siempre se ha sentido mejor acusando a otros de no ser voluntaristas, en aquello que siente que su entorno le reconoce serlo y valora, simplemente porque se lo premian.

Para que los ricos cumplamos Kyoto se prevén costes de entre 100 y 250 mil millones de euros anuales, pero los propios modelos apuntan a que eso no significa más que retrasar la subida de la TMG. Suponiendo los mismos supuestos del IPCC más alarmistas, de seguir en la vorágine demográfica y de consumo energético –hipótesis tipo A1F1– y los

que no sólo cumplen Kyoto, sino que suponen una transformación social hacia el respeto, la protección y la eficiencia –hipótesis tipo B1– para final de siglo en el primer caso amenaza con un incremento de 4°C sobre la TMG, y en el segundo de 1,6°C. El propio IPCC maneja más de dos docenas de supuestos distintos, y el que nos refiramos a unos o a otros, está a menudo condicionado por el reforzamiento del argumento que queremos en ese momento vender.

Siguiendo la misma dialéctica populista –sin darle mayor validez que una probabilidad, una tendencia, una hipótesis– pero utilizando los modelos más alarmistas de la prospectiva de la implicación del cumplimiento de semejante sobrevalorado Compromiso, Kyoto podría retrasar 6 años –del 2100 al 2106– el llegar a la temperatura media –TMG– prevista para entonces. Podemos obtener los resultados que nos dé la gana, con elegir convenientemente escenarios de futuro inventados. ¿Son los simuladores más o menos fiables en relación al refuerzo del argumento para el que se usan?, o sea, si concluyen lo que no nos interesa para el razonamiento, ya no son tan “infalibles”.

La cuestión se sitúa entonces en ¿es la mejor opción de inversión para el medio ambiente? Igual sería mejor destinar ese mismo dinero a la Pila de Hidrógeno y pasar de Kyoto, o a implantar una educación sexual mundial y condones gratis para todos y pasar de Kyoto, o a sistemas de seguridad sanitaria y de vejez para todas las naciones y pasar de Kyoto, o un sistema mundial de impuestos regulador de un comercio más justo, ... no lo sé, decir que una cosa quita la otra suena a demagógico, pero asusta pensar de lo que son capaces los políticos con una buena excusa en la mano, y lo bien que nos viene a los votantes si eso nos permite consumir más a menos coste. ¿En qué medida se puede mal utilizar el comprar cuotas de emisión, que se traduzcan por gobiernos corruptos, en cuotas de desarrollo de países pobres?

¿Reducir? Lo que debemos hacer es incrementar el consumo, el beneficio, ofrecer negocio y premios –bienestar, reconocimiento, seguridad– incluyendo todos los costes, pues de ello las decisiones individuales buscarán sin mas la opción más optimizada. El consumo eficiente, pagando por el coste total, y que por ello gasta más trabajo y menos materiales en el proceso de transformación, es más positivo que la reducción del derroche escondiendo costes.

Si construyo un coche en el que debo comprar casi veinte veces su peso en materias primas, me saldrá más caro en términos de Coste

Completo, que si puedo comprar mucho menos material reciclado para fabricar el mismo coche, y eso sólo depende de cuanto el diseño prevea como coste, tanto el de producción como el de desmontaje y reventa de sus partes. Para que los números salgan, el coste de las materias primas no debe ser impuesto por un mercado liberalizado sobre economías que basan su competitividad en poder obviar el explicitar costes.

Parte de lo que llamamos crecimiento gasta un capital natural no renovable, limitado, y ninguna empresa gastaría sus activos sin llegar a la quiebra por el camino... admitiendo que la economía mundial es demasiado compleja para ser planificada, al menos puede ser regulada ¿por qué lo permitimos entre todos? La leche en tetrabrik es más barata que en envase de cristal retornable (fabricado con abundantes caliza, arena y sosa, aunque con cara energía), el ladrillo –gran consumidor de energía y suelo– más barato que la madera, la lata de aluminio, más barata que la de vidrio reciclado. Las anchoas son más caras envasadas en bote pues no incluyen los mismos costes, y nos los venden más baratos siendo en Coste Completo más caros. Sin embargo el papel reciclado es más barato como materia prima para pasta de celulosa que la madera.

Si promovemos una economía distinta, realmente liberal en igualdad de oportunidades, no habrá que reducir, sino aumentar, reciclar y consumir; no habrá que proteger, sino gestionar; no habrá que conservar, sino avanzar, evolucionar. ¿Cuánto cuesta que algo no sea biodegradable? ¿Cuánto cuesta un envoltorio de fruta de supermercado si incluyéramos el coste de esa parte de su “mochila ecológica”? su producción, pero no su destrucción. ¿Cuánto costaría en comparación un envoltorio de papel?

Y cuanto más papel necesitáramos, por ser más barato que el plástico, más pagarán para que reciclemos papel, y más bosques habría que tener en explotación. Basura, y espacio para plantar en inmensas colinas y páramos degradados es lo único que hoy nos sobra.

Se trata de cerrar los círculos productivos, diseñando nuestras cosas no sólo para que sean baratas de montar, sino también de desmontar, recaudando en nombre de otros los impuestos equivalentes a los costes que esos otros no pueden imputarnos –y no el sinsentido de tasar el valor añadido– acopiando en propio nombre impuestos equivalentes a los costes de “abrir” el círculo de producción, generando basura o requiriendo materia prima por mal diseño del conjunto, del Ciclo Total. Se trata de producir para que pueda volverse a producir, no para que dure, ni para

que sea barato, escondiendo los costes que se puedan bajo la alfombra. Se trata de transformar un proceso lineal en cíclico de extracción-transformación-desmontaje-reutilización sea sino cerrado, al menos óptimo.

Y hay quien dirá, sí, pero si sustituimos los impuestos de valor añadido, por impuestos de repercusión de los costes ocultos, el consumo se encarecerá, y eso siempre repercute más sobre los pobres. Y hay quien dirá, sí, pero el tutelaje de los países ricos sobre los pobres en la recaudación de impuestos, llevará a situaciones neocolonialistas. Pues claro, el consumo de cosas, que no de servicios, se debe encarecer si queremos que nuestros descendientes puedan seguir consumiendo, pues si hay demasiado tráfico, demasiados domingueros, demasiadas casas, somos plaga, y toda plaga acaba muriendo de hambre.

Pues claro, que se producirán invasiones de los derechos nacionales, mientras sigan existiendo naciones a las que asignar derechos distintos. Fueron las potencias coloniales y no las colonizadas, quienes inventaron el concepto de patria. Pagamos más por una manzana envuelta en una bandeja de pokespan con un plástico alrededor que por sacarla de un cajón, pagamos más por el papel satinado que por el mate, y lo hacemos pues ese importe diferencial es escaso y nos compensa, pero es escaso porque repercute el coste de su producción, y no de su reutilización o destrucción, contaminación o consumo de materias primas.

Para comérmola, le quitamos el envase y lo tiramos. La basura que no vuelve de algún modo a algún Ciclo Total, es coste oculto; y la que es biodegradable, reutilizable o reciclable, tiene el de reubicación en un nuevo Ciclo. Las botellas de leche no se cobran y no se pagan, tampoco las cajas con las que las transportamos, unitariamente es más barato tirarlas cada vez, y sin embargo colectivamente nos sale más caro. El impuesto por su consumo es por haber conseguido que deseemos pagar por una transformación, no porque debemos pagar por su ineficiencia desde una perspectiva de Ciclo Total.

Desde esa visión, y atendiendo al coste real, generar basura es mal negocio, es desperdiciar materia prima potencial y próxima, y sin embargo lo que me cobran por gestionar mi basura no diferencia si es o no reciclable, biodegradable, contaminante, calorífica. Hablamos a menudo de la comida-basura, pero poco de la basura-comida, que es como funciona la Naturaleza.

No es no consumir, no es ahorrar, no es renunciar, no es conservar, no es amar, no es proteger, sino pagar considerando una perspectiva

completa. No es reducir el crecimiento, ni el beneficio, ni los negocios, es aumentarlos. ¡Consumir no es el problema, es la solución! Tiene muchos nombres: Ordenación Integral, Ciclo Total, Círculos de Transformación, De la Cuna a la Cuna.

El mejor ejemplo lo tenemos desde hace siglos en la industria forestal, excluyendo, por supuesto, el pirateo tolerado en países pobres que arrasan por necesidad sus recursos, hipotecando a sus hijos. En suelos no aptos para dar de comer a la gente, se consigue madera, biomasa (leña, carbón vegetal), corcho, frutos,... a cambio de mejorar el sistema de absorción hidrológico, reducir los riesgos de inundaciones, de tormentas de polvo, proporcionando paisaje y ocio, ecosistemas para toda clase de bichos. Como producto es biodegradable, reutilizable –hasta el serrín– y no produce residuos, incluso consume CO² como materia prima.

No es deslocalizable, y estabiliza poblaciones rurales. Si se hace de modo adecuado, sin abusar del monocultivo y seleccionando modos y especies adecuados, apenas quedan costes ocultos (reduce la biodiversidad, monotoniza el paisaje,... no hay nada gratis).

Incluso el papel cumple con casi todo ello pues las fábricas pueden ser energéticamente autosuficientes, y reciclar sus lejías (en éste caso sí hay productos tóxicos, que casi se eliminarían si renunciáramos a la blancura, o sea, si se impusiera una tasa no por su valor añadido, sino por ser blanco, que como no es funcionalmente importante, seguro que a menor coste lo haríamos).

Pero no, lo hacemos todo al revés: cuando tenemos un bosque en explotación, aparecen los políticos nacional-ecologistas a poner pegas al aprovechamiento de la madera, incrementando sus costes por vía de introducir inseguridades a largo plazo, en un negocio basado en el largo plazo. Con la bandera de conservar y proteger pretenden, y consiguen, reventar uno de los pocos negocios sostenibles y explícitos en coste.

Hemos pasado de proteger al Hombre de la Naturaleza, que es lo que nos sacó de las cavernas, a invertir los papeles en absurdo movimiento pendular. No hay que proteger a la naturaleza contra el hombre, sino integrar a la naturaleza en la civilización o largarnos de este mundo, (vale, hay que dejar testimonio en áreas especialmente protegidas de ello, pero no de modo general, y menos con criterio de proximidad).

Si pudiéramos conseguir un material de construcción cuyas materias primas fueran aire y lluvia, que se fabricara a si mismo con sólo disponer del manual de instrucciones, que en el proceso redujera la can-

tividad de gases de efecto invernadero, sin emisión de contaminantes ni hollín, en lugares donde hay espacio disponible que no se usa para nada, promocionando la estabilización de poblaciones, trabajo y economía, en zonas necesitadas de ello. Si además éste material utilizara energía solar en baterías limpias, incrementara la capacidad del suelo en retener agua, sirviera para prevenir inundaciones, para ralentizar y dosificar mejor el agua subterránea y los manantiales, para ampliar las opciones de ocio y salud de los urbanitas.

Si pudiéramos inventar este material, y además pesara menos, fuera por ello más manejable y precisara menos maquinaria, permitiera vigas más largas y menos columnas, fuera más barato, cuando se recolecta siguieran sirviendo las mismas instalaciones, no hubiera que crear polígonos industriales, ni demasiadas acometidas de aguas o electricidad, y mientras se obtiene, permitiera mejorar los nichos en los que se desarrolla cierta biodiversidad... habríamos inventado la madera. ¡Ni siquiera hay que pagar patente!

No hay demanda, no hay interés, no hay los bosques que podría haber. Para taparlo las administraciones dicen gastar dineros públicos en reforestar, para lo que invierten enormes cantidades a la fotografía y edición, pero año tras año se reduce la superficie repoblada. Las técnicas de secado, autoclave, de impregnado con fungicidas, impermeabilizantes, permiten duraciones para este material superiores a un siglo. Cierto es que el ladrillo es más longevo, pero incluso ello es un inconveniente para la adaptación de las ciudades a nuevos tiempos, y las hipotecas por mucho que las alarguen no alcanzan su durabilidad.

El mito de la longevidad del hormigón es coste oculto que desplazamos a nuestros herederos, pues por encima de los 50 años la carbonatación modifica irremisiblemente el ph, y este la protección contra la oxidación de su armadura. Las tasas de residuos en una demolición son hoy superiores a los trabajos de desescombro, y ni con ello se costea toda la externalidad de su eliminación.

Las cementeras, altos hornos, fábricas de aluminio, ladrillerías, etc... no pagan la energía al precio que cuesta, –ninguno lo hacemos pues su precio está intervenido por nuestra demand– no pagan algunos de sus productos extraídos en países subdesarrollados a su coste, sino al valor del mercado de transformación parcial, y aún así son más caros que la madera. Es más cuando hay que derruir las construcciones, son mucho más fácilmente reciclables, son biodegradables, pesan menos, y por tanto

abaran aún más el coste real. Ni siquiera las casas de madera tienen mayores riesgos de incendio que las de obra. No, no son casitas de Heidi, aunque pueden serlo, visto desde fuera un chalé de madera, difícilmente se diferencia de ladrillo. No hay demanda, entonces no hay oferta. ¿Para qué tener bosques si en vez de agradecerlo económicamente, se ponen trabas de todo tipo a explotarlo? Los países que desean atraer inversores a sus economías exponen materias primas, mano de obra barata, formación, y seguridad jurídica, pero claro, con el dinero no juegan.

Consumir madera y papel es la acción más barata, inmediata y contundente que podemos hacer para mejorar el medio ambiente. ¿Atentado ecológico explotar un monte? Tal vez el peor atentado ecológico sea protegerlo: en ocasiones sí o no, ¡Equilibrio! Cuanta más madera cortemos, cuanto más papel fabriquemos, siempre y cuando paguemos lo que cuestan realmente otras opciones, más bosques habrá.

A pesar de todo, hoy en el mundo 4/5 partes de las repoblaciones son inversiones para sacar madera, que no institucionales para proteger o conservar, pero sólo cubren del orden de la mitad de las roturaciones de bosque a uso agrícola. Es posible otro problema medioambiental que supere el Calentamiento, o la Contaminación: conseguir que tener nuevos bosques no sea rentable sería el mayor desastre medioambiental de la actualidad. Es complicado, y lleva largo trabajo, pero con el nacional-ecologismo descafeinado, hemos sentado las bases teóricas, y nos estamos esforzando en conseguirlo.

A la categorización denostada de la motosierra, le sucede algo similar con las alambradas y cerramientos, que contra lo que se suele interpretar el urbanita no están contruidos tanto para que la gente no pase, que también, sino para que el ganado extensivo no lo haga. Las ovejas, las cabras, las vacas, los cerdos,... burros no son, y prefieren la comida buena a la mala, prefieren los brotes tiernos, las bellotas, los lugares llanos, lo cómodo, como todos. Como tienen patas y cerebro, se mueven donde la comida más les gusta. Si se les permite que campen por sus anchas, competirán por lo fácil: por las plantas que intentan regenerarse, por los meristemas –extremos verdes– y se concentrarán donde más daño hacen. Son como nosotros, constructuales, consumen egoístamente con pereza.

Rentabilidad: máximo metabolismo con mínima energía. Si se les organiza y se mantienen en densidades sostenibles, se les mueve según la temporada, se les apoya con cobijo y comida extra cuando no la hay,

pueden mantener de modo relativamente barato un bosque limpio, obteniendo una renta por su carne, lana, cuero o leche, y ayudar así a que lo que el colectivo debe pagar para la “conservación” se acerque un poco más a lo que se está dispuesto a pagar.

De nuevo las obsesiones ideológicas pueden con las ideas que las originaron, y ¿quién va a promocionar que se subvencionen alambres y postes, y no a románticas vacas y ovejas, independientemente de los estropicios que cause su uso adecuado o no? Hoy se vende como carne ecológica la de la ganadería tradicional extensiva que degrada y desertiza los frágiles suelos, que otros ya se ocuparon de dejar yermos.

Por supuesto que en Occidente históricamente no se respetaron las normas más elementales de sostenibilidad, a pesar de los gobernantes, que llevan miles de años legislando sin éxito para proteger la naturaleza, su caza, los campos, condenando a galeras a quien rotara un campo sin sembrar árboles en otro, a cortar una mano a quien incendiara un bosque, al tiempo ordenaban actividades que resultaban más rentables y antagónicas por vía indirecta: la Mesta, la Desamortización,...

Seguimos exactamente igual: dibujando mapas en verde, al tiempo que recalificamos terrenos para construir hoteles y polígonos. Todos los reyezuelos lo han hecho. Conservando y protegiendo, e impidiendo la rentabilidad y dificultando la oferta por discriminación fiscal favorable a materiales de gran consumo de recursos y energía, al tiempo que generamos inseguridad jurídica a los inversores en bosques. Imponiendo porque se puede, en vez de pagar a quien no puede cobrar.

Hasta hace pocos siglos nadie se dedicaba a organizar la sostenibilidad de los bosques, y aparecen unos urbanitas iluminados que comienzan a opinar que no, que lo que hay que hacer es restringir los usos, que cortar madera es antiecológico, que cerrar va contra el medio ambiente, y que el monte es de todos.

Vale como escala de valor, como lujo que nos podemos permitir, socializar lo que en su día se privatizó, pero los lujos se pagan y nadie lo quiere reconocer, o al menos el precio que se decide no es negociado entre todos los interfectos, sino impuesto por los nuevos señores que ya no viven en un castillo, sino en un adosado, y eso ya sucedió en las legislaciones romana, goda, musulmana, cristiana, austriaca, borbónica, republicanas y dictatoriales.

Todos emitían bandos de obligar a repoblar si se talaba a lo bestia, de castigar a presidio a quien quemara rastrojos o a quien rotara campos

con fuego, pero todos al mismo tiempo hacían lo que hoy siguen haciendo: quedarse en las buenas intenciones. El fuego fue y es el modo más barato de cambiar de uso un bosque por falta de demanda y renta, ya sea para pasarlo a urbano –que contra el imaginario popular, representa una mínima parte de las motivaciones–, ya sea para obviar la planificación de la explotación maderera y papelera sin el incordiante reparto de su uso por turno a cada año, ya sea para transformación por falta de rentabilidad a pasto –mucho más común, que en el Mediterráneo el factor cultural es, por debajo de su historia, el romántico círculo vicioso pastor/fuego–, o incluso a uso agrícola –con tractores más potentes se puede arar en lugares donde antes no se podía–. Las quemas supuestamente controladas de rastrojos, de sotobosque, prohibidas por ley desde hace generaciones, siguen siendo habituales.

El fuego, por mucho que el simplismo del IPCC y el Nodo, se empeñen en incluirlo dentro de las consecuencias del Calentamiento Global, es una práctica tradicional y barata, y prohibirlo en esas condiciones es inoperante, por no invertir en controlarlo, pues necesitaríamos un ejército de agentes rurales, salvo que paguemos de algún modo a la renuncia de su uso.

Si cortar madera fuera comparativamente rentable, como sucede precisamente donde hay menos incendios forestales, ni siquiera haría falta tanta policía. Los pinares de Soria son rentables, y lo son para sus propietarios, ergo no se incendian. Pero seguimos contándole a la gente que la culpa es de la temperatura, la sequía, los descuidos, –que también– de las paellas y barbacoas, de los pirómanos, –que alguno hay– porque las prácticas tradicionales en el fondo se toleran por entenderse románticamente “ecológicas”.

O bien pagamos para llenar los bosques de guardianes de las prohibiciones, o bien pagamos la rentabilidad (han dado buen resultado experiencias como la de contratar a pastores como vigilantes... ya, no es romántico, ni siquiera políticamente correcto, pero efectivo sí).

Echarle la culpa a pirómanos o al Cambio Climático, permite a nuestro gobierno no cobrarnos más impuestos sobre materiales “no tan sostenibles como la madera” para pagar la diferencia, y a los ecologistas mantener su obsesivo argumento reaccionario por paternalista y conservador, de no cortar, reducir, ahorrar, proteger, para conseguir que no haya todos los bosques que podría haber. Frente a un coste ínfimo que ofrece el fuego y el poder abandonar a cabras y ovejas por el monte,

durante incluso meses, para pasar a recolectar la mala lana, dura carne, y algún tierno corderillo, se obtiene también escasa renta, pero poco ingreso con poco gasto puede dar una buena rentabilidad, (para alimentar a una sola familia pueden necesitarse millones de metros cuadrados degradados y mantenidos sin opción a regeneración, sólo para seguir con su mísera renta... por ser tradicional).

Para ser sostenible no sólo es posible utilizar la naturaleza como medio de obtención de recursos al mínimo coste, metabolizar, sino que es necesario, a no ser que tengamos el lujo máximo de subvencionar la renuncia de fomentar la biodiversidad (hoy los montes mejor conservados, son los por historia de titularidad tradicional y patrimonialmente rica: los de reyes, nobles, militares y conventos... abolengo y abadengo). Quien asumió el coste de no producir para tener caza, para meditar o pasear, nos ha legado bosques con mayor biodiversidad.

Quien no pagó, y se organizó en asumir el coste por la producción, también nos han legado bosques y campos apañados (no lo hicieron aposta, fue la casualidad de que las tecnologías disponibles no pudieron con la fragilidad de esos lugares), pero quien produjo sin sostenibilidad –madera, ganado y agricultura– nos ha legado la España yerma, y dejará en herencia a sus descendientes arenales en selvas, pastos en bosques, y hermosos paisajes de rocas peladas por la erosión.

A los herederos de los primeros les castigamos con regulación de conservación, y de los segundos les premiamos con subvenciones. Establecer qué es regresión y qué degradación –hasta donde se mantiene el capital, sobre qué factores ecológicos–, y en qué riesgo para la fragilidad, es lo que debemos negociar. Pero no imponer, sino dialogar y pagar, pues en el lado subjetivo de los deseos de cada individuo está su disponibilidad a evaluar el coste y el beneficio, la rentabilidad de su metabolismo respecto al del colectivo.

El colectivo siempre paga de algún modo la responsabilidad de sus miembros, solo que a veces regulando en imposición urbanita, no paga lo suficiente. Bueno eso sería si estuviéramos hablando de ello hace doscientos años, pero siento recordar lo que parece que olvidamos fácilmente: no hay planeta suficiente para la huella ecológica sostenible, ni siquiera de máxima intensidad, en igualdad, con más de seis mil millones de humanos.

La Iglesia Católica dice que sí, que hay alimentos para todos, y vale, hasta puede que si nos apretáramos el cinturón, optimizáramos la

distribución, y nos hiciéramos vegetarianos, comeríamos todos, pero no de modo sostenible, ni en igualdad (y menos al grado de intensidad y sostenibilidad que pretenden los conservacionistas). Curiosa Iglesia ecologista esa, que para sostener su obsesión sexual, presupone que la miseria e insostenibilidad deben continuar como están.

Así, como no estamos dispuestos a votar a los que propongan impuestos sobre la repercusión de las externalidades, y tras la excusa nacional-ecologista nos negamos a pagar, la sostenibilidad ya no es posible por métodos de autocontrol, de negociación, ni de racionalización,... sólo quedan los conflictos, los desastres, las hambrunas, las guerras,... que no serán culpa de los malos, ni de los cielos, sino de no haber conseguido que todo hombre tenga su caja de condones a tiempo, ni que todo grupo pague a sus partícipes por el sacrificio que a todos conviene. Ninguna plaga dura siempre, y la metástasis puede parecer un éxito a las células que la transportan, hasta que se les acaba el vivo.

Conservacionismo, renuncia, responsabilidad, penitencia, son lujo para la minoría de ricos, absolutamente extemporáneas al nivel demográfico y de desigualdad social y cultural actual. Inútil y egoísta... pero necesario. Las sociedades y los individuos metabolizarán lo que puedan al mínimo coste posible, somos seres vivos y es nuestra naturaleza, se reproducirán y se perpetuará la miseria cada vez con menos recursos, por lo que cada vez la necesidad obviará más gravemente la sostenibilidad, y hará la brecha mayor entre los que pagan por abandonar cultivos, y los que pagan por cultivar.

Mientras nosotros gordos, absurdos y pedantes, seguiremos con conjeturas sobre el autocontrol, la insostenible y no generalizable austeridad, la protección, y desde las necesidades cubiertas, dándonos unos a otros premios de reconocimiento sobre gestos y fastos inútiles, que calman nuestra culpa. Si algo tiene hoy por cierto la ciencia, siempre en su interinidad, es que la austeridad no es sostenible.

Vale, nuestra sociedad desea metabolizar menos porque entiende que el coste no es rentable en términos de satisfacción y futuro, pero otras sociedades no han llegado a la abundancia, a poder permitírselo. Los países desarrollados concentran hasta 9/10 de su población en áreas urbanas, con las consecuencias en consumo de recursos, bienestar, seguridad, trabajo. Su riqueza se reinvierte en internalizar parte de los costes urbanos, y los que no salen a cuenta, a exportarlos. A efectos globales sólo la mitad de la población vive hoy en núcleos urbanos, y la tendencia

puede que lleve en sólo 40 años a que emigren hasta que la proporción sea 1/3 frente a 3/4, pero no todos somos ricos y el que se vaya la gente a vivir a una ciudad no le otorga agua corriente, fecales, electricidad, médicos, escuelas, seguridad, salubridad.

No hay Planeta suficiente como para que toda la población del mundo haga lo propio en condiciones humanitarias (hoy 1.000 millones de personas viven en chabolas), ni siquiera para que, sin perder sus ventajas, se ruralizaran los ricos (por bienintencionados que seamos, por sensibilizados que estemos, sin rentabilidad no lo haremos voluntariamente). Si en Europa se redujeran a la mitad las emisiones de gases de efecto invernadero, incluidos óxidos nitrosos, CFC's (que parecen influir en el Agujero de Ozono), el metano de los pedos y mi respiración, dobláramos la superficie boscosa, redujéramos el consumo, optimizáramos el reciclaje, la reutilización, erradicáramos a pirómanos, gamberros,...

¿Alguien se cree que los que nos vengan detrás, en su voluntad de llegar a nuestro nivel de vida, no van a sacrificar lo que haga falta para el nivel en el que renunciar o pagar por el recurso es lujo?

Bush anunció un plan de reducción del 20% del consumo de gasolinas en 10 años, claro cada vez hay menos reservas y más gente que tiene coche a nivel global. Se vende como una política ecologista, y se desvían inmensas extensiones de maíz para comer a agrocombustibles.

¿Que más dará disminuir ese porcentaje si en un decenio habremos aumentado globalmente mucho más el número de vehículos! Boeing dice que estudia como reducir hasta un 15% las emisiones de carbónico en un plazo superior a sus previsiones de crecer su producción en esa misma cantidad. En la obsesión de demonizar a la más eficiente, práctica, barata, y limpia pila de carbono: el petróleo; ¿alguien ha pensado en sus beneficios, gracias a los que vivimos al nivel que lo hacemos?, ¿puede alguien entender que sin energía planificable, barata, suficiente, el mundo subdesarrollado seguirá en la miseria?

¿No será eso lo que en realidad estamos consiguiendo con el nacional-ecologismo planteado como lo está hoy?: mantener un mundo insostenible, reaccionario, injusto e insolidario. Vamos al supermercado y hay estantes de comida biológica (¡Curioso nombre!), vino ecológico, carne ecológica, de todo. Argumentos ecologistas pervertidos por intereses empresariales ecolopijos: gracias a los conservantes, edulcorantes y productos mal vistos de esos, podemos comer cosas con garantías sanitarias sin precedentes, pudiendo centralizar y optimizar su producción,

reducir la Huella Ecológica concentrándola, y sin tener que ir a comprar a diario, mejorando la eficiencia energética. Nuestra sociedad se basa en centralizar en depósitos agua, comida, energía, servicios como la educación, o la sanidad, y conservarlos para dosificarlos entre la población y el tiempo.

Grandes inventos de la Humanidad han sido los modos de almacenar, materiales para contenerlos, métodos de perdurabilidad. Ponerle un tapón de corcho a un tarro de cristal y calentar al baño María, lo inventó un confitero de los ejércitos napoleónicos que inició un camino que nos ha llevado a la capacidad de construir ciudades más grandes, por disponer de comida más fácil de distribuir. Conservar mejor la comida, evitar que se pudra el agua, que se desperdicie energía, es eficiente; y sin embargo volver atrás aumentando la Huella unitaria le llaman, atascados en sus obsesiones, ecológico.

¿Acaso es ecológica la ganadería extensiva, con ovejas que campan por eriales manteniéndolos, –conservándolos– degradados como tradicionalmente fueron? Así la venden. Malgastaron el capital hace generaciones, y hoy por no darles de comer demasiado pienso, lo venden más caro, y le llaman ecológico. Estará más sabrosa, pero su nombre es tendencioso. ¿Acaso es ecológica la agricultura realizada sin herbicidas ni fertilizantes químicos?

Depende, pues con la Huella actual, en un mundo globalizado e hiperpoblado, desperdiciar capacidad productiva con tales prácticas, dará lechugas más sanas, pero según se mire más insolidarias.

Decía Wangari Maathai, premio Nobel de la Paz, que el mayor productor mundial de agricultura ecológica, por desgracia, es África. ¿Son estas nuestras propuestas a su desarrollo? Energía solar, agricultura ecológica, homeopatía, autoproducción. ¿Van a construir acero con energía eólica?, ¿pateras de madera?, ¿cerámica con carbón de leña?, ¿parafarmacias? Podemos voluntariamente permitirnos estos lujos, pero no me cabe en mi ya degradada ética, el oír a quien pretende venderle esto a los desheredados.

Los países que tras hacerse ricos han comenzado a internalizar costes, –laborales primero, y ambientales después– disponen de los medios para “limpiar el medio ambiente”, aunque no lo hacemos pues sintiéndonos culpables, y para no pagarlo, nos refugiamos tras promesas e intenciones. En suprema hipocresía pretendemos que los países pobres se ocupen del medio ambiente antes de hacerse ricos, pues desde nuestra

culpa y voluntarismo, exigimos a otros que se comporten como nos gustaría a nosotros haberlo hecho.

En cierta ocasión andaba realizando unos trabajos cartográficos por escarpadas montañas, cuando tras un kiosco de hojarasca encontré a unos tipos con ropa de camuflaje y ramas atadas por todo el cuerpo, que con potentes teleobjetivos estaban acechando un nido de buitre negro. El práctico y pastor con el que iba, me contó que cada semana le pagaban cierta cantidad por una oveja vieja que a él no le servía de nada, y que la mataban para que esos buitres estuvieran bien alimentados y criaran. Todos encantados: el pastor sacaba un dinero por algo que nadie quería, los buitres felices tenían menú asegurado, ellos fotos y reconocimiento entre los suyos, ... pero hacía años que no procreaban. Con gesto de complicidad el pastor me llevó a unos cientos de metros sin que nos vieran los camuflados, y me enseñó varias parejas de buitres negros alimentando a sus pollos, al tiempo que comentaba que “de todos modos, puestos a que estos de ciudad no van a dejar en paz a los buitres y si se sienten vigilados no van a criar, sólo les he enseñado el nido de una pareja vieja que ya poco va a hacer, y así dejan en paz a los demás, que si no andarán incordiando por todo, y sólo conseguirán que los bichos se larguen”.

¿Hasta que punto el conservacionismo con sus obsesiones no se está convirtiendo en otra amenaza, no sólo para los pobres, sino incluso para el medio ambiente, que bienintencionadamente defiende? Como de imprescindibles, de buenas intenciones los cementerios están llenos. ¿Negro? sí, y mucho, no sólo porque estemos muy, pero que muy pasados de injusticia, y demográficamente respecto al tipo de civilización de la que disfrutaban algunos (para plantear sostenibilidad bien renunciamos a la mayor parte de las comodidades, o bien se las negamos a la mayoría del resto del mundo).

El autocontrol, el consumo responsable, los productos ecológicos, la solidaridad, y todo eso, es como el día del ayuno contra el hambre en el mundo, el día sin tabaco, o sin móviles: un símbolo, no una solución. Si no queremos desmontar la civilización tal y como la entendemos habrá que hallar un modo eficiente de almacenaje y conservación de energía, habrá que conseguir reducir –sí, no estabilizar– la población mundial, habrá que considerar a los seres humanos con derechos y deberes por encima de su nación, étnia, color, lengua, y sobre todo habrá que pagar para renunciar. Habrá que pagar en seguridad para la vejez de aquellos que hoy tienen hijos para que les cuiden al hacerse mayores, habrá que

pagar desempleo a quienes los tienen para que les ayuden en el trabajo, habrá que pagar comida a quienes no tienen que comer y pasean sus cabras por las dunas subsaharianas, habrá que pagar a quienes huyendo de sus chabolas deban, –sí, deban– quemar la selva.

Habrà que pagar el coste de la destrucción, de la restitución, del reciclaje, de la degradación, del sacrificio, del control demográfico, de la contaminación, del gasto de un recurso finito.

Los urbanitas deberán pagar a la gente del campo para que se lo conserve, los países desarrollados a los subdesarrollados. Ayunar puede satisfacer a quien ayuna, pero no a quien no ayuda. Claro, es más fácil echarle la culpa al Cambio Climático, y ponerles el título de Refugiados Ambientales, ... más coartadas, más excusas para no pagar.

Norma de conservadores: a veces hay que cambiar algo para que no cambie nada, y el Cambio tiene la ventaja de ser responsabilidad de todos y por ello, de nadie. Nuestro mundo neocolonial impone el precio de venta de lo propio, y el precio de compra de lo de los demás –materias primas y mano de obra– a través de lo que llamamos las leyes del mercado, pero sin una igualdad legislativa de derechos. ¿Puede ser negociado en simetría?

El liberalismo es impedir el liberalismo a los demás: regular la competencia con fronteras, con leyes, lenguas, religiones, afrentas históricas, amenazas militares, bloqueos comerciales, patentes, cuotas de emisión. El nombre de liberalismo internacionalista ha sido secuestrado por un intervencionismo que se hace llamar liberal, en el que se privatizan los beneficios con la socialización de los costes. Lo que hoy hacemos es asignar un presupuesto por bajo absolutamente desproporcionado a la inmensa renuncia a la que obligamos a otros, sin acuerdo, por los santos “x” de los que tienen el poder de definir el precio que están dispuestos a pagar, ayudados o justificados por bienintencionados urbanitas.

Sí, hoy el que no tiene bosque paga al que tiene, el país que ya se ha desarrollado al que se debe desarrollar, pero el precio, como todo en economía lo pone el mercado, no el vendedor. ¡Ese es el truco! ¡Esa es la perversión! El poder saltarse las reglas del mercado apelando al liberalismo, el poder saltarse las reglas de la libertad de las personas apelando a la libertad de los pueblos, el poder saltarse las reglas de la ecología apelando al ecologismo. Igual es por eso que los Estados Unidos no han firmado Kyoto, además de por ser la primera reserva mundial de carbón –que produce más CO² por Kw que el petróleo– pues teniendo la capa-

cidad nuclear que tienen, les resultaría comparativamente beneficioso para lograr mantener la desigualdad mundial, poniendo límites al crecimiento del resto con la energía. Igual le ha visto las orejas al lobo al plantearse un sistema parco, insuficiente, lo que se quiera, pero sistema de colecta de impuestos para los pobres, de imputación de costes ocultos a los ricos por cuotas de emisión... por renunciar.

Igual se niega a comenzar a andar un camino que podría salirle muy caro. ¿Serán tan listos? No creo, me apunto a la primera hipótesis que a tanta elaboración de argumentos. Nuestra sociedad contabiliza sólo el coste de producción, pero no el de su impacto sobre la sostenibilidad tanto natural como humana, no el de la renuncia de otros a nuestro nivel de consumo, no el de la intensidad de la propia sostenibilidad.

Si compro una nevera, se incluye por fin el coste de gases que no dañen al ozono, toda una rareza, pero no su coste de retirada, reciclaje, y no sólo del electrodoméstico en si, sino de cada uno de los elementos que lo componen: las consecuencias sobre la agricultura o los ecosistemas de dedicar espacios a la extracción de metales, la polución de su tratamiento, el coste de regeneración de esas instalaciones cuando dejen de ser productivas, las posibles enfermedades de sus obreros, la insuficiente jubilación, la ausencia de derechos de desempleo, sanitarios, a la educación, las emisiones repercutidas de todos los kilowatios consumidos durante su vida, los gastos que los políticos realizan para tener control sobre el petróleo para fabricar plásticos,... infinidad de costes no repercutidos.

Si vendedor y comprador nos pusiéramos de acuerdo en el precio por leal contrato de servicios, negociando en posiciones de igual a igual, considerando el Ciclo Completo, el Primer Mundo debería destinar parte de sus recursos al Tercer Mundo, las clases altas a las clases bajas, lo urbano a lo rural. No en términos de solidaridad, caridad, o ayuda, sino a cambio de servicios reales: renunciadas, y los primeros no serían tan ricos, ni los segundos tan pobres.

Las ONG's existen fruto del deseo de pagar entre unos pocos, para compensar lo que otros no costean, y claro, no cubren ni de lejos: cometen el pecado de creer en las buenas intenciones. Los pobres de los países ricos pagan mínimas partes de los costes externalizados a los ricos de los países pobres. Sucedería que entonces los pobres al dejar de serlo tanto, estarían dispuestos también a pagar por los servicios de mantenimiento del capital colectivo, subirían los precios pero también habría

más competencia. Reglas bien conocidas de siempre, pero escondidas en asuntos medioambientales tras bruma de los inciensos, que con vehemencia columpian numerosos bienintencionados monaguillos.

Los ricos somos ricos robando a los pobres: imponiéndoles el precio de nuestros productos y de los suyos con legislación, ejércitos, chantaje, estrategias; corrompiendo a sus gobiernos permitiéndoles sentirse de los nuestros; debilitando su posición negociadora apelando a sus dioses, razas, tribus, lenguas y patrias; clamando a su responsabilidad y al a partir de mi, ninguno más.

Los ricos somos ricos –los mileuristas también son ricos en relación al conjunto de la Humanidad– tras la división del mundo en naciones, que no cuestiono en su vertiente de diferencias culturales, morales, religiosas,... emocionales, sino en su distinta capacidad de esconder y olvidar los costes externalizados, repercutiéndolos por no poder no hacerlo, a otras generaciones, o a sus propias miserias. La legislación medioambiental es hoy protectora, tratando la ecología como en el Medievo se trataba a la economía, y no: ¡Debe ser reguladora de la lealtad en los contratos!

El noble cobraba lo que necesitaba y podía de la gleba, y les ofrecía lo que él definía que necesitaban: su protección contra otros nobles, que a su vez cobraban a los suyos por lo mismo. Hoy los salvapatrias, los salvabosques, los salvaclimas, hacen exactamente lo mismo, envueltos en banderas gritan apuntando a amenazas, que lo de menos es que sean ciertas o no.

Los fracasados que no saben salvarse a si mismos, que ni siquiera saben qué ofrecer a los de su entorno, proponen salvar al mundo. Gritan para que el Sistema pueda seguir definiendo los precios fuera de un entorno de mercado realmente libre, en el que vendedores y compradores tengan posiciones equivalentes. Mientras nos escondamos tras el conservacionismo y proteccionismo ñoños, seguiremos en una economía medieval. A mi ya me va bien, pues nací noble, pero la Historia llamará a nuestra época Edad Oscura. Los bancos me cobran las comisiones de mantenimiento de mi cuenta corriente, en competencia se autorregulan, y con legislación de consumo, por si acaso, se garantiza. En entornos regulados homogéneamente, en equivalente explicitación de costes ocultos, las reglas de mercado funcionan, la competencia optimiza.

En la gestión medioambiental es como si la legislación de consumo obligara a los bancos a cobrar las comisiones que debemos pagar

entre todos, colectivamente, hacer lo que se pueda para cumplir, sin que pase nada si no, aunque habitualmente se impongan prioridades más cercanas que lo comprometido, y al conseguir llevar a la quiebra a todos ellos, proponer como solución el ayuno obligatorio y la flagelación de los calvos (por ejemplo). Eso sí, buscando americanos, conspiraciones alienígenas, lobbys de enemigos, o dioses traidores, que tengan la culpa. ¿Estamos tontos?

Exigir a Indonesia que controle sus incendios forestales, que no explote los ecosistemas de los orangutanes, que persiga a quien usa explosivos en el coral, que ordene sus recursos, son servicios que Indonesia puede ofrecer, y nosotros debemos comprar (no que ellos deben ofrecer, y el Primer Mundo puede comprar).

La responsabilidad y el control de cada uno de nosotros en el agua que gastamos, o en la basura que generamos, son meras autojustificaciones de esencia cristiana, para no pagar a cambio de prometer buenas intenciones, no me cobres, prometo portarme bien. Comemos marisco los Viernes de Cuaresma. Podrían ser decisiones para ahorrar, reducir consumo, pagando menos, pero como apenas nos cuesta, pues su valor está desvirtuado ocultando su impacto, son sólo gestos para no sentirnos culpables. El consumo responsable, la agricultura ecológica, el comercio justo, son puro egoísmo, tacañería con pobre coartada.

¿Reutilizar, reducir, reparar? Reglas de eficiencia sustituidas por buenas intenciones con malos resultados, si se quedan solamente en voluntades. Insostenible.

Las sociedades desarrolladas aplican el superávit del valor añadido de su ventaja tecnológica a interiorizar costes antes externos, no contabilizados: comenzamos por los laborales y ahora estamos iniciando el camino de incorporar algunos de los ambientales, pero casi siempre con la regla de priorizar lo propio. Es decir, asumimos costes de sanidad, de educación, de prospectiva, de jubilación, de paro, de derechos, de vacaciones, de bajas incentivadas, de ineficiencias,... de los compatriotas, incluso costes de depuración de aguas, de filtros en las chimeneas, de zonas verdes en las ciudades, de protección de espacios naturales.

El coste de los productos se incrementa porque se puede asumir en el precio, más en su mano de obra, algo en su producción, y más bien poco en las materias primas (son de otros). Así los costes de los elementos producidos en otros países sin estos lujos, o de objetos con escasa elaboración, son proporcionalmente menos dependientes de los costes

de mano de obra, y claro, llega a ser más barato sustituir una rueda que arreglar el pinchazo, tirar los envases en el contenedor de envases, que devolverlos para rellenarlos de nuevo, organizar la compra en bolsas que llevarse cestas o cajas. Tenemos esclavos chinos que nos salen más baratos que pagar nuestros propios costes sociales, y las subvenciones al derroche.

Los neumáticos tienen costes más externalizados que la mano de obra, y las cuentas salen como salen. Subvencionamos la renovación del coche y no su reparación. Cambiamos el ordenador cada tres años, y no sus componentes: están diseñados, como los coches, como los electrodomésticos, para que pasados unos años compremos otros nuevos, no para reciclarlos en otros que vendernos.

¿Hablamos de reducir en una sociedad basada en crecer? Las tasas de crecimiento en el PIB son buenas noticias ¿o no? ¿en qué quedamos: que reduzcamos, o que crezcamos? Dos trimestres en decrecimiento y se monta la de San Quintín. Grandes carteles nos intentan convencer de lo contrario a lo que nos llevan los mismos que pagan esa publicidad.

No por su voluntad, sino por la nuestra, cubriendo nuestra hipocresía con sus argumentos, y lo hacen para defendernos con privilegios frente a otros para que les votemos. Si no lo hicieran les echaríamos... nada, nos imponemos a nosotros mismos una penitencia de 3 Ave-Marías –las 3 R's–, propósito de enmienda, y a seguir robando a los pobres que no vemos para socializar entre los ricos, que con más o menos suerte comparten nuestros privilegios. ¡Apañados estamos si nos quedamos en reciclar, reutilizar y reducir!

Por cada unidad de basura que sale de casa, se han generado 700 hasta entrar por la puerta. ¿Aporta algo sustancial reciclar, reutilizar y reducir nuestros desechos? Por supuesto que hay que hacerlo, es más cobrar caro a quien no lo hace. ¿Mentalizar? Manipular no basta, se nos llena la boca de derechos, pero no de deberes. Los países ricos lo son no por sus recursos, sino por su valor añadido.

Cuanto más valor se incorpora a un proceso de producción –sociedad tecnológica–, o de servicio –sociedad del conocimiento–, y menor riesgo –sociedad desarrollada–, más costes se internalizan como impuesto social al beneficio, los transformamos en derechos y privilegios pero no dejan de ser lujos, y más costes se pueden dedicar a adquirir materias primas y energías a otros (incluido los costes diplomáticos, los militares, los comerciales, que aseguran el suministro).

La avaricia es condición natural de la evolución, y aprovechamos la superioridad tecnológica e informativa para aumentar el valor añadido, deslocalizando los procesos cuyos márgenes se vuelven con el tiempo escasos. Las sobras que despreciamos, otros las valoran. Pequeñeces para unos son, por necesidad, ostentosas para otros, que los aprovechan para bien internalizar a su vez derechos, o para reinvertirlos en tecnología y conocimiento, que les permita en un futuro generar valor.

Son los países en vías de desarrollo, pero difícilmente da para ambos, aunque en ocasiones las migajas se han transformado, con el tiempo, en jugosas. En cualquier caso el valor añadido genera demanda, y así consumo de energía, y demanda de recursos naturales, cerrando el círculo de interés en que quien posee las materias primas, permanezca en situación tutelada de acceso al mercado.

Nadie está interesado en reconocerlo, y la única solución global pasa por una globalización distinta, mucho más dura: pagar por renunciar según lo que esté dispuesto a ofrecer quien renuncia, no quien lo necesita. Pagar por importar, no para proteger el producto propio, sino el ajeno.

Pagar por cuotas de emisiones de gases de efecto invernadero, pagar por controlar la natalidad, pagar por no explotar reservas en zonas protegidas, pagar por recoger y reciclar, etc... y por supuesto cobrar a quien no lo cumple, sin poderse escudar tras legislaciones nacionales y derechos de los pueblos, moviéndose, deslocalizando. Lo que no ha triunfado nunca, ni en la Evolución ni en la Economía, es reducir costes escondiéndolos: con el tiempo acaban descubriéndose.

La sociedad de consumo sostenible sólo puede ser viable, si contabiliza todos los costes y se somete a las leyes del mercado, o sea a las de la evolución, pero para ello, a nivel global, todos debemos jugar con los mismos derechos. Legislar a favor de reducir por intención, sin considerar todos los costes, es a la larga ineficiente.

Como el conservacionismo tal y como la entendemos hoy, –proteger evita pagar, obligando a quien puede, al precio que el que legisla quiere ofrecer–, lo han intentado los regímenes comunistas, ofreciendo sueldos según lo que se podían permitir, y se hundieron.

Aunque lo entendiéramos y aplicáramos, –hoy hay quien paga moratoria nuclear, loable intento de internalizar un coste, que para una que aplican con criterio, lo hacen abducidos por las obsesiones de los ideólogos ecologistas–, no sería suficiente si no fuera a nivel global.

Necesitamos una globalización mucho más allá de la que hoy tenemos, que no tolere el uso de las fronteras, como nichos especializados entre el paraíso fiscal, el medioambiental, y el laboral. Necesitamos dejar de escondernos tras excusas de clase, ecológicas, conservacionistas, reguladoras, nacionales. Necesitamos la liberalización leal y ecuaníme de los mercados, y del medio ambiente.

Promocionar el consumo al coste del Ciclo Completo. Yo no ayuno, pues la comida que dejo de ingerir en semejante estupidez, es inútil respecto a que un hambriento obtenga así algo que llevarse a la boca. Como símbolo vale, pero gesto y solución no son lo mismo, no funciona así, lo siento.

No y no, sin una regulación igualitaria de los costes entre territorios no es aplicable la Ley de Mercado, y eso no es posible sin una legislación por encima de la nacional, sin Ciudadanía Global, que es a su vez Globalización Fiscal. No es posible sin pagar por importar tanto más, cuanto mayores sean los costes que no nos repercuten en los productos que otros nos venden, en vez de protegernos levantando los aranceles, o estableciéndolos en base a nuestros costes. En la sociedad occidental hay salarios mínimos, derechos sanitarios, seguros de paro, alfabetización y educación generalizable, jubilaciones.

Un empresario que desee vender más barato, no puede imponer costes ilegales con trabajadores en jornadas fuera de convenio, no puede echar a la calle a quien quiera en cualquier momento, no puede someterse a las leyes de reducción del coste, hasta que llegar a lo que el mercado está dispuesto a pagar, en cambio a nivel mundial, amparado en la Ciudadanía Nacional, con estados que dan a sus administrados cobertura según sus posibilidades de definir los precios, si puede hacerlo.

Las multinacionales pueden permitirse ser más ineficientes, menos innovadoras, y cubrir su inutilidad desplazando los costes a quien no los puede repercutir, a nuestros herederos, no asumir aquellos que nos legaron, pasarle al medio ambiente, e incluso a la salud colectiva, los costes que pueden externalizar. Es hoy lo que llamamos Globalización, aunque en realidad es el nacionalismo y clasismo de siempre: utilizar las fronteras, lengua, étnia, historia, credo, familia, y sangre, para definir derechos y deberes distintos a gentes nacidas iguales.

En arrebató optimista y positivo que desearía fuera visionario, Carl Sagan pronosticaba que “Los viejos intereses raciales, sexuales, religiosos, hasta el fervor nacionalista rabioso, están dejando de funcionar.

Una nueva conciencia se está desarrollando, ve a La Tierra como un único organismo, y reconoce que en guerra consigo mismo se condena”. ¡Ojalá!, pero la esencia del ser humano es el tótem, la causa, la categorización de la diversidad entre buena y mala, la tozudez en los prejuicios de su cultura, contra otros... quisiera equivocarme.

CAPÍTULO 9

LO QUE LA VERDAD ESCONDE

En las selvas sudamericanas habitan, entre otros espíritus, la Madre-monte o Madreselva, que castiga a los que perjudican la selva, y al bañarse en los manantiales inunda las vegas. Con ella el Mohan o Poirá, es el diablo del mundo, que cuando se enfada con los hombres por su abuso, les manda también inundaciones. La sabiduría indígena no le echa la culpa al dios de la lluvia de los desastres naturales, sino los tiene por castigo al mal actuar del hombre en su entorno.

Tal vez tengamos programada cierto masoquismo social al necesitar pedagógicamente de la catástrofe y la tragedia para sacar músculo, apiñando a ciudadanos libres en bancos pelágicos, para sentir controlado así el pánico. Tenemos querencia por el drama y el dolor, y distinguimos entre suceso o acto, es decir, entre reacciones de resignación o furia según podamos identificar, con motivo o sin el, culpable.

Las curias parecen consolarse si se producen debacles que puedan ser atribuibles a la promiscuidad, los patriotas parecen consolarse si se producen dramas asignables a contraposiciones territoriales, los ecologistas necrológicos parecen consolarse si un Chernobil demuestra sus tesis, los opositores parecen consolarse si los datos de paro son malos o se entra en recesión. Regodeo del escarmiento. ¡No, si ya se veía venir!

Y automática y oportunamente usarlo como prueba de su tesis, aunque en ocasiones no tenga demasiado que ver. Consolarse en sentido tristemente didáctico: como sucedáneo de verificación experimental con bula de no precisar rigor. Los desastres agrupan, unen, y hacen fuertes a las ideologías que oportunamente los reivindican como castigo a la traición de su causa. La catástrofe que a todos enseñara sería la que nadie sobreviviera.

La mitología ambiental interesada afirma que sin duda (sic) la mayor parte del cambio climático es de motivación humana, aunque como todos los mitos, es tal el retorcimiento de la realidad que lo originó, que es tremendamente difícil reconocerlo tras las cortinas de intereses y conveniencias que lo manipulan. Es cierto que la mayor parte de los modelos así lo prevén, eso sí, modelos subvencionados subjetivamente con un fin, en razonamiento circular por el que dan por supuesto lo que pretenden demostrar, no siempre con suficiente carga de prueba experimental, a menudo hasta pseudocientíficos por obtener con menor rigor el mismo beneficio en prestigio.

Como los modelos bursátiles o quinielísticos, atinan más que el azar, pero su fiabilidad a largo plazo no está contrastada. El agua por caer, la supuesta mayor frecuencia de eventos extremos, y todas las excusas para olvidarse del abuso del hombre sobre el suelo, serán plausibles, pero ni de lejos tan contrastado ni grave, como las consecuencias de la actividad humana sobre el agua que ya ha caído. Debe ser condición humana ser optimista con lo sucedido, y pesimista con lo que ha de suceder. No importa tanto la frecuencia de un huracán como que las infraestructuras estén descuidadas, no importa tanto la frecuencia de una precipitación extraordinaria como que los cauces puedan drenar, no importa tanto la intensidad de una sequía como la capacidad del suelo en almacenar agua útil para las plantas, pero interesa porque reconforta que así lo creamos.

Los fenómenos meteorológicos extremos puede, y sólo puede, que se intensifiquen en el futuro por causa humana, pero es seguro que los desastres naturales así lo harán aunque lo primero no suceda, incluso aunque al clima le diera por hacerse inusualmente blando y ordinario. Ante la pesca de cientos de millones de tiburones de cientos de especies cada año, a los que en vivo se les corta la aleta dorsal, y se devuelven agónicos al agua, con las imágenes de fondo anteriores, lo que preocupaba a la voz en off de un documental de turno, era la influencia del

Cambio Climático en la población mundial de escualos. La realidad es incordiosamente persistente, tanto como nuestra manía en cambiarla según justifique nuestra razón interesada. Heine no rectificaría sus versos más generosos: “Desde que se ha dejado el cielo a los ángeles y los gorriones, la tierra se hace cada vez más irreal”.

El agua se comporta en base a escasas leyes físicas: la gravedad (cae con la aceleración, y por tanto fuerza, que le permiten los obstáculos); la continuidad (no se rompe sin provocación); es susceptible al rozamiento, tensión, y tiene querencia hacia ciertos coloides moléculas e iones (y viceversa), o sea, moja y disuelve; no se crea ni se destruye, sólo se transforma de estado y traslada de lugar; y poco más. Todas muy básicas. Las sofisticamos con ecuaciones y aparatos matemáticos que prevén con mejores o peores, sencillos o complejos modelos, su comportamiento, y con ello podemos analizar y especular con buen criterio sobre lo que podemos esperar de su movimiento, y en el extremo sobre los riesgos de lo que mal llamamos desastres naturales, que salvo erupciones, tsunamis, y fenómenos más allá de la ecología, tienen que ver con el agua. Nos entrometemos con nuestra acción muchísimo más en la hidrología, en como se comporta una vez ha caído, que en la lluvia, y los modelos de medición son contingentes. Tenemos mucho mejores modelos hidrológicos que pluviométricos, y en todos la modificación climática de lo que llueva, y como lo haga, es casi lo de menos.

¿Qué es una sequía? Es un concepto no sólo amplio, sino interpretable según el interés y experiencia de cada uno. El agua mantiene siempre lo que se llama Balance Hídrico, lo que cae del cielo se reparte entre lo que se moja o hace charcos –lloviendo sostenidamente un bosque se moja hasta 50 litros en 24 horas, mientras que un suelo yermo puede dividir por 10 esa cantidad– lo que se filtra en el suelo y subsuelo –que puede beberse hasta 10 litros a la hora si está sediento– y lo que escurre y se va para abajo –en el peor de los casos no corre el agua si llueve menos de 15 litros en un día, y en el mejor, con un bosque frondoso, puede absorber hasta 100, y precipitaciones de esa magnitud superan habitualmente la máxima ordinaria anual (no así las de recurrencia –probabilidad– mayor a un par de años). Es por ello que en climas secos hay torrentes, y en climas húmedos los cauces son permanentes.

De lo anterior, a su vez hay parte que se evapora y otra que las plantas transpiran, además lo que escurre también se filtra y evapora. A cambio de mejorar la infiltración, la estructura hidrológica del suelo,

dosificar el agua, reducir la escorrentía, hacer que parezca que llueve menos, hacer que el microclima de un bosque es más benigno, hacer que uno se refugie bajo una buena copa si llueve, la vegetación cobra el impuesto de la evapotranspiración –aquella parte del agua que consume, y además la gasta en fijar CO₂, ¡todo un chollo!–. En esencia no deja de ser una ecuación conceptualmente sencillita, complicable en forma, todo lo que se quiera en modelos tremebundos con sobrecredibilidad informática, pero cada sumando de ella es influíble por nuestra acción: incluso la precipitación, pero no sólo la precipitación.

Modificamos la superficie permitiendo que haya más cosas o menos que mojar; las pendientes para que haya más o menos lugares donde el agua se quede atrapada; la capacidad de infiltración del suelo (si cementamos y asfaltamos el suelo es como si pusiéramos un plástico sobre el); modificamos la estructura de vegetación que con sus raíces, materia orgánica en descomposición, y fotosíntesis, consumen más o menos; los caminos y velocidades a las que lo que sobra se va hacia el mar. Del cielo caerá lo que caiga, pero será en el suelo donde nuestra acción provocará una mayor o menor probabilidad de un desastre natural hidrológico, o una sequía.

La sequía no es lo mismo para una agricultor, es decir, para la producción que espera de sus plantas, que para un consumidor de agua que espera abrir el grifo y ducharse. Como concepto es más una definición de expectativa y necesidad, que de realidad. No llueve en función de lo que necesitamos. Nunca llueve a gusto de todos, porque no esperamos lo mismo. La sequía técnica depende de la necesidad, la sociológica además del deseo. Necesitamos y deseamos cada día más agua, y aunque llueva más no basta.

Imaginemos un hormiguero construido cerca de una carretera, y a una hormiga meteoróloga que le ha dado por medir cuanto llueve... bajo la carretera, tras capas de alquitrán tendrá un desierto, bajo la cuneta se inundarán frecuentemente los pasillos, bajo un campo según esté en barbecho, o en regadío, o en fertilización, o en pendiente, o como se ha arado, bajo unas matas menos, según las capas del suelo en profundidad se encharcará o drenará, habrá más o menos poros y por tanto agua. La Reina del Hormiguero frente a tanto Cambio Climático, igual deja de escuchar a la hormiga científica, prefiere a las paracientíficas, y comienza a hacer sacrificios a los dioses de las hormigas, oyendo a sus sacerdotes, para aplacarlos y de paso así no tener la culpa de haber elegido un

mal sitio para construir su hormiguero. Toda hormiga reina prefiere un Katrina a una crítica. Cuando hay bosque pensamos que llueve más y mejor, que hay más humedad, y es sensación hidrológica, no climática, que esta se guía por masas de aire a distintas alturas, nubosidad, u orografía, respecto a las que el bosque concreto al que nos referimos, no es más que una anécdota. Lo que llamamos microclima nada tiene que ver con el Cielo, sino con el Suelo.

Hay infinidad de simuladores y fórmulas que indican la influencia de cada factor sobre cada sumando del Balance Hídrico, y cualquiera afectación humana sobre ellos lo modifica de modo muchísimo más comprobado y grave que la temperatura, que sólo indirectamente puede, siendo la parte menos fiable y pronosticable de lo medido, modificar la propia precipitación. Modelos, tablas, gráficos, mucho más probados y sencillos que los climáticos, y a pesar de ello, con distintos márgenes de confianza y error. Los tenemos y nadie aprecia. Todos lo sabemos. Si se construye una urbanización, y se sustituye una garriga por una calle cuesta abajo, el agua que no pasa al suelo y que drena, se puede multiplicar por más de veinte veces; si se incendia un bosque, el agua que antes mojaba las hojas, que antes se dosificaba para filtrarse poco a poco, baja en tromba hacia los cauces reconfigurados para construir calles y aparcamientos, donde hemos colocado nuestros pueblos.

Un agricultor opina en función de si tiene o no agua suficiente para lo que desea hacer, igual vive en Almería, ha invertido en invernaderos, y precisa de un agua que nunca ha caído como promedio allá; pero sobre todo, pues lo anterior aunque obvio a veces se medio olvida, “mide” su experiencia climática condicionado por lo le gustaría que lloviera, y por lo que las plantas creen que llueve.

¿Cuánto cree que llueve una planta?, pues depende del suelo tanto o más como del agua. En una playa tropical de clima húmedo, por mucho que caiga no crece vegetación porque el suelo no retiene agua, es como si no cayera un litro, simplemente se filtra sin que haya estructura en el suelo para ponerla al alcance de una raíz. Una planta en una duna tropical “cree” que no llueve, y por eso nos podemos tumbar en la arena. Las raíces en suelos que no retienen el agua en condiciones que puedan absorberse, son como náufragos muriéndose de sed sobre el mar. La “potabilizadora” para las plantas es la estructura edáfica, y así el agua “potable” para la vegetación depende de la estructura edáfica. Del mismo modo un terreno muy arcilloso, llano, y/o con capas de subsuelo impermeable,

puede llegar encharcarse en climas secos. Un cultivo en una pendiente que se are siguiéndola, haciendo que los surcos sean canales por los que la lluvia drene, creará que llueve menos que un centenar de metros más allá, o varias veces menos (no porcentajes, sino veces), que si los surcos siguieran las curvas de nivel. Según su acción sobre el suelo el agricultor opinará sin dudar que cada vez llueve menos, y diría lo mismo aunque le demostráremos que llueve más y mejor que antes. Protestar, reivindicar y recordar selectivamente pasados mejores, son modos baratos de obtener privilegios, de culpar al cielo de los propios abusos.

El agua es una molécula eléctricamente polarizada, por un lado es positiva y por su contrario negativa, así que por un lado puede querer a iones o colóides cargados negativamente, y por el otro positivamente. Por ello es un buen disolvente de sales. También tiene una determinada tensión superficial, se pega a las paredes de un tubo, propiedad por las que en determinadas condiciones hace burbujas. Pues bien, en agronomía el agua que se mantiene unida electrostáticamente al sistema coloidal del suelo (principalmente formado por arcillas y materia orgánica), se llama higroscópica y sirve de almacén; el agua que se mantiene entre los poros de las partículas por su tensión, por sus ganas de mojar, capilar; y la que se queda en cola, porque debajo hay todavía más agua, o una capa impermeable, gravitacional. Pueden intercambiarse y ello depende del propio suelo. Sólo parte del agua capilar es absorbible por las plantas —se le llama Capacidad de Campo—, y su cantidad en el suelo depende de su temperada composición, que nos empeñamos en reventar con nuestra acción. Un suelo mal equilibrado puede recibir más agua que nunca y la planta, y por ello el agricultor, creará que llueve menos.

Así un suelo arenoso, y sin apenas humus, precisará que llueva varias veces más, y de modo más regular, que uno con buena proporción de arcillas, ... y hablamos de multiplicar por enteros, no de un porcentaje más o menos reducido en función de la variabilidad de precipitaciones año a año. El agua higroscópica puede intercambiarse con iones según lo que se llaman series liotrópicas, por querencia mayor o menor en función del ph y de más variables; el agua gravitacional puede rellenar los poros a medida que se consume. Un sistema muy fino, que depende más de la composición del suelo que de lo que llueva. Si cultivamos abusando del riego, o de los fertilizantes inorgánicos, del arado en pendiente, descompensamos ese frágil equilibrio en un proceso tipo bola de nieve, por la que según insistamos en abusar, para que crezcan las plantas lo

mismo, habrá que regar y fertilizar más. El suelo se “engancha” a los compuestos NPK, como nosotros a la nicotina o a la heroína.

Retirando la materia orgánica reducimos el agua higroscópica y la porosidad, aportando masivamente iones de nitrógeno, fósforo, potasio, y más, secamos el suelo. En el extremo, de tanto regar con agua “dulce”— que no destilada y algunas sales tiene siempre disueltas— si cada vez el suelo las va captando, se saliniza, es decir, se cree que lo poco que llueve es agua de mar. Son inmensas, apabullantes, los millones de hectáreas que en las últimas décadas han padecido estos procesos, y siendo terrenos improductivos que han desplazado su producción a otros lugares, pues la demanda no ha menguado, sigue lloviendo lo que llovía, aunque a nadie le importe más que cuanto ha cambiado la precipitación.

Cuando concedemos este argumento como válido aparece la palabra indemnización, a menudo vinculada a la Coartada del Cambio Climático, y la verdad es que se precisaría uno a medida, para que no creyeran que lo hay. Después de que se desviarán los ríos Sir Daria y Amu Daria para plantar algodón, que no se come, el Mar de Aral ya no existe, y su puerto principal de Aralsk está a 100 Km del agua más cercana. Tampoco existen esas mismas inmensas extensiones, que en época soviética se pusieron a cultivar con riegos y fertilizaciones abusivos. Los suelos están salinizados, degradados, irrecuperables a escala de tiempo humana. No tiene nada que ver con ningún Calentamiento Global, ni con los barcos varados entre dunas y lodos agrietados que aparecen en las fotos que hablan de ello (¿Qué manía la de incluir siempre como imagen gráfica la corteza de lodos de sedimento aluvial agrietada de algún lago, meandro, o vega de ríos en los que es natural que suceda!, resultará ilustrativo, pero la asociación que se establece es desde el punto de vista medioambiental perversa.

¿Qué tendrá que ver con la Sequía que los limos erosionados aguas arriba se depositen? En todo caso pueden en ocasiones indicar sobreexplotación del suelo en las cuencas hidrográficas). Todo abuso es una consecuencia económica del exceso de beneficio, de la diferencia entre coste y precio, entre riesgo y premio, y eso se da en mercados intervenidos, en las contabilidades de Excel, sin competencia leal, que los pondera a medio plazo. Si el precio no incluye todo el coste, crea falso beneficio de desplazarlo a otras cuentas, no de la optimización. Abusar del riego, de los fertilizantes, del tractor, sucede por ser barato respecto a sus consecuencias. Podríamos establecer una analogía con el abuso

del uso del petróleo: al agua la consideramos algo bueno, y en exceso envenena el suelo, es tóxica... pues resulta parecido a lo que sucede con la Pila de Carbono, pero en cambio la adjetivamos de “mala”, y mala es nuestra gestión del recurso hasta dosis tóxicas, al no incluir en su precio todo su coste.

Ni el petróleo ni el agua son buenas o malas, es su uso lo que hace que sea más ventajoso o menos, a corto o largo plazo. Ambas son baratas, demasiado baratas, y por ello candidatas a la sobreexplotación. En menor grado sucede algo parecido con las plantaciones de eucaliptos –como los chopos, como los naranjales, como los olivares, no son bosques, aunque estén compuestos de árboles– cuyas hojas contienen taninos, que son de difícil descomposición por los microorganismos del suelo, y con dificultad pasan a formar parte de la estructura coloidal. Por ello, y porque crecen rápido, y por tanto consumen agua en esa proporción, “secan” el suelo, aunque de ahí a convertirse en bestia negra por obsesión de la correspondiente pancarta furibunda, hay un buen trecho. Discriminación frente a los albaricoqueros, o los patatales. Como todo, no hay actividad de obtención de recursos que no sea insostenible en su exigencia máxima de sostenibilidad con criterio de ricos: no pagar por conservar lo de otros como está, siempre se sacrifica algo, a veces algo de biodiversidad, a veces paisaje, a veces ecosistemas más maduros, otra cosa es que ese algo sea recuperable, que consuma en exceso capital a costa de la renta.

Los eucaliptales no son ni buenos ni malos, pueden ser más adecuados o menos, más rentables o menos respecto a lo que nos obliga a prescindir en paisaje, avellanos, o urogallos, pero al transformarlos obsesivamente en atentado ecológico, perdemos de vista su uso en pasta de papel, en protector del suelo frente a las tormentas, en sostenedor de la economía y trabajo rural, una vez las cuotas lecheras han obligado a dar alguna salida al exceso de prados. Los eucaliptales no sustituyen robledales como algunos dicen, entre otras cosas porqué tienen limitaciones en su tolerancia a heladas, y por tanto los casi incompatibilizan con los nichos de aquellos, sino a prados que ya no sostienen a familias viviendo de las vacas. Obviamente todo se debiera gestionar, y como un propietario de un solar no puede construir lo que le venga en gana, tampoco debiera poderse colocar cualquier explotación agraria, forestal o ganadera, en cualquier lugar, sin consideraciones a su adecuación (eucaliptales en suelos secos, o en prados altos, o en enclaves de castaño, o

en extensiones excesivas de monocultivo), pero si deseamos que otros no los usen deberemos pagarles por ello, y no consumir los libros de papel satinado que en su gracia editamos para contar en ellos, con muchas fotos, lo malos que son.

En ubicaciones húmedas de la Cornisa Cantábrica, (donde llueve abundantemente el suelo es menos frágil frente a su estructura hidrológica), el sotobosque del eucaliptal es espectacular. En algunas regiones subtropicales del Brasil se están cargando el sistema hidrológico del suelo, en otras la selva se regenera con fuerza a su cobijo y por su gracia, todo depende, y como tal todo es gestionable. Ordenación, organización, sensatez, ecologismo positivo, que la obsesión perjudica tanto como el desparrame. No es una cuestión de repoblar con planta autóctona o no, sino adecuada o no. Los castaños no son autóctonos, las encinas en exposición Sur no son autóctonas a la misma altura que las que miran a Norte, los acebuches lo serán en tal zona de tal provincia, pero no en las montañas de más allá, aunque las gestione la misma administración.

El concepto de autóctono se provincializa fácilmente, y un pinar puede serlo en un momento dado de recolonización, y no de un estado previo, o posterior de la serie de comunidades vegetales que se suceden en la transición geobotánica. En realidad debiéramos hablar más propiamente de series fitosociológicas autóctonas, cuya adecuación depende no sólo del lugar, sino también del momento de su evolución (sembrar pinos en eriales degradados sin preparar el suelo rinde poco, o plantar robles después de un incendio no funciona, aunque lo que se incendiara fuera un robledal). Es caro tener un hijo que nazca ya con la mili hecha.

Imponer semejante criterio sin negociación con otros intereses distintos al lujo de una biodiversidad local puede ser o no apropiado, tal vez lo sea en ciertos lugares y en otros no, tal vez sea bueno para el medio introducir matorrales norteamericanos en zonas desérticas, o gramíneas foráneas que limpien suelos contaminados, o eucaliptos en Etiopía para que sus gentes puedan vivir de algo. De nuevo el imponer criterios a otros sin negociar ni pagarles, sólo por ser más fuertes, por hablar un lenguaje que sólo se entiende a si mismo, o creérselo con la intransigencia de una ideología excluyente.

Puede haber casos en los que la economía rural del lugar recomiende que el sacrificio de sostenibilidad compense, en otras no, estará limitado por los riesgos, por el consumo de renta, pero no a base de imponer conservación, de prohibir, de no pagar, sino de negociación y acuerdo.

Los pinos radiata del País Vasco son especie introducida, de la que viven trabajadores y aserraderos, no llegan a consumir el capital del suelo pues mantienen su productividad, a costa de no tener tanta biodiversidad, sería más sostenible renunciar a ellos, si aplicamos el criterio de sostenibilidad de los ricos sin duda, pero a costa de erradicar la población que vive de ello. ¿Compensa? Unos opinarán que sí, otros que no, y ninguno tendrá razón. Todo es negociable, e igual en otra ubicación o circunstancia, da más estabilidad mejorar el paisaje y vender agroturismo. Todo depende, pero no es válida una política genéricamente conservacionista, en todo momento y situación, de imposición de uno de los extremos de la negociación (como no lo es una genéricamente produccionista). Vivimos con recursos del entorno, y todo cuesta algo. Dentro de la sensatez cabemos mejor.

No sólo para las plantas, sino que un Cambio Climático para que pareciera que no hay Cambio Climático, no podría ser el mismo en el mundo rural que el del consumo por las personas. Para que deje de ser coartada, debería haber tantos como grupos humanos de interés. ¿Cuánto cree que llueve un humano?, pues depende de cuanta agua le llegue al grifo, de cuanta se haya acostumbrado a necesitar –hoy consumimos el doble por cabeza que hace una generación, y ni llueve, ni captamos el doble–, o de cuanta sensación mediática le bombardee con desastres hidrológicos.

Se mide la sequía en hectómetros cúbicos disponibles en almacenes de agua, sean pantanos, caudal de manantial, o aguas subterráneas. Evidentemente dependen no sólo de lo que recogen, sino también de la demanda, aunque a veces se nos olvide, si bien incluso en lo que acopian tenemos algo que ver, y desde luego de varios órdenes de magnitud más que posibles modificaciones en el régimen pluviométrico, de las que hoy por hoy no tenemos más que elucubraciones, y cuya regla más plausible la escribió Murphy.

Al tiempo que encendían cirios o sacaban a pasear al Santo, nuestros antecesores recogían de sus tejados el agua para el aljibe, acomodaban producciones de sus campos y sus costumbres a la disponibilidad, e incluso algunas ciudades tenían sistemas de recolección de aguas de sus calles en grandes depósitos subterráneos (hoy habilitados como aparcamientos). El que exista la posibilidad tecnológica de hacer llegar agua a un páramo árido, no significa que podamos dedicarnos a sembrar lechugas, y reivindicar por causa de la sequía que nos hagan un trasvase,

o instalen una desaladora. Un día de lluvia en una ciudad de hoy es una gymkhana sorteando los chorros de agua de los desagües, que a su vez drenan a un sistema de evacuación, que ni se les ocurre hacer otra cosa que darle salida hacia abajo. Para que no hubiera sequía debería llover más cantidad de modo más regular de la que históricamente ha sucedido. Por poco que llueva cualquier calle en pendiente se convierte en un torrente, y si es llana en un plantío de charcos.

El clima cambia y es variable, es como es y no como nos gustaría que fuera. Los depósitos subterráneos se alimentan principalmente del agua que filtra por gravedad, y los pantanos por el agua que escurre en superficie. Si modificamos las condiciones de infiltración y de escurriencia, independientemente de la demanda, modificamos la oferta. Eso lo hacemos muy bien y con gran impacto rotando matorrales para cultivo, urbanizando y construyendo infraestructuras, quemando bosques. Conseguimos que haya menos agua lenta, que sea bebida por el sistema edáfico, y más agua rápida, que llega en superficie presta a su destino: siempre para abajo. Frente a su energía se va más de la que se iría si la pudiéramos ir dosificando.

Todo eso es bien sabido, y no son cuestiones de probabilidad, es lo que hay, y me dirán que una cosa no quita la otra, en lo que disiento, pues la politización del argumento del clima está pasando lentamente, sin casi querer la cosa, el foco de atención pública, de presupuestos, de la ordenación del territorio con criterios probados, a la ordenación del clima con elucubraciones más o menos fundamentadas. Lo cortés no quita lo valiente, salvo que haya que repartir el presupuesto entre ambos.

En plena tormenta convocó el capitán a la asustada marinería, y les explicó que el barco estaba diseñado para no poderse hundir. Les explicó el Principio de Arquímedes, y para que lo entendieran se puso a dibujarlo en una pizarra. Al darse la vuelta para ver si lo habían entendido, se los había llevado el capataz y estaban todos fuera, trincando la carga para evitar desplazamientos.

Mientras nos cuentan teorías sobre el Calentamiento Global, hay muchas acciones prácticas, inmediatas, útiles, que nuestros gobiernos pueden realizar para influir sobre el agua cuando ya ha caído, en vez de mentalizarnos como si fuéramos a un show de hipnotismo a reírnos de los demás. La misma dinámica del agua que escurre sin freno, cuando no hay vegetación que la pare, que se moje, que ayude a filtrar lentamente; hace que baje en ocasiones agresivamente, y se encuentra

con cauces preparados para evacuar caudales menores, no porqué antes lloviera menos torrencialmente, sino porqué antes escurría menos por haber más bosques. No sólo eso, sino que un puente, un tubo, un muro de contención para poder construir un campo de fútbol, o una chopera, o un parque urbano —que será todo lo bueno que se quiera, pero no es una actividad ecológica per se— estrechan en determinados puntos el lugar por el que pasa el agua, a una energía cinética aumentada por no tener tanta piedra y ramas con las que rozar. Lugares adecuados para taponarse con todos los arrastres de lodos, ramas y porquería, que tal energía incrementada por nuestra acción transporta, y la sobreexplotación aguas arriba cede.

Puede que el hombre sea capaz de modificar la fuerza del agua al llover, el régimen pluviométrico, dudoso y desde luego no en el mismo orden de magnitud, pero es seguro que con sus actuaciones incrementa su energía cinética al drenar, convirtiendo en el Balance Hídrico agua lenta en agua rápida, y concentrándola en el tiempo. El agua sólo baja a la velocidad que impone la gravedad, condicionada por la inclinación de la pendiente, si esta de repente es menor, no lo es su inercia, y como no se rompe, se adapta a la sección de evacuación que tiene disponible, claro, en alguna de estas desborda con esa energía que traduce en fuerza, y como la probabilidad es menor que la memoria humana, pensamos que normalmente no lo hace.

El Ayuntamiento había concedido licencias de construcción, por las que cobró, y lo de siempre: damnificados, subvenciones. Esa misma administración puede que haya destinado parte de su presupuesto en una Oficina contra el Calentamiento Global. Excusas. Nuestros mayores que han vivido toda la vida cerca del río afirman sin dudar que ya no es lo que era, e incluso sin Cambio Climático es imposible que no lo sea.

Los incendios que sucedieron en la cuenca alta, los embalses, los encauzamientos, los puentes, los vertederos, los desvíos, la sobreexplotación agrícola y ganadera, actúan sobre los caudales sin que tenga nada que ver con el clima. Mientras el color cambia: los ríos se pintan del marrón de la erosión. Las inundaciones son siempre de barro más que de agua, agua rápida que arranca la productividad del suelo, literalmente llevándose, por uso inadecuado agrícola, minero, por incendios, por pastos de miserias, síntoma contundente de la modificación hidrológica del Balance Hídrico. Mientras el Nodo, digo Telediario, erre que erre, siempre dejando entrever sin afirmarlo, que el clima cambia. Barro, siem-

pre barro, y el barro no cae del Cielo. ¡La calle se convirtió en un río! ¿no será que el río se había transformado en calle? Docenas de llamadas a los bomberos por garajes inundados, como si por subterráneos la ley de la gravedad, fuera de menor rango que la normativa municipal.

No sabemos si la fuerza de las tormentas será consecuencia de ello, pero sí sabemos que tenemos una influencia directa en la fuerza de sus repercusiones, por las que medimos lo primero. No sabemos si hubiera sucedido en ésta fecha el Katrina si no hubiéramos desarrollado la Sociedad Industrial, pero si sabemos que de tener una ciudad ahí, con los muros de contención en el estado en el que se hallaban, algún huracán hubiera producido los mismos efectos, con o sin Calentamiento. Medimos la fuerza de la naturaleza por sus consecuencias, pero podemos hoy tenerlas mayores con menores furias naturales. Depende más de nosotros, y en mayor magnitud, que un Cambio Climático, que en enésima derivada se atribuya, bastante dudosamente, a tormentas más fuertes.

Un caprichillo del Niño ha producido históricamente mucho mayores tormentas y sequías que las que amenaza el Calentamiento Global, lo que no sabemos es si éste puede provocar mayores, o más frecuentes Niños, (hay modelos que así lo pronostican, incluso llegando a advertir apreciable probabilidad de ascensión de corrientes templadas en la costa del Perú de modo permanente, lo que sería grave, pues reduciría la pluviometría en el Amazonas (que es responsable del sumidero de un quinto del CO² mundial), y en las selvas indonesias, y por tanto incrementaría el efecto... plausibles y elaboradas conjeturas, cuyos autores insisten en círculos especializados en que se trata de probabilidades, de riesgos, no de certezas, lo que se suele omitir en el dramatismo de los medios de confirmación.

Que en pleno monzón llueva mil litros en Bombay –Julio de 2005–, puede ser un evento extraordinario de mayor periodo de recurrencia, que la serie de datos históricos medidos, puede ser un evento extraordinario de mayor periodo de recurrencia, que la serie de datos históricos medidos, o puede ser consecuencia de un Calentamiento Global, sencillamente no sabemos diferenciarlo.

Lo que sí sabemos es que si convertimos el 90% de los manglares en suelo urbano impermeable, en la ciudad de mayor densidad del mundo, desviamos el curso del río Mitra 90° para ampliar el aeropuerto, lo utilizamos de alcantarilla, y reducimos su cauce de crecida aplanando e instalando chabolas en sus lados, lo raro es que no haya más muertos,

pero es fácil y barato echarle la culpa al Cielo. Entre Viena y Bratislava el Danubio no sólo está encajonado por mampostería en secciones menores que aguas arriba y aguas abajo, sino además de desviado de su lecho, cegados cauces secundarios, ¿a cuento de qué las referencias a calentamientos globales cuando tienen inundaciones?

Que haya una ola de calor en París, en los que en un solo día de 2003 murieron tres mil ancianos, puede ser un fenómeno de recurrencia extraordinaria o no, ni idea, no lo sabe científicamente nadie. Lo que si sabemos, es que las viviendas están construidas a menudo con techos impermeables pero no aislantes del calor, con pizarras o tela asfáltica negra, en un entorno de calor urbano, varios grados por encima de las mediciones de temperatura situados kilómetros más allá, en el campo. Es más barato para las autoridades afirmar sin aval científico que la culpa es del clima, decir que hay que poner macetas en las terrazas, o usar menos el coche, que asumir responsabilidades urbanísticas, o meterse en berenjenales laborales por optimizar el uso de los vehículos liberalizando los taxis (cuyo mayor coste es la amortización del derecho de exclusividad: impuestos que llamamos concesiones).

Mientras asfaltamos y embaldosamos aceras, impermeabilizando el suelo que rodea al arbolado urbano, al que podamos para que no moleste, y rodeamos de losas de hormigón para que no tropiece la gente, o los carritos. Mientras hacemos aparcamientos o paseos en vegas y dunas. Mientras recanalizamos el desagüe según teorías de conducción que poco tienen que ver con las leyes de la recurrencia, de la gravedad o hidráulicas, sino con la necesidad urbana. Diques, tubos, muros, excavaciones, rellenos,...

Hay más cáncer de piel que nunca, buen argumento para vendernos protectores solares, que si el ozono, que si las olas de calor. Ecocremas, ecogorros y ecoengorros. Independientemente de que sean o no, en una sola generación hemos pasado de cobijarnos a la sombra de los pinos, de llevar sombrero de paja, de huir del sol durante la siesta, de vestir camisa por la tarde, a plantarnos sobre una toalla a horas centrales del día durante el mes de Agosto. En toda la historia de nuestra especie, a nadie se le había ocurrido semejante salvajada. Nuestras madres y abuelas –según la edad del que lea esto, si es que alguien lo llega a leer algún día– no nos permitían tomar el sol a tumba abierta. Ahora embadurnan a los hijos, y los llevan a hacer castillos de arena. Nuestros actos son responsabilidad nuestra, y afectan mucho más que posibles “agujeros”,

oportunos justificadores de nuestros abusos (y todo abuso es por ser barato, y por ello de insolidario y exagerado beneficio). Nos ponemos a hacer trekking –excursionismo mola menos– en Verano a mediodía, porque es cuando tenemos vacaciones, jogging –correr mola menos– jugar al tenis, ciclismo, y las Urgencias se atiborran de gente con golpes de calor, deshidrataciones, insolaciones. ¡Claro es el Cambio Climático, es el Agujero de Ozono!

El Niño, es un fenómeno natural de recurrencia de entre 3 y 5 años, y suele durar entre año y año y medio, pero hay constancia histórica de Niños mucho más potentes de los que nunca hemos visto, e incluso mucho más frecuentes, con consecuencias realmente catastróficas. Recurrencia, y no cambio. En el fenómeno, se invierten los afloramientos de agua templada entre dos extremos del Pacífico Sur, y dicen que provoca olas de calor, estas sequías, y a su vez incendios, y ¿quién se acuerda de las miserias que obligan a prender fuego a la selva para dedicarlas a cultivo, o a pastos? Dicen que hace las tormentas más violentas, éstas provocan inundaciones, y a su vez desprendimientos en California, y ¿quién se acuerda de las urbanizaciones en las laderas rompiendo el drenaje y sustituyendo vegetación por asfalto y cemento? Dicen que por ambos, se provocan epidemias de malaria y cólera, y ¿quién se acuerda de que los pobres no tienen sanidad accesible, ni condiciones de salubridad medio decentes? Dicen que falla el monzón, y ello provoca hambruna, y ¿quién se acuerda de que tenemos recluidos en guetos a los miserables que sobreviven de la agricultura familiar de subsistencia? Dicen que con el agua más caliente se reduce la pesca, y ¿quién se acuerda de la sobreexplotación, las redes de arrastre, los explosivos, la presión sobre los bancos pelágicos?

El Niño siempre ha existido, y tal vez nuestro Calentamiento sea un estornudo en comparación, o no, no lo sabemos,... aunque es buena práctica no jugar con las cosas de comer (siempre y cuando no sea excusa, o coartada para no molestarse siquiera en ir a por comida, o para robársela a otros). Podemos seguir quemando bosques y pastos –que suponen 1/5 de las emisiones de CO²–; sobreexplotando suelos y mares; podemos urbanizar, rellenar o plantar pantanos, albuferas y manglares; podemos seguir construyendo en las vegas de los ríos, sobre tuberías en los torrentes casi siempre secos, bajo lomas propensas a corrimientos de tierra si el agua impregna el suelo hasta hacerlo deslizar por haber arrasado la vegetación cuyas raíces lo sostenían; incluso como le sucedió

a Pompeya, echarle la culpa a los dioses por enfadarse, (lo nuestro es sociedad laica, se nos acabaron los dioses, y de no poder evitar buscar responsables, nos cuadra tan bien el argumento); pero hasta que no reconocamos lo obvio e inmediato como más plausible, seguiremos temiendo a la Naturaleza cuando desata su furor.

Más que temer un Cambio Climático, contrariados por un entorno caótico que a veces por su propia naturaleza nos sorprende, en nuestro delirio de creernos capaces de dominar a la Naturaleza, deseamos un Cambio Climático a medida: un clima que obedezca nuestro análisis, nuestra media estadística. San Isidro lograría el mayor de los milagros si consiguiera que hubiera un Cambio Climático a gusto de los políticos y ecologistas, porque si lloviera según la media aumentando año a año con el consumo y necesidades, buscarían los defectos en su distribución geográfica, o interanual, o estacional,... ¡jamás renunciarían a tan potente coartada!

“¡Oh Señor!, entreténles con inconvenientes y preocupaciones, para que no puedan ver la tragedia.” Los embalses no se vacían por absurda gestión hidrológica, ni por abuso, ni por no tener una estrategia hidrológica,... ese argumento es antipatriótico, es por la sequía. Todos lo sabemos, los científicos lo saben, los técnicos lo saben, pero conviene no darle la importancia que tiene, teniendo dioses modernos con los que construir nueva mitología, para explicar viejas contradicciones.

Los desastres naturales se ceban en los países pobres, no porque tengan proporcionalmente más terremotos, dioses menos poderosos, o más huracanes, sino por esquilmar más sus recursos para sobrevivir más gentes como desgraciados, y exportar más a los cada vez más ricos. Les exportamos lo que no queremos –nuestras basuras, plaguicidas no homologados, la demanda de producción en nuestros espacios sobreprotegidos, las catástrofes, la degradación de nuestra tradición–, y les importamos sus recursos y sus impuestos. Los ricos emitimos basuras, los pobres sufren las consecuencias.

La vulnerabilidad crece con la pobreza. En Japón un terremoto de grado 7 en la escala Richter puede no provocar víctimas, asumir que no hay a quien dar la culpa focaliza los esfuerzos en construir de acuerdo con ese riesgo, incorporando su coste al precio. ¡Con la Excusa del Calentamiento Global, con los desastres hidrológicos no sucede tanto! El mismo seísmo en un país menos preparado por no estar habituado, o por no tener la capacidad de estarlo, organiza una catástrofe humanitaria.

Nosotros tenemos riesgos hidrológicos análogos, y no nos preparamos para ello con la misma eficiencia. Tenemos a qué culpar de que por la ley de la gravedad el agua inunde los garajes, exceda la capacidad de las redes de desalojo de pluviales, y eso ahorra el presupuesto. ¿Para qué actuar si tenemos un culpable?

Que si hay cada vez más inundaciones, cada vez más incendios, cada vez más sequías, olas de calor, de frío, cada vez más refugiados ambientales, cada vez más desastres naturales, y claro, cada vez nos enteramos de que hay más terremotos y más damnificados por ello, –claro, cada vez somos más y estamos en más sitios,... y nos enteramos inmediatamente de lo que pasa al lado del mundo–, que si el desierto avanza sobre nosotros, y no: nosotros avanzamos hacia el desierto.

Nuestros gobernantes nos venden que por nosotros no será, firmaremos lo que sea, leyes antigraavedad si es necesario, Kyotos, Objetivos del Milenio, –como ya sabemos que tenemos buenas excusas para cuando no lo cumplamos–, que poco se puede hacer si nuestros vecinos no son tan solidarios como cacareamos serlo nosotros, que la solución está en la suma de pequeñas actitudes individuales,... y no, son cortinas de humo. Son y somos responsables, y este problema global precisa una solución global, de arriba abajo –de gobiernos a individuos–, no de abajo arriba, no de suma de pequeños granos de arena, de penitencias que nada solucionan, pero a todos consuelan.

Tras una concatenación de dudosa solvencia de verdades científicas, hay una verdad conveniente. Una verdad que parte de la información que cointerpretan escritor y lector en ciencia, y se transforma en espectáculo de documentales, tragedias y fotos que unidireccionalmente transmiten los medios, sin interacción ni crítica, y con la potencia que ofrecen las imágenes frente a las palabras para diseñar la realidad que interesa, e imponer los conceptos con eufemismos. Tal cual lo del tantas veces citado McLuhan “el medio es el mensaje”. Nos lo machacan a todas horas: somos malos, y por ello la Naturaleza nos castiga... lo tradicional es bueno,... hasta que nos lo creemos. Y no: son gestores inútiles, elegidos por nosotros por ser tales, ya que no queremos pagar.

Vendemos nuestro voto a quien más parte del botín nos ofrece, a quien mejor consuela nuestra envidia y frustración, a quien se compromete a que sigamos viviendo en el consumismo; y los gobiernos para permanecer en el poder no están dispuestos a contradecirnos, a adoptar medidas por el bien de la ciudadanía, sino de los conjuntos de ciudada-

nos. Corremos los San Fermín y si nos arrea una cornada, la culpa ha sido de los toros. Si es necesario arrestaremos al burro por dar una coza al coronel, que se había puesto detrás, y encima le estaba incordiando. No, los desastres naturales hidrológicos no son porque llueva, las olas de calor o de frío, porque haga calor o frío, la extinción de especies porque cambiemos el clima, las pateras por la escasez y la sequía, las restricciones de Verano por la falta de lluvias, no.

Nos conviene matar al mensajero, culpar al vector que nos devuelve las patadas, ¡oh, sancta simplicitas! El abuso es la causa, y el desastre el efecto, el agua y la temperatura, simples medios. Vectores, mensajeros. Avanzaremos en proponer soluciones efectivas, cuando en el diagnóstico utilicemos las palabras con propiedad: la deforestación o la urbanización ha causado un corrimiento de tierras que ha enterrado a un poblado, la instalación de un camping en una zona de riesgo ha causado víctimas en una riada, el incremento demográfico ha reducido las reservas de agua, las ineficientes técnicas de riego han reducido la producción de fruta,... ¡Que conveniente es disponer de una Verdad! ¡Que poder tiene el definir la palabra! ¡Gran noticia: una persona ha mordido al perro! La lluvia no provoca inundaciones, ni corrimientos, la falta de lluvia no provoca hambrunas, ni desertización,... no: nosotros lo hacemos y la circunstancia ecológica es el medio.

Hay Calentamiento Global, entonces hay Cambio Climático, entonces la Pertinaz Sequía tiene culpable, entonces el Desierto nos ataca, y entonces nosotros nos defendemos. Eufemismos para satisfacernos con una cabeza de turco. Fustiguémonos, pero poco, y sin pagar.

El concepto de desertización se refiere a la pérdida de productividad potencial del suelo, ya sea porque no llueva –se considera insuficiente para sostener una cubierta vegetal permanente y suficiente, a partir de entre 200 y 250 litros al año– o porque lloviendo más que eso no se retiene el agua, o porque reteniéndose, no está a disposición de las plantas. Pero también hay desertización en lugares donde llueve, y al revés puede obtenerse cierta cubierta vegetal interviniendo en el suelo, (técnicas agrícolas en zonas áridas con semillas seleccionadas no siempre autóctonas, riegos por goteo, aterrazado para evitar que el agua drene ladera abajo). Es un proceso degradativo, es decir, que si un suelo se desertiza no se recupera a escala de tiempo humana, (quemar o talar a lo bruto un bosque puede ser degradativo si pierde el suelo, pero no si mantiene la capacidad de regenerarse). Se da sobretodo en ecosistemas frágiles, ya

sea por su proximidad pluviométrica con grandes y variables sequías, como en el África subsahariana, ya sea por la arenosidad de los suelos –como está comenzando a suceder con algunas zonas de la Cuenca del Amazonas–, ya sea por la pérdida total del suelo arrastrado por lluvias torrenciales al haberse eliminado la vegetación que lo sostenía, típicamente en climas mediterráneos.

No tiene que ver con la temperatura ni con los camellos, los hay fríos, incluso lluviosos, y a nosotros nos gusta vivir en desiertos urbanos, (no crece nada en medio de la entrada de nuestro edificio). La desertización más que un proceso dependiente del Calentamiento o Enfriamiento, es un ciclo vicioso de demografía, miseria, abuso, avaricia, fuego, oveja, y mínimo esfuerzo. Es erosión, es salinización, es lavado y destrucción del equilibrio del suelo, es sobreexplotación de ecosistemas frágiles. Poco tiene que ver con la coartada de la lluvia. Cuanto más se insiste en explotar sin sostenibilidad suficiente (aunque sea mínima, a efectos de productividad del suelo), menos necesario es que sea frágil el ecosistema. La desertización es el consumo de todo el capital edáfico, y poco tiene que ver con el Calentamiento Global.

La lucha contra la desertificación, es lucha contra el abuso al que lleva la miseria. Todo eso se sabe, se sabe bien, lo saben los científicos, los técnicos, hasta se estudia en secundaria, y se medio olvida cuando conviene. Hoy se repuebla menos; si se está abandonando la ganadería extensiva –por suerte– no es por no tener subvenciones, sino por insuficientes; hoy sigue sin haber normativas ni impuestos graduales sobre los fertilizantes inorgánicos; hoy cada propietario puede plantar lo que quiera; cada pastor las ovejas que pueda, incluso se las pagamos; hoy se siguen redactando normas subsidiarias, permisos de establecimiento de actividades, infraestructuras, con la confianza de que haya un Cambio Climático al revés del que se pronostica, obviando la recurrencia.

Si intervenimos en el medio modificando su hidrología, su biodiversidad, su productividad, su fragilidad, y abusamos extrayendo una renta mayor que la de su capacidad, la solución barata es la políticamente correcta: conservar, dejar a la Naturaleza que se recupere por si misma, con especies autóctonas –en unas circunstancias de nicho no autóctonas– como si dejáramos el escaso dinero no gastado en el banco para que se convierta en fortuna, pasivamente, sin moverlo. ¡Que sorpresa mirar la cartilla, y ver que los intereses que nos han dado por tal actitud son escasos! En zonas degradadas habrá que repoblar, que meter maquinaria,

invertir presupuesto, pagar por lo que otros gastaron, y les va de perlas a los que manejan el muy insuficiente dinero disponible para ello, las obsesiones del ecologismo negativo: especies autóctonas, regeneración natural, declaración de espacio protegido, pintar de verde una zona en un mapa y establecer una comisión gestora, es más barato que intervenir con la misma agresividad con la que se destrozó, sobretodo si apelamos a conservar las barrabasadas tradicionales, y recuperar la biodiversidad perdida, sin regenerar los nichos en los que se dio.

No hay problema, frente a la sobreexplotación tradicional o moderna, el Sistema ha encontrado los argumentos que necesitaba para mantenerse a si mismo, para seguir consumiendo la herencia de nuestros hijos, seguir sin pagar la deuda de nuestros padres, y para optimizarlo, a costa de imponer el precio a los desgraciados, sin verlos, sin conocerlos, mejor sin que ni siquiera lo sepamos o nos lo recuerden, pues ni lo saben. La deslocalización de las multinacionales es mera consecuencia de la deslocalización de las repercusiones del consumo de los ricos, pero también de la conservación de su entorno.

Los mecanismos son variados y sencillos. Promovemos los cítricos locales imponiendo cuotas de importación o aranceles a las frutas del Sur, tasas que cobramos a los que producen más barato, por no disponer de la misma calidad de vida que los nuestros. Los aranceles pertenecen a los exportadores, y se los quedan los importadores para proteger a los suyos. Si ello no es suficiente, e incluso con lo robado, subvencionamos cultivos a los propios, gasóleo agrícola, precios intervenidos, arranque de viñedos, para mantener los derechos de los nuestros al poder comprar fuera productos más baratos que el coste propio incluidas subvenciones, así que los suelos de los pobres son utilizados para producir para los ricos, y claro, la ley de la oferta y la demanda, hace que suban a la vez de los ingresos para los productores, también los precios para los consumidores pobres.

Si los ricos desplazamos la producción de cereal a lino, o a algodón, o a tabaco, o a colza, o a agrocombustibles, incluso a carne, modificamos la oferta y demanda de los pobres, les imponemos nuestros costes por debajo de los nuestros, más aranceles más subvenciones, y subimos sus precios. El arroz, el trigo, el maíz, son tanto más caros para los pobres, cuanto más les compramos. En el 2007 el precio mundial del trigo se ha incrementado un 50%, y los analistas lo achacan –especulan, y visto lo visto en temas medioambientales, eso suele ser sospechoso de

manipulación, para esconder las causas tras excusas— a la demanda de tierra para biocombustibles, y una inflación de ese orden en el precio del pan la sufren los pobres. La tierra que utilizamos para quemar para nuestra movilidad, la pagan ellos, que se mueven en patera y se quedan tirados con el depósito vacío.

Los agrocombustibles son los más rentables y nefastos biocombustibles: roturar una superficie natural a producción agrícola para quemarla en nuestros vehículos, reduce la capacidad de fijación de CO², resultando un balance neto negativo de entre 2 y 9 veces. No es la causa, sino una más. El agrocombustible es una de las opciones de desviar, entre otras muchas como la agricultura supeditada a la ganadería, incluso a agricultura-producto, o lo que es incluso peor, agricultura para el ocio y disfrute de los urbanitas. La planta es la placa fotovoltaica+batería más barata y eficiente, y el que sea agrícola o forestal, primaria o residuo, aceite o alcohol, incluso que sea para quemar, o para producir metano o hidrógeno —hay interesantes experiencias con el almidón como materia prima— recibe nombres distintos, que no dejan de ser resumibles en “petróleo no fósil”.

Si reducimos la pobreza, aumentamos la población que puede permitirse pagar más por mejores vestimentas, por reducir el tiempo de movilidad, acompañarse de buen vino, por una dieta equilibrada, que puede consumir hilo, neumáticos, combustible, más leche, huevos, carne y pescado que sus padres, lo que repercute sobre la superficie de suelo a forraje en detrimento del cereal, o sobre las cuotas pesqueras.

Los mismos que se quejan de la deslocalización industrial, aplauden la agropecuaria y forestal protegiendo, conservando, y desaprovechando recursos. Robamos a los pobres para repartirlo entre los ricos, y los que consiguen salir de su desgracia, se apuntan sin querer al reparto del botín de miserias, con los que les mantuvieron en ella. Si robamos, nos quedamos con sus aranceles, les subimos sus precios, les mandamos las sobras, escondemos bajo su alfombra los costes ocultos, preferimos que nos castiguen con dos padrenuestros, que con resarcir el hecho... tras entonar el mea culpa, nos quedamos con el botín.

Las tesis del ecologismo conveniente, nos convienen para sanear nuestra penitencia, no son culpables pero sí oportunos, para no cumplirla rezando el rosario de conservar la biodiversidad, manifestarnos contra los excesos de otros, austeridad en la ducha, consumo responsable, seleccionar las basuras, ir a la entrega de los Oscar en limusina de motor

híbrido, hipocresía, racanería, insolidaridad. Beatos ricos. No hay soluciones seguras, pues lo que se precisa para evitar las catástrofes que se nos vienen encima, son acciones imposibles a efectos políticos por su coste electoral, y contradictorias con nuestras excusas. ¡Condón y pagar! Es la pescadilla que se muerde la cola: si por un milagro moral antinatural, admitiéramos la Ciudadanía Global, la inmigración generaría bolsas de miseria y explotación durante generaciones, hasta que el crecimiento demográfico quizás se estabilizara, y no sabemos si se construiría un sistema impermeable de clases sociales en vez de nacionales. ¿Qué justificación moral tienen los paraísos fiscales?, y ¿los paraísos laborales?, ¿debemos tolerar a las multinacionales que oculten costes e ineficiencias, deslocalizando su producción donde lo que cuesta no se computa por no poder hacerlo? ¿Cobrar aranceles a los productos de los pobres y socializarlos entre los ricos? La competitividad debe ser leal, y la ventaja proceder de la creatividad, de la innovación, del trabajo, de la organización.

Con el tiempo los que cobraran por no procrear, y por no repercutir costes sociales o de seguridad ciudadana a sus productos, podrían tal vez comenzar a pagar, o si les fuera más rentable, en repercutir esas externalidades en el precio de venta. Los impuestos sobre el consumo no pueden ser por valor añadido, sino por externalidad no repercutida, aunque empobrezca a los consumidores, pues si tenemos demasiado es porque, es barato tener de todo, a costa de esclavos que no conocemos. Necesitamos otra Globalización: la fiscal, la de los derechos.

La Ciudadanía Global. Que me cobren dentro del precio de mi consumo todos los costes no repercutidos en origen, y que se los devuelvan para ponderar mi insolidaridad. No como caridad, sino compensando lo que por su debilidad, otros no pueden imputar. Una Globalización en la que los organismos internacionales tengan derechos hoy nacionales sobre los impuestos, sobre la sanidad, sobre la ponderación de renta, sobre la educación. Una Globalización que asegure la Economía de Mercado empatando las reglas de juego, sin paraísos fiscales o legales, sin proteccionismos a la industria propia, sin barreras a la deslocalización más allá de la igualdad de costes, sin subvenciones a la producción, pero sí a la actividad y a la no actividad. Aranceles a la exportación recaudados en nombre de los que exportan, y no aranceles a la importación, recaudados en beneficio de los que importan, para socializarlo en destino. (La infraestructura de ONG's podría ser útil como puente). Subvenciones

a la agricultura en impuestos de los que disfrutan de ella sin sufrirla, y no para protegerla de los precios más baratos de los pobres. Cuotas de emisión, cuotas de selva, cuotas de madera, cuotas de pesca, cuotas nucleares, cuotas de biodiversidad, cuotas de todo tipo... tasas al consumo según su Ciclo Completo de Transformación, que el impuesto del precio añadido debiera transformarse en impuesto al coste real, variable según el impacto trazable de cada producto o servicio.

Traza y ordenación de los recursos y residuos. No olvidemos la tasa de riesgo del Cambio Climático, paguemos el seguro –coste hoy externalizado pues Kyoto no es suficiente–, pero nunca jamás a costa, o escondiéndose, de la imperiosa necesidad de supeditar la ordenación del territorio al medio ambiente, y no este a las infraestructuras y necesidades de opulencia. Cuanto más se le llena a un gobierno la boca de clima, más probabilidades hay de que esta función pase a depender de algún departamento relacionado con urbanismo u otros intereses. Cortina de Humo. Si deseamos heredar, habrá que invertir en recuperar, no esconderse tras a menudo imposibles teorías de recuperación natural.

Necesitamos un cambio de rumbo en el ecologismo para racionalizarlo, e incorporarlo a las decisiones económicas individuales y colectivas... relegar a los reaccionarios de derechas con estética de izquierda a sus ambientes alternativos, como curiosidades sociales. Ordenación y consenso, que nuestra influencia sobre las consecuencias del clima en la tierra, es más directa y clara que sobre el propio cielo. Bien conseguimos poner a punto tecnológicamente una energía nuclear con residuos desactivados gestionables, o bien llegamos a hacer viable la pila de hidrógeno, o ambas cosas, en la esperanza de la fusión u otras por llegar; pero no nos escondamos buscando justificar el que no lo hacemos, porque deseamos desarrollar las renovables intermitentes.

A los urbanitas nos sale más barato convencer a las gentes del campo y a países subdesarrollados que vivan con energías flojas: total su intermitencia y suciedad la sufrirán ellos. Nos sale más barato convencerlos, obligarles a que protejan, que conserven las cosas como están.

El paternalismo es el autoritarismo más perverso. Eso sí, que no se le ocurra a nuestro proveedor de energía dejarnos una noche sin suministro, que nos echan a perder los filetes congelados. ¡Afrontar, trazar, organizarse,... y pagar! Con coartada ecologista, con coartada democrática, con coartada religiosa, con coartada nacionalista, con coartada ideológica, o sin ellas, andamos exactamente en sentido contrario,

rezando un Rosario de meas culpas, felices creyendo que reduciendo y ahorrando, por apelación a una moral colectiva que como Humanidad sólo hemos mostrado en breves lapsos históricos y heroicos revolucionarios, solucionaremos algo, creyendo que instalando centrales fotovoltaicas hacemos algo, creyendo que reduciendo las emisiones de CO² hacemos algo, creyendo que consiguiendo el voto para un pueblo, el Pueblo se hará libre,... como si con el Día de la Bicicleta pedaleando fuéramos a arreglar los atascos del mundo.

Tras la Gran Excusa, tras la Gran Mentira de que el ser humano es capaz de abstraerse genéricamente, por una moral históricamente inconsistente con la Ley Natural, de acaparar el máximo con el mínimo esfuerzo, para reproducirse mejor que sus más próximos competidores. Tras la Gran Coartada de que la solución está en ahorrar recursos, en eficiencia energética, en reducir voluntariamente, sin pagar. Tras todo ello, digo, los resultados están siendo justo los opuestos a los prometidos, y gritarán obcecados en caminos equivocados: es que la sociedad no está sensibilizada,... ni se mentalizará, como un león no se hará vegetariano, por más que se le insista sobre la escasez de búfalos, o las ventajas nutritivas de las lechugas.

Mientras el precio de los coches o de la gasolina, o de las lavadoras, o de las camisetas, sean mucho menores que su coste real, no servirá de nada. Mientras la riqueza se base en esconder partes del ciclo completo de transformación de un producto o servicio, hacer ricos a algunos pobres siempre conseguirá hacer más pobres a los que queden como tales (según aumentemos el número absoluto de ricos en el mundo, también aumentaremos el número relativo de pobres).

Hagamos lo que hagamos, como nos sale más barato que no hacerlo, aumentamos el consumo de recursos y la generación de residuos, cada día que pasa quemamos más combustible, gastamos más agua, incrementamos la huella ecológica, tiramos a la basura más pilas y baterías, más aparatos electrónicos, nos limpiamos el culo y los mocos con más papel (la mitad de la producción de celulosa del Brasil se exporta únicamente para ello), más textiles, más libros, revistas y cómics,...

Eso es contingente, y la voluntad de no hacerlo, esconder la cabeza bajo el ala con excusas ecologistas, ideológicas y nacionalistas, ahorros voluntaristas, moralistas del TBO, especulación con mas bien mala expectativa. Pero sí, el riesgo hace primar el Principio de la Precaución, y sí, la eficiencia recomienda las medidas propuestas por el ecologismo

politizado, y por ello malas no serían, salvo si se usaran como excusas de mal pagador. Hay que reducir las emisiones de anhídrido carbónico, la contaminación, promocionar las energías renovables, investigar en ellas, y sobretodo en la pila de hidrógeno, usar biocarburantes –más que agrocombustibles–, renovar y marcar de cerca a las nucleares, a los oleoductos y gasoductos, a los transgénicos, reciclar, reducir, reparar, renunciar, ampliar la red de espacios protegidos, agricultura y ganadería sostenible, controlar la demografía, las mafias de emigración, prohibir, cobrar, certificar, trazar, tasar, gestionar, organizarse, exigir sostenibilidad, y más, ¡por supuesto!, pero pagando. Si nos quedamos solamente en esto, estamos rezando padrenuestros, para seguir pecando tras auto-complacientes medias verdades.

Rasputín decía que para que Dios fuera feliz y grande perdonando, había que pecar, que de ser nosotros buenos no podría demostrar ser Él magnánimo. El Ecologismo mal entendido, tal como se vende hoy, en petarda letanía alarmista e hipócrita, conservadora y tradicionalista, es excusa para que los gobiernos no sean culpables de su miedo electoral a actuar, para que los ciudadanos “ricos” no lo sean de su miedo a devolver lo robado, y para que el lujo de desviar recursos naturales del consumo a la protección, al ocio, al paisaje, no sea culpable de aumentar la Huella Ecológica de cada urbanita.

Gastemos en campañas de manipulación, –digo sensibilización–, para la reutilización y el ahorro, al tiempo que subvencionamos el Plan Renove para que el parque automovilístico se amortice en menos tiempo, y consumamos muchos más recursos naturales a cambio de gastar algo menos combustible. Bien vendido, el ecologismo es un producto de alto beneficio para la industria: un motor de renovación de equipamiento útil, pero obsoleto. Vendamos electrodomésticos respetuosos con el medio ambiente (sic), al tiempo que frente a cualquier avería, salga más barato sustituirlo por uno nuevo, que sus piezas.

Cuanto más se cacarea eco-eco-eco-eco, más se acorta el ciclo utilitario de un producto, con el argumento de que el de reposición es más respetuoso con el medioambiente en su mantenimiento... ¡aunque sin considerar los costes completos de producción del nuevo y destrucción del viejo! Son las nuevas técnicas de ecoventa, de ecomarketing, la eco-destrucción del medioambiente con excusas biopijas.

El ecomarketing es una nueva vuelta de tuerca en la habitual fabricación de demanda, nuevos argumentos para nuevos productos y servi-

cios, de los que lo importante no es que “cubran una necesidad, sino un deseo” (Paul Mazur, un clásico para los publicistas). El consumidor no ha cerrado un sistema lineal de producción en el que se toman recursos naturales, energía, y trabajo, para producir bienes de consumo y desechos, sin obligar al ciclo desecho-recurso; y sin embargo la economía vive de haber cerrado el ciclo de salario-compra-publicidad-insatisfacción-trabajo, para tener dinero y comenzar el ciclo de nuevo. (La publicidad nos bombardea con el mensaje único de portfolio de lo que nos falta para satisfacernos).

Dice un proverbio chino que las grandes almas tienen voluntades y las débiles deseos, pero no, las intenciones sólo llegan a voluntades si se ejercen, que de quedarse en promesa o excusa, son deseos. Vendemos productos, y vendemos sensibilización, vendemos servicios y vendemos culpa, que justificará precios por acceder a deseos, que no necesidades. Lo que no es que sea malo como medio para un buen fin, sino que supone lo que ha resultado tan efectivo durante siglos: que el pueblo no merece conocer el porqué se hacen las cosas por su bien.

Alguien dirá: si lo que se está haciendo es andar unos pasos en el camino correcto, y lo que aquí se escribe, es para confirmarlos con matices y otros argumentos, incluso más radicales ¡para este viaje no hacían falta alforjas!,... y sí, pues de simplificar diagnósticos, equivocamos medicaciones (nos recetan pastillas y se precisa cirugía, así alivian los síntomas que llevan al inevitable colapso); y sí, pues el medio no justifica el fin, y menos si este se rebaja a meta volante como mera excusa para no seguir pedaleando, para expiar culpas sin pagar, reconocimientos sin mérito, aún a pesar de no haber siquiera llegado, e incluso dudar que haya voluntad de alcanzar más allá de la palabrería. Necesitamos a un niño que, en el desfile de pelotas subvencionados, diga en voz alta que al Emperador los sastres oportunistas le han estafado.

En EEUU y en Europa hemos doblado en una sola década el consumo de agua por habitante, –hasta más de 500 y 300 litros respectivamente, frente a los menos de 10 litros de algunos países subsaharianos–. Tanto mejores intenciones ponemos, más nos autojustificamos con coartadas que ocultan que cada día aumentamos aquello con lo que con tan buena voluntad no deseamos. Cuando se firmó Kyoto el ratio incremental de comercio internacional de carbón era del 1% anual, hoy lo hemos triplicado, en buena parte gracias a las reservas naturales energéticas del cinturón noroeste de China; y lo peor de todo es que la cantidad

de riqueza generada por tonelada quemada está cayendo. ¡Que más da lo que firmemos a futuro, si total no se nos cobra en el presente! Las intenciones son baratas por ser promesas de pago a largo, pero el presente requiere contado... y votos.

Si los bancos dieran crédito sin aval, y con histórico de no haber cumplido con un solo compromiso, con sólo promesas de no volver a hacerlo, los arruinábamos en un día. Alerta no es alarma, prudencia no es miedo, y se requiere sensatez en un entorno de propuesta de soluciones, en la que hoy un montón de pollos sin cabeza agonizan corriendo y chocando unos con otros.

Contra el absurdo mito autoproclamado de que los gobiernos no pueden, lo cierto es que no quieren, y no quieren porqué sus votantes no deseamos renunciar a nuestros privilegios. No votaremos un programa que nos proponga decrecer a costa de incrementar los precios del consumo. La máxima tatcheriana TINA: *there is no alternative*, ha llegado procedente de la economía a la ecología, porque no deseamos lo que decimos que queremos.

La Oportuna Verdad del Calentamiento Global, incluida en el pensamiento único culpabilizador a capitalistas, megacorporaciones, americanos, especuladores, opresores de los pueblos,... de los propios miedos, nos mantiene protegidos tras las fronteras –trincheras– que nuestros abuelos dibujaron con sangre en el suelo. La responsabilidad es nuestra, de todos y cada uno, no por ahorrar o reciclar más o menos, sino por no votar a quien nos proponga subir los precios de la energía, el patrimonio, el transporte, los impuestos a consumo. El 88% de los españoles dicen estar sensibilizados ante el Cambio Climático, y el 82% en contra de un incremento en los tipos impositivos sobre la electricidad. ¿Nadar y guardar la ropa?

Las multinacionales son meras correas de transmisión entre los que desean permanecer en el poder y en el negocio de la Protección, y los que deseamos consumir más, falseando los precios de las cosas que creemos nos harán más competitivos en la ostentación, es decir: felices. Si a la más perversa multinacional se le establece un marco legal que le hace competir en un entorno en el que pueda reducir costes externalizándolos, lo hará; si no, no lo hará; si le permiten desplazar costes a otros países lo hará.

Circulamos en coches de al menos el doble de la potencia y prestaciones que necesitamos para su función, caros de reciclar, consumidores

ineficientes de recursos escasos, que andan casi vacíos y ocupan el espacio público: absurdos objetos de ostentación social, por ineficientes y de coste oculto. Si su precio fuera su coste real, todos envidiaríamos a quien conduce lo que hoy es un utilitario chusquero, o ni eso ¿es culpa de las multinacionales que los fabrican?, ¿votaríamos a quien estableciera un sistema fiscal exponencial respecto a las potencias superiores a 50 cv, a consumos mayores de 3 litros a los 100 litros a emisiones que excedieran los 120 gr por km, que llenara todas las calles de parquímetros 24x7?, ¿votaríamos a quien internalizara los costes de la energía, multiplicándonos la factura por varios enteros?, ¿votaríamos a quien nos proponga empobrecernos? Los gobiernos al cielo, nosotros a las empresas, los cristianos a los judíos: siempre nos ha sido más barato buscar culpables que aceptar responsabilidades.

Los gobiernos tienen, y deben ejercer, poder de regular los sistemas de producción, mercado y fiscales. La autoridad es delegable, pero la responsabilidad es nuestra, y la ejecución de las soluciones está en sus manos, no en las de todos, aunque todos debemos asumir que no nos gustarán, que nos empobrecerán. Convencernos de que la suma de pequeños detalles individuales constituyen el total de la solución, es delegar sobre los ciudadanos la responsabilidad legislativa de quien gobierna en nuestro nombre, sustituyendo impuestos por campañas de sensibilización, ordenación del territorio por declaración de espacios protegidos, gestión de recursos por observatorios de biodiversidad, climáticos, trabajo por palabras, leyes por subvenciones y ruedas de prensa, acciones por colores, medidas por intenciones.

Sí: hacen falta alforjas. Sí, refugiarnos tras una excusa es grave, por buena que sea, muy grave. ¿Es delito que un naturópata recomiende, convencido y sin cobrar incluso, a un enfermo de cáncer sustituir su quimioterapia por un ungüento secreto? Nos guarecemos tras el amor a lo nuestro; tras ahorros, sacrificios y morales colectivas; tras la conservación y la protección; tras el lujo.

Tras las amenazas del futuro, escondemos las injusticias del presente, tras los desastres de mañana justificamos los de ayer, tras los culpables lejanos escondemos la ineptitud de nuestros gobernantes cercanos, tras las medidas individuales la necesidad de acciones de ordenación global, tras las verdades escondemos nuestras mentiras, tras nuestra penitencia escondemos la tacañería, la injusticia, y el robo a los pobres para repartirlo entre los ricos. Proponemos medidas estúpidas

individuales, penitencias para calmar nuestra culpa, con el fin de justificar mantener nuestro nivel de vida a base de no pagarle a los pobres las tasas que les corresponden, y de comprar cosas con personas. Mejoramos nuestros ingresos escondiendo costes, y votamos a nuestros gobiernos con la condición de que mantengan esta falacia sin recordárnosla.

A cambio los gobiernos nos proponen culpables en vez de soluciones, futuros en vez de presentes, amenazas en vez de acciones, memorias en vez de esperanzas. Apelan a nuestras debilidades, y como buenos siervos les damos la razón. Mientras utilicemos al Ecologismo como excusa individual para no empobrecernos a costa de otros, y como excusa de nuestros gobernantes para ocultar su ineptitud, y la asignación insuficiente de recursos al medio ambiente, por muy buenas intenciones que tenga, duele más que alivia.

Otra globalización, otro ecologismo, otro liberalismo, otro nacionalismo, otra solidaridad, otro orden mundial, e incluso otra democracia, otro socialismo, son posibles desde el enfoque positivo, valiente, dinámico, cambiante, sensato, en suave revolución permanente, de quien no teme andar nuevos caminos mirando al frente, conviviendo con las dudas y los miedos. Parar o volver melancólicamente la mirada mientras se anda, lleva al enroque.

¡Existe un, mercado explícito de emisiones, todavía parco, pero útil como concepto a ampliar: compremos cuotas de desarrollo a los países pobres! ¡Hay más servicios a comprar, y que estamos escatimándoles por no poder cobrárnoslos! La antiglobalización es definir otra globalización más intensa, amplia, profunda, y radicalmente distinta, que si se queda en lo que su nombre indica, se degrada en nacionalismo. Lo que llamamos hoy globalización es un proceso nacional, que impide la globalización para todos. Tal como es hoy, es enfrentarse con obsesiones estéticas a conservar una situación fiscal y de derechos insostenible e injusta, con fronteras que hacen en su cuna distintos a los nacidos iguales. Proteger el Medio Ambiente, Amar la Naturaleza, Consumir responsablemente, la Sostenibilidad, las 3 R's, obvias medidas de eficiencia, además de un gran negocio, resulta, de generalizarse y plantarse ahí, de entenderlas como voluntarias, hasta inmoral.

Las 3 R's Reciclar, Reutilizar y Reducir, son más: Reciclar, Reutilizar, Reinventar, Reparar, Renovar, Recombinar, Retribuir, ... mirando al frente, al futuro a un mundo más humano y humanista, y no más natural e inhumano, que hace siglos ya superamos. Tecnología, democracia,

ciencia, que no añorálgia, ecoarenga y paraciencia. El camino no está en reducir, en conservar, en proteger, en amar, en respetar, en autocontrolarse, en sensibilizar, sino en innovar, planificar, pagar, y madurar.

Ante las gravísimas consecuencias contrastadas del abuso sobre los recursos del suelo en hambre, contaminación, salubridad, incendios, inundaciones, vientos, miramos hacia el desfile mediático de disfraces y carrozas. Si no hacemos nada ante los retos seguros, ¿con qué jeta, pretendemos decir que el cambio climático es el reto del siglo XXI? Es como si, habiéndonos puesto las botas de fritangas, nos propusiéramos tomar el postre con edulcorante para equilibrar la dieta. No somos capaces de ponernos de acuerdo en lo serio, pero luchamos –de boquilla– por lo accesorio. ¡Hipócritas!

Nuestra civilización padece Complejo de Peter Pan, que lo describen los psicólogos –todavía no los sociólogos–, como el de vivir sin querer madurar, por no asumir las responsabilidades de un adulto, caprichosos, inestables, egoístas, frecuentemente por haber estado sobreprotegidos por una madre en exceso de celo (los psicólogos le ponen nombre a todo, y a eso le llaman el Complejo de Wendy, por el que lo que hagan sus vástagos, o perros, o gatos, está justificado). La plutocracia que nuestros maternales –para seguir con la analogía– partidos llaman democracia, obtiene votos que la perpetúan en el poder, gracias a esa conveniente interpretación de la realidad: ¡madre sólo hay una, y no tenemos opción a elegir otra!

Maduremos ¡ya!: asumamos la responsabilidad que por votar tenemos sobre las decisiones de nuestros representantes, sobre la legislación que permite ocultar costes, desplazarlos a la natalidad, el conflicto de otros, la pobreza, la degradación, convirtiendo una quiebra global en espejismo de éxito, por acumular las cuentas en negativo sobre nuestros esclavos. Mientras sigamos deseando ser niños, tendremos políticos que nos traten como tales, llorando nos comeremos la sopa que nos conviene, y si lloramos más nos comprarán las chuches.

Nada se puede avanzar en el Liberalismo Sostenible, nada se puede avanzar con la más difícil Ciudadanía Global, sin madurar como sociedad, sin aprender a vivir sin excusas, lejos de las faldas de mamá, asumiendo nuestros actos, reconociéndonos en nuestras aportaciones al ágora, vía voto o queja. Nada podrán los idearios solidarios, al degradarse en socialismos y ecologismos infantiles. Esta es la mayor aportación que podamos todos hacer por el futuro, y lo demás vendrá detrás, solo,

sin más que por gravedad. En el desfile en el que los oportunistas políticos ecolojetas han cosido un bonito traje de nacional-ecologismo, al son de las soflamas biolíricas de la banda mediática, y aplausos reconfortantes de los que gracias a su estruendo no oyen, —y tras su pancarta ni se les ve—, mientras que aburridos los padres llevan a los niños al espectáculo; tras superar que me intentaran fichar de camello, —arrodillado y sumiso, cargué rebuznando los argumentos del Pensamiento Único—, reaccionar ante los especuladores de la melancolía escribiendo esto —rugiendo— como león solitario, por haberme incorporado ser acusado de traidor, opresor, capitalista, vendido, y feo; acabar siendo niño, sabiendo que nadie me quiere entender, y como Casandra, tampoco atender, castigada a ver el futuro y que nadie la creyera.

CAPÍTULO 10

HAY COSAS QUE NO TIENEN PRECIO... PERO SON CARÍSIMAS

Cuenta la mitología medieval que en defensa de la legitimidad de su rey Ricardo contra el usurpador Juan, en el bosque de Sherwood tomó el caudillaje un noble echado al monte, que en respaldo de una alternativa también aristocrática, convenció a los bandidos interesados en el botín, a justificar su lucha tomando de los ricos para repartir entre los pobres. A todos convenía menos al Sheriff de Nottingham, pero en los caminos no se emboscaban contra ejércitos, sino que trasquilaban a los mercaderes. La progresía no ha aceptado el duelo de sus teorías, y digiriendo lo que suena social, también el ecologismo, con supuestas conspiraciones que mantienen secuestrado a nuestro salvador, ha sustituido a Karl Marx por Robin Hood. ¿Seguía proscrito y robando a los ricos cuando Ricardo le restituyó su rango?

En la conquista de un pueblo los romanos masacraban a los hombres, se violaban a las mujeres, y se quemaba si oponían resistencia. Si no, se les incautaban sus reservas de grano y carne, tras lo que al aparecer los nuevos amos, desde sus carros lanzaban panes y salazones a la plebe, que si digna se organizaba, o si sierva se abalanzaba en turba. Hegel predijo por una cada vez mayor libertad, –y voluntad de arriesgar, es decir, de hacerse responsables de si mismos– el Fin de la Historia. Con el

tiempo hemos demostrado preferir delegando la responsabilidad, buscar excusas y culpables, que en su optimismo prefirió obviar. Marx predijo por una cada vez mayor concentración de capital el Fin del Capitalismo, incluso, también iluso, el olvido de atavismos sapiens como la religión y la nación, y otros neandertales: la etnia.

Bakunin incluso habló del Fin de los Gobiernos. Parece que toda teoría apocalíptica, produce una reacción social de aquellos a quien les conviene que sea cierta, se compruebe o no su finura; parece que sólo pueden considerarse las ideas que convengan a algún grupo: las usan y las tiran. Profeta es quien proclama que lo que más conviene, es lo más justo. De aquellos tiempos, de elaborados argumentarios, los pocos que de levantar la cabeza seguirían manteniendo sus pronósticos y postulados, serían gentes como Darwin, Malthus, –tal vez en buena parte también Adam Smith– que precisamente no han producido contundentes idearios o teorías, que plantearan respuestas directas a sus profecías (aunque lejos del tumulto, han configurado nuestra civilización).

A nadie gusta lo que sucede de su razonamiento: el pobre no puede apoyar pagar lo que cuesta al mundo su solución demográfica, y el rico no puede apoyar pagar lo que cuesta a todos su posicionamiento jerárquico ritualizado por el consumo. A nadie conviene ser libre: ser responsable. Siendo la ecología una disciplina económica, –o la economía una disciplina natural– no interesa que trascienda de la anécdota, que se entienda con otros intereses humanos, sino el alarmismo, el apologismo, el buenismo, y por ecomarketing, se mantiene sin destetarse, dentro de la excesiva por amplia biología.

Las ideas se empaquetan en ideologías, que al contrastarse con la realidad que pronostican, se enrocan defendiéndose de los que las cuestionan con ortodoxia y fe. Lo que de ellas queda es sólo su liturgia, su estética, su enunciado, pero aún así se mantienen y permanecen, convenciendo a sus creyentes que la sustentan para que las sustenten. Razón para justificar, pese a razones que las desmienten. Cuando se quedan sin ideas, siempre se recurre al culpable, y a reivindicaciones de respeto, y eso reconforta: conviene. El socialismo no existiría sin tener al empresario explotador; la antiglobalización necesita de los organismos internacionales; el ecologismo del cambio climático, los cazadores y las motosierras; nada serían las ideologías alternativas sin que las multinacionales, el imperialismo y los ricos, fueran culpables de los males de sus creyentes. Si queremos dejar de ser siervos, comportémonos como

señores. Si queremos democracia, participemos en la política: no ser súbditos sino de uno mismo, y estar dispuesto a negociar el menor mal que represente el mejor acuerdo. Nada conseguiremos, si no asumimos la responsabilidad democrática de nuestro lacónico voto, de nuestra participación social, de nuestra aportación, por comportarnos como siervos que delegan su seguridad en el señor.

Nada conseguiremos, más que ser tratados como siervos, de buscar la protección del noble, que a su vez justificará los enemigos por los que cobrarnos los diezmos. Sin madurar y responsabilizarse cada uno de nuestras decisiones, no es posible superar la causa como agregador tribal, ni juzgar la diferencia como justificador de derechos, no es posible así la Ciudadanía Global, y sin esta tampoco es posible un Liberalismo Sostenible, que regule actos solidarios, eficientes y sostenibles.

La poco exitosa terapia psicológica para violadores y pedófilos, define como su primera fase la asunción de responsabilidad, reconocer haber violado, como paso previo a la segunda fase: superar los razonamientos autojustificadores, y la búsqueda de culpables y excusas sociales, fuera del propio reo. Como abusadores y especuladores, como plaga para Gaia, ni siquiera aceptamos la necesidad de consejo de quien nos va a decir lo que no queremos oír: que somos libres y por ello responsables, que hasta que no dejemos las faldas de las causas y gobiernos, de las culpas y excusas, hasta no reconocer ser violadores de Gaia, excitados por la diversidad, asustados ante la incertidumbre de arriesgar, no podremos pretender ser tratados como señores.

Si amos o librepensadores es cuestión de voluntarios a gleba. La concienciación, la mentalización, la sensibilización, son promesas que difieren la maduración. Cosas de mamífero: juegos de niños para aprender, y que de mayores se comporten educadamente: mañana estudiaré, mañana ordenaré la habitación, mañana me portaré bien, pero hoy seguiré jugando con mis juguetes. “Fuera de los deseos no hay principio moral. El deseo se condiciona por el premio y el castigo, reconocimiento o reprobación” –no lo digo yo, sino un brillante y libre pensador: Beltran Russell–. Delegando nuestra responsabilidad, vestimos de blanco virginal, y nos guardamos de perder el chollo de la inocencia.

Nos conviene el ecologismo, nos conviene la antiglobalización, nos conviene la izquierda, (¿qué es eso?). Nos conviene todo aquel que nos presente una excusa para seguir engañándonos en la contabilidad de niños caprichosos, aplicando parcialmente la Ley de Mercado solamente

a parte del proceso productivo. Nos convienen las excusas de ser otros los opresores, los especuladores, los insolidarios, los ineficientes, los insostenibles. Mientras tengamos excusa y deleguemos la responsabilidad en el clima, en las corporaciones, en los contubernios, en las conspiraciones, por delegación derivada en quien nos identificamos, y por ello igualmente inmaduros, no solucionaremos nada... nada de nada.

Ninguna medida impopular será posible, pues siempre habrá una ideología que justifique la hipótesis de una culpa externa, ninguna cesión de riqueza a los pobres a costa de los ricos más infortunados, ninguna desnacionalización de los recursos, ninguna recuperación del egoísmo de nuestros ancestros, ninguna concesión a nuestros hijos, ningún autocontrol. ¿Si en verdad no se quiere ser siervo, por qué nos comportamos como tales? No deseamos ser democráticos, no deseamos dejar la servidumbre, no deseamos la libertad si el precio es inseguridad, indeterminación del futuro, riesgo, responsabilidad, y culpa.

Si queremos responsabilizar a otros, los habrá que paternalmente lo acepten, nos protejan, y por nuestro bien actúen, a pesar nuestro. ¡Yo soy el culpable de suponer del deseo necesidad, de mi consumo, de mi derroche, de mi egoísmo, de la conservación de mis privilegios; y ni gobiernos, ni corporaciones, ni gases, ni dioses, ni gentes de otro dialecto, de otra clase, con otra moda, otras pinturas, otras músicas, ni jefes, ni generales, ni ricos, ni capitalistas, tienen mayor culpa, que la de ser vectores para consolidar mi excusa con la de los demás! ¡Yo soy plaga, yo soy especulador, yo soy insolidario, yo soy ineficiente, yo soy insostenible, yo soy indecente,... y otros que lo son más, tal vez sean por haber arriesgado y tenido más suerte, o por haber nacido en alguna cuna de clase o nación, herederos de ancestros, que en su día tomaron responsabilidad de si mismos: arriesgaron!

Si pretendemos hacer más que aplaudir los gestos de unos a otros, lo primero y principal es madurar, y dejarse de coartadas y paternalismos; lo segundo, ir contra la naturaleza humana de dividir para justificar privilegios con causas, y globalizar los derechos,... y entonces y sólo entonces, aunque ya sea tarde, podremos intentar regular con sensatez consumo y natalidad: con fiscalidad de ciclo completo podremos dirigir la innovación hacia la incorporación de todos los costes, y desactivar el efecto plaga. La excusa, la normalización y la causa, esenciales en el sapiens para ser sapiens, nos lo impiden. ¿Un ejemplo? Vamos a por uno sencillo que nos venden por difícil: la movilidad. Consideramos que

tener un coche en propiedad es una necesidad de la cotidianeidad urbana occidental, y sin el vehículo, uno no puede realizar con normalidad las actividades diarias: llevar a los niños a fiestas de cumpleaños, o ir a comprar para avituallar la despensa, o desconectar yendo al campo en fin de semana –y comportarnos sensibilizadamente como ecologistas urbanos de 4x4– o llevar a la abuela al médico. Las ciudades y sus satélites, están reconfiguradas para el coche.

Necesidad es la facilidad de transporte, rutas, horarios, tiempos, pero el que el coche sea titularidad propia, más reluciente que la de los vecinos, de un modelo con más gadgets, más grande, nuevo, y caro, es deseo o necesidad de clase para demostrar una jerarquía social, y tener más éxito reproductor, y de reparto del mamut.

Para justificar una necesidad que es en gran parte deseo, delegamos la responsabilidad en las administraciones públicas, que hemos votado en lenguaje digital –si o no– y nos representan la autoridad, por no poner a nuestro servicio una red de transportes públicos suficientes, que jamás serán lo que uno desee considerar como tal, y sin aceptar la responsabilidad por consentimiento de nuestro voto, volveremos a votar a quien lo dice pero no hace, porque no nos conviene, y tendremos excusa para renovar un artificio que consume docenas o cientos de toneladas de materiales para su elaboración, miles de litros de combustible para su funcionamiento, y emite las ppm que sean de gases y contaminantes. ¡Piove, porco governo!

Compungidos y penitentes en nuestro abuso, no tomaremos el autobús, o el metro, pues no tenemos tiempo, o no nos han puesto una línea de casa al cole, salvo que sea gratis, lo que si hay presupuesto no obviará comprar el coche más potente que podamos mostrar aparcado en la calle, por si un día lo necesitamos. Concienciados compraremos un cachivache que emita menos CO², (revendiendo el antiguo coche al propio vendedor como entrada), y por ello nos aplaudirán como sensibilizados ecologistas, y el ciclo de consumo seguirá girando cada vez más rápido. Jamás habrá transporte público suficiente, si lo comparamos con lo poco que dicen los que votamos, que cuesta disponer de transporte propio.

Si se contabilizaran dentro del precio del transporte los costes por obsolescencia, la hipoteca sobre los recursos no renovables, las emisiones, la ocupación del espacio público, los costes energéticos reales de los combustibles, los tóxicos generados para producir los componentes, tal vez tener un coche sería un lujo inalcanzable como lo es hoy tener un

jet privado, que más que deseo es considerado necesidad para el jeque que se lo puede permitir, y justificarse razonablemente... y si no ¿cómo llevaría a su harén de compras a París?, o ¿cómo asistiría a importantes reuniones del club de polo?, o ¿cómo pondría los cuernos con otro harén? Son necesidades y no deseos, pues no se puede ser jeque sin yate, como no se puede ser urbanita sin coche.

La preocupación de las administraciones no es la eficiencia en la movilidad, ni el transporte público, sino el control fiscal al actor del transporte privado, para pagar la excusa de intentar solucionar la gestión del tráfico privado con el transporte público. Los taxis son operados por autónomos o empleados que cotizan IRPF y SS, tributan por la licencia –privilegio de venta de derecho, que se revaloriza a sí mismo por impedir el libre mercado– devengan impuestos, por los ingresos pagan sociedades, el IVA de los vehículos, la matriculación, los recargos de los combustibles, de los seguros,... pero sobre todo interesa que el privado no pueda cambiar dinero por servicio, sin ser monitorizado fiscalmente, pues el privilegio del taxi profesional se devaluaría (a parte de la conflictividad laboral por la merma de valor de tal discriminación).

La obsesión occidental de tener documentada toda transacción, prohibiéndola si no es controlable, independientemente de su aportación social. La preocupación de las administraciones es recaudar a pesar nuestro y por nuestro bien, para disponer de presupuestos que le permitan financiar el transporte público. El taxista paga por el privilegio de mover gente, y el particular por moverse a sí mismo y a los suyos, consiguiendo así que unos y otros lleven a menudo uno o dos ocupantes efectivos de un lugar a otro. Si se estableciera un sistema fiscal que promoviera el alquiler frente a la titularidad de los coches, los costes de amortización obligarían a que los vehículos estuvieran operativos durante la mayor parte de su vida activa, compitiendo compañías de alquiler con alquileres privados y uso cooperativo.

La simbología de clase social, la ostentación, se limitaría a actividades públicas. Los cambios fiscales podrían incidir con más flexibilidad sobre objetivos de consumo concretos, sin estar sujetos a los plazos de amortización de particulares. Pero el sistema está regulado a la inversa, tanto en las concesiones como en la responsabilidad civil a los conductores. ¿Por qué no tener cada ocupante su seguro? Si se liberalizara la movilidad, y se renunciara a la monitorización fiscal, de las transacciones y acuerdos entre titulares de un alquiler y usuarios, combinado con una

aplicación de costes progresiva sobre el alquiler de los vehículos según la utilización del espacio público, y no del posibilismo recaudatorio, llevaría al uso compartido y optimizado de los mismos.

¿Por qué debemos estar de alta fiscal para ofrecer un servicio que a todos conviene, más allá del objeto que ocupa espacio público y consume recursos? Si a la vez los coches se pagaran por su coste completo, según contabilidad de ciclo total, aumentando en mucho su precio, y se liberalizara su uso como servicio compartido, un activo que se pasa la mayor parte de su vida útil estacionado, y cuando no transportando a no más de dos personas de media, amortizado en plazos muy por debajo de su obsolescencia tecnológica, bien pudiera optimizarse compartiéndose. Si no lo hacemos es por la obsesiva manía recaudatoria de todo acto económico, con independencia de lo que aporte o gaste a y de lo público, a cambio de privilegios de unos pocos transportistas respecto a otros, que no han ahorrado la jubilación en licencia de taxi, y de que las empresas colectivas, que no públicas, no pierdan demasiado dinero del Herald.

Nuestra irresponsabilidad sobre el voto, que delega culpas sobre los que merecemos sean nuestros consentidos gobernantes, y que a su vez son jugadas cual balón de sensibilizaciones, redenciones, protecciones, y excusas, hacia otros culpables, permite que la recaudación se rija por la envidia y el privilegio, y por mala regulación legislativa, la redistribución con la subvención, y la titularidad de los bienes. Las actividades económicas que ofrecen valor a la sociedad, son tasadas así de modo equivalente a las que utilizan los recursos públicos con el absurdo criterio de haberle añadido valor, o haber percibido por un servicio un precio, en vez de contabilizar el uso o la reducción del activo común.

El trabajo es así casi equiparado al rédito monetario (incluso en peor condición si se mantiene a largo plazo), y mientras todos pagamos por la titularidad de un coche mucho menos de lo que vale, por su combustible, a pesar de sus impuestos también, nos podemos permitir el lujo de tenerlos inutilizados durante casi todo el tiempo, e infrautilizados lo poco que los usamos.

Nos gusta y nos conviene a cada uno, aunque no guste ni convenga a la sociedad. Igual ganaríamos todos sin tanto afán recaudatorio a las personas y no a las cosas, apurando, incluso sin transporte público. Igual el que tuviera un coche alquilado podría parar, y cobrar, a los que van en su misma dirección, y los que no lo tuvieran no lo necesitarían, al saber que compartiendo costes con el primero que pase, pueden llegar

rápidamente a su destino. Si los coches se alquilaran al precio de su coste completo y el privilegio de llevar pasajeros, por no estar monitorizados fiscalmente, se generalizara, todos podríamos compartir el coche, y habría menos tráfico, menos coches, menos contaminación, más espacio, más aparcamiento. El coche ya no sería ese objeto hoy imprescindible de la necesidad, (como no lo es el jet privado para quien tiene la novia en otra ciudad), que es el transporte. La demostración en que tener coche está por debajo de su coste, es simplemente comprender que los atascos se evidencian como plaga para nuestra sociedad.

Con nuestro consentimiento se vende un privilegio, lo que obliga a discriminar a los que no pagan por ello, que a su vez genera un uso ineficiente del recurso –coche– para la necesidad –transporte–. Con lo que se recauda de todo ello se intenta sufragar el transporte público, sin conseguir el mismo nivel de servicio, y para arreglarlo todo, nada mejor que huir hacia delante incrementando impuestos, restringiendo licencias, elevando las tarifas del metro. A veces hay que andar un paso atrás para observar con perspectiva, que ser original, etimológicamente es volver al origen.

Coches alquilados, todos taxistas, transporte colectivo, e impuestos a coste completo a los vehículos, para dirigir la reconversión del parque móvil con algún sentido. Tímida y coyunturalmente se están imputando tasas según la emisión de CO², teledirigiendo la tecnología hacia combustiones menos ineficientes, y aunque de modo muy parco se señala el camino de la imposición fiscal, con propósito de optimización de los recursos públicos a ciclo completo. Lo más insostenible paga más que lo menos insostenible, pero olvida la maximización de la recaudación por envidia. Así pueden flexiblemente irse modificando los impuestos para dirigir el consumo hacia un equilibrio con lo público.

Y ¿por qué el alquiler? Los vehículos eléctricos que han comercializado empresas como Honda o Toyota, mal llamados ecológicos al no ser ni eco ni lógicos, han sido ofrecidos únicamente en ese régimen de titularidad, y fracasaron en un mercado en el que la ineficiencia no imputa coste fiscal. La alcurnia de hace siglos consumía apenas recursos finitos, ni emitía tantos contaminantes. Cierto es que quien más puede alquila mejores coches, pero el no tener titularidad en exclusiva, permitiría a los más ricos alquilar ocasionalmente vehículos más funcionales, y a los más pobres, de tanto en cuando, darse tal vez la alegría de una fardada. La implantación de dicha modalidad es relativamente sencilla

una vez se contemplara el ciclo completo de transformación del producto coche, pues incluiría impuestos que contemplaran desde la hipoteca de las materias primas finitas, a la toxicidad de su producción, los riesgos, la ocupación de espacio, su reciclaje, etc... y bien pudiera promocionarse con tasas distintas a un artilugio o a un servicio (los yates de tamaño medio y grande son todos de empresas de alquiler de yates, aunque algunas sólo tengan un único cliente: el propietario de la empresa).

Quien tuviera la titularidad de un producto para ofrecer un servicio, competiría en optimización de su amortización con empresas especializadas con licencia, y para que tener un coche compensara se debería incrementar en mucho su ratio de utilización, y si se usa el doble que lo que los usamos ahora, habría la mitad de vehículos en las calles, si se usara diez veces más y se llenara cada uno de media al doble, el descenso del tráfico y la disponibilidad de aparcamiento, serían dramáticamente distintos.

Alquilar flexibiliza el compartir. No sólo eso, sino que puestos a reconocer un uso ineficiente de las ciudades, y de los medios de transporte, el alquiler explicita el coste completo de un servicio y dificulta ocultar costes. Pero lo más importante de todo es que el servicio como acto económico, pudiera ser dirigido fiscalmente hacia donde interesara que evolucionara: alargando la obsolescencia, promoviendo la pila de hidrógeno, el coche pequeño, la reparación, la amortización a largo plazo, o los vehículos modulares diseñados para ser reciclados, es decir, que un servicio de alquiler podría tratarse fiscalmente de tal modo, que hiciera evolucionar con criterio político la necesidad transporte, a mejores modos de uso de lo público.

La mala noticia es que el hombre no está genética ni meméticamente construido como para ser responsablemente maduro y libre, tolerar la incertidumbre, superar las ideologías, convivir con la diversidad sin juzgarla, y, cuando la cosa se complica y se precisa un cambio, y tal vez recular. La buena es que tampoco lo estaba para la monogamia, para la democracia, para la ciencia, para la sabiduría, para andar con zapatos, o bucear, y sin embargo la competencia entre ideas en entornos críticos, nos ha hecho cambiar la programación de prejuicios, y la cultura permite una rápida readaptación... ya es tarde, pero siempre lo será.

No nos interesa a los ricos –¡sí, incluso los mileuristas sois ricos!– a los que a corto plazo identitaria y materialmente, saldremos en apariencia sin duda perdiendo, y por ello buscaremos todas las excusas que nos

autojustifiquen, con palabras estéticamente seleccionadas de justicia, solidaridad, sostenibilidad, conservacionismo, protección, salvación, amor, pueblo, clase, libertad, culpa, responsabilidad,... pero hay alternativas al Sistema cabrón y tendencioso a la vez.

La alternativa a un capitalismo nacional es otro capitalismo global, a una economía de mercado intervenida es otra economía de mercado leal, a una globalización oportunista es otra globalización liberal, a empresas financieras son empresas de valor añadido, a un crecimiento de producción es otro crecimiento de transformación, a un ecologismo-excusa es otro ecologismo responsable, a un nacionalismo de privilegios es otro nacionalismo culto, a la justicia social repartidora es otra justicia social compartidora, a una solidaridad caritativa es otra solidaridad de derechos, a una democracia retorcida en partidocracia otra democracia del demos,... de frente, sin coartadas, sin esconderse tras causas, fronteras, clases, grupos, pueblos, ideologías hechas a medida, para convertir enriquecedora diversidad en insolidarios grados de privilegio, agrupándose como distintos a otros iguales.

No hay una clase, una etnia, una cultura, un colectivo, que se deba movilizar contra otro, somos todos en lo inmediato en contra de nosotros mismos en el futuro, protegiéndonos de nosotros, y a favor de todos en el largo plazo, y eso es más difícil que funcione. No tenemos contra quien. Nosotros somos nuestro antagonista respecto al que reafirmarnos identitariamente. Una nación puede movilizarse por una causa contra otra nación o estado, una religión contra sus herejías, una clase contra su opresora, pero ¿contra quien se moviliza toda la Humanidad sino contra si misma? ¿Se levantarán los hijos contra sus padres? ¿Contra las excusas, las ortodoxias, y las causas?

Hoy el liberalismo es una palabra que oculta el proteccionismo patriótico vía patentes, superioridad militar, subvenciones, intervención de precios, nacionalizaciones de facto, estabilidad política, seguridad jurídica, organización, prospectiva, conocimiento,... y sólo se aplica en estrechos territorios donde la legislación es homogénea, comportándose egoístamente por amores, contra otros nacidos iguales en lugar distinto. Hoy el nacionalismo es una palabra que oculta el privilegio de un colectivo justificado por un color, lengua, cultura, o historia, sobre los recursos de un espacio: sobre su agua, su subsuelo, su aire, su derecho a explotar a sus ciudadanos. Hoy la democracia es una palabra que oculta una subasta de cargos y prebendas, su degradación en demagogia por

la identificación del rito con el concepto, del medio con el fin, del voto con la participación, de la representatividad con el consentimiento, de la ágora por el espectáculo, y una metástasis del ejecutivo sobre los demás poderes. Hoy el socialismo, es una palabra que oculta la discriminación positiva a aquellos grupos que pueden quejarse, que son débiles pero numerosos en votos, no solo para discriminar negativamente a los que ostentan privilegios, sino también ante minorías o silenciosas mayorías, que no constituyen grupo políticamente interesante. Hoy la antiglobalización es un palabra que oculta la igualdad internacional de derechos.

China, primer prestamista capitalista en términos globalizados, se bendice así misma con la palabra comunista, al tiempo que sostiene un índice de Gini con mayor desigualdad que USA o cualquier país de Europa. ¿Es comunista? ¿Es socialista? Hoy la economía de mercado es una palabra que oculta la intervención en el mercado a favor de los estados ricos. Hoy la solidaridad es una palabra que confunde la injusticia social con la caridad. Hoy el ecologismo es una palabra que oculta la sensatez de la gestión medioambiental con el amor y las buenas intenciones. Utilizamos las palabras para arrimar el ascua a nuestra sardina, y las categorizamos de buenas y malas sin afinar previamente su significado. Nos secuestramos, y nos pedimos a nosotros mismos rescate, que nos negamos a pagar. Con eufemismos programamos una ficción más fácil de gestionar que la incordiante, desordenada, indeterminada, compleja, y desobediente, realidad.

Somos esclavos de nuestros eufemismos, a los que la natural pereza convierte en prejuicio. Esclavos de conceptos como la intocable Ley de Mercado, de habernos creído que el precio lo impone el equilibrio entre oferta y demanda, pero tal vez haya otros modos de enfocarlo, si el aumento de la demanda o la recesión de la oferta, se analizan como incremento de la demografía, la capacidad de derroche, y como limitación de recursos escasos por la insostenibilidad de su obtención. El precio ajusta el beneficio, pero oferta y demanda están falseadas por la externalidad que no incluyen, y si equivocamos el input, pervertimos el output.

No se necesita reenunciar la Ley de Mercado para que no funcione, como no funciona, y lo claman los empresarios en épocas de crisis llamando a papá Estado en su socorro, y no funciona si se cuentan las consecuencias excedentarias, además de los excedentes monetarios. Con contar parcialmente, pervertimos la Ley de Mercado transformando pérdidas en beneficios por maquillaje contable. No es que no funcione

la Ley de Mercado, es que no es aplicable en un Mercado de acceso restringido por tasas impositivas y fronteras, en el que el dinero tiene valor intervenido por los bancos centrales, y los costes de transformación se socializan globalmente. Igual precisamos revisar la Ley de Mercado, como la internalización del coste de reproducirnos sin medida, de consumir sin freno, de agotar recursos finitos, de sobreexplotar los que pudieran ser sostenibles.

Algo está mal en la contabilidad de costes y productividad si un kilo de cordero –en el que poca innovación se aplica– y 12.000 Km de transporte, suman menos que un kilo de cordero. Nos engañamos con el eufemismo de considerar el precio independiente del coste, y no es así, pues el reequilibrio entre oferta y demanda es, en nuestra estructura económica, rediseño de la internalización y externalización de costes. Aumenta la producción, o disminuye la demanda, igual a costa de hipotecarlas sin cargo, por considerar costes de transformación parciales.

Para ajustarnos a la demanda, podemos aumentar la oferta de alimento con sistemas de fertilización que salinicen el suelo, pero en algún momento el coste de su insostenibilidad lo tendrá que pagar alguien y subirá el precio. Podemos renegar de las tasas demográficas de los países en desarrollo, y no considerarlas coste repercutido, por no disponer sistemas de seguridad social y estabilidad política. Lo barato a largo plazo sale caro, y los costes escondidos se cobran con intereses al externalizarse, y por algún lado siempre se manifiestan. Nos engañamos con la categorización de la especulación y del beneficio –de los demás– como malos. ¿Es bueno o malo el beneficio?, y ¿la especulación? (que es planificación distribuida, útil en mercados complejos). ¿Qué es un precio justo? La perversión del significante está en su cálculo.

La Naturaleza está económicamente motivada por el beneficio, que es el excedente que de un modo u otro invierte en reproducción: lo que se obtiene menos lo que se gasta es crecer, para trascender por medio de los descendientes. El hombre incorpora a la ecuación la profecía, o sea, la especulación. La diversidad nace del valor añadido y el error. El beneficio no es en estricto concepto natural “malo”: es el mismo objetivo natural, ... salvo si se hace trampa. Mala para la sociedad es la trampa. Eso es lo que hacemos en el capitalismo actual: trampa, convertimos un concepto “bueno” en “malo”, pero al mismo tiempo seguimos todos buscándolo, y pronosticándolo. Lo que llamamos beneficio se consigue en un cómputo falseado de costes, y es la regulación del mercado lo que

lo permite a costa de una suma-no-cero: lo que se obtiene menos parte de lo que se gasta, pues la otra parte la escondemos bajo la alfombra de excusas y palabras secuestradas, o a la vista tras la retórica, mientras descaradamente silbamos.

Por supuesto que el beneficio y el mercado deben estar regulados, pero a los actos más que a los actores económicos, por una contabilidad de ciclo completo, en la que cuente todo lo que entra y todo lo que sale, no solamente lo que afecta a algunos de los pasos productivos, pues en ese caso el beneficio no es tal. El precio lo definirá la demanda si hay alguien que pueda obtener una rentabilidad con un coste real, que si no se está referenciando el coste al deseo en indirecta intervención de valor.

Si el excedente se consigue a costa de repercutir costes medioambientales a la sociedad contaminando, de consumir recursos no renovables –capital social y reservas– de degradar dejando el problema a los que nos seguirán, o de deslocalizar donde los derechos laborales no puedan ser ejercidos, en realidad el excedente puede no ser tal. Así contabilizado el beneficio puede ser “bueno” y las pérdidas “malas”, pero según nuestro sistema contable en el que lo público, lo de otros, la calidad del aire, del agua, el suelo, la biodiversidad, las reservas, los riesgos, los derechos, la cultura, el bienestar, la libertad,... no entran en el balance, por no considerarlos nuestra responsabilidad, es fácil hacer un negocio rentable, a costa de hacer trampas contables.

Medimos con contabilidad perversa el beneficio, la renta y el valor añadido, e interpretamos por ello como de justicia social la recaudación progresiva según valor del trabajo, el riesgo, y la inteligencia, consiguiendo así castigar estos conceptos, por estar mal definidos. De medirse correctamente no resultarían “malos”, y no justificaría su imposición. Hipócritamente deseamos hacernos ricos, al tiempo que nos satisface castigar a los que lo consiguen. En cambio, en nuestra sociedad consumir derrochando los recursos comunes es “bueno”, la clase social se define por su capacidad comparativa de consumo, y por lo mismo no nos interesa que sea tasado.

La sostenibilidad la debemos buscar en la recaudación por privatizar lo social, y la solidaridad en compartir, distribuyendo el éxito particular. Una actividad económica altamente contaminante, puede resultar rentable según una contabilidad en la que los efluvios no computen como gasto, igual que un negocio que se base en el consumo ineficiente de energía, o en la explotación, o en la explotación del hombre por el

hombre, o en la degradación. En este mundo traidor/nada es verdad ni es mentira/todo es según el valor/de la cuenta que se mira.

Un padre de familia occidental puede considerar la felicidad, el juego, el cariño, la diversión, la educación de sus hijos como valor, y un padre de una familia pobre en los Andes, igual le da más importancia a su capacidad de traer sustento a casa trabajando en una mina, de la que se extraen materiales para fabricar juguetes, con los que se entretiene un par de días el hijo del primero.

Entre las Universidades de Stanford y Vermont definieron y midieron lo que llamaron “servicios sistémicos globales”, los productos comercializables que nos ofrecen los espacios naturales, la polinización, la regulación hidrológica, climática, la formación de suelo, el mantenimiento de la pesca, y otras externalidades no incluidas en el producto de las cosas, y con todas las comillas que se quieran en sus discutibles criterios, faltaría más, llegan a la conclusión de que está en el mismo orden de magnitud del PIB mundial. Los servicios sistémicos privatizados sin coste, representan a los reconocidos de toda la economía mundial. Consumiéndolos sin asumir por ello responsabilidad, los socializamos y no pagamos, y referenciamos el precio de las cosas por la demanda a actividades que obtienen rentabilidad por socializar costes privados en suma no-cero.

Izquierdas y derechas —¿qué debe de ser eso?, ya no me acuerdo—, se pelean para ofrecer a sus votantes como argumento el incremento del PIB nacional, como si fuera algo representativo según una contabilidad falseada por la privatización de los recursos sociales, y legislan para compensar en falaz mercadeo, los privilegios de unos ofreciéndoles ventajas a otros, todo proveniente de un conveniente sesgo en el análisis colectivo de lo que es justicia... sólo que el PIB, como la renta per capita, como el beneficio de las empresas, como el coste, como el precio, se miden hasta lo que el deseo de la demanda permite.

“De necio es confundir valor con precio”. Así todo es un viene y va de discriminaciones de unos sobre otros por ser de uno u otro grupo: las de los que obtienen fraudulentamente el beneficio, que según lo desplazado tal vez sea pérdida, son compensadas por ventajas de los que participan en menor grado de esos supuestos excedentes, siempre y cuando tengan poder de reclamarlo. Las estafas se socializan con fraudes. Por una pequeña repercusión sobre las clases medias de los países ricos, soportamos la incoherencia del sistema. Los pensionistas pueden

obtener parcas rentas, por ofrecer votos, y sin embargo los marginados, como no son colectivo votante, se quedan medio apartados de ese juego de compensación de privilegios. Entonces como modo de solucionar una injusticia medida de modo esencialmente falso, decidimos entre todos establecer sistemas de compensación, y referenciamos los impuestos con ese objetivo a los beneficios y plusvalías, al trabajo y sus salarios, la especulación, transacciones, algunos privilegios, y el valor añadido.

Quien realiza una actividad especializada, el negocio que innova y aumenta su competitividad, quien mejora la productividad, el creativo, el que es capaz de revalorizar sus ideas, paga igual que los sistemas ineficaces que obtengan el mismo valor final, sustituyendo innovación y más privatización de lo colectivo. El innovador que sabe contar es emprendedor, y el empresario que no sabe innovar, solamente es gestor.

Si el precio de los inputs no computa los costes externalizados, el que obtiene mayor valor añadido según este sistema contable, es quien se nutre de productos a transformar que tengan menos costes incluidos, independientemente de si ello es por eficiencia o por trampa, y se desplaza la perversión hacia abajo. Cuando llega al proveedor de la materia prima, la cosa está tan desvirtuada, que ni siquiera se puede plantear el valor de sus reservas, o la hipoteca que está dejando a sus descendientes. La intocable Ley de Mercado es así retorcida, hasta no ser más que las reglas de un juego de rol.

Capitalismo es regular y cobrar a los mercaderes por ir a comprar y vender al mercado, reventando el Mercado; para que la demanda defina el precio al que referenciar los costes imputables en el proceso de transformación, e imponga el beneficio contable socializando las pérdidas con retóricas y contabilidades adaptadas. Capitalismo es intervenir discriminadamente la Ley de la Oferta y la Demanda fiscalizando a los actores y no a los actos, a las personas y no a las cosas, al trabajo y el valor más que a la propiedad y al consumo. Capitalismo es confundir valor con precio, y cantidad con calidad de dinero, es emitir riqueza socializando riesgo, avalando con valor especulativo sobre los patrimonios, la demanda del consumo. Ineficiente, insolidario e insostenible.

De lo obtenido por impuestos al valor añadido, —y la renta salarial no deja de ser reconocimiento al esfuerzo para ello—, vía servicios públicos se redistribuye de tal modo que las diferencias no sean tan grandes, pero todo el sistema está falseado por las unidades de medida, y la capacidad de medir. ¿Por qué reducir fiscalmente la rentabilidad del

valor añadido, si a todos nos interesa premiar a quien por innovación, eficiencia, productividad, imaginación, capacidad, o suerte, lo optimice? en vez de cargarlo en grado de su apropiación y uso de lo público. ¿Por qué incrementar el coste con impuestos del trabajo, que al final en un entorno formativo de oferta-demanda adecuado, se reduce de nuevo a valor añadido? Incluso, ¿por qué castigar con impuestos el beneficio, si reproducirse es el objeto natural de la actividad económica?

Por envidia, control, y por eso nos conviene contar y medir mal, porque es más sencillo medir el precio, y la envidia consuela. El prejuicio fiscal es que quien más valor añade, más toma de lo público. Se gravan los salarios porque son más fáciles de medir que estimar patrimonios (¡y ahora se descuelga la despistada izquierda, con que frente a la doble imposición, lo que hay que hacer es eliminar el impuesto al patrimonio!), se gravan los beneficios porque son más fáciles de medir que los costes no repercutidos, se grava el valor porque es más fácil de medir que la ineficiencia. ¿Por qué no tasar el consumo en función del coste que esconde?, ¿por qué no tasar el patrimonio en función de su uso social alternativo?

El sistema fiscal recauda según se ingresa más que según se gasta y acumula, para redistribuir lo que por posibilismo de cobrar a quien se puede, por tener más a la vista su renta. A este sistema le importa más la envidia que la eficiencia, más el simplismo de tener por malo el beneficio, que el uso de lo público que se haga para obtener el valor añadido. Una actividad económica que mejore la vida de los ciudadanos, sin tomar de lo de todos, y encima obtiene beneficio, paga lo mismo que otra con el mismo excedente a costa de fabricar con mano de obra infantil, en países sin regulación laboral, contaminando, sin diseño reciclable, y que agote recursos finitos, si tienen ambas el mismo margen según una contabilidad parcial.

El fondo del sabor de aquella izquierda de hace un siglo, por el que el beneficio debía repartirse, nos ha traído en el arroz de la derecha, hasta la paella de la envidia al valor, como absurda base de la fiscalidad. La recaudación es el modo más efectivo de discriminar la afectación sobre lo público de una actividad económica, en base a la ineficacia: cuanto peor se realizara una transformación, más se pagaría para que fuera menos competitivo y no más, como sucede ahora.

El sistema fiscal recauda según lo que puede, y redistribuye ofreciendo servicios públicos teóricamente por igual, y coleccionar según las

posibilidades obtiene más de los que más tienen, pero también de los que menos pueden esconder. Un sistema fiscal justo debiera ser proporcional al impacto sobre lo público que hace quien delega y esconde costes laborales, ambientales, de riesgo, sanitarios, de tal modo que recaudar según el uso de lo de todos, fuera tan importante como compartir lo así socializado, para que todos usen. Si la optimización del uso de recursos no renovables, los residuos generados, el bienestar de los empleados, la energía consumida, en una transformación estuviera sujeta a las leyes naturales de la competencia y la colaboración, según una contabilidad de ciclo completo, incluyéndolos por sustitución fiscal de los usos privatizados, todas esas variables se regularían respecto al valor añadido de modo automático. La deslocalización sería por productividad, y no por desplazamiento, y ocultación de costes.

Supongamos que disponemos de un capital que nos dan en herencia, con ello podemos invertir en una actividad de valor, ya sea para hacer crecer ese dinero en proceso productivo y/o de riesgo, ya sea para disfrutarlo, ya sea para obtener la tranquilidad de disponer de ello como reserva. El sistema capitalista actual fiscaliza cualquier actividad que sobre el capital se realice por concepto de lo que cunda, no de lo bien o mal que se invierta respecto a su impacto social y ambiental. Así un depósito mineral es para un país un capital que sus ciudadanos, o algunos de ellos, han recibido en herencia, y no se grava si se mal usa o se guarda como reserva, sino tanto más cuanto más valor genere su aprovechamiento, incluso tanto más cuanto peor se use, obviando si ello desplaza costes al conjunto, en forma de mala inversión o de impacto ambiental.

Cuanto más “desarrollado” está un país, la concesión, que es impuesto, es más cara, pudiendo llegar a obligar al cierre, por ejemplo, de la industria minera del carbón. Para fabricar un metro de machaca para pavimento en una carretera, se tasa el coste del material independientemente de si es procedente de una cantera, o de un proceso de reciclaje, pero en el primer caso estamos tirando del capital social, –las materias primas– que es el más caro de todos los capitales.

Si una empresa invirtiera su capital en retorno sin excedente, entraría en quiebra, y algunos países así están, pues no contabilizan el capital que derrochan, como coste. A menudo barremos bajo la alfombra, y si es la del vecino, mejor. Miedo, confusión, y culpables, son la mejor gestión política que se mantiene por comprar los votos de quienes interesa que el sistema siga con los menos cambios posibles: nosotros. Con el sistema

impositivo actual, tasando la actividad económica según su eficiencia dineraria, y no según su ineficacia e impacto, promovemos que la gestión más rentable sea bien el desplazar costes a lo público, a otros –consumidores, proveedores, extranjeros– al futuro, o simplemente no asumirlos. Desplazar no es bueno ni malo, sino la hipocresía: Ikea nos repercute los costes de traslado y montaje de sus muebles a los compradores, y por ello nos los vende más barato; y tal vez, sólo tal vez, una elegante tienda de muebles de diseño nos da esos servicios sobre maderas nobles borrosamente certificadas, y por ello nos los vende más baratos.

Los motivos no los queremos ver, pero sus modos tienen nombres contra los que nos manifestamos y tras los que nos escondemos: deslocalización, globalización, especulación, explotación, insolidaridad, opresión,...; y sus consecuencias, tres cuartos de lo mismo: desastres naturales, degradación medioambiental, injusticia social, conflictos,... La rentabilidad fraudulenta por nuestras fraudulentas retórica y contabilidad, se maximiza así mejorando el valor añadido que también así es falseado, y que a su vez llena las arcas de lo público –en impuestos al valor, a beneficios, a los salarios– cómplice, aunque las reparta bienintencionadamente entre todos los de dentro de esta frontera, participando así de la ineficiencia en la producción: del botín.

Es más barato desplazar la fabricación a un país donde los costes laborales estén externalizados, a mantenerlos donde los empleados cobren si se ponen enfermos, si se van de vacaciones, con jornadas no excesivas, con cierta seguridad de futuro, paro, derechos a huelga. Es más barato consumir materias primas de países que no pueden permitirse el lujo –o su corrupción lo tolera de tasar por el consumo de una reserva escasa, capital social propiedad de nuestros herederos. Es más barato echar los residuos al aire, al río, al mar, a un vertedero, que reciclarlos, y si se ponen pesados, siempre habrá países más tolerantes.

Es más barato apelar a la tradición, que pagar por recuperar lo que los que nos precedieron destrozaron. El buen gestor de hoy maximiza el beneficio eliminando costes de transformación de su contabilidad más eficazmente que de su ciclo productivo, que no es lo mismo... mucho más efectivo medido con la contabilidad en vigor, y encima fomenta las innovaciones operativas y financieras, frente a las imaginativas y productivas. Si no por su valor añadido, sí debe imputarse en cada transformación un coste en forma de impuesto, ese que el beneficio usa del conjunto, y contabilizando correctamente, internalizando los costes, de

optimizarlo cada proceso se hará competitivo frente a otro menos eficiente en sus repercusiones sobre lo público, o sobre otros. ¡Eso es un camino sensato a la solidaridad y sostenibilidad más allá del voluntarismo, los salvadores, la sensibilización, la conservación, el ahorro, y la machacona responsabilidad mal entendida!

Si construyo una rueda con materiales extraídos de una mina, habrá que pagar más que si se obtienen de otros objetos que ya han perdido su utilidad; si la construyo consumiendo energía, habrá que pagar según las emisiones de gases de efecto invernadero –como impuesto y no como cobro del Estado a las empresas incrementando costes operativos que se repercutan en la factura– contaminación, espacio ocupado, costes geopolíticos, impacto visual; si construyo de modo que sea difícilmente reciclable, habrá que pagar más que si es fácilmente reincorporable al proceso industrial; si genero más residuos, habrá que pagar más que si genero menos; si lo hago utilizando mano de obra sin derechos, más que con derechos; etc, etc, etc,... Así contabilizado, y así tasado, el PIB, el EBITDA, la RPC, o el precio, tendrían más sentido, y la competencia por unas tasas impositivas más bajas, haría que para ser más eficientes, produjéramos de modo menos insostenible.

Pretendemos la redistribución a través del reparto de lo recaudado, y no de compartirlo en servicios públicos. Subvenciones a cambio de votos, responsabilidad por autoridad, crédito por homenaje. Si se hacen los números, sustituir el IVA uniforme por un ICA variable –impuestos a costes abducidos, no repercutidos– y desplazar las tasas de la renta salarial a las plusvalías sobre patrimonios y reservas –cargando así el riesgo no emprendedor– y de nuevo al consumo según su riesgo en convertirse en plaga, se incrementarían los precios en mayor medida que los salarios de la rica clase media, lo que retraería la vorágine consumista y especulativa en la que basamos nuestra riqueza, y según el sistema actual de medida entraríamos tal vez en decrecimiento. Además, el recaudar impuestos, que son de países que no pueden permitirse el lujo de hacerlo, para devolvérselos, extraería de nuestra contabilidad dineros que hoy, como quien no quiere la cosa, nos quedamos, para favorecer con lo de los pobres, a los más desfavorecidos de entre los ricos. Sería promover el decrecimiento del que algunos ecologistas hablan,... flojito por no tener la repercusión mediática de los telepredicadores.

Si he conseguido hacerme entender, el lector interpretará que ese decrecimiento es crecimiento en otro sistema contable que incorporar

los servicios sistémicos, y que quizás algunas transformaciones resulten inviables, y sin embargo otras aparezcan. Más servicios y menos cosas, para crecer en términos de una renovada retórica y contabilidad, lo que nadie querrá votar. Según la contabilidad que se use ya estamos en decrecimiento, pues el incremento de la renta per cápita, es superado por el de los recursos disponibles, los derechos de los trabajadores no repercutidos, los costes sanitarios y ecológicos que la contaminación y los residuos producen, la inmigración, o la asimetría Norte-Sur. La plusvalía de la vivienda hipotecada sólo se tasa si hay transferencia entre actores económicos, en cambio la minusvalía del agotamiento de un yacimiento de gas, no es descontado de la contabilidad nacional.

De nuevo es el pie de rey el que referencia la medida, y hay varas que evalúan mejor el bienestar, que la renta. El decrecimiento puede ser crecimiento si se mide de otro modo, con otra contabilidad, de la misma manera que el supuesto crecimiento de hoy es en realidad decrecimiento, si se mide como ciclo completo de transformación.

El hardware sería así más caro, o produciría menos valor, que el software, sin más que regular la contabilidad de suma-cero, entonces habría que fabricar ordenadores en los que fuera fácil sustituir un pequeño procesador, que tendría valor de recompra, en vez de todo el equipo; habría que rediseñar los sistemas para que duraran más de 3 años, habría que prever que el software para ellos desarrollado estuviera optimizado en uso de sus recursos, y cosas de esas. Habría menos líneas de fabricación y más trabajo para programadores.

Las aplicaciones que hoy usamos suponen que es más barato más hardware –cosas–, que hacer tunning del software –personas–. El método está imponiendo el resultado, y las empresas juegan según las reglas que la legislación obliga, legitimada por votos de envidia y reparto. En las escuelas de negocios y universidades lo primero que se enseña es el Apunte Doble, es decir, que los importes no se crean ni se destruyen, solo se transforman, pero el propio sistema asigna a beneficio o valor añadido el resultado en suma-no-cero: por no haberse contabilizado las externalidades como entrada, no se contabilizan en la salida, y junto con el valor añadido, estas suelen haberse.

¡En contabilidad de suma-no-cero, el beneficio no expresa nada! La internalización de los costes puede realizarse fiscalmente, gravando el patrimonio, el consumo y la especulación que no se computan en la fabricación, al tiempo que se deja a regulación del mercado el valor añ-

dido, beneficio, comercio, y salario. Justo al revés de las tendencias actuales, sean cuales sean los colores de los gobernantes, escondidos tras un regustillo de envidia, contra el que obtiene mejor valor. Aún desplazando impuestos de compra-venta entre particulares, renta y sociedades al consumo, quien más ganara, más consumiría y/o más se remunerara su ahorro y riesgo, por lo que pagaría más cuanto mayor fuera su insolidaridad en el consumo.

En la UE el IVA genérico máximo es del 25%, algunos países lo aplican, y no pasa nada. En España estamos casi al mínimo permitido del 15% y tasamos el lujo en 1/3 del valor añadido, de modo independiente a que sea superfluo o insostenible, y ¿por qué no fomentar lujos responsables? ¿por agravio comparativo? Si otro tiene más o es más guapo, justo es que me dé parte de su belleza, o de su dinero, o de su felicidad, o de su lujo. Por contra la tendencia, o al menos las reivindicaciones de ciertos colectivos, es aplicar un impuesto superreducido del 4% al consumo de agua, electricidad, gas,... también independientemente de lo intensamente falseados que están sus precios sin externalidades.

A pesar de ser reiterativo, pongamos algún ejemplo sencillo: las bolsas de plástico de los supermercados soportan el mismo IVA, que bolsas de papel reciclado sin blanquear sustitutivas. Si la empresa de distribución soportara un IVA del 3% (hoy aplicado a los productos básicos especiales) en el caso de que, una vez certificada su trazabilidad, las bolsas fueran recicladas, algo más si procedieran de explotación forestal, más si estuvieran tratadas con blanqueantes, y más aún si procedieran de fábricas antiguas más contaminantes, o si se tintaran con publicidad, el espectro de su IVA podría llegar quien sabe si al 16% o 25%. Si se tasara con el 33% o 50% la bolsa de plástico “biodegradable” (sic) con su propaganda, (artículo de lujo en una contabilidad internalizada), resultaría que la decisión papel o plástico, estaría penalizada por un tercio del precio al que el empresario paga el producto.

En Irlanda han introducido una tasa especial que redujo en un 90% su consumo. La competencia favorecería un comportamiento de consumo más eficiente, y según se fueran sustituyendo unas por otras, al reducirse la recaudación por ese concepto, habría que subir progresivamente el impuesto al plástico, más que al papel. El propio mercado optimizaría un comportamiento, hoy delegado en el voluntarismo de unos pocos que van con cestas a la compra, y que salvo su simbolismo, de poco más sirven. Las bombillas de bajo consumo pagan el mismo IVA que las de

resistencia, el papel mate que el satinado, el pescado de piscifactoría que la gamba roja, la reparación de una pieza que la sustitución por una nueva, el kilovatio de carbón que el hidroeléctrico –el nuclear, paga además la moratoria–, el trigo que el té o la trufa, la construcción en madera que en ladrillo, la carne que las verduras, los envases retornables que los de usar-y-tirar, y en cambio un hotel de 4 estrellas paga menos que un agroturismo de 5. ¡No tiene sentido!, pero en nuestra hipocresía nos congratula, que quien tiene mejores ingresos que nosotros reduzca estos para redistribuirlos, apelando a la justicia medida en renta trampeada, independientemente de la eficiencia.

Pongamos otro ejemplo. La vivienda es un derecho constitucional sólo garantizado como intención, sin acción legislativa que la asegure, sólo apaños pues es Principio Fundamental. Su compra está a la vez cargada –como renta, y por impuesto municipal al patrimonio–, que sorprendentemente subvencionada con desgravación fiscal. Al crecer tanto la renta disponible, como las gentes que disponen de esa renta, por encima del limitado espacio urbano, aumenta la demanda y los precios –que no incluyen buena parte de las externalidades de la construcción, y sin embargo sí circunstancias especulativas de oferta y demanda, frecuentemente fiscalmente ocultas–, suben en vaivenes hasta suponer una alternativa a la apuesta en la tómbola financiera de especulación no productiva. Cierto es que adicionalmente se imputa la plusvalía si hay cambio de propiedad, que computa como ahorro, pero no durante su revalorización. Así se motiva la adquisición de vivienda compitiendo con fondos de pensiones, o productos financieros puros, y se patrimonializa especulativamente la sociedad.

Los especuladores ricos utilizan disponibilidades marginales para su riesgo, y los pobres, los recursos básicos para disponer de su propio hogar. No se diferencia el diferente dinero. La riqueza especulativa se contabiliza según criterio contable del mismo modo, que la riqueza productora de valor añadido. Pero el derecho constitucional a vivir bajo techo, no refiere en nada a la titularidad de la propiedad, que es cosa de ahorro a largo plazo. Ni siquiera contabiliza en el IPC.

Comparamos coste de alquiler con plazo de hipoteca, pues socializamos riesgo y mantenimiento. De desplazarse tasas sobre la renta, a impuestos al patrimonio –y no en su tendencia actual contraria, sino al revés–, el disponer de esa inversión sin uso, (o sea una vivienda vacía lo está porque el rendimiento y su riesgo no compensa su revalorización, a

diferencia de un fondo financiero que se presta a su vez para otras actividades económicas), por encarecer el mantenimiento inútil de un activo, el propio mercado liberaría la oferta de alquiler.

Si toleráramos a los fondos de inversión algo parecido, sólo guardarían nuestro dinero por su revalorización provocada por regulaciones legislativas, y no lo prestarían para actividades que generaran empleo. No es tanto gravar la vivienda vacía en sustitución de imputar a renta, como incrementar el coste de propiedad de una vivienda hasta que no sea rentable no obtener de ella el rendimiento posible, tanto por incluir en su coste la insostenibilidad de los materiales utilizados, o el valor de su derrubio, y otros aspectos de su coste social de infraestructuras; como las opciones de capitalización que el tiempo ofrece (operativamente sería relativamente sencillo simplemente actualizar los valores catastrales reales municipales según información de Hacienda, que la tiene para tasar compra-ventas). Es decir, menos IRPF, y más IBI.

Redefinir e incrementar los impuestos patrimoniales, dividendos –excedentes no utilizados en reproducción–, y sobre la renta de activos, tanto a particulares como a empresas, implicaría sustituir las tasas sobre las rentas salariales que hoy pagamos, e incluso sobre los beneficios ordinarios reinvertidos, procedentes del valor añadido a productos y servicios, –que no sobre los procedentes de operaciones financieras y revalorizaciones por riesgo–. Habría más liquidez para el consumo de productos poco sostenibles más caros, y para consumo más barato de servicios. Si se eliminara el impuesto sobre renta y la parte de las cuotas a la Seguridad Social destinadas a los servicios públicos sanitarios, incrementaríamos la renta disponible de las familias, pero también subiría el precio de la energía desreferenciándola de los salarios, y de los materiales de la vivienda; o tal vez no tanto, si se acompañara de medidas complementarias de gestión de suelo, fiscalidad en la revalorización, y ¿qué sentido tiene subvencionar la adquisición de viviendas?, ¿qué sentido tiene el IVA sobre las horas de reparación de un televisor?, ¿es eficiente que reparar el lavavajillas salga más caro que uno nuevo, por estar el salario del técnico gravado en un 75% si se añaden cuotas a la SS, renta, e IVA, mientras que las piezas lo están al 16%?

Mientras mil millones de seres humanos están gordos, sobrealimentados, otros tantos pasan hambre. El impuesto a la carne es el mismo que a los garbanzos, el de unas patatas fritas que a una ensalada. El tabaco es malo no sólo para el individuo, sino también para lo público,

y se carga con impuestos que tal vez no cubran el gasto sanitario que generan; y la obesidad en cambio, siendo causa de inmensos problemas sociosanitarios no es regulada, incluso fomentada. Mientras los gobernantes nos desvían la atención en cuestiones identitarias, voluntarismos, proteccionismos, temores, orgullos, envidias,... mantienen una gestión simplona y envidiosa de las políticas recaudatorias, que modulen la afectación de las decisiones individuales en lo público. Comprando cualquier cosa, nos hacemos depositarios de la socialización del coste de materias primas, emisiones, contaminación, residuos, y gritamos con dedo acusador: ¡quien contamina paga! Será quien contamina por encima de lo tolerado sin cobrar, porque un poco todos es gratis, y un exceso puede ser hasta delito (regulación al actor y no al acto económico).

El nuevo ecologismo político tratará de ampliar muy mucho el concepto: que yo decida renovar mi lavadora porque no hace juego con el color de la secadora, o porque consume menos agua y suavizante, o porque es más cara la pieza de recambio que una nueva, o porque lava más blanco, es una actividad que consume recursos escasos —y cualquier empresa que destina capital social a gasto más que a inversión, se devalúa—, contaminante, que genera residuos, emisiones, tal vez provoque explotación laboral, o insalubridad a algunos.

Cada una de nuestras decisiones usan de lo que es conjuntamente de otros o de todos, y así todos contaminamos y todos debemos pagar por ello según la eficiencia de lo que consumamos, que por no hacerlo transformamos una sociedad en decrecimiento económico en una ilusión de riqueza, por desplazamiento del coste que no nos repercuten, escondiéndonos detrás de palabras y cuentas.

Los gobiernos persiguen la más mínima transacción para cobrar un impuesto sobre ella, sea cual sea, incluso entre particulares a suerte de intercambios, dificultándolos. Del acto jurídico documentado interesa el importe, no el concepto. Dificultando por no poder controlarlo, y cobrar una parte los mercados de segunda mano —reutilización—, las subastas en Internet de objetos por los que ya se ha pagado, que no usan unos y pueden desear otros, hasta el trueque. ¿A qué viene esa voluntad mafiosa de querer parte de cualquier transacción no financiera? Si cualquier objeto de consumo ya ha cotizado siendo nuevo. Los señores medievales, como ahora, cobraban por comerciar transitando en sus caminos.

¿Qué sentido tienen los impuestos a transmisiones de cosas de uno a otro consumidor? ¿Por qué está legislativamente perseguido, también

vía coberturas de seguros y responsabilidad civil, el que desconocidos compartan trayectos en coche? Los impuestos sobre transmisiones son de doble imposición, y favorecen sustituir lo viejo por lo nuevo, al encarecer el trueque. Mientras se gastan presupuestos en campañas de sensibilización por la reducción, reutilización y reciclaje, nos obsesionamos en ir a la moda retirando productos de uso al armario estando en perfecto estado, señalamos con el dedo a quien compra algo usado, aplaudimos planes renove de coches, ordenadores, móviles, neveras, subvencionados con dinero también público, redoblando por esa vía su impacto en costes sobre lo que es de todos, (¡no pago por contaminar, y encima me subvencionan por hacerlo un poquito menos en el futuro!).

Privatizamos el ciclo de obsolescencia con recursos públicos, acortando los ya de por sí artificialmente cortos ciclos de cachivaches y artilugios. Incrementando cada año la producción de vehículos, tal vez estemos haciendo decrecer el mercado si internalizáramos los costes de retirar coches que funcionan perfectamente, o que se pueden reparar. Si consumimos calzado deportivo fabricado en un país donde los derechos de los trabajadores están aplastados, donde la contaminación que tal actividad produce es superior a la que sucedería con controles propios, con materiales en menor grado reciclados, habrá que trazar y tasar esa diferencia, cobrarla en destino y depositarla en origen (deslocalizando esa producción, no han mejorado la productividad real, sino la productividad imputada, e incluso, ya que la tensión de costes se alivia por otro lado, tal vez la han empeorado). Aranceles a la inversa. La deslocalización productiva sucede por no deslocalizar la impositiva.

La natalidad, la inmigración, los conflictos, las hambrunas, son costes externalizados que afloran aparentemente sin relación, o al menos sin desear identificarla. El relato de Edgar Allan Poe “La máscara de la muerte roja”, contaba la historia de un príncipe que se encerraba en su palacio, para celebrar fiestas hasta que pasara la peste. No lo consiguió. ¿De verdad creemos posible blindar las fronteras occidentales de la invasión? ¿No es obscena la mera idea de creernos con derecho a regularizar la inmigración, de ordenar el movimiento de las personas nacidas iguales? Ciertamente es que ese depósito recaudado en nombre de otros, bien podría aprovecharse para comprometer conservación de espacios naturales, control demográfico, emigración ordenada, educación, sanidad, . . . , que de otro modo los pobres también contribuyen muy a su pesar al deterioro ambiental y social, pero en cualquier caso la parte de

ese dinero que hoy imputamos como impuestos al valor añadido, dejaría de ser nuestro para devolvérselo a sus propietarios sufridores, no por caridad, no por concepto de subvención, sino de pago por activos, deuda, y servicios, y es bastante más que el 0,7%.

El Cambio a un Sistema Económico Ecológico Eficiente, Solidario, y Sostenible, está en cambiar el Sistema Contable de Coste Total a Ciclo Completo de Transformación, –apunte doble de suma-cero–, fiscalizándolo con criterio más o menos igualitario según los gobernantes, y generalizarlo en organismos internacionales independientemente de lenguas, razas, religiones, fuerza,... tan simple de decir y complejo de realizar. Sin coartadas, sin caridades, sin placebos nacional-ecologistas. Cada uno debemos aportar nuestro “grano de arena”, que no es el reciclado de nuestra basura, o ir en bicicleta, por ser cuestiones estas de eficiencia y no de ecologismo, sino en votar a aquellos que proponen compartir en vez de repartir, asumir en vez de desplazar, trazar en vez de esconder, cambiar en vez de conservar, consumir servicios en vez de ahorrar cosas, y sobretodo pagar.

¡Retirar nuestro voto a aquellos que apelan a nuestros miedos y debilidades, a nuestra conveniencia y envidia, que nos prometen privilegios y discriminaciones, que dicen estar dispuestos a compartir con nosotros el botín, que entienden por redistribución de la riqueza el tomar del esfuerzo, el éxito, el valor, la rentabilidad, para repartirlo conservando el consumo y el patrimonio en su paraíso fiscal, es el grano de arena de cada uno! No se trata de pensar globalmente y actuar localmente, sino de pensar y actuar colectivamente, que fácilmente derivamos por conveniencia a apostar por quien nos propone conseguir más dinero para nuestra región, o más subvenciones para nuestra protección, o menos impuestos para nuestra actividad, y más para otros.

Actuaremos localmente si nos interesa en el coste de nuestra actuación, pues el ahorro o el reciclaje son comportamientos económicamente eficientes, y votaremos localmente si no queremos pagar, pero necesitamos una excusa de confesionario.

¿En cuanto se valora una reserva de una mina de cobre? y ¿una hectárea de selva amazónica?, y ¿una lengua en debacle?, ¿un soldado muerto?, ¿en cuanto la emisión de tal o cual contaminante? vale, es complicado pero Kyoto ya ha hecho propuesta, insuficiente pero propuesta de cuotas en cualquier caso. Es más en las contabilidades actuales valoran cosas más difíciles y no les caen los anillos: ¿cuánto cuesta el logo

Coca Cola? La dificultad del Cambio está en el tiempo, en los plazos, en la ponderación y acciones legales sostenidas para ir modificando el modelo contable manteniendo control y equilibrio en la inflación, la presión fiscal, la productividad, la inversión, la balanza consumo-ahorro,...

Excusas para no ir más allá del 0,7%, excusas para robar sin demasiados remordimientos, excusas para mantener un sistema global injusto, excusas para escondernos tras las fronteras, excusas para no pagar, excusas para no asumir políticas impopulares, y excusas para no tomar decisiones. Promesas a futuro sin garantía. Alguna penitencia por el camino, algún gesto simbólico, salvaciones, protecciones y gestos ecologistas, e intenciones de mejorar. Todo ello nuestros gobiernos lo aprovechan para enterrar la cabeza en la tierra, no sólo ante el deterioro medioambiental, sino incluso en las estrategias de recursos a largo plazo que precisa nuestra civilización.

Al no haber energías sin inconvenientes, y no querer pagar demoscópicamente esas desventajas e impactos en su uso, la estrategia que estamos adoptando es no hacer nada, y cantar con la lira sobre una nube las canciones renovables. La fusión no está ni sabemos si de estar será rentable, la fisión sostiene una estructura social jerarquizada, los biocarburantes, como los pantanos o la geotérmica, son aplicables sólo localmente, las renovables sin pila de hidrógeno rayas en el agua, nadie sabe cuanto petróleo ni gas quedan, ni siquiera cuanto carbón.

Nuestra civilización está basada en la generación de energía a partir de combustibles que la almacenan, y señalar al ahorro, a la responsabilidad, a la solar, a la eólica, a las mareas, es desviar la atención ante el posible colapso en la disponibilidad general de petróleo. Parecemos los que celebraban al año nuevo en pleno golpe de estado a Batista, bebiendo alegres, inconscientes. Es como proponer como solución al exceso demográfico, el celibato y el ascetismo voluntarios.

De seguir en políticas de excusas, de promesas, de voluntarismos, de nostalgias, y de ocultar la cabeza bajo el ala o detrás del amor a la patria, puede que no lo vean nuestros ojos, pero la caída será dura. Estamos ya próximos a que el mercado de combustibles llegue a una décima parte del producto interior bruto mundial, eso sin contar con los costes externalizados ni la descapitalización, que a saber en cuanto lo multiplican, y seguimos sin tomarnos en serio que el petróleo se va a acabar. Si hay que ir a nucleares, con garantías y valentía, sin moratorias, sin “pues tú más”; si hay que ir a otras, sin engaños ni romanticismos, y si cuesta

votos, más caro saldrá lo que no tiene precio. Las políticas de excusas y gestos son irresponsables, y nuestro grano de arena es retirar el voto a quien las sostenga como programa electoral, a quien no plantee seriamente estrategias plausibles energéticas, hidrológicas, fiscales, globalizadoras, judiciales –la seguridad jurídica es el mayor valor que le queda al país que no tiene especial tecnología, especialización, conocimiento, materias primas, o contabilidad que esconda costes–. Nuestro grano de arena es retirar el voto a quien proponga cerrar fronteras, y bajo banderas de nacionalismos ancestrales, cambiar cosas para conservar nuestros privilegios.

¿Está preparado el ecologismo para ejercer opciones sensatas de cambio de contabilidad?, ¿sobre estrategias energéticas a largo plazo?, ¿está preparado el ecologismo para superar la distribución de culpas?, ¿para abstraerse de causas ortodoxias, y normalizaciones?

Todas estas páginas se han escupido por la constatación de la deriva a ningún sitio de la esperanza en un ecologismo sensato que pusiera a la Humanidad en nuevo rumbo, superando las trasnochadas derechas e izquierdas, los nacionalismos y antiglobalizaciones, desvirtuándose en apocalípticas amenazas y nostalgias bobaliconas. Dentro del ecologismo, a la vez que showmen y beatas con cepillo que viven en el mundo de Flanders, hay gente que está clamando por este tipo de ideas. No son mediáticos, sostienen argumentos distintos, en ocasiones borrosos, ... de momento, y es que interesan otros aspectos más maniqueos, dramáticos, y espectaculares.

¿Está a tiempo para dar un golpe de timón? Manipulando se deja manipular, y lo han incorporado al Sistema en modo de gestos autocomplacientes, e indulgencias. El ecologismo debe desobsesionarse de sus verdades, sin olvidarlas, tal vez modificándose con ellas, cambiar para erigirse en motor del cambio, que no puede obviarse si no queremos llegar al colapso, al conflicto permanente, para que los ricos sigan expoliando a los pobres. Igual no tiene chicha suficiente... ya se ha vaciado concentrándose en sus obsesiones ¿o no o sí?, ¿es ya esclavo de sus palabras?, ¿de sus excusas?... lo parece.

La izquierda anda perdida, inmersa en el sistema partidocrático, en la subasta de reducciones impositivas, ventajas para algunos por ser quien son, desgravaciones; intentando compensar privilegios de unos con privilegios a otros, adoptando un moderno caciquismo de ayudas y subvenciones, en supuesta redistribución justa de una recaudación ab-

surda y posibilista, secuestrada por el trampantoque de la libertad de los pueblos, y en su mediocridad intelectual actual sólo desea al ecologismo de acompañante estético y alarmista, compatibilizándolo en imposible malabarismo con su incompatible nacionalismo.

Andamos el camino de la subvención y el incentivo por gasto en sustitución, y por omisión, de una regulación contable de suma-cero, sin preocuparse de la justicia recaudatoria, sino por maximizarla a gusto de la envidia de los votantes, compradores de privilegios. La democracia en entornos nacionales preocupados por lo próximo y lo cercano, por lo suyo, secuestrado en sus nostalgias y quereres, y por el corto plazo, jamás llevará al poder a quien pretenda empobrecer el consumismo de sus ciudadanos, y ningunear los privilegios que consideran les otorga por nacimiento su identidad.

¿Se atreverá la izquierda a sustituir su alianza con el nacional-ecologismo, por otra con el ecologismo político?, ¿podrá cambiar envidia por eficiencia?, ¿será capaz la izquierda de la valentía de decirles a sus votantes que le voten para empobrecerlos, –o enriquecerlos–, según la contabilidad con la que midan, para compartir servicios públicos en vez de repartir en discriminación positiva, subvenciones?

Los ciudadanos negaron el voto a los ilotas, los romanos a las colonias, los blancos a los negros, los hombres a las mujeres, y nosotros a los pobres de otra nación. Izquierda y ecologismo están secuestrados por el capitalismo nacionalista y globalizador antiliberal, –intervencionismo neocon–, y o bien se zafan, o no podrán asumir el Cambio. Calentamiento Global, Capa de Ozono, Desastres Naturales, Contaminación, Conservación, Tradiciones, Renovables, Antinuclear, Ahorrar, Biodiversidad,... incluso solidaridad, justicia, libertad, redistribución,... son titulares que por supuesto deben formar parte del ideario ecologista, ya sea nacionalista o globalizador, pero mantenerse en la obsesión actual de inflar estos síntomas y amenazas, que son acciones de eficiencia económica, con el amor y desvirtuarlos en mitos, es utilizado por la política para parapetarse y no afrontar el Decrecimiento Demográfico y del Consumo (según la contabilidad hoy vigente de suma-no-cero).

Igual cuando llegemos al final del siglo XXI, con el doble o el triple de la población actual a la que ofrecer bienestar, lo que nos importe menos será si los modelos climáticos eran correctos o no. Cambiar el sistema implica divisar más allá de amores, de buenas intenciones, de alarmismos, de medias verdades. Cambiar es una globalización interna-

cionalista, una ciudadanía mundial y legitimada democráticamente, un liberalismo leal, el riesgo de no desear ser más siervos, la participación política, y una estrategia fiscal que nos empobrezca a los ricos más que a los pobres según el pie de reyes ya muertos, o nos enriquezca a todos, incluyendo a vuestros descendientes.

Cambiar es internalizar todos los costes y su redistribución sin frontera, (recaudar en nombre de los que no pueden hacerlo, y devolvérsele a cambio de control demográfico y protección medioambiental), es fiscalizar los mecanismos de la libre competencia de los mercados, para que los regulen incluyendo su impacto ambiental y social. Ninguna opción política en sentido ecológico y de justicia global puede apoyarse en el nacionalismo de los privilegios con excusa de sus diferencias.

El ecologismo descafeinado por los partidos hoy contendientes, es una estrategia de despiste fiscal y de derechos, que, apoyado en la envidia, y tomando argumentos de creyentes fanáticos, hemos transformado hoy en una excusa para no cambiar. Si sigue obcecado en sus obsesiones, como la izquierda, ya estará demasiado viciado como para proponer y mover, y habrá que reinventarlo y, de mantener algunos secuestrado el nombre, llamarle de otro modo.

Los desperdicios y los pobres son tan baratos, que la gente paga por alejarlos de su presencia, y como nos recuerda el mono de 2001, todo comenzó con la utilización de las partes no comestibles, es decir, entonces inútiles, de los animales. El Cambio necesario es un liberalismo valiente, sostenible y globalizador, un capitalismo en el que todos los países jueguen con las mismas reglas; en el que la rentabilidad se mida contabilizando los costes del ciclo completo de transformación; en el que los mercados actúen liberalizados a escala global, la competencia esté regulada por la eficiencia e innovación y no por la externalización; en el que los recursos, el impacto, y los derechos contabilizados, las materias primas y el medio ambiente estén medidos en su valor; en el que el se distinga entre valor y precio, entre calidad y cantidad de dinero, entre consumismo y liberalismo.

La transmisión de la fiscalidad de las personas a las cosas, de los actores a los actos, llevará a sociedades más igualitarias en su diferencia, siempre y cuando no se escondan tras fronteras, pancartas, infamias, historias, excusas, que al final se traducen en paraísos fiscales, laborales,... clases medias y altas,... de privilegios a fardar ante otras etnias, naciones, regiones, lenguas, clases, saltándose a la torera el sorprendente

artículo I de la Declaración Universal de los Derechos Humanos: “Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos”.

Ni la izquierda autoproscriba, ni el ecologismo mejor intencionados, por mucho que amen a la naturaleza o al débil, están libres de la tentación de ir por el camino fácil de llorar dentro del sistema, y con excusa demoscópica, continuar sin solucionar nada. Para nuestro mundo enfermo, tenemos medicinas de mal sabor y con efectos secundarios, además de cama y dieta, pero nos ofrecen nuestros chamanes que todos dancemos, nuestros oradores fúnebres que saquemos en procesión a algún santo, hagamos penitencia, y recemos en vez de tomarnos la medicina. ¿Es eso solución o simple coartada?

Pertenece a una cooperativa capitalizada con recursos, suelo, espacio, agua, aire, biodiversidad, árboles, conocimiento, fuerza laboral, legislación, seguridad jurídica, legitimidad, imaginación, inteligencia, voluntad, ... en la que todos los partícipes debieran gozar casi por igual de lo público y sin embargo no todos privatizan casi por igual lo social, pues con la excusa de no cobrar al que utiliza poco, el que exprime el sistema, aún pagando algo más, ni de traca lo hace proporcionalmente a la descapitalización, ni coste del capital social que invierte, o peor: gasta (derrocha).

Algunos se rebelan, y reclaman compensaciones para tal o cual grupo, clase, nación, o diferencia, no ofreciéndoles pagar lo que les corresponde, para que los demás también lo hagan. En vulgar reparto, proponen que se retribuya parte de lo poco que los que más consumen de lo público, pagan por esquilarnos. Otros se rebelan y claman por la penitencia, la responsabilidad, el arrepentimiento, aunque llevamos miles de años pecando y pidiendo perdón, flagelándonos y mandando al Infierno a quien no comparte una “buena” intención, sin que el pecado se haya erradicado, ni siquiera reducido.

A Dios rogando y con el mazo dando. Otros cambian la definición de lo público, a lo que les es próximo o comparte su cultura o clase. Lo público que se use se debiera pagar a lo público, a la cooperativa, sea quien sea quien lo use y en su proporción: el ciudadano que ensucie nuestra agua, que ocupe nuestro suelo, que oscurezca nuestro aire, que pague a lo público para pagar a quien planta árboles, limpia torrentes, o forma a analfabetos. ¡Si tiene éxito pagando lo que de lo social ha privatizado porque legítimamente la regulación se lo ha permitido en nuestro nombre, que lo disfrute! Eso es de justicia, y no la envidia y el cutre reparto

de un botín escatológico con salvas de humo. No extraña que los marcianos no paren por aquí: deben tenernos en cuarentena.

La alternativa a la recesión demográfica y consumista (siempre según la contabilidad falseada que implica decrecimiento colectivo de riqueza, a la vez que incrementa el PIB), es el colapso. Diferir el Juicio empeora la pena. Por supuesto que no sería natural ni sostenible un decrecimiento impuesto, como no lo sería un celibato, un imposible auto-control, pero si se mide a Ciclo Completo, la recesión puede ser avance pues los actos económicos que no fueren rentables considerando todos los impactos, no tendrían demanda de deseos que se lo pudiera permitir.

¿Responsabilidad social, responsabilidad ambiental? vale, pero pagando, como señores, como mayores, con dinero, y no con el Monopoly de las concienciaciones e intenciones. Pretendo ser responsable, y para quitarles excusas a los que se quedan sólo en eso, y tras descalificarme por negacionista –¿qué sabrán?– categorizándome dentro de algún cajón de cafres, mejor que no pretendan sensibilizarme para ser célibe ni autocontrolarme.

Deseo pagar mi uso de lo público para que otros paguen, en apariencia empobrecerme como individuo, pero enriquecerme. Deseo pagar más impuestos para compartir educación, sanidad, administración, seguridad, movilidad, y otros servicios públicos; no para que los repartan en forma de subvenciones, a cambio de votos, en una nueva vuelta de tuerca, que tras las que retorcieron el capitalismo primero en neocolonialismo, después le dieron otra en consumismo, ya hemos asumido su populismo y plutocracia, y pretendemos ahora hacerlo caudillista.

El ecologismo político será un liberalismo valiente, con reglas comunes y confiables, con regulación dinámica, lógico y no ideológico, internacionalista, globalizador, y costes internalizados, y puede lograr mayor igualdad de oportunidades, redistribución, justicia social y respeto medioambiental, que los populismos que con diversos nombres, gesticulan y prometen sin garantía alguna, intentar lo mismo para obtener lo contrario. La ecología es disciplina económica.

La Era de Piscis acaba, y comienza la de Acuario: de la pornografía nacional-x-ista, a la erótica internacionalista. Si a pesar de ser por naturaleza genética territoriales, jerárquicos, clasistas, insolidarios, derrochadores, violentos, crueles, supersticiosos, hemos sido capaces de inventar la democracia y la ciencia, y hasta regurgitar la manzana del Árbol del Conocimiento con el artículo I de la Declaración Internacional

de los Derechos Humanos, tal vez lo superemos, y nos lancemos de nuevo a la aventura de nadar contra la propia naturaleza, de antropomorfizar el mundo, y nos comencemos a comportar como adultos celosos y de su responsabilidad. La coartada del Ecologismo es para el ciudadano excusa de mal pagador, y para nuestros gestores excusa a su incompetencia. ¿Quién le pone el cascabel al gato?

*“Sonó la 7ª trompeta.....
pero ha llegado tu cólera
y el tiempo de que
los muertos sean juzgados,
el tiempo de dar recompensa
a tus siervos los profetas,
a los Santos
y a los que temen tu nombre,
pequeños y grandes,
y de destruir a los
que destruyen la tierra”.*

*Apocalipsis
Capítulo 11, versículo 18*

Somos como un libro abierto, abierto a los lectores y a los autores. Un libro, un amigo y un único sello, Pi2

Encontramos talentos

porque creemos en la innovación y en abrir nuevos caminos hacia el éxito.

Pi2 Edicions tiene como finalidad dar a conocer autores ajenos al modelo editorial del "star system". Es en la edición, como en el cine independiente, donde se generan las ideas sobre las que se está construyendo una nueva manera de compartir perspectivas, historia, imaginación y creatividad.

Hoy, autor y lector son los protagonistas. Por esto compartimos gastos y ganancias en la misma medida. Somos una editorial que invierte en autores que creen en sí mismos, a los que proponemos co-financiar la edición proporcionando divulgación, distribución y comercialización de la obra.

Si crees en tí, y estás dispuesto a demostrar
que tu obra merece ser leída, ¿asumimos el riesgo juntos?

¡En Pi2 nos encargamos de lo que falta!

¡Tu opinión cuenta!

ateneo **digital Pi2**

Para saber más, síguenos en el foro del Ateneo Digital Pi2, y participa en las redes sociales que compartimos. Además, descarga gratis todos los contenidos de la Biblioteca Libre Pi2.



¡Un concepto innovador de editar!

www.editarpidos.com
info@editarpidos.com

Esta edición de la EXCUSA ECOLOGISTA, UNA VERDAD CONVENIENTE
se terminó de editar en versión e-book el 13 de enero de 2010.

Ya a la venta en librerías
del mismo autor



Para saber más, síguenos en el **Foro del Ateneo Digital Pi2** y descarga gratis los contenidos de la **Biblioteca Libre Pi2**.
¡Tu opinión cuenta!

COLECCIÓN RADICAL

MATRIZ 2.0

La célebre trilogía, al igual que los clásicos de la ciencia ficción, la informática y los videojuegos, se utilizan como metáfora para profundizar sobre asuntos como la responsabilidad, lo privado y lo público, la creatividad y la libertad personal en la sociedad democrática actual.

ECOLIBERALISMO

Un ensayo en clave económico y político sobre la incapacidad de las ideologías actuales en gestionar con eficacia la Sociedad del Conocimiento. La insolidaridad de un modelo basado en el derroche de recursos, en el neocolonialismo, y en confundir valor con precio.



www.editarpidos.com